BAJO LA SOMBRA del AMOR

CATHERINE BROOK

BAJO LA SOMBRA del AMOR

CATHERINE BROOK

La sombra del recuerdo

Catherine Brook

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

Capítulo 1

Londres, 1822

Sentado en un sillón tapizado con cuero negro, Calvin Blake observaba con deleite a la mujer de marcadas curvas que en ese momento finalizaba su danza al estilo oriental y rodeaba el escritorio del pequeño despacho para acercarse a él.

La pelirroja, en plena flor de la juventud, pero con la experiencia de alguien que lleva muchos años en esa vida cruel, le sonrió con coquetería y se subió a su regazo con movimientos sensuales, exclusivamente orientados a aumentar su excitación, ya de por sí bastante notoria.

Paulette era de sus muchachas favoritas por eso. Era una de las pocas que lograba despertar la libido que, a los treinta y cinco años de Calvin, parecía haberse reducido. No diría que se debía a la edad, sino más bien al hastío. Era como si acostarse con muchas mujeres hubiera perdido su encanto desde hacía un tiempo, como si necesitara algo más que no lograba definir.

La atractiva pelirroja, sin perder la sonrisa, pasó uno de sus dedos por el pecho que la camisa desabotonada dejaba al descubierto y se entretuvo varios segundos jugando con los rizos negros que ahí nacían, enrollando con parsimonia su índice en ellos, consciente de que, a cada segundo que pasaba, el hombre sobre el que estaba a horcajadas se excitaba cada vez más.

Calvin la dejó jugar un rato. Cuando el deseo se volvió insostenible, le alzó la falda, sujetó sus nalgas y la atrajo hacia sí para pegarla a su erección y devorarle la boca con un beso hambriento y febril. La mujer no se hizo de rogar. Le echó los brazos encima y respondió con la misma necesidad moviendo sus caderas sobre él, imitando la danza en la que ambos querían participar. Calvin bajó la mano hasta su pantalón, dispuesto a desabrochárselo.

Justo cuando había soltado el primer botón, abrieron la puerta.

—Jefe, hay...

El inoportuno muchacho que los había interrumpido se sonrojó al ver la posición en la que se encontraban. Calvin lo reconoció de inmediato: era el hijo de una de las muchachas que antes trabajaba ahí. Era nuevo y aún no conocía del todo ese mundo ni las reglas del lugar, como tocar siempre la maldita puerta antes de entrar. Iba a sonar extraño, pero la mayoría de las personas tendía a interrumpirlo cuando estaba a punto de juntarse con una fulana. Tal parecía que el destino, además de haberlo privado de su antigua insaciable necesidad de sexo, también había decidido arrebatarle los pocos momentos en los que alcanzaba placer.

Como si su humor no fuera lo suficientemente malo todos los días.

—Lo siento, jefe. —Se disculpó el muchacho, cada vez más avergonzado. Calvin no sabía de dónde había salido, pero sin duda no se había criado en los bajos fondos de Londres o no estaría manifestando tal bochorno. Tampoco tenía el común acento *cockney* que caracterizaba a los que allí vivían. Tenía entendido que había trabajado como mozo de cuadra en una casa, y, por motivos desconocidos, había sido despedido sin referencias. Le fue imposible conseguir otro trabajo en un lugar decente—. Yo...

—Ya, ya —dijo Calvin, malhumorado, e hizo una seña a la pelirroja para que se quitara de encima—. ¿Nunca has visto a dos personas jodiendo? Mejor dime qué quieres.

—Pues... hay una riña ahí fuera, jefe. Dos hombres se pelean porque uno afirma que el otro hizo trampa.

Sin dedicarle ni una sola mirada a Paulette, que también había quedado frustrada, Calvin suspiró con cansancio y abandonó la comodidad de su sillón para dirigirse a la puerta.

El muchacho se apartó para dejarlo pasar. Calvin salió al oscuro pasillo y giró a la izquierda, caminando con tanto sigilo que la madera podrida del suelo apenas crujía bajo su peso. Subió las escaleras que estaban a pocos metros de su despacho, llegó al nivel superior y se apoyó en la baranda que le permitía ver en su totalidad el lugar del que era amo y señor.

Su pequeño mundo. El único en donde se sentía cómodo.

Calvin observó el espacio y recordó con amargura todo lo que había tenido que pasar para forrar cada pared con damasco azul rey, para iluminar el sitio con la gran araña que colgaba en medio del establecimiento y para

restructurar y pintar de blanco cada una de las columnas de mármol que lo mantenían en pie.

No podía decirse que fuera uno de los mejores clubs de todo Londres, pues de ser así no estaría situado en pleno Covent Garden, sino en el famoso St James, como el otro, pero sí podía afirmar con orgullo que era el mejor del entorno. Incluso algún que otro señor de abolengo había ido allí a perder su dinero y acostarse con una fulana.

Sus astutos ojos negros recorrieron el lugar en busca de la riña que le había sido mencionada. Esta tenía lugar en la parte oeste de la sala. Dos hombres, algo borrachos, se gritaban y movían los brazos advirtiendo lo cerca que estaban de llegar a las manos Solo bastaba una palabra mal dicha por alguna de las partes para que esto sucediera. Al frente se encontraban dos mujeres que parecían mirar con diversión la escena. Una era de las muchachas que trabaja allí, y la otra debía ir con uno de los hombres... o se había acercado para presenciar en primera fila la posible pelea.

Calvin no restringía el acceso de las mujeres a su taberna. Le daba igual quién fuera a gastarse el dinero. Si ellas querían divertirse, no sería él quien se lo impidiera. Por supuesto, jamás se había visto a una dama de clase alta o respetable pisar ese establecimiento. Las mujeres que solían ir eran cortesanas o aventureras en busca de experiencias excitantes, aquellas que no seguían el patrón que les asignaba e iban contra los cánones sociales.

Entrecerró los ojos e intentó identificar si los involucrados en la riña eran clientes eventuales o nuevos.

«Nuevos», concluyó cuando no logró recordar los rostros.

Esos casi siempre daban problemas.

—¡Eh! —les gritó desde su privilegiada posición—. Si van a matarse, háganlo afuera. Es jodidamente difícil quitar las manchas de sangre de los objetos, y bastante tedioso andar tras ustedes para que paguen lo que rompen. Si no tienen suficiente cerebro para pensar en otra cosa que no sean los golpes, no regresen.

Todo el lugar se quedó en silencio. Los presentes centraron su mirada en Calvin, cuya expresión férrea retaba a los hombres a desobedecerlo.

Si de una cosa podía presumir era de causar miedo y respeto por donde pasaba, pero no era algo que se hubiera ganado sin luchar antes por ello, aunque tal vez su aspecto, en total concordancia con el de alguien que ha participado en muchas peleas en su vida, hubiera ayudado un poco.

—¡Él ha hecho trampa! —exclamó uno de los hombres señalando al de enfrente—. Es un jodido tramposo.

Su tono de voz le indicó a Calvin que el acusador debía tratarse de alguien con educación aceptable, pues no había rastro de acento vulgar en su forma de hablar. Su ropa tampoco era de tela sencilla.

Una lástima que sus modales dejaran tanto que desear.

—¿Y qué quiere haga? ¿Le mando una nota a su madre para que lo reprenda por mal comportamiento? —Se burló Calvin—. No sea imbécil. A mí no me interesa que él no tenga suficiente honor para jugar limpio. Si quiere una partida decente, vaya a uno de los clubs de St James. Ahora, resuelvan su rencilla fuera de aquí.

El hombre acusado de hacer trampa quiso protestar algo con respecto a lo de «no tener honor». Sin embargo, las últimas palabras de Calvin, firmes, contundentes y con la severidad que emplearía un magistrado para dictar sentencia lo hicieron retractarse y salir malhumorado del lugar. El otro lo siguió, y Calvin vio cumplido su comedido. Todos los demás regresaron a sus actividades habituales: algunos jugaban cartas, otros bebían; los demás se paseaban con alguna de sus chicas y se dirigían a las escaleras que quedaban cerca de la entrada, que los conducirían a donde estaban las habitaciones.

Dio media vuelta para regresar a la comodidad de su despacho, donde esperaba encontrar a Paulette para seguir lo que no culminaron, pero el vello de la nuca se le erizó y una fuerza sobrenatural lo instó a girar la cabeza para que sus ojos encontraran la figura encapuchada de una mujer que acaba de entrar y que recorría el lugar con paso lento y dubitativo.

Se apoyó más en la baranda y entrecerró los ojos como si así pudiera captar con mayor claridad cada detalle.

Llegó a una conclusión que no le gustó.

¿Qué hacía una mujer en su establecimiento?

O, mejor dicho..., ¿qué hacía *una dama* en su establecimiento?

***

Iris hubiera podido jurar por cualquier entidad sagrada que jamás se había sentido tan nerviosa en sus veintiocho años de vida. Ni siquiera la situación

que la había llevado allí la afectó tanto, pues apartando la dicha de haber llegado hasta ese lugar con todas sus pertenencias intactas y su cuerpo sin rasguños, había algo en ese sitio que provocaba que sus vellos se erizaran y presentimientos extraños rondaran su cabeza.

Observó con meticulosidad el local en donde se encontraba.

No era un espacio desagradable a la vista, y ni siquiera se asemejaba un poco a las barbaries que había esperado encontrar. Sin embargo, y a pesar de la decencia que el damasco azul rey ofrecía y la buena iluminación con la que contaba, había algo que no le terminaba de gustar, que erizaba su piel y la apremiaba a salir corriendo de ahí. Casi podía escuchar una voz decirle «vete» para que no tuviera que enfrentarse a la entidad maligna que estaba buscando.

Maldijo nuevamente la situación que la había traído allí.

Cerró los ojos un momento, respiró hondo y los volvió a abrir con determinación. Jamás en su vida se había dejado vencer por las adversidades, y comenzar en ese preciso y crucial momento era una idea absurda. Así pues, y aunque a medida que daba cada paso sentía que encajaba menos en el ambiente, obligó a sus pies a avanzar y a sus ojos a captar cada detalle que pudiera proporcionarle la ubicación de su objetivo. Lo que sería, sin duda, la tarea más difícil de su misión (aparte de haber llegado viva a ese lugar), pues contaba con información muy vaga sobre el personaje recomendado y admitía sentir bastante recelo hacia preguntar por él a alguno de los allí presentes.

Por un momento, un pequeño y efímero momento, el temor y la desesperación superaron su afán de conseguir lo que quería. El espacio pareció de pronto diez veces más grande, y se ella sintió como una niña que había perdido de vista a su madre en el pueblo: desorientada, con ganas de llorar y gritar.

«No me rendiré», se dijo a medida que hacía profundas respiraciones para controlar un posible ataque de nervios.

Ya había llegado hasta ahí y tenía que continuar. Por ella y por su hermana.

Dio varios pasos más y decidió preguntar a una de las mujeres que caminaban de un lado a otro por el dueño del establecimiento, el tal Calvin Blake. No obstante, alguien le bloqueó el paso cuando iba a acercarse a una,

y su cabeza, hasta ahora oculta por la capucha del abrigo, tuvo que elevarse varios centímetros para poder ponerle cara al aparecido.

Lo único que vio al principio fue un rostro adusto y un ceño fruncido que la hicieron sentir como un ratón en presencia de un gigantesco gato. Pusieron todos sus músculos a temblar, pero luego un recuerdo vago pasó por sus ojos y una imagen empezó a tomar forma en su cabeza; imagen que su cerebro empezó a asociar con la que tenía en frente.

Su respiración se agitó cuando el reconocimiento se le vino encima.

Dio un paso hacia atrás, anonadada, sintiéndose incapaz de expresar alguna reacción. Parpadeó varias veces, queriendo asegurarse de que no alucinaba, de que lo que veía no era producto de una mente obsesionada y apegada a un imposible, pero no. La persona que tenía enfrente no era un espejismo, sino alguien de carne y hueso que estaba a solo unos pasos de ella. Quienquiera que fuera el que manejaba los hilos del destino había decidido convertirla en objeto de su diversión ese día al ponerla en esa situación. Iris podía imaginar cómo aquel ser al que todos temían se frotaba las manos y soltaba una risa maliciosa al ver su desconcierto.

Qué perversa y cruel podía ser la vida, que se empeñaba en abrir la herida cuando esta ya no sangraba.

Con cada músculo del cuerpo incapaz de realizar un movimiento y el cerebro demasiado saturado para pensar en una reacción conveniente, Iris solo pudo mascullar una palabra.

Fue suficiente para que el mundo de él se girara de cabeza.

—William...

Capítulo 2

Calvin siempre supo que algún día tendría que rendir cuentas ante Dios por sus pecados y pagar por ellos, pero jamás imaginó que, en lugar de una estadía en el purgatorio, se los cobraría en la tierra de la peor manera posible.

Observó atónito a la mujer que tenía frente a sí, pidió clemencia y rogó haberse vuelto loco. La permanencia en un lugar cerrado para enfermos mentales no se dibujaba tan desalentadora como el hecho de volver a verla. Solo haber aprendido desde muy joven a ocultar sus emociones y controlar sus impulsos le permitió no llevar a cabo ninguna acción que pudiera echar por tierra todo lo que había formado, y, aún así, estaba seguro de que si alguien lo llegaba a mirar de cerca, podría darse cuenta de que el inquebrantable Calvin Blake estaba a nada de desmoronarse.

Era ella. ¿Por qué tenía que ser ella? De todas las mujeres que vivían en Inglaterra, ¿por qué debía ser *ella* la que fuera a su local? Aunque la pregunta más relevante debería ser: ¿qué hacía ahí? Si algo se le podía atribuir a Iris Evans era el ser una mujer respetable, eso Calvin no lo dudaba. No habría ningún motivo, por muy importante que fuese, que pudiera llevarla a lugares como ese.

A menos, claro, que estuviera buscando a alguien...

Pero no podía ser él. Era imposible.

Dio un paso hacia atrás y se puso rápidamente a maquinar qué respuesta dar. Negar esa identidad, aunque era lo que el instinto de supervivencia le gritaba que hiciese, sería una pérdida de tiempo, pues si algo podía distinguir Calvin en esos bellos ojos grises empañados por el asombro, era el reconocimiento. Algo le decía que, así se presentase con su nombre fals o negara conocer lo que ella decía, no le creería, siendo la principal razón que él mismo se hubiera delatado al no poder ocultar del todo su propia sorpresa.

—¿Eres tú, William? —Volvió a hablar con voz baja, inaudible para los que estaban lejos y apenas perceptible para él. Pero las oyó, y hacerlo solo

consiguió que un doloroso y lejano recuerdo aguijoneara su mente, que lo atormentara.

Un solo nombre ponía a prueba la fortaleza de la barrera que había levantado para que esos fantasmas del pasado no pudieran mortificarlo más, y una sola mujer ahora amenazaba con romper la piedra que cubría su órgano vital.

No podía permitirlo.

Apretó los puños para volver a tomar control de sí mismo, cerró un segundo los ojos, luego los abrió y tomó a la anonadada mujer de la mano para llevarla a su estudio. Descubriría en privado lo que fuera que la había traído allí, donde nadie pudiera ser testigo de si los sentimentalismos le hacían perder el sentido común.

***

Iris aún no podía recuperarse del asombro. Observó la mano que tiraba de ella con brusquedad, como si no fuera más que una muñeca, pero no se vio capaz de protestar porque su boca solo deseaba pronunciar una palabra, un nombre: el único que reinaba sus pensamientos en esos momentos.

William.

Por supuesto que era él. Ella lo habría reconocido así tuviera sesenta años. Ese rostro cuadrado de mandíbula firme, nariz aristocrática, ojos negros y misteriosos como una noche sin luna. Lo tenía grabado en su mente como si alguien hubiera puesto dentro de su cabeza su retrato para no olvidarlo jamás. No importaba que ahora tuviera una ligera barba, ni que algunas pequeñas cicatrices desfiguraran los que ella consideraba rasgos perfectos: lo reconocía y lo reconocería siempre porque Dios, como castigo por algún pecado que desconocía, la había condenado a no olvidarlo jamás.

Con la cabeza nublada por completo por la incredulidad, sus pies siguieron por inercia el camino que aquel hombre dictaba y que culminó en un despacho pintado de negro, iluminado por solo dos lámparas de gas que proyectaban sombras casi macabras.

«La guardia del diablo», pensó Iris en un momento de lucidez, cuando también cayó en la cuenta de otra cosa.

¿Por qué tenía él acceso ahí?

Antes de que pudiera atar los cabos y llegar a la conclusión que temía, el hombre la soltó como si no soportara más el contacto y la miró de tal forma que ella se quedó paralizada.

A Iris siempre le había sorprendido la capacidad que tenía William de hacerla olvidarse de todo con una solo mirada, solo que en esa ocasión, en lugar de la ternura y el cariño que siempre habían expresado sus ojos cuando la observaba, había rabia, un poco de asombro que intentaba ocultar y mucho, *mucho* tormento. Podía jurar que lo atormentaba verla, que su presencia lo hacía sufrir.

No tenía lógica. Debería ser ella quien se sintiera repugnada ante su presencia, quien lo odiara por el dolor causado.

Lástima que tuviera un corazón tan blando.

—¿Qué haces aquí, Iris?

Su voz no había cambiado nada. Seguía siendo esa voz ronca, profunda, que se imponía en cualquier conversación, que reclamaba la atención de otros. Su tono también era el mismo: autoritario, déspota, retaba al oyente a replicarlo. Iris había tenido la dicha de escuchar esa voz con un tono suave y hasta tierno, pero oírla nuevamente, esta vez en su faceta defensiva, hacía parecer los recuerdos muy lejanos, casi una ilusión.

—Yo...

No encontraba las palabras. Todavía anonadada, su boca no podía expresarse con claridad.

No sabía *qué* expresar.

—¿Qué haces aquí? —repitió esta vez con más brusquedad, agarrando su antebrazo y presionándolo hasta causarle cierto dolor.

Muy a su pesar, Iris tuvo que admitir que el hombre que tenía frente a sí distaba mucho de ser aquel que hacía diez años se había llevado algo de ella para no devolverlo jamás. No podía decir con exactitud qué había cambiado, pero estaría ciega si dijera que nada. Solo su mirada ya no era misma, ahora había más dureza y tormento en esta. Nada que se asemejase a la calidez asomada por esos ojos negros que siempre habían representado un misterio, y tal parecía que hubieran robado todo vestigio de bondad de su alma.

El cuerpo de Iris comenzó a temblar. No porque temiera que le hiciera daño, pues una pequeña parte de sí se negaba a creer que fuera capaz, sino porque el golpe de la realidad amenazaba con tumbarla.

Mentiría si dijera que no soñó miles de veces con volverlo a ver, con volver a hablar con él, y cuando por fin el sueño imposible y masoquista se había hecho realidad, se encontraba con que hubiera sido mejor mantener la ilusión a raya, solo en su mente, donde ella era la que manejaba la obra y no un simple títere al que estaban a punto de tirar por un abismo.

La presión en su brazo se incrementó y ella supo que él perdía la paciencia. Solo pensar en su hermana y en su situación desesperada consiguió que su boca pronunciara unas cuantas palabras para continuar con la conversación, que distaba mucho de ser la de un par de antiguos amantes que se reencontraban.

—Yo... es-estoy buscando al señor Blake. Calvin Blake.

Fue algo efímero y casi imperceptible, pero el cuerpo de él se tensó al escuchar el nombre de sus labios. Iris temió en ese momento que las elucubraciones que su mente no podía dejar de producir fueran ciertas.

—¿Para qué? —preguntó con un tono que contradecía cualquier reacción sorprendida que su cuerpo hubiera dado sin su consentimiento.

—John... John Miller me lo recomendó. Me dijo que él era el único que podía... que podía ayudarme.

Él la sometió a un escrutinio que consiguió ponerla nerviosa, por lo que fue una verdadera proeza que se quedara en su sitio y no retrocediera hasta poner entre ellos mucha distancia. Seguía asustándola su mirada, tan cambiada, atormentada, e incluso con cierto brillo de crueldad.

No, definitivamente ese no era el hombre que conoció, el que le provocaba cosquilleos en el vientre, escalofríos placenteros y sonrojos de adolescente. Por un pequeño instante, llegó incluso a pensar que lo había confundido, pero él nunca negó su identidad, por lo que solo debía resignarse a que aquel William había desaparecido, permaneciendo solo vivo en sus recuerdos.

—¿Qué tipo de problema requiere que vengas a pedir ayuda de un delincuente, pequeña Iris?

Ni ella pudo evitar sorprenderse ni él impedir que esas palabras salieran de su boca para recordarles a ambos que una parte de William seguía ahí.

Calvin se arrepintió de inmediato, pero el día en que se pudiera retirar lo pronunciado sin intención, el mundo viviría en gloria.

«Pequeña Iris».

No había sido él sino su inconsciente el que lo había hecho soltar esa frase, uno que tenía su imagen grabada con ese mote, uno que asociaba esos esplendorosos cabellos negros y ojos grises al apodo. Ella no había cambiado en lo absoluto como para que su mente pudiera desprender su imagen del apelativo cariñoso. Seguía teniendo esa exuberante melena azabache, ahora contenida en un moño en la nuca. A él no lo engañaba, sabía que estaba igual de magnífica que siempre: negra, brillante y rizada, porque un pequeño mechón rebelde había decidido escapar de su cautiverio para adornar su cara, tan blanca como la tiza y que formaba un contraste asombroso con esos labios de un rosado intenso que muchas mujeres no obtendrían ni con el mejor carmín del mercado. Sus facciones seguían iguales: nariz pequeña, labios delgados, mandíbula un poco puntiaguda...

No podía afirmarse que fuera la mujer más bella de Inglaterra, pero nadie que pudiera ver se negaría la dicha de observarla aunque fuera una vez.

Negó con la cabeza para alejar esos pensamientos, prohibiéndose perder su raciocinio por la belleza de su imagen. Era bastante consciente del efecto que ella siempre tuvo en él, y sabía que si quería mantener su actitud como hasta ahora, debía manejarlo.

No podía ni por un momento dejarse vencer.

Iris, por su lado, aplastó la esperanza que había surgido cuando escuchó el apelativo y se dijo que no debía permitirse ese tipo de ilusiones si quería mantenerse emocionalmente estable. Él no era el mismo y debía convencerse de ello, pues emocionarse con lo contrario podría resultar bastante perjudicial para un corazón que aún recordaba con dolor aquel último día en que se vieron.

Cuando algo todavía dolía era porque no había sanado. Habían pasado diez años y no había sanado. Iris tenía el presentimiento de que podían pasar veinte más y seguiría llorando su pérdida.

Concentrándose en la pregunta inicial, Iris se aclaró la garganta antes de poder hablar.

—Es... es un problema grave. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Cuál problema? —insistió él, confirmando cada vez más sus sospechas.

—Necesito hablarlo con él personalmente.

William la soltó y se recostó contra el escritorio, cruzándose de brazos. Le dirigió una mirada llena de recelo. Ella casi podía ver como su cerebro trabajaba para elaborar la respuesta más conveniente. Segundos después, una sonrisa torcida y algo perversa provocó un escalofrío en el cuerpo de ella. La compasión de Dios hacia su persona se acabó, y las palabras que siguieron consiguieron destrozar la ya inexistente esperanza.

—Soy yo. ¿Cuál es el problema?

—Ya veo...

Iris deseó salir corriendo. Huir y pensar en que habría otras maneras de solucionar sus problemas. En que Dios se apiadaría de ella y todo se arreglaría, y entonces no tendría necesidad de su ayuda; una ayuda que, cabía acotar, podía no ser ofrecida, pues no tenía idea de cuáles eran los sentimientos de William en ese momento, ni siquiera si aún era poseedor de alguno. Sin embargo, estaba segura de que los dos convendrían en que sería adecuado olvidar ese encuentro y volver a sus vidas.

El pasado era algo que era mejor no recordar.

Dio un paso hacia atrás, pero no pudo salir de ahí a pesar de que era la única manera de garantizar su estabilidad emocional. Se quedó estática, recordando que, más que su bienestar, estaba el de su hermana, que dependía de ella y de que todo eso se arreglase.

Si la mataban no solo todo se iría por la borda, sino que ella quedaría desamparada.

La pequeña y dulce Liliam no sabría cómo sobrevivir.

Conteniendo el deseo de abrazarse a sí misma para no mostrar debilidad, Iris irguió su metro sesenta y cinco de estatura y controló la voz para que demostrara una calma que no poseía ni de lejos.

No quería admitir precisamente ante él lo que la acongojaba, pero no tenía otra opción.

—He sido acusada de asesinato. John me comentó que Calvin Blake... Es decir, que usted.... que tú... eh... podrías ayudarme.

La carcajada que el hombre soltó la mantuvo desconcertada por tiempo indefinido.

¿Qué se suponía que le causaba gracia?

—¿Asesinato? —repitió, todavía riendo—. Si no matas ni una mosca, mujer.

La familiaridad con la que la trató la puso más nerviosa a cada segundo. No solo porque confirmaba que no pensaba negar su identidad, sino porque le recordaba a aquel hombre que conoció, el que le robó el corazón, el que ella conocía pero que no era el mismo que tenía enfrente.

La ponía nerviosa porque no sabía qué hacer, cómo tratarlo, ni siquiera pensaba que fuera buena idea decir palabra.

—Todo es un malentendido... Yo no... Yo jamás...

—Lo sé —cortó él, regresando a su estado de seriedad. Dudó varios segundos antes de decir las siguientes palabras—: ¿Por qué otro no te puede ayudar?

Iris, que se había entretenido con la punta de sus botines, alzó la vista un tanto sorprendida de que él mostrara interés. No era un tema que no generara curiosidad, pero le hacía tener esperanzas de que quisiera ayudarla, de preferencia, sin tener que usar ella muchas palabras para convencerlo. De haber sido Calvin Blake otra persona, no hubiera dudado en rogar, incluso suplicar ayuda y ofrecer hasta lo que no tenía para que el hombre accediera.

No obstante, la situación era distinta.

Calvin Blake no era otro que la persona que la había marcado hacía tiempo, que había dejado una huella en su alma y que ahora le era desconocido. No podía tratarlo con la confianza de antaño y tampoco podía obviar su verdadera identidad.

—Tengo a todo Bow Street investigando mi caso. —Era un poco exagerado, pues difícilmente tendría a toda la policía londinense tras ella, aunque tampoco mentía del todo, pues era un marqués el que estaba movilizando a los agentes—. Ninguno quiere actuar en mi defensa por temor a las represalias que pueda tomar el que me acusa. John Miller se ha apiadado de mí y me ha dado tu nombre. Ha dicho que... que no le temes al peligro, que no tienes bando definido y que tus contactos podrían ser útiles. Me aseguró que me ayudarías.

—Ahora resulta que soy defensor de causas justas. —Se mofó el hombre —. Si vuelves a ver a John dile que hacerme quedar como el héroe de la historia puede ganarle una plaza en el infierno por mentiroso. Estoy bastante lejos de ser un caballero de brillante armadura, y tampoco rescato doncellas en apuros.

Iris sintió que algo invisible golpeaba su pecho.

¿Significaba eso que no pensaba ayudarla?

—William...

—¡No vuelvas a pronunciar ese nombre!

Su tono provocó que ella se sobresaltara y diera un paso hacia atrás. Si algo podía definir la vehemencia, era la forma en que pronunció esa frase. Iris podía jurar que odiaba el nombre, como si escucharlo le causara dolor, agonía.

No supo qué más decir y Calvin dejó escapar un suspiro silencioso. El Altísimo podía considerar sus pecados pagados, e incluso una plaza en el cielo debiera de guardarle por hacerlo tolerar esa situación que a cada segundo amenazaba con acabar con su autocontrol. Nada más que verla bastaba para que su mente lo atormentara con recuerdos, que no solo estaban relacionados con el pasado que quería olvidar, sino que sacaban a flote sentimientos que deberían estar enterrados. Sentimientos dañinos que podrían acabar con ambos y destruirlos poco a poco, matarlos lentamente. Solo su rostro le causaba agonía por muchas razones, y si todavía estaba de pie y con un semblante intacto debía ser obra de algún milagro, pues ni la vida más dura en los bajos fondos de Londres podía preparar a un hombre que había vivido lo que él ante esa situación.

—Ahora soy Calvin Blake, Iris, no lo olvides. Ahora, si decidiera ayudarte, ¿qué obtendría a cambio?

La mirada intensa que posó en ella la estremeció, no tanto por ser ese tipo de miradas acostumbradas a intimidar, sino porque era una mirada que conocía, que recordaba, y Dios sabía cuando le dio al hombre memoria que los recuerdos serían uno de sus peores enemigos. No solo atormentaban, sino que aparecían sin quererlos ni invocarlos, como fantasmas que persiguen a su víctima para provocarle alguna reacción desfavorable, para volverla loca.

Iris se estremeció.

Llenándose de valor, enderezó los hombros y se repitió por qué estaba ahí. Recordó por qué nada debía interponerse en sus objetivos.

—Bastante —dijo en un susurro. Luego le sostuvo la mirada y repitió—: Bastante.

Los ojos de él brillaron de una forma extraña, pero ella no le desvió la vista, se la sostuvo y esperó una respuesta.

Calvin se enfrentó en ese momento a la que sería la decisión más difícil de su vida, o, al menos, la segunda más difícil, pues la primera ya había acontecido. Un simple «no lo haré» podría devolver su vida a la normalidad. Ella se iría, no regresaría, y esa escena pronto quedaría como un tormentoso recuerdo más on el que tendría que convivir. En cambio, si decía que sí, solo Dios sabría en qué acabaría todo.

Debía decir que no. *Tenía* que decir que no. Sin embargo, ¿era eso posible cuando ella de verdad necesitaba ayuda? ¿Cuando posiblemente su vida dependía de ello? Imaginarla con una soga al cuello por una injusticia provocaba que su piel se erizara. Sentía que si veía alguna vez esa noticia en el periódico se sentiría culpable por no haber ayudado a un alma inocente, pero no cualquier alma, sino a esa alma inocente que tenía, sin saberlo, una parte de sí, y que, si moría, se iría con ella.

Se iba a arrepentir, por Dios que sí. Pero no por eso desistiría en un futuro. Así pues, pronunció las palabras que marcarían una nueva etapa.

—Te voy a ayudar.

Capítulo 3

Una parte de Iris deseó lanzarse a sus brazos cuando escuchó las palabras, pero algo, llámese sentido racional, la detuvo. Un «gracias» emitido en un murmullo fue lo único que pudo expresar la inmensa alegría que sentía, y él, que parecía estar debatiendo algo consigo mismo, apretó lo puños antes de decir:

—Ahora cuéntame la historia completa.

Un tanto nerviosa, Iris empezó a relatar los motivos que la habían llevado allí.

Se le hacía extraño estar contándole todo eso de forma impersonal cuando años atrás le hablaba con la confianza que no le tenía a sus padres, pero aun así consiguió narrar todo lo sucedido, desde el trabajo como dama de compañía que había conseguido luego de la muerte repentina de sus padres hasta cómo terminó siendo acusada de ser la asesina de la mujer para la que trabajaba.

William... o, mejor dicho, *Calvin*, escuchaba todo con atención. Seguía recostado sobre el escritorio y su semblante era inescrutable. Ninguna palabra de lo que pensaba podría ser descifrada, y eso a Iris la ponía cada vez más nerviosa.

No sabía si la creía, si analizaba la situación o si buscaba la mejor forma de decirle que al final no se involucraría. Cuando finalizó, él tardó un rato en hablar.

—Es increíble que la mujer te haya dejado todo su dinero.

Aunque a Calvin no debería de haberle sorprendido en absoluto, pues conocía a Iris y sabía, muy a su pesar, que era de ese tipo de mujer que se ganaban el afecto de hasta la más arisca de las personas. Su paciencia infinita, su sonrisa fácil y esa amabilidad nata podían ser la perdición de cualquier cascarrabias.

Había sido la de él, sin duda.

—Yo tampoco lo comprendo. La policía menos, por eso soy la principal sospechosa. Afirman que manipulé a la mujer para dejarme todo y, cuando lo conseguí, la envenené para asegurar el dinero. ¡Yo jamás haría tal cosa!

No era necesario que lo asegurara. Calvin pondría las manos en el fuego por ello sin dudarlo. De hecho, pondría las manos en el fuego para defender cualquier afirmación que ella dijera, aunque significara su ruina.

—Además, como ya he mencionado, el sobrino de lady Cornwall, el marqués de Hurstley, dijo que me condenaría de no conseguir pruebas que demuestren que no soy culpable. Es normal que piense en mí como responsable del hecho si fui la única beneficiada con su muerte. Sin embargo, solo me ha dado un mes para probar mi inocencia, y nadie me quiere ayudar. Estoy todo el tiempo vigilada y apenas he podido escaparme esta noche. Me ha puesto las cosas muy difíciles.

Ella parecía de verdad muy acongojada, y Calvin sintió por un momento la tentación de poner una mano en su mejilla para darle consuelo. Esa parte de sí, que sufría cuando ella lo hacía, deseaba con su contacto calmar un poco de la agonía que vivía en esos momentos.

No obstante, el sentido racional se impuso y se dijo que, aunque tuviera que cortarse la mano, no lo haría.

—Y yo creía que la sociedad no podía caer más bajo.

Ella lo miró extrañada.

—¿A qué te refieres?

—¿No te has dado cuenta, Iris? —Al ver verdadero desconcierto en su cara, Calvin suspiró—. No, ya veo que no. ¿Para qué he preguntado? Tu visión optimista de la vida siempre te impidió ver la maldad a tu alrededor. Al parecer eso no ha cambiado con lo años. —Calló un momento antes de sentenciar—: Lady Cornwall fue asesinada por su propio sobrino.

A Calvin le causó risa la cara de espanto que ella mostró. Cualquier persona con un mínimo de malicia hubiera llegado a esa conclusión bastante lógica, pero ella no, y no porque Iris Evans fuera tonta, sino demasiado inocente para el mundo en que vivían. Y precisamente por eso era el blanco perfecto para ocultar los pecados de otros. Las personas ingenuas eran pisoteadas por aquellos dotados de maldad.

Eso de que el bien siempre triunfaba sobre el mal no eran más que cuentos para que la gente no perdiera tan rápido la fe en la vida.

—Eso es imposible —declaró ella con tono solemne—. Lord Hurstley siempre fue una persona muy amable. No es antipático como otros lores, y amaba muchísimo a su tía. Jamás haría algo semejante.

—Tú jamás harías algo semejante, y ellos no te creen.

—Es diferente...

—¡Iris! —dijo él en voz alta para tener toda su atención—. Piensa un poco, por favor. Por primera vez en tu vida, ve a las personas como en realidad son y no como te gustarían que fuesen. Hay lobos disfrazados de ovejas, el marqués siempre fue uno de ellos. ¿Quién era el único que se beneficiaría si la vieja moría? ¿A quién iría a parar todo el dinero? Está claro que lord Hurstley se había cansado de esperar que su tía falleciera y decidió adelantar el proceso. Por supuesto, jamás se imaginó que a la anciana se le ocurriría dejarle todo su dinero a su dama de compañía. Yo no me lo hubiera imaginado, sin duda.

—Pero...

—Cuando se enteró y vio sus planes frustrados, decidió que serías un buen blanco a quien echarle la culpa. La historia de que la mataste porque sabías que te quedarías con el dinero era perfectamente aplicable porque la respaldaba un marqués y tú no eres más que una dama de compañía sin poder ni recursos para defenderte. Así pues, cuando te colgaran, él podría recuperar el dinero. Solo te ha dado un mes para que busques pruebas para hacer alarde de hombre honesto y justo. Los de clase alta son así, Iris, no les importa aplastar a los inferiores con tal de salirse con la suya.

Iris notó el desprecio en su última frase y se dijo que había aumentado desde la última vez que se tocó el tema. William.... Calvin siempre había sentido un fuerte rencor hacia aquellos que se encontraban en posición de superioridad. Ella sabía el motivo y lo comprendía, pero jamás creyó que ese odio fuera bueno. El odio jamás lo era. Carcomía cada célula del cuerpo, y tarde o temprano terminaba matando a quien le hubiera cedido un lugar en su alma.

Era uno de los venenos más lentos y dolorosos que al final aseguraban la muerte.

—Dime una cosa —continuó—, ¿cómo ha descubierto que fue un asesinato? Si fue envenenada, no debió haber sido trabajo fácil. Un ataque al corazón o un fallo en los pulmones no hubiera sido extraño a su edad.

—Lady Cornwall venía sintiéndose mal últimamente. Cómo su médico de confianza no estaba en la ciudad, mandé una nota a lord Hurstley pidiéndole que mandara a alguien para que la revisara. Poco tiempo después apareció un hombre que afirmó ser el doctor, enviado por el marqués. Dijo que era algún virus temporal y dejó un frasco con un jarabe para que le

fuera dado cada seis horas. Como yo no estaba ahí cuando el médico dio las indicaciones, una doncella se encargó de darle el medicamento todo ese día. Cuando regresé, encontré a lady Cornwall dormida. Pedí a la doncella que me dijera las dosis que debía suministrarle. Esta se negó alegando que ya tenía demasiadas ocupaciones (cosa que no era del todo cierta, considerando que solo me encargaba de lady Cornwall) y me insistió en que ella podía seguir dándole el medicamento. Tonta de mí, no sospeché nada y creí que la muchacha solo deseaba ayudar, así que me limitaba a leerle a lady Cornwall cuando se despertaba y ayudarla en lo que podía. A los días, lady Cornwall empezó a ponerse peor. Estaba más pálida y vomitaba de vez en cuando. Mandamos traer de nuevo al doctor, que insistió en que se trataba de una de las etapas del virus, y recalcó lo importante que era seguir medicándola.

»Pasaron dos días más y la condesa no mejoró. La mañana del tercer día fui a despertarla y no reaccionó. La moví y nada. Me preocupé y mandé avisar al marqués. No tardamos en confirmar que estaba muerta, y en descubrir que el medicamento que había dejado al doctor no era otra cosa que almendras amargas. Al ser administrado en cantidades altas con frecuencia, provocó la muerte de lady Cornwall. La doncella que se lo suministraba desapareció y tampoco pudimos localizar al supuesto doctor. Cuando se leyó el testamento, todas las acusaciones vinieron hacia mí. Y aquí estoy, vigilada las veinticuatro horas del día con todos buscando pruebas en mi contra. Hoy descubrí que los guardias que me vigilan de noche en realidad no pueden evitar quedarse dormidos, así he aprovechado y me he escapado para buscar a... para buscarte.

»Necesito que me ayudes, Wi... *Calvin*. Eres mi única esperanza.

Calvin guardó silencio por al menos un minuto exacto. Procesaba la información y se sentía a cada segundo más molesto por ver confirmadas sus sospechas.

Por supuesto que había sido el marqués el que urdió el plan. ¿Quién más? La clase alta se valía de todo por obtener lo que deseaba y poco le importaba a quién se llevara por delante. No eran más que unos parásitos a quienes el mundo había acostumbrado a conseguir lo que deseaban con solo chasquear sus dedos. Sabían que el dinero ganado por el esfuerzo de otro les resolvería todos los problemas.

Ese era, lamentablemente, el mundo en el que vivían. Uno lleno de injusticias y desigualdad.

—No hay dudas, Iris, fue él. No puedes ser tan ingenua.

Ella negó con la cabeza, terca.

—Si así fuera...

—Así fue.

—Si así fuera —continuó, ignorándolo—, ¿por qué se negó a recibir el dinero cuando me ofrecí a devolvérselo? Me dijo: «No podrás evitar pagar por lo que hiciste. Vengaré la muerte de mi tía». ¿Por qué me ha dado la oportunidad de probar mi inocencia?

—Porque es su obligación quedar como el héroe. Por nada más. Por el amor a Cristo, Iris, fue él. Si quieres mi ayuda, vas a tener que confiar en mí.

Iris estuvo tentada de decirle que ella siempre confiaba en él. Ciegamente. Como confiaría un niño recién nacido en la mujer que le dio la vida; como confiaría un perro en el hombre que le da de comer. Porque era él. Pero no pudo, pues recordó que la última vez que había entregado su confianza, terminó todo muy mal.

Como toda respuesta, ella asintió.

Él no dijo nada más y se limitó a mirarla de una forma que, de nuevo, la incomodó, aunque también provocó que un viejo revuelo en su estómago apareciera recordándole cosas que debería olvidar. Esa mirada intensa que parecía leer cada parte de su cuerpo, de su mente. Esa mirada que podía mantenerla ahí, estática, dispuesta a dejarle hacer su voluntad. Esa mirada peligrosa estaba posada en ella y la sometía a una dura prueba de autocontrol, pues solo deseaba lanzarle los brazos al cuello y besarlo como había deseado hacerlo todos esos años, como lo imaginaba en los sueños más perversos que la embargaban cada noche para imposibilitarle olvidar a quién pertenecía.

La conexión era tan fuerte pero a la vez tan delgada que ambos temían romper la magia del momento con alguna palabra en voz alta. El silencio era su mejor aliado, el amigo que los rodeaba y los mantenía así, con la mirada fija uno en el otro, con sus ojos comunicándose en un idioma que ambos desconocían o que, al menos, no deseaban recordar.

Pasaron segundos, quizás minutos, hasta que él apretó los puños y los nudillos se pusieron blancos.

—Puesto que estás vigilada las veinticuatro horas, es peligroso que regreses aquí. Yo buscaré la forma de contactarte cuando haya pensado en la mejor manera de proceder. —Un muchacho entró sin tocar a la puerta. Calvin aprovechó para decir—: Acompaña a la señorita hasta donde ella te diga y cuida que no le pase nada. Hasta pronto, Iris.

Esa última frase fue la que la persiguió durante todo el camino de regreso.

«Hasta pronto».

Había tantas diferencias con un «adiós»... y el corazón lo sabía. Era real, no solo lo había vuelto a encontrar, sino que lo volvería a ver. No decidía si sentir alegría o congoja, pues aunque fuera su deseo más anhelado, también podía significar la pérdida completa de una parte de sí. Ni la muerte por una soga al cuello se pintaba tan mal, pues si el destino decidía volver a hacerla víctima de uno de sus juegos perversos, lo que sucedería sería peor...

Mucho peor.

Capítulo 4

El lugar era, sin duda, más elegante que Los Ángeles del Placer y poseía toda la elegancia y extravagancia de un club que se encontraba en St James's Street. Las paredes en damasco dorado y las columnas de un fino marfil daban la sensación de encontrarse en salones de la Casa Real. Había muchas arañas que proporcionaban excelente iluminación para que a los encargados de vigilar no se les escapara nada, y los espejos ayudaban no solo a expandir la luz de las velas, sino a seguir cada movimiento de los presentes. No por nada se había ganado la fama de ser uno de los mejores clubs de juegos de todo Londres, pero por algún motivo, Calvin no se sentía tan cómodo ahí como en la pequeña oficina del que había representado sus inicios y, por supuesto, tampoco le tenía tanto aprecio a pesar de ser su fuente principal de dinero. El Club del Placer era simplemente un trofeo que mantenía para recordar a lo que podía llegar si se lo proponía, nada más. No se sentía cómodo ahí porque en cierta forma representaba con su opulencia aquello que tanto despreciaba y en lo que nunca encajó.

Desde las sombras, para que nadie pudiera reconocer su identidad, observó el palacio del que era dueño y la gente que se movía de un lado a otro. Un caballero en particular captó su atención y mandó a uno de sus empleados a buscarlo.

Cuando el objeto de su interés entró en el gran despacho decorado con muebles de caoba y sillones de cuero, Calvin lo recibió con una mirada asesina.

—¿Se puede saber desde cuándo acepto ayudar a damiselas en apuros o acusadas de asesinatos? ¿Qué tenías en la cabeza, John, cuando mandaste a esa mujer a Covent Garden? ¿Ni siquiera consideraste que pudieran matarla por el camino?

El hombre castaño, de unos treinta años, se sentó en uno de los sillones y mostró cierto arrepentimiento cuando comprendió todo lo que pudo haber pasado.

—Admito que no lo pensé en ese momento —respondió, apenado—. Solo quería ayudarla. Sabes que me molesta que condenen a un inocente, y esa mujer lo es, estoy seguro. Reconozco que debí haberla mandado mejor aquí, pero había más probabilidades de que te encontrara en Convent Garden. Ya no te paseas por este lugar.

Calvin coincidió en ambos puntos. Ya casi no aparecía por allí porque el sitio cada vez le gustaba menos, y prefería dejar todo en manos de sus administradores y personas de confianza. Por otro lado, también sabía que John había actuado movido por su más sincero sentimiento de justicia. Desde que lo conoció en los años en que estuvo en Bow Street, supo que era de ese tipo de personas en las que se podía confiar. Había sido uno de los verdaderos amigos que le habían quedado de esa época.

—Pudiste haber ido a buscarme tú. Tenías más probabilidades de llegar vivo.

A pesar de ser consciente de sus buenas intenciones, Calvin no podía perdonarle que hubiera enviado a Iris sola a ese lugar. En las profundidades de Convent Garden había al menos un ladrón por cuadra; que ella hubiera llegado ilesa al local solo podía significar que una presencia divina la había acompañado durante el camino.

Después de todo, Dios sí debía de proteger a los suyos.

—Lo siento —repitió John—, supongo que debí hacerlo. No tengo justificación. Solo puedo decir que mi hijo había enfermado y no tenía cabeza para otras cosas. Le di la información a la mujer cuando me rogó ayuda y eso fue todo.

Calvin asintió.

John era un gran padre de familia. Quizás eso lo podía disculpar.

—¿Cómo estás tan seguro de que es inocente? —cuestionó, desviando el tema.

—Vamos, Calvin, debes haber hablado con ella. Sabes que lo es.

Calvin asintió a regañadientes.

—La vas a ayudar, ¿verdad? Yo no puedo. Todo Bow Street está en su contra y me puede ir mal si la apoyo. Mi esposa está embarazada, no me puedo dar el lujo de quedarme sin trabajo. Pero tampoco podía dejarla a su suerte. El sobrino de lady Cornwall...

—El presunto asesino —interrumpió Calvin. El silencio momentáneo de John le confirmó que su amigo también pensaba lo mismo.

—El marqués está empeñado en verla con la soga al cuello —insistió—, y creo que lo habría conseguido ya de no ser la señorita Evans sobrina de un vizconde.

«Cómo olvidar ese pequeño detalle», se dijo Calvin con ironía, si había sido desde siempre su principal inconveniente. La señorita Evans no solo era la hija del respetable hacendado Evans, sino que, además, era una de las tantas sobrinas con las que contaba el vizconde de Bilbury. A pesar de que las ganancias de la tierra del señor Evans no le habían permitido vivir con la opulencia de su hermano, todo el pueblo sabía los contactos de la señorita y de su respetabilidad. Era la joya del pequeño lugar. Una joya que brilló en sus manos para darle un poco de luz a la oscuridad que lo cegaba.

—Estoy seguro de que por eso le ha dado un mes para probar su inocencia. Tal vez aplaque un poco el escándalo el que ella no pueda conseguirlo. Él, además, quedará como una persona flexible ante la sociedad —continuó John.

—No he escuchado que el vizconde se haya metido en el pleito. De lo contrario, yo no estaría ahora involucrado en el asunto —dijo Calvin intentando volver a la conversación.

—En estos casos es donde la aristocracia prefiere negar a sus familiares, aunque no puedo asegurar que esté enterado siquiera del asunto. No viene con frecuencia a Londres, y no veo a la señorita Evans como el tipo de persona que quiera involucrar a un familiar en la situación.

No. Iris prefería ir a buscar a un desconocido a Convet Garden que mandar una carta a su único familiar pidiendo ayuda. Por supuesto, nadie garantizaba que el hombre se la fuera a dar de todas formas. Por lo poco que había escuchado hablar del vizconde, no era alguien que se caracterizara precisamente por ser generoso, y si no había ayudado en demasía a su sobrina cuando quedó huérfana, dudaba que esta circunstancia fuera diferente. Como decía John, ese era el tipo de situación en el que los de clase alta tomaban como mejor opción repudiar al familiar. Por supuesto, el marqués no tenía la seguridad de esto y por eso estaba reprimiéndose un poco. Siempre cabía la posibilidad de que el vizconde metiera la mano solo para ahorrarse el escándalo.

—¿Qué tienes planeado para descubrirlo, Calvin? Si puedo ayudar en la sombra, cuenta conmigo.

—No estoy muy seguro aún.

—Yo... eh... tengo una recomendación.

El tono dudoso puso en alerta a Calvin.

No le iba a gustar lo que diría a continuación, lo sabía.

—Creo que para descubrir a alguien lo mejor es manejarse en su entorno. Ya sabes, conocer al enemigo. —Se calló un momento, esperando la reacción de Calvin. Como esta no llegó, se aclaró la garganta y continuó —: Pienso que deberías introducirte en sociedad. Desde ahí puedes vigilarlo mejor. Encerrado en Convent Garden no conseguirás mucho y el tiempo no sobra.

La carcajada que soltó Calvin hizo estruendo en el encerrado lugar, pero no era precisamente alegría o gozo lo que caracterizaba al fuerte sonido. Más bien era ironía, sarcasmo e incredulidad.

—Te has vuelto loco. ¿Cómo planeas que haga eso? Solo un milagro me introduciría en sociedad, John. Además, no estoy seguro de querer pasar por esa tortura en caso de que lograra hacerlo.

—Piénsalo, Calvin. ¿En qué círculos se mueve Hurstley? No es de los que frecuentan clubs de juego o prostíbulos. No es vicioso, el desgraciado. Si quieres llegar al fondo de la cuestión, debes moverte por los mismos lugares que él.

—¿Y cómo planeas qué lo consiga? Te aseguro que la sociedad no estará encantada de recibir en sus salones al hijo bastardo de un noble que, además, es dueño de dos clubs de perdición. Es una tontería, John. No conseguiría una invitación ni cobrándome todos los favores que me deben.

—Sabes que sí. Consigues lo que quieres, Calvin, solo no deseas hacerlo. Piensa que es por el bien de una pobre muchacha. ¿Tolerarías ver a una inocente con la soga al cuello solo por tu incapacidad de soportar la compañía de los de clase alta?

—La gente suele decir que yo no tengo conciencia.

—Calvin...

Calvin suspiró y maldijo por aquellos que lo conocían bien. John era uno de ellos.

Claro que no lo toleraría, y menos si de Iris se trataba. Aunque lo negara en voz alta y otra parte de sí se negara a pensar en ello, haría o daría lo que fuera por ella, incluso su propia vida.

—Maldita sea. Lo pensaré. Ahora vete, que tengo muchas cosas con las que ponerme al día.

John se fue, pero Calvin no tocó ni uno solo de los papeles que estaban en su escritorio.

Maldito fuera John por darle esa idea. Maldito fuera el marqués por ser tan poco vicioso, y maldita fuera ella por ser la única persona a la que no le podría decir que no. El cargo de conciencia hubiera sido soportable si se hubiera tratado de otra dama que no fuera ella.

Su Iris.

Apretó los puños y pensó en cualquier otra manera de solucionar ese asunto sin seguir la idea de John. La que fuera. Pero no se le ocurrió nada más. Solo podía confiar en él mismo para llevar ese asunto y, por ende, debía ser el mismo el que se encargara de todo.

Tenía que investigar a Hurstley. Descubrir su personalidad, sus hábitos, lo que tenía planeado. En otras palabras, debía conocer lo más que pudiera de su enemigo y así conseguir algo que lo delatara y liberara a Iris de la horca. No tenía mucho tiempo y debía actuar con rapidez.

Suspirando, se dispuso a escribirle una carta a alguien que lo podía ayudar.

***

Querida Liliam:

No sabes cuánto me alegra haber recibido tu carta y saber que te está yendo muy bien. Por aquí todo está perfectamente, y si me he atrasado un poco con la cuota de este mes es por que lady Cornwall ha tenido algunos problemas de salud, esperemos que nada grave. No te preocupes, hermana, y sigue estudiando.

Te quiere,
Iris

Con un suspiro cansado, Iris dobló y selló la carta que enviaría al día siguiente a la escuela de señoritas donde lady Cornwall había tenido la amabilidad de inscribir a su hermana. Le dolía bastante mentirle de esa forma a su querida Liliam, pero en realidad no tenía otra opción. No deseaba preocuparla contándole las verdaderas circunstancias del asunto, y rogaba por que la noticia de la muerte de lady Cornwall no hubiera llegado hasta allí. Al menos, no por el momento. Le acongojaba mucho pensar en cómo haría para seguir pagando la escuela hasta que su hermana culminara sus estudios, pues aunque se librara de todo ese conflicto, dudaba que la

herencia de lady Cornwall se la terminara quedando ella, y, aunque fuera así, no estaba segura de querer quedársela cuando tantos problemas le había traído. Un trabajo normal no daría para pagar la escuela, eso era seguro, e Iris deseaba que su hermana tuviera la educación de una verdadera señorita con la esperanza de que se casara y fuera feliz con un buen y respetable joven, como nunca pudo ni podría ser ella. También quería darle una temporada en Londres, aunque ese era un sueño bastante irreal. No solo su situación en sociedad era precaria, sino que el escándalo de ese asesinato siempre sería una sombra que las haría víctimas de miradas de recelo.

Le dolía la cabeza de pensar en todo lo que se avecinaba y las preocupaciones no le daban tregua. Ya había supuesto que haber terminado trabajando con una mujer como lady Cornwall después de la muerte de su padre había sido demasiada bondad de Dios, algo que no duraría para siempre. Oh, ¿por qué no pudo nacer hombre? Así al menos hubiera habido más posibilidades de ganarse la vida después de que su progenitor muriera, dejándolas en la ruina. Para una mujer era complicado, y su único familiar, el vizconde de Bilbury, había dejado claro que su generosidad había llegado hasta darle acogida por unos días en su casa y ofrecerle un poco de dinero para que fueran a Londres a buscar trabajo.

Iris sentía que llegaría un punto en que todo se haría insostenible. Se negó a seguir pensando en ello y decidió que era mejor obligar a su cuerpo a dormir. Con un ancho camisón y una lámpara de gas en mano, se dirigió a la pequeña cama de la habitación que había tenido la suerte de alquilar a buen precio y se echó en ella. Cerró los ojos, intentando relajarse lo suficiente para poder dormir, pero los problemas se negaban a dejar de martillear su cabeza.

Para colmo, escuchó un ruino que la puso en alerta.

Se incorporó en la cama con lentitud y observó la habitación buscando la causa del sonido, pero la oscuridad total que reinaba en esta se lo impidió. La ventana, única fuente de luz, le reveló de pronto un movimiento extraño de fuera. Asustada y a la vez curiosa, encendió la lámpara y se acercó hasta esta. Cuando la abrió para mirar mejor hacia fuera, algo saltó hacia dentro, haciéndola retroceder. Iba a gritar, pero ese mismo *algo*, que ahora estaba segura de que era *alguien*, tapó su boca y la silenció.

Quizás, si su cuerpo no hubiera reconocido de inmediato el contacto, habría sufrido un ataque de pánico. Pero lo hizo. Era imposible para su piel

olvidar ese tacto, la forma en que esos dedos la rozaban. Supo quién era incluso antes de que sus ojos chocaran con esos ojos negros llenos de misterio y secretos, antes de que la luz de la lámpara alumbrara aquellos rasgos duros y apuestos que se habían vuelto su obsesión.

Al ver que ella no iba a gritar, retiró su mano con lentitud y se alejó unos pasos, privando a su cuerpo del calor de la piel masculina.

Se miraron fijamente, y mientras ella consideraba qué sería mejor para decir en esos casos, él habló:

—He venido a explicarte cómo actuaré. Saldrás de esto, Iris. Lo juro por el honor que un día tuve.

Capítulo 5

A Calvin se le hacía difícil entrelazar las ideas y coordinar a su boca para que las pronunciara cuando la mujer que estaba frente a sí, con el cabello largo y trenzado, solo tenía un camisón que ocultaba su cuerpo. Y la definición de «ocultar» era relativa, pues, desgastada por el lavado, la tela mostraba a la perfección las curvas de sus senos, la oscuridad de sus pezones, la estrechez de su cintura y un triángulo de vello negro que provocó que toda su sangre se caldeara y que su corazón bombeara con más fuerza. Sintió la punzada de excitación viajar a su miembro con una rapidez que no recordaba haber experimentado hacía años. Quiso tomarla de la cintura y atraerla hacia sí, besarla hasta perder el sentido y hundirse en esa calidez que tanto añoraba.

No, en definitiva no había sido buena idea visitarla de noche, lo había sabido desde el principio, pero dado que era la opción menos peligrosa para ella, y puesto que su lacayo había descrito con detalle la forma de llegar a su habitación sin que los guardias se dieran cuenta, desechó el sentido común y optó por hacerlo. Ahora debía buscar la forma de llevar la conversación y salir cuerdo del encuentro.

Fuera para apiadarse de su cordura o porque ella misma sentía pudor, tomó con cautela una bata y se la colocó. Dejó la lámpara de gas en una mesilla, cruzó los brazos de manera protectora sobre su cuerpo y esperó a que él hablara. No parecía en lo absoluto sorprendida, o, al menos, no mostraba la reacción acorde a la que debería mostrar una dama cuando un hombre entraba en su habitación.

Tal vez las viejas costumbres no se olvidaban.

—Tengo un plan —prosiguió Calvin, obligando a las palabras a salir. Forzando a su mente a pensar en otra cosa que no fuera la mujer en camisón frente a sí, que parecía tentarlo con cada parte de su cuerpo. No se movía, no hacía absolutamente nada para provocarlo, pero Calvin se sintió como desde hacía años no se sentía con una mujer: muy excitado. De pronto, Iris se presentó como la cura para el mal que lo venía acechando desde hacía algún tiempo, y eso lo preocupó—. Yo... eh... yo me introduciré en

sociedad. Visitaré los círculos que visita Hurstley, me ganaré a sus amistades, descubriré sus errores. Algo lo delatará, tarde o temprano.

—¿Te introducirás en sociedad? —repitió ella, asombrada—. ¿Por mí?

Iris no lo podía creer. Si de algo estaba segura era del odio que él le tenía a la sociedad inglesa. Que estuviera dispuesto a introducirse en esta solo por hacerle el favor despertaba algo en ella muy conmovedor. No pudo controlar el sentimiento. Cada palabra que salía de la boca de él era un rayo de esperanza.

«Saldrás de esto, Iris. Lo juro por el honor que un día tuve».

Esa frase había causado más conmoción en ella que el hecho de que el hombre estuviera en su habitación. No era que esto último no la tuviera aturdida, sino que había intentado mantener la calma para no delatar que su cuerpo había vibrado en cuanto reconoció su contacto, que su mente había sacado a colación viejos recuerdos y que su cerebro no había mandado ninguna señal de defensa porque con él se sentía segura.

Él era y sería el único hombre con el que Iris se sentiría segura, aunque, paradójicamente, era el que más daño podía causarle si se descuidaba.

—No por ti. Por la promesa de ayuda que te hice y que prometiste pagar —respondió con un tono tan cortante como el filo de espada, el filo que Iris sintió como si la hubiera atravesado. Dios debía de haber dado a los humanos la capacidad de hablar para continuar con el castigo por haber mordido la manzana, pues el ser divino sabía lo mortal que podía resultar este acto.

De pronto, sintió que algo le oprimía el pecho: una mezcla de rabia y ganas de llorar, como si su autocontrol estuviera a punto de venirse abajo. Recuerdos y más recuerdos desfilaban en su cabeza incitándola a liberar tensiones acumuladas. A gritar, a preguntar dudas, a exigir respuestas.

No supo cómo se contuvo.

—Por supuesto. La ayuda —dijo con voz forzada, tan forzada que él lo notó.

Su silencio fue determinante para que ese fino hilo que la mantenía en silencio se rompiera. No pudo evitarlo. La necesidad era demasiado fuerte, y ahora que lo tenía ahí, de noche y frente a ella, reviviendo memorias pasadas, sus ganas de saberlo todo fueron incontrolables.

—¿Por qué? —preguntó, y él no necesitó que se lo aclarara.

Calvin apretó los puños y desvió la vista. Quería reunir el valor para admitir lo que podía ser considerado un acto de cobardía, pero para él fue la mejor decisión tomada a pesar de que cada día se le oprimía el corazón por haberlo hecho.

Debería decírselo, confesarlo todo, solo que ¿para qué? La conocía, no terminaría bien si decía la verdad. El futuro no se pintaba bien si lo hacía.

—Fue un error. Por eso. —Fue todo lo que respondió mirándola a los ojos, porque, en realidad, no mentía. Claro que había sido un error, lo había sabido desde el principio. Un error al que tuvo que poner fin una vez comprendió lo fea que podía ser la vida.

—Un error —repitió ella con un nudo en la garganta. Sí. Las palabras eran el arma más mortal con la que contaba el hombre, pero la curiosidad representaba su perdición. ¿Para qué había preguntado si no quería escuchar una respuesta que no le agradaba?—. Ya veo.

¿Qué más podía decir? Gritar y llorar al mismo tiempo tampoco eran opciones viables. Era una mujer adulta. De veintiocho años. Ya no era la niña dolida. Ya había pasado su etapa de duelo. Eso no significaba, sin embargo, que no siguiera sintiendo cierta opresión en el pecho.

El dolor se aceptaba, pero nunca se iba.

—Lo que sea que vayas a hacer, yo te puedo ayudar —continuó ella, buscando la forma de apartar el dolor—. Tengo cierto linaje, pidiendo unos cuantos favores también me puedo introducir en sociedad. Introducirnos a ambos, si es necesario.

—Dudo que la gente quiera en sus bailes a una presunta asesina —respondió él con su característica crudeza—. Además, ¿en qué podrías ayudar? Solo estorbarías. Olvídalo.

En el fondo, Iris le agradeció la crueldad en sus palabras. La rabia era mejor que el dolor.

—Podría moverme en los terrenos que tú no podrías. Podría sonsacar información a las damas. Curiosas por naturaleza, saldrá el tema en varias ocasiones. Además, como dama de compañía de lady Cornwall, conocí y me gané la confianza de varias. Estoy segura de que ellas me invitarían a sus fiestas y no me consideran una asesina. Lady Cornwall solía juntarse con gente como ella, carentes de hipocresía o prejuicios.

Calvin sonrió con esa sonrisa que ella ya empezaba a identificar que era común en él. Cínica, de esas que dicen: «Sé cosas que tú no».

—Primero, querida Iris, todas las personas son prejuiciosas. Segundo, las mujeres son las que menos me preocupan. Por si no lo sabes, de ellas puedo conseguir la información más fácilmente que de los hombres. —El brillo pícaro en sus ojos le hizo saber a Iris a qué se refería.

Agradeciendo que la oscuridad ocultara su sonrojo, y con un valor desconocido, replicó:

—Entonces podría sonsacarle yo de igual forma información a los hombres, ¿no?

No supo si fue su imaginación, efecto de la poca iluminación o si de verdad pasó, pero los ojos de él mostraron un extraño destello. Como de rabia, posesión...

—Ni se te ocurra, no sabes lo que dices. Además, tienes a todo Bow Street sobre ti. Solo arruinarías todo. —Su voz tenía más dureza de la habitual, pero Iris no quiso cuestionarse los motivos—. No debí haber venido aquí. Debí haber supuesto que saldrías con una tontería semejante.

—Es una buena idea —prosiguió ella, a pesar de que él se había girado de nuevo hacia la ventana—. Wi... ¡Calvin!

—Olvídalo —respondió mientras colocaba un pie en el alféizar—. Prometí resolverlo y lo haré. —No le dio tiempo a replicar, y brincó de la ventana hasta un árbol cercano, lo bajó con agilidad y cayó como un gato.

Enfurruñada, Iris lo observó marcharse.

Qué lástima que él no recordara esa faceta de su personalidad que odiaba las órdenes.

***

—¿¡Te has vuelto loco?! La alta sociedad apenas tolera mi presencia, ni amenazando a alguien de muerte podría conseguirte una invitación.

Anthony Price, barón de Clifton y hasta hacía poco una paria londinense, se recostó en el sillón de su despacho en Los Ángeles del Placer y arqueó una ceja color chocolate esperando que Calvin le explicara el porqué de tan extraña petición.

Si en alguien podía confiar, ese era Anthony. No obstante, eso no significaba que deseara desvelar todos los motivos de sus planes. Cuanta menos gente estuviera involucrada, mejor.

—Es algo importante, Anthony, muy importante. —Fue lo único que confesó, y el barón supo que tendría que conformarse—. Sabes que por voluntad propia no piso un salón de baile, ni me encuentro con ese tipo de gente con aires de superioridad por tener un buen nombre.

Por supuesto que lo sabía. De hecho, a Anthony aún le sorprendía la petición. Desde que conocía a Calvin, estaba seguro de una sola cosa, y era del odio que solía profesarle a los de clase alta. Aún desconocía cómo se había dignado a dirigirle la palabra a un pobre noble como él, que a punto estuvo de morir joven entre mujeres, alcohol y drogas, pero el hecho era que se habían vuelto buenos amigos. Sin embargo, cada vez que salía algún tema referido a aquellos de sangre azul, las palabras llenas de cizaña, ironía y rencor dejaban claro el poco aprecio que les tenía a los que, de forma inconsciente, habían provocado su situación actual, pues uno de esos nobles que rondaban las grandes fiestas pregonando buen comportamiento era el padre de Calvin, el que lo negó y dejó a su madre a la suerte de la triste vida a la que eran sometidas aquellas madres solteras sin una carta de referencia.

—Sabes que te ayudaría si pudiera, Calvin, solo que me es imposible. El matrimonio apenas me ha hecho tolerable; sin embargo, sigo sin ser del agrado de la sociedad. No puedo manejarlos, pero...

—Pero... —Lo animó Calvin, al ver que él se quedaba callado. En el fondo sabía que la sugerencia de su amigo no le gustaría. Por otro lado, no perdía nada con escucharla.

—Emerald podría ayudarte. Ella tiene más influencias. Su familia casi puede mover la sociedad entera. No se opondrá, lo sabes.

Calvin hizo una mueca al recordar a la esposa de su amigo. La parlanchina, bella y demasiado, *demasiado* optimista esposa de su amigo. Su personalidad había sido la salvación del barón que estuvo a punto de quemarse en su propio infierno, pero a Calvin le parecía un dolor de cabeza, y, además, juraría que no estaba del todo cuerda.

—También puedes cobrar favores —sugirió Anthony—, aunque es un poco más riesgoso.

El rostro de Calvin le dijo todo a Anthony.

—Yo hablaré con Emerald. No preguntará nada, lo juro, y estará encantada de ayudar aunque siga molesta porque no asististe a la boda.

Calvin asintió, restándole importancia a la última frase. Lo dicho: la mujer de Anthony estaba loca. Había planeado que él, un hombre de los

bajos fondos, asistiera a su boda con el barón. No parecía ver la distinción de clases.

Anthony se inclinó un poco hacia adelante. Esos ojos ámbar de depredador lo observaron con curiosidad. Deseaba saber toda la historia, Calvin lo sabía, pero también era demasiado discreto para seguir preguntando. Anthony era de esas personas que no toleraban que alguien se metiera en su vida, por lo que tampoco solía meterse en la de los demás.

Por eso se llevaban bien.

—Otra cosa. Varias, en realidad. Habrá que buscarte una historia...

—Soy un familiar lejano de algún noble inglés ya fallecido que estuvo estudiando en Europa y ha regresado con el fin de buscar una esposa con la que compartir todo su dinero. ¿Crees que complazca a la estricta sociedad?

—Entre el dinero y lo de buscar esposa, seguro que sí. Es admirable que estés dispuesto a soportar a las casamenteras y a las matronas. Debe ser un asunto muy importante el que te lleva a eso. —Se burló Anthony.

—Lo es.

—Debes seguir ciertas reglas de etiqueta. Puedo ayudarte un poco con eso, pero es más difícil de lo que parece. A mí aún se me olvidan algunas. También debes aprender a bailar...

—Sé bailar —replicó Calvin. Al ver que Anthony arqueaba una ceja, le concedió ese dato—. No siempre viví en Covent Garden, pasé la mayor parte de mi vida en un sitio decente. Asistí a algunos bailes.

—Ya veo. Un repaso no estará mal, de todas formas. Por supuesto, Emerald te ayudará con eso. —Anthony sonrió ante la mueca de Calvin—. El vals se ha vuelto muy popular en los último cinco años, debes aprenderlo también.

Calvin suspiró.

Iris, lo hacía por Iris.

—También tenemos que rezar para que nadie te reconozca.

Calvin no se preocupaba por eso. Nadie de clase demasiado alta visitaba Los Ángeles del Placer a menos que fueran libertinos escandalosos como lo fue Anthony, y esos no eran aceptados en los salones de clase alta. Por otro lado, los que visitaban El Club del Placer sí, pero nadie, excepto unas dos o tres personas, conocían la cara del dueño. En sus tiempos de Bow Street había realizado alguna que otra investigación privada, por lo que su rostro le podría sonar a alguno, pero Calvin tampoco estaba muy preocupado por

eso. La clase alta difícilmente recordaba las caras de los que habían trabajado para ellos. Él tampoco los recordaba bien a ellos.

Le hizo un gesto a Anthony para hacerle entender que el tema no tenía importancia.

—Bien. Mucha suerte. ¿Cómo te presentaremos?

Calvin calló un momento. Sus dedos tamborilearon la mesa dando la impresión de una actitud pensativa. Después de varios minutos, pronunció:

—William. El señor Willian Rednoy.

***

Lady Waldershare no había tenido ningún inconveniente en cederle una invitación a su fiesta. De hecho, la había tratado con la misma amabilidad de siempre y había asegurado no creer ninguna de las acusaciones que se decían en su contra. Incluso había mandando sacar de su propiedad a los policías de Bow Stret que la seguían cual sombra esa noche. Por supuesto, a los oficiales no le había hecho gracia el gesto, y habían asegurado que era su trabajo y no podían interferir en él, pero claro, ese no fue suficiente argumento para hacer desistir a lady Waldershare, cuyo carácter huraño la volvía una de las matronas más temidas y respetadas de la sociedad.

Iris llevaba esa noche un vestido color azul rey que su antigua patrona le había regalado para ese tipo de eventos. Como dama de compañía, era su trabajo acompañarla a donde fuera, y debía tener ropa adecuada para cada ocasión. Por supuesto, nada que opacara a los demás, por lo que el vestido en realidad era sencillo, con encaje plateado en las mangas y el cuello y un escote más que respetable para reafirmar su posición de mujer decente.

Observó a su alrededor un tanto nerviosa por si aparecía el marqués, sin mucha idea de qué hacer ahora que estaba de nuevo rodeada de la alta sociedad. Debió haber avisado a Calvin de que asistiría a ese baile, pero después de su tajante respuesta hacía cuatro días no le quedaron ganas. Por lo visto, su tendencia autoritaria no había cambiado en lo absoluto.

Sentía todas las miradas a su alrededor. Casi podía escuchar las frases dichas entre murmullos hacia su persona. Esperaba que a lady Waldershare no le costara caro haberle otorgado esa invitación.

A cada minuto que pasaba y no se le ocurría qué hacer, Iris se ponía más y más nerviosa. Cada mirada acusatoria dirigida hacia ella era un golpe destinado a desestabilizarla. A punto estaba de comenzar a arrugar la falda de su vestido para calmar los nervios cuando los murmullos subieron de tono, solo que esta vez no iba dirigidos a ella.

Iris dirigió la vista hacia el objeto que pareció captar el interés de la multitud y el abanico que tenía en la mano casi cayó al suelo por la sorpresa. Por un momento no lo reconoció, pues los cabellos negros habían sido peinados hacia atrás y recogidos en una coleta, y ni un solo cabello entorpecía la vista de ese rostro a todas luces aristocrático. La ropa, por su lado, había pasado de una simple camisa de algodón y pantalones desgastados a una camisa de seda tan blanca como la nieve, un pantalón y un chaleco del más fino terciopelo y un frac negro de lana.

Si no fuera por la nariz rota, sería la imagen perfecta de un caballero.

Sus miradas se encontraron e Iris pudo leer con claridad el reproche en sus ojos. Sin embargo, enderezó los hombros y lo enfrentó. Una guerra de voluntades pareció librarse entre ambos y ninguno estaba dispuesto a izar la bandera blanca.

Cuando el hombre de la entrada anunció, con voz fuerte para que todos lo escucharan, el nombre del recién llegado, Iris se sintió mareada.

—El señor William Rednoy.

Algo pareció golpearla con fuerza. Agradeció la gran columna de mármol que inconscientemente la sostuvo. El nombre hizo eco una y otra vez en su mente, y sintió que todo comenzaba de nuevo.

Capítulo 6

Si el martirio de llevar esa ropa incómoda y peinar su cabello hasta que cada mechón lograra permanecer en su sitio fue insoportable, verla a ella allí representó la gota que amenazó con acabar con su contención. No solo porque le había dicho explícitamente que no apareciera, sino porque su sola presencia bastaría para que su mente no funcionara bien en toda la noche.

Se veía haciendo un esfuerzo sobrehumano para no girarse a mirarla a cada instante, para no admirarla cada segundo o para no sentir celos cada vez que algún caballero se le acercara, como seguramente sucedería, pues sería iluso de su parte creer que semejante mujer pudiera pasar desapercibida aunque vistiera el más feo de sus vestidos o tuviera setenta años. Era hermosa, bella como una diosa digna de alabanza. Más de una vez Calvin estuvo gustoso de rendirle pleitesía, y hasta el día presente lo haría si las circunstancias no se lo impidieran.

Cerró los puños para mantener bajo control la rabia y la amargura que lo inundaba cada vez que la realidad lo envolvía. Por efímeros momentos deseaba vivir en una utopía, un mundo fantástico donde todo fuera posible, y no en ese mundo cruel separado por clases y condiciones sociales. Deseaba que no existiera la crítica, que no se juzgara a nadie, que se aceptara a todos por igual y no condenaran a otros por pecados ajenos, pero precisamente porque era imposible y estúpido, eran efímeros los momentos en los que Calvin perdía el tiempo imaginándoselo. Hacerlo con frecuencia podía provocar el nacimiento de una esperanza que no tendría ningún fundamento para sostenerse, y la esperanza en un mundo cruel era la peor enemiga, pues instaba a creer en imposibles y hacía que se olvidara de que debía estar atento para forjarse un camino.

Bajó los escalones de la entrada sintiendo todas las miradas sobre él. No era la primera vez que tenía a tantos miembros de la sociedad a su alrededor, pero sí la primera ocasión que estos le veían la cara, pues siempre había permanecido en las sombras. Observando sin mucha atención, logró reconocer varios rostros y siluetas, no solo de hombres, sino de aquellas mujeres valientes que asistían a las mascaradas que realizaba cada año en El

Club del Placer. En resumen, al menos la mitad de los caballeros que estaban ahí, y poco menos de un cuarto de las damas, no eran ni la mitad de perfectos de lo que exigía el protocolo. ¡Ah!, pero seguro que disfrutaban criticando el mínimo error de los demás y despreciaban a los de clase más baja por no haber nacido con su privilegio de tener dinero.

Dinero que, recordó, conteniendo una sonrisa perversa, iba a parar a él por su ineficiencia.

Caminó entre los presentes con soltura. La cabeza siempre levantada para no dejar entrever ningún signo de inseguridad. Sentía la curiosidad surgir por cada poro de los ahí presentes y sintió cierta diversión por el papel interpretado. Calvin tenía todas las respuestas a todas las preguntas que podían hacerle. Solo debía esperar que el primer curioso se acercara, para que luego llegaran los demás y así hacerse conocer públicamente en la sociedad. Ganaría amistades y comenzaría su plan.

Al principio, su objetivo principal fue caminar hacia Iris y reclamarle por su presencia ahí, pero recuperó a tiempo el sentido común. Según esas estúpidas reglas sociales que Anthony le había citado en los últimos cuatro días, un caballero no podía acercarse a una dama sin antes haber sido presentados. Y aunque él no era un caballero y ella superaba con creces la definición que ellos tenían de dama, no podía hacerlo porque sería delatarse de cierta manera y tener que dar más explicaciones de las planeadas.

Así pues, se dirigió hacia los barones de Clifton, a quienes debía la invitación. Tuvo que armarse de paciencia para saludar a la baronesa.

—¡Qué alegría tenerlo por aquí, señor Bla... Rednoy! —Se corrigió con rapidez—. No sabe cuánto me alegré cuando Tony me pidió que buscara una invitación para usted. Aunque no piense que le perdono no haber asistido a la boda. Me pareció una falta total de respeto, no a mí, sino hacia Tony, que se supone es su amigo. Su deber era ir.

Calvin contuvo las ganas de poner los ojos en blanco y forzó una sonrisa. Emerald Price, Baronesa de Clifton, no solo era la mujer más hermosa que se encontraba en ese salón —aparte de Iris—, sino además la más inocente, pura e irritable persona que podía existir en el planeta. Su forma de ver la vida, toda optimista y alegre, había sido la salvación de Anthony, pero a él le exasperaba porque no podía concebir el mundo como ella lo veía.

Aun así, le caía relativamente bien.

Como pudo, Calvin rehuyó las preguntas de la mujer destinadas a sacarle información. Aunque no dudaba que lo de ella era simple curiosidad y no habría pensamientos maliciosos sobre cómo usar lo obtenido a su favor, él prefería mantener todo en el más estricto secreto. Cuantas menos personas supieran, mejor.

Cuando por fin logró zafarse de la baronesa, utilizó a Anthony como palanca para que le presentara a algunos miembros importantes de sociedad. Ante todos se presentó como William Rednoy, y, cada vez que lo hacía, sentía algo removerse dentro de sí. No tenía claro por qué había decidido usar ese nombre que se suponía que quería olvidar, pero había salido de sus labios de forma tan natural que tampoco quiso cambiar de opinión. Algo en su mente lo hizo mencionar ese nombre y ahora tendría que soportarlo mientras durara la farsa.

Mientras hablaba con unos recién conocidos caballeros, sus esfuerzos se encontraban divididos entre hablar de forma que no se notara ningún rastro de acento *cockney* en él y no buscar con la mirada a la mujer de vestido azul que tenía sus ojos esclavos de su imagen. Sin duda, lo último fue lo que más trabajo le costó, pues el acento *cockney* no lo tenía pegado porque pasó más de la mitad de su vida en la «civilización». Sin embargo, lo segundo era misión imposible.

¿Cómo podía no girarse a observarla cuando solo obtenía placer al verla? ¿Cómo podía no hacerlo cuando, al mirarla, sentía que se llenaba un vacío dentro de él? Tenerla cerca y no poder deleitarse con ella era una tortura, un sufrimiento que se tenía bien merecido por todo lo que hizo. Era el castigo que tenía que pagar por haber querido aspirar al cielo cuando pertenecía al infierno. Era la penitencia por haber injuriado a Dios al querer apoderarse de unos de sus ángeles y llevarlo a la oscuridad. Ni el arrepentimiento temprano podía compensar el pecado que cometió cuando todavía tenía fe en el mundo.

En un momento de debilidad, de esos que lo venían atormentando toda la noche, giró su cabeza, y sus ojos, que parecían saber con exactitud dónde buscarla, la localizaron al otro lado del salón hablando con la anfitriona y otra señora de edad avanzada. Ella también giró la cabeza, como si sintiera su mirada, y sus ojos se encontraron.

Si solo de estos órganos visuales dependiera, ya no habría distancia que los privara de ver con detalle al otro. Por suerte, no eran ellos los que

decidían poner en movimiento el cuerpo, sino aquel órgano superior, tozudo y orgulloso, que resistía con fiera voluntad la tentación de lo prohibido, porque en cierta forma lo era.

Estaba prohibido acercarse más de lo debido al otro, y no precisamente por protocolos sociales.

—Es una dama muy hermosa, ¿no es así? —comentó uno de los hombres que estaba en el grupo. Calvin se había olvidado de la presencia de terceros, inmerso como estaba en un mundo paralelo que giraba solo en torno a ella—. Lástima que haya resultado ser una asesina. Me sorprende que lady Waldershare haya decidido invitarla. Ni siquiera es nadie importante sin lady Cornwall. Debe ser una manipuladora experta si consiguió que la vieja condesa creyera en su inocencia. No puedo creer que exista gente así, y menos que se escondan tras esas caras de ángeles. Debería ser sacrilegio.

Calvin apretó la copa que contenía el oporto para evitar lanzarle un golpe que le girara la cara, y al contrario de todo lo que sus instintos mandaban, forzó una sonrisa.

Si había algo que también pertenecía a su lista de cosas despreciables, eso era la hipocresía, y por ello detestaba a casi todos y cada uno de los que asistían a ese baile.

Así que era un sacrilegio que una cara de ángel fuera manipuladora... Entonces deberían estar condenados al infierno aquellos que se aprovechaban de su poder para hundir a los demás, que se escudaban tras el dinero y la posición y todavía tenían el descaro de criticar como si estuvieran libres de pecado. Muy tentando estuvo Calvin de decirle al señor Ritter que él consideraba un mayor sacrilegio gastarse exorbitantes cantidades de dinero en un casino y en cortesanas caras cuando tenía dos hijas que necesitarían una dote futura, pero de nuevo se calló.

En realidad, esa era una buena oportunidad de sacar el tema, y no podía permitir que sus sentimientos lo dominasen. No ahora, después de tantos años de autocontrol.

—¿A qué se refiere? —Se hizo el desentendido y tomó un trago de su copa de oporto—. ¿Insinúa que esa bella dama no es lo que aparenta?

—Era la dama de compañía de la difunta lady Cornwall. Trabajó dos años para ella y resulta que la anciana terminó dejándole todo el dinero. Sabrá Dios de qué mañas se valdría. El caso es que desheredó a su sobrino,

el marqués de Hurstley, y la nombró heredera a ella. Poco después de haber cambiado el testamento, la mujer murió. Mucha casualidad, ¿no cree? Un mes después de su muerte, en la lectura del testamento, el pobre Hurstley se enteró de la última jugada de su tía y, por supuesto, llegó a la conclusión más obvia. Entre investigaciones ya se sospechaba que la muerte de la marquesa había sido un asesinato, pero después de eso a Hurstley no le quedó duda. Desde entonces, la joven dama está siendo investigada. Muchos no dudan que terminará en la horca.

Nuevamente, la imagen de Iris con una soga al cuello le causó escalofríos.

Antes muerto que eso sucediendo. Entonces, nada habría valido la pena.

—Es una acusación muy grave —comentó con cautela—. Admito que no carece de lógica. Lo que no llego a comprender es cómo pudo lady Cornwall haber desheredado a su sobrino, su propia sangre, en favor de una simple dama de compañía. ¿No le parece un poco excesivo? Como mucho, la dama pudo haber conseguido que la anciana marquesa le dejara unas cuantas libras, pero supongo que hablamos de una cantidad exorbitante de dinero. ¿No habrá hecho algo el marqués para perder el favor de su tía?

Esa interrogante lo venía persiguiendo desde que escuchó la historia. Había algo que no cuadraba en todo eso y él necesitaba saber qué. La mujer no podía haber decidido dejarle todo a Iris así, de pronto. No si la relación entre ella y su sobrino era tan buena como Iris aseguró. No tenía lógica, y, por lo visto, los hombres a su alrededor lo sabían, pues callaron por varios segundos sin saber qué contestarle.

—Creo que la mujer se aprovechó de que el estado mental de lady Cornwall no era estable y de que su pobre sobrino no había sacado tiempo para visitarla en los últimos meses —respondió otro de los hombres, cuyo nombre ya se había olvidado.

—¿No estaba lady Cornwall en buen estado mental? —inquirió con tono curioso.

—Seguramente no. Tenía una edad avanzada. Las personas de esa edad no suelen estarlo.

«Por supuesto», pensó Calvin con ironía. Todo era válido cuando se trataba de justificar los malos actos.

—Supongo que también pudieron llegar rumores a sus oídos que la llevaron a cambiar de opinión. Tal vez le contaron que lord Hurstley

frecuentaba el juego y no quería que se despilfarrara su dinero, o puede que haya escuchado que andaba en malos negocios. Hay infinidad de posibilidades.

—¡Tonterías! —replicó el señor Ritter—. Cómo se nota que lleva muchos años fuera de Londres. Creo que Hurstley nunca ha pisado un club de juego, y es muy precavido con sus decisiones. Si alguien llegó a decir eso, no hay fundamento que lo avale.

Bien. Entonces el famoso marqués si parecía ser un caballero perfecto, un pequeño inconveniente si deseaban buscarle algún defecto que lo delatara. Ya sabía que de los caballeros no obtendría nada. De las damas tampoco si esa era la imagen general que Hurstley se había encargado que tuvieran de él. Pero debía haber algo en lo que se hubiera equivocado. Algo en lo que pudiera escarbar para obtener pruebas a su favor.

Nadie era tan perfecto. Algún error debió haber cometido, y si no, alguno cometería.

Calvin se encargaría de que así fuera.

—Ya veo. Entonces todo apunta a la señorita Evans. Es una pena que una joven tan bella pueda terminar con una soga al cuello.

—No lo es cuando se librará al mundo de una asesina. No hablemos ya de temas desagradables, mejor cuéntenos, señor Rednoy, ¿de quién dijo que era familiar?

Calvin respondió, con la mayor convicción que pudo, las preguntas poco discretas a las que fue sometido, y cuando tuvo oportunidad se escabulló del grupo. Eso de que las mujeres eran las únicas chismosas era mentira. La única diferencia con los hombres era que estos eran más sutiles.

De pronto, Calvin se vio en la necesidad de tomar aire fresco antes de seguir con su misión. Si iba a tener que soportar velada tras velada a gente odiosa, era mejor que de cada una sacara algo importante o sería un esfuerzo infructuoso.

Decidió que salir unos minutos al balcón sería lo mejor antes de continuar, y así lo hizo. Salió al balcón vacío y se recostó en la baranda.

Los jardines de los anfitriones se mostraban como una bonita imagen para relajar la mente, pero él prefería mirar la luna. Esa que lo seguía a todos lados. Esa que, aunque sonara ridículo, era la única que podía brindarle paz en momentos de desasosiego, porque parecía comprenderlo, conocía sus secretos, había sido testigo de sus noches en vela. Era aquella

amiga en la que podía confiar sin temor a la traición. No daba consejos; sin embargo, su sola visión causaba paz. Le hacía recordar con su lejanía y magnificencia que solo era un simple mortal más en ese mundo gigante, que, en realidad, no era el único que sufría, sino uno más al que el destino había decidido hacer víctima de su lista de desafortunados, de sus juegos perversos.

No era un gran consuelo, pero al menos servía cuando era de los que se preguntaba constantemente el motivo de su existencia.

—Recuerdo aquellas noches frías y solitarias cuando miraba la luna porque una persona me dijo una vez que ella acortaba las distancias. Así como yo la estaba observando, esa persona también la podría estar mirando, y eso te hacía creer que, si ambos las observaban, era porque compartían un lugar en un mundo que no era tan amplio como parecía. Desde entonces, todas las noches que me sentía sola asomaba la cabeza por la ventana y la miraba, haciéndola conocedora de mis sentimientos, mis deseos, y pensaba: «¿Será que también la está contemplando?». Y algo me aseguraba que sí.

»Entonces me sentía más cerca de esa persona, y parte del desasosiego se calmaba porque seguíamos en el mismo mundo, a pesar de que la distancia parecía mucha o era desconocida. Mirar la luna se volvió mi costumbre más fiel durante los últimos diez años, ¿sabes? Al final, resultó verdad que el mundo no es tan grande como aparenta, no hay distancias que no se puedan recorrer. ¿Tú qué crees... William?

Capítulo 7

Calvin se giró lentamente para enfrentar a la intrusa que, no conforme con ser dueña de cada uno de sus pensamientos, también había decidido importunarlo con su presencia en el balcón, convirtiendo su momento de soledad en un martirio.

Tenerla cerca y no poder hacer todo lo que deseaba era un calvario.

—Qué tonterías dicen algunos, ¿no crees?

—No lo considero así.

Iris salió de la sombra donde se había refugiado para observarlo desde el anonimato y se acercó a él con pasos lentos.

Muchos dirían que había sido una tontería seguirlo hasta allí, sobre todo cuando era muy probable que fuera a regañarla por haber asistido a la velada, pero no era una niña pequeña, sino alguien que tomaba sus propias decisiones. Además, el impulso de hacerlo había sido más grande que su sentido común. Siempre era así cuando él estaba cerca. Nada importaba. Solo verlo. Había cosas que, al parecer, no podían cambiarse por más que se deseara. Por más que el corazón llorara o sufriera por semejante acción, había algo más poderoso que no podía evitar. Era como una penitencia que debía pagar solo por haber sentido aquello prohibido.

—¿Qué haces aquí? ¿No te dije que te mantuvieras al margen? —recriminó él para evitar seguir por terreno peligroso.

—Nunca juré que lo haría. Deseo ayudar. Esto también me incumbe.

—¿No confías acaso en mi capacidad? —El hombre intentó sonar ofendido, pero ella no se dejó manipular.

—Creo que dos cerebros trabajan mejor que uno. William...

—Calvin —corrigió él con brusquedad.

—Te presentaste ante la sociedad como William —recordó ella.

—Eso no significa que puedas llamarme así.

—¿Por qué? —cuestionó—. ¿Acaso crees que es más fácil si fingimos ser desconocidos?

—Somos desconocidos, Iris. Al menos, yo lo soy. No me conoces. Nunca lo hiciste.

Iris guardó silencio.

El sentido común le decía que era mala idea seguir por ese camino, pero ya había empezado y no deseaba terminar la conversación sin haber obtenido algo.

—Lo hice —aseguró en voz baja—, solo que ahora ya no.

Calvin también guardó silencio por unos segundos que parecieron eternos.

Todo lo que los rodeaba era solo tensión. Él se empezó a acercar, y por cada paso que daba, ella retrocedía dos, como si temiera su cercanía. Era él quién debía temerla, pues ese cuerpo de ella conseguía instarlo al pecado cada vez que estaba cerca. Sus caderas anchas, sus senos redondos, cada porción de su piel de porcelana traía imágenes lujuriosas, invocaba a los recuerdos pecaminosos y revivía el fuego del deseo que estaba seguro de que jamás podría apagarse. Porque era ella, la única que en realidad tenía el poder de encender su sangre hasta hacerla arder. Era ella la que podía manejar su cuerpo y su corazón a su antojo. Siempre había sido y siempre sería ella, porque así lo había decidido hacía diez años el cruel destino que los unió.

Iris colocó las manos en la baranda cuando ya no pudo retroceder más y sintió como su cuerpo empezaba a reaccionar a la cercanía de él. Un calor conocido empezó a recorrerle la piel, y a pesar de que se reprendió por permitir que la siguiera afectando, no cambió nada. Fue como en los años anteriores. Él, dueño de su cuerpo y de su alma, era capaz de provocar reacciones que nadie más podía. Era como si cada centímetro de su piel supiera a quién pertenecía y por eso reaccionara a su contacto.

Maldito corazón que se entregaba al menos indicado.

Maldito por ser incapaz de olvidarlo.

—No, no lo hiciste. Conociste una ilusión, Iris. Este soy el verdadero yo.

—No. —Se empecinó ella, a pesar de que su cercanía la ponía nerviosa—. Pienso que este nuevo tú es la ilusión. Me niego, William. Me niego.

—Calvin —insistió—. Memorízalo, Iris. Calvin.

—William —dijo con terquedad, en voz más alta. Parecía no importarle que alguien pudiera escucharlos o entrar de pronto al balcón. La discusión era determinante.

Calvin apretó los puños a sus costados y cerró los ojos. Le costó bastante mantener el control, aunque tampoco estaba seguro de qué haría si lo

perdía. Jamás podría hacerle daño, ni aunque hubiera perdido todo el juicio. Más bien creía que, si perdía el control, perdería algo de sí mismo más que otra cosa.

—¡Basta ya, Iris!

—¡Basta tú! ¿Qué te pasó, William?

Iris sabía que continuar con esa conversación era arriesgar muchas cosas. Primero: la ayuda que él le ofrecía para demostrar su inocencia. Segundo y posiblemente más importante: su salud y estabilidad emocional.

Calvin hizo un movimiento brusco con las manos, buscando de alguna forma liberar la tensión que amenazaba con hacerlo explotar. Apretó los labios para contener el rugido que bien pudo haberse asemejado al de una bestia furiosa si lo hubiera dejado salir. Así se sentía, como una bestia amenazada que solo podía rugir, gritar y poner su cara más fiera para que lo dejaran en paz, para que no lo dañaran.

—Regresa al salón, Iris —dijo en tono forzado, intentando reprimir todo tipo de emociones.

—Ni tú mismo lo sabes, ¿no es verdad? —dijo en tono bajo, suave, y con un pequeño y casi imperceptible tono de decepción. Pero Calvin lo notó, y no pudo explicarse por qué le dolió tanto.

¿No era él al que ya nada le importaba? ¿No se suponía que las opiniones de los demás no le afectaban? Claro que ella no era una persona normal, y, aunque lo intentara, todo desprecio que viniera de Iris le afectaba.

Aunque lo tuviera merecido.

—No me pasó nada, Iris —respondió con sequedad—. Solo me volví lo que en el fondo siempre fui. Solo desarrollé las capacidades que necesitaba para enfrentar al mundo al que pertenezco. —Sin decir nada más, se marchó para salir ileso.

Iris se quedó observando su marcha por varios minutos y suspiró con melancolía.

Ya no sabía si habría sido mejor no haber tenido jamás ese reencuentro y quedarse con los buenos recuerdos del William que amó. Era muy, muy cruel por parte de la vida hacerle esa jugada, pues no solo la estaba obligando a enfrentarse con el pasado, sino que además la hacía cuestionarse todo lo que alguna vez vivió.

Estaba tan cambiado... ¿De verdad era aquel hombre de sonrisa afable que siempre la había hecho reír? ¿En realidad era su William, el que le repetía lo hermosa y maravillosa que era apenas tenía oportunidad? ¿El que había llenado de momentos mágicos su aburrida existencia? Quería creer que aún lo era, pero cada vez se daba cuenta que, muy a su pesar, la respuesta era no, y seguir alimentado esa esperanza le causaría tanto daño que terminaría prefiriendo la soga en el cuello.

***

Calvin estaba furioso. Consigo mismo por haber utilizado ese maldito nombre, con Iris por hacerle perder el control de esa manera y con toda la maldita humanidad, que con sus malditas clases y reglas arruinaban la vida de los más desafortunados, aquellos que no tenían el privilegio de nacer en su círculo. Se preguntó con ironía qué criterios seguiría Dios para dárselo todo a unos y a otros nada. ¿Por qué semejante injusticia de alguien que se suponía que era el ser más misericordioso y bueno del universo?

Esa noche ya no podía pensar con claridad, así que decidió retirarse. Salió de la casa dispuesto a buscar un coche de alquiler. Casi pasa por alto a los dos hombres que fumaban un puro en una esquina alejada del jardín.

Dadas las circunstancias, estuvo tentado de dejarlos pasar, pero no tardó en reconocer al que ya le habían señalado como su objetivo, por lo que se acercó con paso disimulado, como si fuera uno más de los que paseaban por el jardín. Cuando estuvo a una distancia decente para escuchar sus voces, se ocultó tras unos arbustos y escuchó, mirando de reojo a los hombres.

—Lo considero una verdadera falta de respeto —dijo Hurstley luego de soltar una bocanada de humo—. Lady Waldershare ha perdido la razón. En honor a la memoria de mi tía no debió invitar a esa mujer. Estoy a punto de irme. No soporto estar en el mismo lugar que la asesina de uno de mis familiares. Semejante escoria solo merece pisar Newgate esperando recibir la sentencia a la horca.

—Estoy de acuerdo —dijo el compañero—. No entiendo, Hurstley, por qué no la ha mandado apresar.

Calvin tuvo que contenerse para no salir a golpearlos hasta que se retractaran de sus palabras. Le parecía un pecado que hablaran de esa forma

de una persona tan buena como Iris, alguien cuyo único delito era ser demasiado inocente como para desconfiar.

Observó de reojo los finos rasgos del marques, con su cabello rubio peinado a la perfección, su ropa de la tela más fina completamente almidonada y sin una arruga. Sintió ganas de golpearlo hasta hacerlo confesar.

Cómo odiaba esa hipocresía. Cómo odiaba a los de su clase. Deberían ser ellos quienes pisaran las sucias celdas de Newgate por ser incapaces de sentir compasión o de realizar un mínimo gesto de bondad.

Claro que de ser esos los delitos por los que encarcelar, el mismo Calvin estaría preso.

Pero sin duda el mundo sería un lugar mejor.

—No hay pruebas válidas —confesó con pesar el marqués. Inhaló otra bocanada como si quisiera relajarse. Luego de soltarla, continuó—: Los sirvientes no saben quién le daba el medicamento a mi tía, si ella o la doncella que desapareció, o si estaban aliadas. Tampoco es una mujer abandonada. Tiene familiares poderosos. Su tío es un vizconde.

—No creo que el vizconde pusiera la mano en el fuego por ella —opinó el compañero, inhalando de su propio puro—. No se ha manifestado hasta ahora, y si la mujer estaba trabajando como dama de compañía, significa que no cuenta con su entero apoyo. Si la quisiera, le habría dado una temporada en Londres para que buscara esposo.

Calvin también dudaba de que el vizconde moviera un solo dedo para ayudar a su sobrina por buena voluntad... a menos que pudiera sacar beneficio de ello. En este caso, el mayor beneficio era evitar el escándalo. Que un pariente relativamente cercano fuera ahorcado por asesinato no era nada bueno para el apellido Evans ni para las hijas en edad casadera del vizconde. Él haría lo posible para que las cosas no se fueran a los extremos para evitar daños mayores, pero no porque quisiera a Iris. Ella siempre había dicho que era un tío muy distante y poco afectivo. No se veían con frecuencia, aunque todos sabían de su parentesco.

Se preguntó si este estaba enterado de la situación y si sería conveniente hacérselo saber.

—La señorita Evans ya había pasado la edad casadera cuando su padre falleció. Sería más un estorbo que un beneficio. Nadie culpa al vizconde por no hacerse cargo de ella, pero eso no significa que no pueda tomar

represalias si se la condena injustamente. Además, no le conviene el escándalo. Aunque sea por ese motivo, intervendrá.

El acompañante consideró la teoría.

Asintió.

—Supongo que por eso tampoco podemos encerrar a la señorita Evans en Newgate hasta que se consigan pruebas de su culpabilidad.

Hurstley negó con la cabeza.

Calvin se estremeció de imaginarlo. Iris jamás sobreviviría en un lugar como Newgate ni siquiera tres días. Era el infierno en la tierra. Una pocilga peor que los bajos fondos de Londres. Calvin había estado allí en unas cuantas ocasiones cuando trabajaba en Bow Street, y solo pasar como visitante una vez bastaba para quitar las ganas de regresar. Los pasillos oscuros por los que corrían toda clase de animales, un hedor que podía hacer vomitar; quejidos, lloriqueos de los desgraciados que estaban encadenados... No había distinción entre mujeres y hombres, nobles y pobres. Podía toparse con cualquiera y perecer entre ellos.

La firme decisión de que Iris jamás pisara ese lugar lo invadió. Haría todo lo que estuviera en sus manos, daría su vida misma si fuera necesario, pero mantendría su alma pura lejos de la desgracia.

Se dio cuenta de que no podría vivir si ella moría.

—Espero que todo se resuelva, Hurstley, tu tía merece justicia. Mientras, te recomiendo que hables con las amistades de tu tía y las adviertas sobre esta mujer para que estos incidentes tan desagradables no se repitan.

Hurstley asintió. Ambos hombres apagaron sus puros y se marcharon. Calvin se quedó ahí pensando un rato.

Había algo extraño en todo eso. Una, o, mejor dicho, *varias* piezas que no encajaban.

A lo largo de los años había adquirido cierta habilidad leyendo a las personas, viendo su expresión, prestando atención a su tono de voz. Podía pecar de arrogante y afirmar que siempre sabía cuándo una persona mentía. Pocas eran las que lograban engañarlo, y quizás Hurstley fuera una de esas, porque Calvin casi se creyó su teatro. Tal vez porque no vio bien la expresión de su cara, pero su tono era tan seguro, su desprecio tan puro... Además, estaba el asunto de su buena reputación. Una persona con la malicia para matar a alguien pocas veces pasaba inadvertida ante la estricta sociedad londinense. Debía tener un escándalo aunque fuera, un vicio que

lo inculpara. No podía ser el hombre perfecto que todos consideraban. Las amistades de Calvin incluso se lo habían confirmado.

Él se negaba a creerlo. Había algo, y lo descubriría.

Capítulo 8

No podía haber alguien tan limpio.

En todos los años que había pasado en los bajos fondos de Londres y como investigador de Bow Street, Calvin había aprendido una cosa: nadie estaba limpio. Podía ser un duque con reputación intachable y, aun así, tendría algo que manchara su nombre, aunque nadie lo supiera. Un mal negocio, una conversación con alguien poco decente, una apuesta arriesgada, una noche de borrachera en un lugar de mala muerte, lo que fuera, pero nadie estaba libre de haber pecado. Era la naturaleza del ser humano cometer errores, y cuando vivían en una sociedad así de estricta, el instinto salvaje de rebelarse aunque fuera una vez era irresistible. Hurstley no podía ser la excepción.

Sin embargo, lo parecía.

Desde tempranas horas de la mañana hasta ese momento, cuando ya caía la tarde, Calvin había estado moviendo contactos, realizando entrevistas, preguntando a todo el que fuera útil sobre Hurstley, su relación con su tía, sus hábitos.

El resultado había sido muy decepcionante, además de lograr intrigarlo más.

Tal y cómo le habían comentado en la velada de la noche pasada, el hombre no tenía vicios, y pudo confirmarlo hablando con casi todo aquel que tenía una cantina, un burdel o un club de juego en Londres. Calvin los conocía a la mayoría, y para los que no, utilizó a otros que sí lo conocían. Tenía muchas influencias, y con una mirada intimidante ninguno se hubiera atrevido a mentirle cuando sabían a lo que podrían atenerse si lo hacían. Era uno de los pocos hombres que manejaban las áreas de vicios de Londres, nadie podía ocultarle nada respecto a esos temas, nada se le escondía.

En conclusión, si no había obtenido información sobre Hurstley era porque no había ninguna. Al menos, no en ese aspecto. No en Londres.

Por otra parte, estaba la buena relación con su tía que algunos lores le habían comentado la noche pasada. Según las fuentes, se llevaban muy bien y la visitaba con frecuencia. Calvin podría decir que solo trataba de

asegurarse el dinero con su amabilidad, aunque seguía habiendo una pieza sin encajar. Su buena conducta y las visitas frecuentes a su tía podían haber sido actitud de los últimos meses para ganarse el favor de la anciana, pero no. Hurstley siempre había actuado así. No era la conducta más normal de alguien propenso a cometer un asesinato. Calvin incluso se preguntó si no se estaría equivocando.

No obstante, si no había sido él, ¿quién?

Entró en el número tres de Bow Street y atravesó largos y estrechos pasillos apenas iluminados hasta que llegó a la oficina del magistrado. Dio un solo golpe en la puerta para avisar de su presencia y luego entró.

El magistrado, un hombre bajito, regordete, de mirada tosca y actitud distante, lo recibió con una inclinación de cabeza sin ni siquiera molestarse de levantar la vista del montón de papeles que había sobre el elegante escritorio de caoba. Era una estancia más o menos amplia con paneles de madera y una ventana que daba al exterior. El escritorio era grande y tenía dos sillas de roble para las visitas.

Calvin recordaba muy bien ese lugar. Había pasado muchas horas allí discutiendo casos, planeando estrategias. Conocía bien a sir Henry, un hombre de honor como pocos, una persona justa en una extensión limitada de la palabra.

A Calvin le agradaba.

—¿Qué te trae por aquí, Blake? —preguntó el hombre a la vez que estampaba su firma en uno de los papeles—. No me digas que quieres regresar al buen camino y ejercer de nuevo de investigador.

Calvin esbozó una sonrisa sardónica.

—Es difícil volver al buen camino cuando ya has probado los beneficios del mal. Aunque podríamos decir que he regresado a la investigación, por eso estoy aquí. Necesito cierta información.

El magistrado por fin se dignó a levantar la cabeza. Arqueó una de sus cejas grises y lo observó con suspicacia.

Era un hombre de unos cincuenta años, con una profusa barba y una mirada penetrante, de esas que imposibilitaban mentirle. No sabía cuántos años llevaba en el puesto, pero cuando Calvin había entrado al servicio, sir Henry ya estaba ahí. Al principio lo habían contratado como policía; luego fue ascendiendo hasta que dos años después llegó a ser parte del círculo

reducido de investigadores. Para entonces, Calvin ya estaba tan decepcionado con el mundo y la justicia que decidió irse por otros caminos.

—La señorita Iris Evans —explicó—. ¿Qué sabe de su caso?

—Debería haber supuesto que serías el único que aceptaría ser su abogado defensor —dijo el hombre con tranquilidad, sin ninguna emoción en su rostro—. ¿No le temes a nada, Calvin? ¿Ni a la ira de Hurstley?

Calvin sonrió de forma perversa. Sus ojos brillaron con malicia.

—¿Por qué habría de temer a Hurstley? ¿No es acaso el dechado de virtudes y honor que todos me describen? Hasta ahora no le he encontrado un solo pecado. Además, le ha dado a la señorita Evans un mes para probar su inocencia, un hombre muy considerado.

Era imposible que un sarcasmo tan puro pasara desapercibido.

—Hurstley es un hombre de honor —aseguró el magistrado con leve molestia—. Jamás inculparía a un inocente.

—Lo hará si ella no logra probar su inocencia en un mes. No le interesará que haya pruebas sólidas, solo la colgará para decir que «se hizo justicia».

—¿Estás seguro de que ella es inocente? ¿Cómo puedes saber que la mujer no miente? Vamos, Blake, siempre has sido un hombre inteligente. Sabes que la situación es sospechosa.

—Sé que es inocente —afirmó Calvin, apretando los puños para contener la rabia que sentía ante la acusación.

El impulso de golpear al hombre que una vez fue lo más cercano a un amigo lo sorprendió. No podía tolerar la idea de que acusaran a Iris, a *su Iris*. Un instinto primitivo lo apremiaba a defenderla como defendía el hombre de las cavernas todo lo que creía suyo. Iris no era suya, no de forma legal porque él así lo decidió, pero aun así sentía el deber de limpiar su nombre.

Ella no era suya. Él, sin embargo, sí era de ella. Si Iris sufría, él también.

El magistrado no fue tan imprudente como para contradecirlo. Se limitó a volver la vista a sus papeles, y quizás fuera por su amistad de hacía unos años o porque confiaba en Calvin, pero dijo:

—No lo hará sin pruebas sólidas. Hurstley está buscando al médico. Él es el único que puede esclarecer todo. También intenta localizar a esa criada que, según la señorita Evans, es la culpable.

—El sentido de ejercer la justicia siempre me ha parecido bastante cómodo —comentó Calvin con desprecio. Ese era uno de los motivos por los que se había ido—. Debo entender que si el médico o la doncella declaran ser inocentes y testifican en contra de la señorita Evans, ella será condenada y nadie se molestará en confirmar si dicen o no la verdad.

—Ella tiene todo en su contra —dijo el magistrado.

—¡Eso no significa que sea culpable, maldita sea! —exclamó Calvin, ya al borde de perder la paciencia. Sir Henry se mostró sorprendido por su arrebato—. Pero como es una mujer, es el blanco más fácil —dijo con desprecio—. ¿Qué sucederá si no encuentran a los involucrados? ¿La culparán igual? ¿Se las arreglará Hurstley para encarcelarla al finalizar el mes de benevolencia?

El magistrado guardó silencio. Una casi imperceptible expresión de culpa se mostró en su rostro. Calvin supo que no le iba a gustar lo que iba a decir.

—Insisto en que Hurstley no es ese tipo de hombres, pero con base en la experiencia con la aristocracia en general, puedo afirmar que siempre consiguen lo que quieren, y el marqués no parece diferente. Si quiere justicia, la conseguirá.

—Y usted se prestará para otorgarla —dijo Calvin con desprecio, sin reconocer al hombre que tenía enfrente.

Sir Henry suspiró.

—No puedes ir contra el que tiene dinero y poder, Calvin. Con los años te das cuenta de eso. Yo intento ser justo en la medida de lo posible, pero he aprendido que no puedes oponerte a un aristócrata deseoso de algo. Si no te unes a ellos, terminarás muy mal. —Negó con la cabeza, como si se reprendiera a sí mismo sus palabras.

—¿Y a esto lo llama «el buen camino»? —dijo con una rabia disfrazada de burla—. He visto delincuentes con más honor.

Calvin sabía que lo que decía sir Henry era verdad. Fue por eso que abandonó Bow Street.

Cuando entró, no era más que un muchacho de pueblo criado por un vicario que siempre intentó enseñarle las bondades de Dios y lo bueno de la vida, sin tener en cuenta que el corazón de Calvin se había endurecido en los escasos cuatro años que vivió en un prostíbulo. No había necesitado más para ver la miseria en su máxima expresión. Solo la imagen de su madre,

que lloraba cada noche sin consuelo, bastaba para hacerlo rabiar por las injusticias del mundo. Aun así, no era un hombre desagradecido, e intentó en lo posible seguir la vida que el vicario quería. Después de todo, lo había acogido cuando su madre, enferma y apunto de morir, lo dejó en su casa. Lo había criado y lo había mantenido dándole lo más cercano a una familia.

Su mujer también lo trataba bien. Era como el hijo que nunca tuvieron, y, aun así, Calvin nunca encajó. A pesar de poner todo de su parte, intentar ser normal, la gente lo despreciaba porque sabían que era un bastardo, hijo de una mujer inmoral. Nunca fue lo suficientemente bueno y había tardado demasiado en comprenderlo.

Tal vez si lo hubiera comprendido antes, no sufriría ahora por haberse enamorado de quien no debía.

Calvin llegó a Bow Street con el propósito de ser alguien honorable. Tenía las ilusiones de un joven de veinticinco años, una ilusión absurda de ganarse un nombre respetable que poder ofrecer a quien amaba con desesperación. Fue ascendiendo con determinación, pero no tardó en volver a ver el lado malo de la vida. Las pruebas se compraban, había corrupción. La justicia se movía al igual que la delincuencia, solo que de forma legal. El más poderoso manejaba a los otros, y eran pocos los casos en los que se hacía una sentencia justa.

Calvin había admirado a sir Henry porque era uno de los pocos magistrados que siempre actuaba con verdadera justicia. Ahora veía que el mal había hecho mella en él.

No lo culpaba. A veces, era imposible sobrevivir si no se estaba del lado correcto.

Él lo sabía.

Eso no significaba, sin embargo, que no le molestase. Por eso prefirió abandonar la policía e irse a los bajos fondos. Al menos allí las cosas desagradables se movían sin hipocresía. Le había costado un tiempo adaptarse, un año entero en el que casi perdió la vida por hundirse en su desdicha. No supo qué lo impulsó a levantarse un día y seguir adelante para conseguir todo lo que ahora tenía. O quizás sí lo sabía y no quería admitirlo.

De cualquier manera, sentía que no encajaba en ningún lado. Como si no perteneciera a ese mundo.

—Temo, sir Henry, que no podré permitir que se llene los bolsillos sentenciando a una mujer inocente. Me disculpo de antemano por arruinarle

el caso. Hasta pronto.

Calvin se fue sin dar una despedida formal. Sentía que no podía estar más ahí.

Mientras paseaba por los atestados mercados de Covent Garden, que durante el día era un lugar concurrido, Calvin analizó la conversación con el magistrado y su opinión de Hurstley. Le seguía molestando que todo el mundo lo creyera un hombre intachable cuando no era así. Le ofuscaba que nadie considerara inocente a Iris ni se le diera la oportunidad de defenderse. En el momento en que el marqués decidiera actuar, ella sería condenada y Calvin no estaba seguro de hasta qué punto el vizconde de Bilbury intervendría. Tampoco era que pudiera hacer mucho; había una gran diferencia entre sus influencias. Tenía que actuar rápido, desenmascarar al marqués y confiar en que no se librara de la horca con dinero, aunque no temía por esto último.

Si lograba hacer el escándalo público, a la policía no le quedaría otra que arrestarlo, y los mismos pares ingleses pedirían su condena para que no ensuciara la representación de la aristocracia.

Eran todos tan predecibles, tan hipócritas e interesados...

Caminó hasta St James, en donde se vestiría con ropas de caballero e iría a dar un paseo por Hyde Park.

Había que continuar con la farsa.

***

Iris descubrió una forma muy efectiva de burlar a sus vigilantes. Solo tuvo que usar uno de sus viejos vestidos de luto, cubrirse los cabellos con una cofia y luego colocarse el velo para ocultar su cara. Pensó en salir por la parte de atrás, pero luego optó por la opción arriesgada. Salir por detrás despertaría más sospechas. Sabía que los hombres contratados por Hurstley vigilaban todo el edificio que constituía la pequeña posada. Sin embargo, no creía que pensaran que se podía escapar usando la entrada principal. Así pues, salió del lugar con paso tranquilo. Pronto comprobó que los hombres no se movieron.

«¡Ja!», pensó Iris. No eran los mejores investigadores con los que contaba Bow Street, eso sin duda.

No se atrevió a quitarse el velo por miedo a ser reconocida. Era un día cálido, la gente se congregaba en distintos lados del lugar. Paseaban por Rotten Row, charlaban con conocidos... Uno de los mejores sitios para hacer vida social era Hyde Park. Casi era seguro encontrarse con al menos un conocido allí.

Iris, sin embargo, deseaba no hallar ninguno para no arruinar su paz.

Se concentró en el aire fresco que acariciaba su cara a través de la fina tela, lo inhaló y sintió gran satisfacción por saber que no era vigilada. Esa sensación de libertad era tan única y especial que hubiera dado todo ese dinero para obtenerla por siempre.

Caminó un poco entre las personas que no solían prestarle mucha atención. Una mujer de luto pocas veces era interesante, no recibía más de una mirada. Se sentó en un banco de madera y observó a una pareja en particular que pasó frente a ella. Una joven de unos dieciocho años y un hombre solo un poco mayor que ella charlaban animadamente mientras una anciana doncella caminaba a una distancia prudencial de la pareja. La joven tenía su brazo enlazado con el del caballero, sonreía con entusiasmo y en sus ojos brillaba la ilusión de un primer amor.

Iris recordó con pesar cuando sus ojos brillaron de esa misma manera. Ahora solo estaba el anhelo de ese amor perdido e irrecuperable.

Analizó la conversación de la noche anterior y se sintió más confundida que nunca. Él se había presentado con su verdadero nombre, pero se negaba a que ella lo llamara así. ¿Acaso era una forma de mantener las distancias? ¿Quería hacerle creer que era un desconocido para que no guardara esperanzas? Iris no lo comprendía. Tal vez ni él mismo se comprendía. Ella había logrado visualizar una leve confusión cuando lo enfrentó. Por un momento efímero, vio en sus ojos al William del que se había enamorado antes de que fuera sustituido por ese hombre frío que hacía todo con indiferencia.

«Debería dejar de torturarme de esta manera», se dijo. Él no volvería a ser como antes. Londres lo había cambiado. La vida lo había vuelto otra persona porque él así lo había querido. Iris nunca comprendería el motivo por el que se fue justo después de que su amor se hubiera consumado. Pasó meses cuestionándose si había hecho algo mal, incluso interrogó al vicario para ver si le daba respuesta, pero el hombre solo había mencionado que él quería formarse su propio camino, pues en las palabras del mismo Calvin,

lo necesitaba. Cuando ella se lo preguntó, Calvin le dijo que fue un error. Debería creerle, desilusionarse, pasar el luto por su perdida definitiva y volver otra vez a su vida, solo que no podía.

Oh, qué terco era el corazón, se aferraba a lo imposible y vivía de una ilusión.

Sacó un libro de su bolso de mano, lo abrió y ojeó las páginas con indiferencia. No creía poder concentrarse en las letras ante sus ojos, aunque podría fingirlo para no llamar la atención. Llegó a una página doblada con especial cuidado, en donde descansaba una flor vieja, seca, ya sin muchos pétalos, pues se habían ido cayendo a medida que los iba acariciando. Sus dedos la acariciaron una vez más. Se trasladaron a una hoja hasta que llegaron a la frase subrayada que le dijeron cuando, aquella mañana de primavera, mientras estaban escondidos entre los árboles de la propiedad de los Evans, se la entregaron junto con el libro.

«Tus labios son más poderosos que treinta soldados desafiándome. Un solo beso me dará el coraje para enfrentarme a todos con temeridad, ¿me lo concedes?».

Esa había sido la forma de pedirle su primer beso.

Iris siempre había considerado *Romeo y Julieta* su obra preferida. Expresaba un amor único, dispuesto a llegar a los límites para estar juntos. Un amor inocente. Muy parecido al suyo y con un final igual de trágico, aunque mejor, porque al menos aquellas almas se reencontraron después de la muerte. Ella, en cambio, tendría que vivir con la carga de saber la otra parte de la suya muy cerca, y nunca poder estar junto a esta. Vivir con el dolor de haberla perdido, o peor, observar como se había convertido en otra sin poder hacer nada apara rescatarla.

Con una lágrima amenazando con escapar, pasó la página como si así pudiera pasar el dolor. Halló otra frase desatacada, esta vez por ella.

«Es al separarse cuando se entiende y se comprende lo mucho que se ama».

—Creía que con los años la vena romántica de las mujeres desaparecía.

Iris cerró el libro de pronto y observó al caballero que se había sentado a su lado. No necesitó detallarlo para reconocerlo, su sola voz lo identificaba. Aun así, admiró con rapidez y disimulo su atuendo. Vestía como un perfecto caballero, con pantalones color *beige*, chaleco marrón y camisa blanca. Su frac negro evidenciaba que no abandonaba del todo su oscura

personalidad, aunque sus cabellos estuvieran bien peinados hacia atrás y un blanco lazo adornara su cuello. Sostenía entre las manos una edición del *Times*, y fingía leerla sin prestarle ninguna atención.

Iris supuso que debía hacer lo mismo.

—Al contrario, señor. Yo creo que se acrecienta más.

—Pensaba que se perdía cuando se iba perdiendo la ilusión por la vida —comentó con desgana, y fue un golpe más duro de lo que imaginó.

—Por eso crece más. Necesitamos aferrarnos a algo para no morir de triste desilusión. Es alentador imaginar que hay personas buenas y románticas. Aunque sea solo fantasía, te da la pequeña esperanza de que no todos son crueles y despiadados en la realidad; que sí hay gente capaz de creer y amar sobre todas las cosas.

Una casi imperceptible tensión de sus músculos fue lo único que indicó que la había oído.

—No hay mucha esperanza a la que aferrarse en una obra tan trágica como esa. No deberías tenerle tanto aprecio.

—Estoy tan familiarizada con el amor y la tragedia que me es imposible no sentir afinidad con la obra.

Nuevamente, una tensión pareció atrapar sus músculos, imposibilitándole movimiento. Esperó que respondiera, pero él no tenía intención de seguir con el tema.

—Una forma muy útil de escaparte de los guardianes. Las mujeres de luto suelen ser ignoradas. Sin embargo, no utilices mucho la misma estrategia, tarde o temprano se percatarán. Sobre todo porque eres una dama sin compañía.

—Solo quería un poco libertad. Recordar como se sentía.

—Pronto todo esto se olvidará —prometió él—. Será solo un mal recuerdo.

—Sí —coincidió ella—. Un desafortunado recuerdo, entre muchos —añadió en voz muy baja, aunque él la escuchó.

No dijeron nada. Fingieron concentrarse en sus respectivas lecturas, sin que las letras fueran más que un lugar donde posar la vista.

—Las separaciones... —dijo él con voz muy baja, indecisa—. A veces son lo mejor cuando la causa es imposible.

—No es imposible si se lucha —rebatió ella.

—Hay cosas que no se pueden luchar. El destino ya ha decidido separarlas.

—Se puede desafiar al destino. Cuando luchas por algo que deseas, el destino admira tu tenacidad y termina por concedértelo.

—Ese destino es más benevolente del que conozco —replicó con aspereza—. Creo más en el que me ha tocado mí.

—Quizás quieres creer más en ese porque no eres lo suficientemente valiente para cambiarlo —espetó con mordacidad.

Él se atrevió a mirarla. Sus ojos grises brillaban con emociones intensas e indescriptibles. Iris le sostuvo la mirada, imperturbable. Una de las manos de él arrugó el periódico, cerró los ojos una fracción de segundo y desvió la mirada. Parecía querer decir algo más, pero su vista se detuvo en una pareja que caminaba más allá. Iris reconoció al lord Hurstley, y supuso que la dama era su esposa.

Calvin llegó a la misma conclusión.

—Creo que es hora de presentarme —musitó. Se levantó y, sin dedicarle ni una sola mirada más, se marchó.

Iris lo observó partir y fingir que se tropezaba por casualidad con el hombre para, posteriormente, iniciar las presentaciones y establecer una conversación mientras caminaban.

Suspiró.

Sus dedos acariciaron la tapa desgastada del libro con anhelo, deseando en lo más profundo que volvieran esos tiempos. Volvió a alzar la vista y Calvin ya no estaba cerca.

Había desaparecido de su campo de visión, así como habían desaparecido sus esperanzas y sus ilusiones.

Lástima que no pudiera desaparecer también su amor.

Capítulo 9

Calvin adoptó el papel de caballero distraído. No le supuso mucho esfuerzo, pues a su mente le costaba desligarse de la mujer que había dejado sentada en aquel banco. Fingía leer el periódico mientras su cerebro hacía esfuerzos por concentrarse en la misión.

Se acercó hacia donde caminaba Hurstley con su mujer y lo rozó un poco. Se detuvo, bajó el periódico y aparentó estar avergonzado.

—Le pido disculpas, lord Hurstley. Estaba distraído —dijo con humildad, a la vez que hacía una inclinación con la cabeza.

El marqués lo miró, curioso. Calvin había usado su título a propósito, con el fin de hacerle pensar si lo conocía o no. Había más probabilidades de que solo asintiera y siguiera caminando; para su suerte, la curiosidad de Hurstley pudo más.

—No hay problemas. Disculpe, ¿nos conocemos? —inquirió con educación, con su acento aristócrata marcado.

—No en persona. Estuve ayer en la fiesta de lady Waldershare y me dijeron quién era usted. Permítame presentarme. Soy el señor William Rednoy.

A Hurstley no le costó imaginarse por qué le habían dicho al hombre quién era él, si, después de todo, su nombre había sido el más susurrado en la noche.

Cómo no, si estaba en el mismo salón que la asesina de su tía.

—No le he visto antes en sociedad.

—Soy familiar lejano de los Rushfort, no sé si habrá escuchado hablar de ellos. Estaba haciendo unos estudios avanzados en Europa. Regresé hace poco porque deseo casarme.

—Qué maravilla escuchar eso de un hombre, señor Rednoy. A veces parece que les cuesta mucho soltar esas simples palabras —comentó la dama que sostenía el brazo del marqués.

Ante la intervención de su esposa, Hurstley se obligó a presentarla.

La marquesa era una mujer de belleza elegante y llamativa. Tenía el cabello de un castaño rojizo poco común y estaba recogido en un rodete,

sobre el que se encontraba sujeto un sombrero azul pálido, acorde al color de su vestido. Daba la impresión de ser una mujer recatada y decorosa. Su tono de voz, un tanto un tanto nervioso, exponía a una mujer tímida y sumisa. Sus ojos verdes bajaban continuamente la vista para demostrar lo anterior. Era lo opuesto del hombre que la sujetaba. Alto, rubio, de silueta delgada pero hombros anchos, el marqués hacía notar su presencia. Tenía unos ojos grises que brillaban con sensatez y sabiduría. A Calvin le confundía mucho esa imagen con la que tenía de él.

—¿Alguna candidata en mente, señor Rednoy? —preguntó el marqués con curiosidad, a la vez que retomaba el paseo.

—Me llamó la atención una joven anoche. Por fortuna, fui informado a tiempo de lo inconveniente que era, aunque no puedo dejar de lamentarme porque un rostro tan bello oculte un alma tan negra.

Calvin observó con satisfacción como los ojos del hombre se cerraban con escepticismo.

—¿La señorita Evans, por casualidad? —preguntó con educación, aunque su tono delató cierta amargura.

—Sí.

Calvin observó cada una de sus reacciones, intentando captar hasta el mínimo gesto en su rostro. Era bueno manteniendo la calma, admitió Calvin, pero no lo suficiente para ocultar la rabia fugaz que pasó por su cara.

—Qué bien que le hayan advertido a tiempo, señor, no vaya a encontrarse usted muerto al poco tiempo de su boda con esa mujer. Supongo que le han contado todos los hechos.

Calvin asintió, sintiendo el coraje ante cada palabra que escuchaba. Cualquiera lo tomaría por un hombre de verdad enfadado por la injuria. Calvin prefería verlo como alguien frustrado por ver sus planes arruinados.

—No deberían haberla invitado —continuó Hurstley, ya sin prestarle demasiada atención.

El coraje le hacía hablar más de lo conveniente.

—Estoy de acuerdo, milord. Fue un acto muy desconsiderado por parte de la anfitriona. No comprendo cómo pudo hacerlo.

—Esa mujer se vale de muchas mañas. Mi tía lo pagó en persona —declaró con amargura.

Calvin lo analizó. Buscaba la pieza que faltaba para formar la imagen y solo parecía descomponer más el rompecabezas. La cara de Hurstley era de verdadera ofensa, incluso logró atisbar dolor en sus ojos, uno demasiado real para ser fingido.

—Estoy seguro de que se hará justicia —afirmó Calvin con convicción.

Por supuesto, pensaba en la justicia que él lograría que Iris obtuviera.

—No descansaré hasta obtenerla —informó el marqués, también con seguridad.

Calvin encontró en su voz una determinación similar a la suya propia.

Echó un vistazo a lady Hurstley, que se había mantenido al margen de la conversación. Efectivamente, no parecía una mujer dada a intervenir en asuntos masculinos.

Una esposa ideal casada con un asesino.

Calvin sintió compasión por ella.

—Creo que debo retirarme, milord. Ha sido un gusto conocerlo en persona. Es usted un hombre extraordinario. Le deseo suerte con su causa. —Inclinó la cabeza a modo de despedida y se giró hacia lady Hurstley—. Milady, un placer haberla conocido a usted también. Es una dama encantadora. —Hizo una reverencia y se marchó.

La pareja lo observó con curiosidad, y el hombre a varios metros de él..., también.

***

Calvin tomó un trago de su cerveza y depositó la jarra medio vacía en la tosca madera del escritorio. Después de muchas horas de debate, empezó a considerar que tal vez Hurstley no fuera el culpable, y, si lo era, se trataba del mejor actor que Calvin hubiera conocido jamás. Sin embargo, que no lo fuera planteaba una nueva incógnita.

¿Quién lo era?

No tenía la menor idea de quién más podría estar involucrado en ese lío, a qué otra persona le interesaba ese dinero. Necesitaba más información con urgencia, y solo Iris se la podía dar.

Iris.

Había sido un error acercase a ella en el parque cuando reconoció el libro con la flor seca que él mismo le había entregado. Podría haber sido una coincidencia, pero algo le dijo que no y lo animó a acercarse. Ahí fue cuando vio el párrafo subrayado con tinta y reconoció en la figura de negro a su amada. En realidad, desde que la había visto, algo lo había llamado hacia ella. En el fondo, su alma la reconocía, y, al parecer, también le gustaba torturarse con su voz, con sus recuerdos.

Conversar con ella había sido su perdición. Se daba cuenta del dolor que le había causado y, por primera vez en diez años, sintió arrepentimiento absoluto.

Siempre había estado convencido de que hizo lo mejor, pero ahora lo dudaba y una parte egoísta de él quería volver a tenerla. Solo así su alma encontraría paz.

La puerta del pequeño estudio se abrió sin aviso y Paulette entró, sonriendo con picardía. No iba vestida, sino que llevaba una bata de color melocotón de tela demasiado desgastada para cubrirla lo suficiente. Se contoneó hasta que llegó a él, dándole una visión muy clara de sus pechos plenos, cintura esbelta y caderas bien proporcionadas. El pelo rojo caía en cascada sobre su espalda. Bajo la luz de las velas brillaba como el fuego; tentaba acariciarlo.

Calvin tomó un mechón que reposaba sobre su pecho.

—Me han comentado que estabas preocupado. Tal vez podría ayudar —dijo la mujer con voz seductora.

Calvin repasó con osadía el cuerpo delgado de la mujer. La mano que sostenía el mechón se deslizó hasta tomar el pecho completo. Los apretó y jugó con los pezones un rato. Ella gimió, pero él no sintió nada.

De pronto, la belleza vulgar de Paulette fue sustituida por una cara tierna y unos rasgos suaves y calmados. El cabello rojo se volvió negro, y la figura de otro cuerpo se materializó en su cabeza, un recuerdo vago e inolvidable, guardado en los lugares más secretos de su memoria.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz alta cuando se dio cuenta de que la única mujer que ahora lo tentaba no era la pelirroja que tenía enfrente.

Había llegado hasta el fondo y ahora temía no poder salir.

—Calvin, querido...

Calvin salió de ahí antes de que ella terminara. Dio un portazo y atravesó el oscuro local.

Aún era temprano, por lo que las mesas no estaban del todo llenas. Unas prostitutas caminaban entre lo pocos clientes y exhibían los atributos que el vestido escotado no ocultaba. Algunas estaban sentadas sobre regazos masculinos, otras soltaban risas tontas y daban giros exagerados para que los clientes se fijaran en sus pantorrillas desnudas y en la forma de los muslos que dejaba ver la falda sin enaguas.

Observó la escena desde uno de los salones. Los clientes bebían, reían; otros, jugaban. Gritos de frustración salían cuando alguna cantidad de dinero se perdía, exclamaciones de júbilo era dichas si alguno llenaba sus bolsillos con más.

Era su mundo. El mundo que había creado, donde creía pertenecer..., pero ya no se sentía cómodo ahí. Observaba las escenas comunes y, de pronto, las veía desconocidas.

Sintió una opresión extraña en el pecho, un vacío repugnante cuando no encontró placer en nada de lo que observaba. No entendía qué le pasaba, qué necesitaba. Supuso que había llegado a ese punto máximo de hastío de la vida, donde se estaba tan hundido en la miseria que ya nada lo llenaba. Solo había una cosa que parecía hacer refulgir su esperanza, una sola persona que podía hacerlo soñar de nuevo.

La única que nunca podría tener.

En otras palabras, ya estaba condenado.

Salió del local, confuso y muy enfadado. Paseó por las oscuras calles de Covent Garden con lentitud, con la esperanza de que los olores fétidos, la bulla de algunos locales, lograran recordarle el sitio donde pertenecía. Visualizó que se acercaba un muchacho de no más de diez años, con ropa sucia y desgastada. Este lo vio y se alejó de nuevo, sabiendo que no podría robarle. Calvin conocía a casi todos esos carteristas y estos le conocían a él, por lo que le guardaban respeto, pues temían las represalias.

En una esquina, una mujer sonreía y jadeaba mientras un hombre le levantaba las faldas. Un grito y varias maldiciones se escucharon a lo lejos, probablemente provenientes de alguien que había sido robado o herido. Calvin conocía cada una de esas calles peligrosas, a cada persona importante. Era uno de los amos de ese bajo mundo, y se creyó en cierta forma feliz por todos esos años, pero ¿y ahora? No sentía nada en ese ambiente ya conocido, solo la sensación de que, en realidad, nunca perteneció allí.

Salió de los rincones más oscuros y caminó hasta llegar a Drury Lane. Había función esa noche, y la gente se congregaba en la entrada esperando su turno para pasar. Calvin reconoció a unos cuantos, pero tuvo cuidado de que nadie lo viera. Los grupos se formaban y se disolvían con rapidez, parejas saludaban a otros, conversaban unos segundos y se retiraban para hablar con alguien más. Las damas iban con trajes elegantes, lazos y abanicos de nácar; los caballeros estaban perfectamente ataviados, con el pelo recogido, sin una arruga en el traje y con un reloj de bolsillo sobresaliendo de su abrigo. Visualizó a un grupo de lores ya mayores que hablaban con otros mientras sus esposas cotilleaban por otro lado.

Se preguntó con ironía si alguno de esos sería su padre, y qué pasaría si él de verdad hubiera pertenecido a ese círculo, si no hubiera sido bastardo. ¿Se habría adaptado a ellos? ¿O, como ahora, sentiría que no estaba en su lugar?

Al menos habría tenido más a su alcance aquello que tanto deseaba. No valía la pena, sin embargo, pensar en lo que no sucedió o buscar respuestas a preguntas retóricas. Las únicas respuestas que debía buscar eran las que le ayudarían a salir de ese lío lo más pronto posible, por lo que debería intentar conseguirlas esa misma noche, aunque su cordura estuviera a punto de someterse a una nueva prueba.

Esperaba poder salir cuerdo del encuentro.

Capítulo 10

Iris fue consciente de su presencia incluso antes de que él dijera algo.

Había sido una noche difícil. Pensamientos y recuerdos de esas tardes le impedían conciliar el sueño, así que solo estaba quieta en la cama con los ojos cerrados, esperando que Morfeo se apiadara de ella y la acunara en sus brazos, cuando sintió a alguien aterrizar con sigilo en la madera vieja.

No sintió miedo, como si fuera normal que un hombre entrara por su ventana de noche. Tampoco se movió, deseando saber qué haría él si la encontraba dormida.

Iris sabía que era él. Su alma reconocía su presencia.

Pasaron varios minutos en silencio. Calvin solo observó su esbelta figura acurrucada en la cama, la sábana blanca hasta la barbilla, la cara aparentemente hundida en un sueño profundo. La imagen le trajo recuerdos de otra muy similar, la última que guardaría en su memoria antes de la separación. La única diferencia era que, en aquella imagen pasada, la tela del camisón no se marcaba debajo de la tela que la cubría, sino que esta se amoldaba a las curvas femeninas desnudas y perfectas, que hacía poco habían sido acariciadas y estaban saciadas.

La observó sin decir palabra.

Sabía que ella estaba despierta, su respiración no era regular. Era consciente de que ella sabía que él estaba ahí. Aun así, no dijo nada. Había algo reconfortante en observarla en completo silencio, sin palabras, fingiendo que Iris ignoraba su presencia. Era una sensación demasiado agradable para renunciar a ella, un placer del que no se quería privar. Observarla como aquella última vez, como si todavía fuera suya.

—Cualquiera creería que, con los años, a los hombres se les haría más difícil trepar árboles y entrar por las ventanas de las damas en la noche —dijo ella con suavidad. Tardó solo un momento más en abrir los ojos e incorporarse para observarlo. La sábana se corrió, y el recatado pero desgastado camisón le permitió contemplar la visión de la piel blanca bajo la tela, hasta el asomo de las curvas redondeadas de los pechos.

Se excitó.

Lo recordaba todo tan bien...

—Admito que me cruje algún que otro hueso —respondió con igual calma, incapaz de evocar su actitud defensiva y alerta. Había tanta paz alrededor, tanta familiaridad que no podía sacar la parte huraña de su personalidad—, pero es una visita necesaria. Tengo que hacerte algunas preguntas.

Iris se movió un poco hasta quedar sentada en el borde de la cama. Lo observó esperando que hablara, sintiéndose en una extraña paz. La luz de la chimenea daba un aspecto dorado a su piel bronceada, y sacaba destellos a los cabellos negros, ahora desordenados. Vestía informal, sin abrigo, con el chaleco algo desabotonado. Todo de negro, como él. Tan diferente al hombre de esa mañana que podían parecer dos personas distintas, aunque sus palabras le hubieran recordado a Iris que era el mismo.

—Dijiste que Hurstley tenía una buena relación con su tía —comentó él, e inició un paseo por los escasos cuatro metros de largo que conformaban la habitación—. Que la visitaba con frecuencia.

—Así era. En los últimos meses casi no iba porque estaba muy ocupado con asuntos del Parlamento. Es un político muy influyente.

—Todos parecen tener una opinión buena de él, y, muy a mi pesar, admito que su actitud y sus acciones no dan a pensar cosas negativas.

—¿Te das cuenta de que no es el culpable? —preguntó ella con calma—. Yo ya te lo dije, no fue él. Es un hombre demasiado correcto. De haberlo querido, ya me habría mandado a la horca.

—No lo ha hecho por Bilbury.

—Mi tío no podría las manos en el fuego por mí, ni siquiera para evitar el escándalo. Solo renegará de mí como pariente una vez me cuelguen.

—No te colgarán —afirmó con una determinación que le inspiró seguridad—. Sobre la poca lealtad de tu tío, Hurstley no lo sabe.

—Aun así, no condenaría a un inocente. No es él, Calvin. Lo sé.

A él le pareció un poco extraño escuchar ese nombre de sus labios.

De pronto, hasta el nombre le era ajeno.

—¿Quién, entonces? —interrogó—. ¿Quién más querría ver a la vieja muerta? ¿Quién sino Hurstley se iba a beneficiar de esa herencia?

Iris sopesó las preguntas, pero no le vino nadie a la mente. Lady Cornwall nunca tuvo hijos, y su familiar más cercano era el marqués. Había otros sobrinos más que sí recibieron la parte menor de la herencia que les

correspondía y que sabían qué les tocaría. Todos eran conscientes de que la mayor parte se la llevaría Hurstley; así lo había dejado claro la anciana en vida.

Nadie esperaba más de lo que le había tocado.

—No lo sé —admitió, cabizbaja.

—¿Lo ves? No podemos descartar al marqués como sospechoso, es el único. Pero ¡diablos!, nada cuadra. Habrá que vigilarlo de cerca. Pondré hombres a seguirlo, me haré su amigo, algo tiene que salir. Quizás su esposa.

—¿Su esposa?

—Sí, ella parece retraída y debería conocerlo mejor que nadie. Si me acerco a ella, puede que logre sacarle información. También necesito saber todo lo que recuerdes de ese médico y la doncella. Si logro localizarlos antes que Hurstley, podríamos utilizarlos de testigos. Dime todo lo que sabes.

—El médico se hacía llamar «doctor Thomas Wynter», aunque luego de investigaciones se comprobó que no había nadie con ese nombre. Era un hombre delgado, rubio, de estatura media...

—Espera —interrumpió él, y se detuvo frente al escritorio, donde tomó una hoja blanca y empezó a rebuscar entre los cajones —. ¿Tienes carboncillo?

—Segunda gaveta, en el fondo.

Él encontró la bolsa con el carboncillo y arrastró la silla cerca del escritorio, movió algunas cosas y colocó la hoja. Tomó una vela de la mesa de noche de ella y la encendió para colocarla cerca del lienzo.

—¿Cómo eran sus ojos?

Iris se levantó, tomó la bata doblada encima del cofre y se la puso mientras describía las facciones del hombre. Se acercó a él y lo observó trabajar.

Detallaba todo con precisión, y ella le iba diciendo si tal forma era así, más grande o pequeña, entre otros detalles. Una hora más tarde, había un retrato bastante preciso del médico. Procedieron a hacer lo mismo con la doncella, de la que también obtuvo un boceto muy aproximado.

William siempre había sido muy bueno dibujando. Iris aún atesoraba en lo más profundo de su cofre de recuerdos aquel retrato que él le había hecho una mañana de otoño.

—Supongo que esto nos servirá —dijo, mirando los dibujos con satisfacción.

Iris, no obstante, no pudo mostrarse tan optimista. Si Hurstley no había sido, entonces ¿quién? No tener ninguna pista era desalentador, y tampoco confiaba en que los otros involucrados aparecieran.

Se acercó a un escritorio y rozó con los dedos la carta abierta, la última que su hermana le había enviado.

¿Qué sería de ella?

Calvin observó la hoja que ella acariciaba y la leyó por encima. Una joven describía lo maravilloso que era el colegio, preguntaba cómo estaban todos y recordaba con timidez que debían pagar la cuota de ese mes. La caligrafía era fluida y algo cómica, igual que la joven que la realizaba.

La última vez que vio a Liliam, la niña tenía seis años. Era una criatura pícara y alegre, lo veía todo con la sencillez y la simplicidad de un niño, y parecía que sería una joven optimista. Por la forma en que escribía y describía todo, no estaba lejos de la verdad.

—¿Te puedo pedir un favor? —susurró Iris en tono melancólico—. Si algo me pasa, ¿cuidarías de ella? Solo tiene dieciséis años, no sabría qué hacer sola en este mundo. Tenía muchos planes para ella, pero me conformaría con que le consiguieras un trabajo decente, que la ayudaras a establecerse. Por lo visto, tienes muchas influencias. No me digas que no puedes, te lo ruego.

Calvin guardó silencio, sorprendido como nunca ante esas palabras. Iris estaba confiando su hermana, el ser que más quería en ese mundo, a la persona que tanto la había herido. ¿De dónde venía esa confianza luego de causarle tanto dolor, luego de mostrarle la peor parte de sí? ¿Cómo podía pensar que sería la persona indicada para cuidarla? ¿Cómo podía imaginar que su mundo era el mejor para una criatura como Liliam? La fe absoluta que vio en sus ojos lo dejó destrozado, quebró todas sus barreras. Lo veía como si fuera su única esperanza, lo único que tenía en el mundo.

No pudo con tanta confianza en él. Nadie nunca había confiado tanto en él.

—No te va pasar nada —aseguró con la voz ahogada. Tenía un nudo en la garganta, no recordaba haberse sentido así ni una vez —. Te lo juro.

—Prométeme que la cuidarás —insistió ella. Se acercó y aferró las manos a su chaleco—. Por favor —suplicó con los ojos llenos de lágrima.

Calvin no pudo soportar la visión de su dolor. Acarició con el pulgar las lágrimas que resbalaban por sus ojos, sintiendo como un castigo la suavidad de la piel.

Ella sollozó y Calvin la estrechó contra sí, sin poder evitarlo.

—Te lo prometo, pero no te va a pasar nada. Cálmate, por favor, pequeña Iris.

Ella solo sollozó más fuerte, y él la apretó como si temiera que se derrumbara. Estuvieron un rato así, él abrazándola con ternura, acariciando la suave melena negra, ella llorando hasta que las lágrimas se acabaron. Cuando al fin terminó, no se separó: se quedó recostada en ese pecho duro y reconfortante, sintiendo alivio con el calor del otro cuerpo. Él tampoco la alejó, consciente de que esa podía ser la última vez que se permitiría abrazarla de esa forma, sentir la suavidad de su cuerpo contra el suyo.

Ella alzó la vista y las miradas se encontraron. Decían más de lo que podían expresar las palabras. Tantos recuerdos, anhelos y pasiones se amontonaron entre ellos, deseando ser liberados... De pronto, guiados por un instinto más fuerte que el sentido común, sus bocas se unieron, ansiosas, buscando en la otra aquello que tanto extrañaban. Buscando, de forma inconsciente, consuelo que ambos necesitaban.

Iris le rodeó el cuello con los brazos, tratando de maximizar el contacto lo máximo posible. Deseaba sentir bajo sus dedos la piel caliente, los músculos tensos; recrearse con el cuerpo tan maravillo que recordaba, encontrar la liberación en aquellos brazos como antes, como si no se hubieran separado, como si tuvieran una posibilidad.

Calvin la apretó más contra sí y empezó a bajar las manos de su cintura a sus caderas, hasta los glúteos. La apretó contra la fuerte erección que peleaba por liberarse de la tela que la comprimía.

Ella gimió contra su boca.

—Iris, mi dulce Iris —musitó con voz ronca, a la vez que sus labios esparcían pequeños besos por sus mejillas, luego por su mandíbula, hasta bajar por su cuello—, cómo extrañaba tu sabor. He delirado con él todos estos años.

Llegó a un punto sensible entre el inicio del hombro y su cuello y pasó la lengua por ahí, provocando que la mujer gimiera. Las piernas le flaquearon. Se aferró a él para poder sostenerse.

—William... —susurró con voz débil.

Esta vez, la mención del nombre no le molestó, sino que lo excitó más. Recordó aquellos momentos de pasión, susurros similares al borde del clímax. Se sentó en la pequeña silla y la colocó a ella sobre su regazo. Volvió a tomar su boca con fiereza, pasión; bebía de sus labios como un hombre que no había probado agua en años y la necesitaba con urgencia para vivir, y no estaba muy lejos de la verdad. La necesitaba a ella para poder continuar con su vida. Ahora que había vuelto a probar de sus labios no se veía capaz de acariciar otros, no podía imaginarse que otra boca le hiciera sentirse así de vivo, le hiciera sentir que estaba en su lugar.

Desató el lazo de la bata y acunó los pechos entre sus manos, los amasó recordando su forma y ansió probar de nuevo su sabor. Empezó a desatar los botones superiores del camisón hasta que pudo liberarlos. Sin detenerse a pensarlo, tomó uno en su boca y lo acarició con la lengua, lo succionó, haciéndola gemir en voz alta. Ella enredó las manos en su cabeza para que no se separara y él la atormentó hasta que la necesidad se concentró en su vientre. Primero un pecho, luego otro. Cuando los liberó, sus pezones se habían vuelto duros capullos, sensibles al mínimo toque. Sintió las manos subir su camisón y acariciar sus muslos y deseó que llegara a ese sensible lugar que tanto anhelaba su mano.

Iris sabía que quedaría destrozada después de eso si él se iba y volvía a ser Calvin en lugar de William, pero no tuvo fuerza para detenerlo. No podía detenerlo cuando lo ansiaba tanto.

—William —volvió a musitar cuando las manos llegaron a aquel centro lleno de necesidad.

Él la acomodó para montarla a horcajadas sobre él. Una de sus manos exploradoras se deslizó por sus húmedos labios, la torturó hasta que ella soltó un gritito de desesperación. Fue entonces cuando acarició la sensible protuberancia que exigía liberación a gritos, a la vez que su dedo medio se introducía en la cerrada cavidad y empezaba a moverse.

—Dios, estás tan cálida..., tan dulce —murmuró él contra su oído. Su lengua jugueteaba con el lóbulo.

Sus palabras eran incitantes. El movimiento de sus dedos se incrementó, el roce sobre el punto sensible también. Ella se enlazó a su cuello cuando se sintió venir y el orgasmo se extendió por su cuerpo con una fuerza estremecedora. Los espasmos duraron varios segundos y la respiración tardó unos minutos en regularse.

Apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos, deseando no salir jamás de ese sueño tan maravilloso. Quería que el tiempo se detuviera ahí para siempre. Podría vivir eternamente con la sensación de estar en sus brazos, no necesitaba más.

—Eres tan perfecta —musitó él, acariciando su espalda con delicadeza —. Eres un tesoro que nadie se merece.

—Yo conozco a alguien que me merece —replicó con cansancio.

De pronto tenía sueño, mucho sueño.

—No, esa persona lo hace menos que nadie —afirmó el.

La cargó y la dejó sobre la cama. Abotonó el camisón y la cubrió con la sábana, todo como si ella fuera una muñeca delicada.

—No vas a... —Ella se ruborizó intensamente y echó un vistazo al miembro erecto que pedía a gritos liberación—. Quédate, William. Terminemos —pidió.

Él negó con la cabeza.

—No volveré a profanar a una diosa como tú de esa manera. He pecado demasiado al haber puesto mis sucias manos sobre ti. Debo controlarme si quiero recibir algo de perdón divino.

—No te entiendo —dijo ella, y no pudo evitar un bostezo.

Se sentía demasiado cansada, con muchas ganar de dormir, pero no quería hacerlo. De alguna forma, debía mantenerse despierta para hablar. Necesitaba que le explicara todo. Por qué la había dejado; por qué ya no era el mismo.

—Eres tan inocente que no puedes hacerlo. Ay, Iris, maldito sea el día en que posé mis ojos en ti, en que te hablé, y malditos los días que decidí conocerte. Yo mismo me formé mi condena.

Él acarició su cabello, y ella, exhausta como estaba, no pudo responder. Las palabras se quedaron grabadas en su cabeza, pero se durmió antes de elaborar una respuesta conveniente.

Cuando despertó, estaba sola.

Otra vez.

Capítulo 11

—Es usted una dama encantadora, lady Hurstley. El marqués tuvo mucha suerte de llevársela.

Lady Hurstley se ruborizó y bajó la vista con recato. Calvin sonrió para inspirarle confianza.

Luego de la velada de lady Waldershare, había logrado que lady Clifton le consiguiera otra invitación. Pronto se daría a conocer más, causaría curiosidad y las invitaciones llegarían a la casa que había alquilado en Mayfair. Esa noche estaba decido a hablar con la marquesa y obtener información sobre su esposo. La había invitado a bailar una cuadrilla, y ella se mostró amable pero retraída, como la vez anterior. Calvin confiaba en que su encanto con las mujeres todavía funcionara, a pesar de que él solo pudiera pensar en una.

—Muchas gracias, señor, es usted muy amable —respondió con voz dulce.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Tres años, señor.

—¿Y es feliz? Oh, dígame por favor que no. Así tendré la excusa para retar a Hurstley a duelo, matarlo y huir con usted —bromeó.

Ella soltó una pequeña risita, aunque era más una nerviosa que de humor, como si hubiera tocado un punto sensible. Calvin la observó mejor, pero ella supo cómo llevar el tema.

—Qué cosas dice, milord, es usted un pícaro impertinente. No le recomiendo que sea así con las jóvenes solteras, o le rehuirán.

Lamentablemente, no era un baile en el que pudieran llevar una conversación fluida. Calvin tuvo que armarse de paciencia hasta que volvieron a juntarse.

—Le aseguro que me sabré comportar.

—No lo he visto bailar con ninguna otra, por cierto. Así no encontrará nunca una esposa —comentó ella con cierta suspicacia.

—Después de la última desilusión, no sé quién será apropiada. Tal vez usted pueda darme algunos nombres.

—Oh, por supuesto.

Ella comenzó a nombrar varios nombres, pero Calvin notó que su vista se desviaba continuamente a Hurstley, con cierta impaciencia y algo nerviosa. Este no le prestaba atención, aunque ella no dejaba de observarlo. En una ocasión, el marqués se encontró con su mirada y le sonrió, pero Calvin sintió como un leve estremecimiento la recorría.

—¿Está usted bien? —preguntó Calvin con educación.

Se volvieron a separar, y para cuando se juntaron de nuevo, la mujer parecía haber cambiado su actitud. Ahora se mostraba inquieta. Sus rasgos hermosos destilaban cierta preocupación. Era muy extraño.

—Sí, sí. Oh, ya ha terminado la pieza. Si me pudiera llevar a los refrigerios, por favor... Tengo mucha sed.

—Por supuesto.

Calvin tomó su brazo y la escoltó a la mesa de las bebidas, cerca de donde estaba Hurstley. Antes de que la soltara, ella intentó zafarse con brusquedad. El guante que le llegaba hasta el codo se deslizó, dejando a la vista la mitad de la parte inferior del brazo. Calvin no pudo evitar fijarse en un cardenal que empezaba a tornarse amarillento.

Ella se percató de que él miraba el golpe y subió con rapidez el guante.

—Soy muy torpe —explicó con rapidez, a pesar de que él no preguntó—. Me golpeo con todo. —Soltó otra risa nerviosa, y a Calvin no se le escapó que echó un vistazo a su marido—. Creo que ese me lo di con una puerta.

»Bueno, señor Rednoy, no lo entretengo más. Vaya a buscar a alguna otra joven casadera que estará encantada de recibir su compañía.

Calvin asintió con sequedad y tomó su mano para mano para depositar un casto beso. Ella la alejó con rapidez y siguió mirando con nerviosismo hacia donde estaba su esposo. Murmuró una despedida y se fue.

Calvin la observó marchar con sus ojos brillando con una nueva sospecha. ¿Un golpe contra una puerta? No lo creía. El moretón que ella tenía en el brazo solo podía ser causado por un apretón demasiado brusco.

Recordó la forma en la que miraba a su esposo y se preguntó si el canalla la golpearía.

«Nadie es tan perfecto», le recordó su cabeza.

Había sido muy iluso dudar de Hurstley basándose solo en unos pocos encuentros. No había otro sospechoso, y acaba de confirmar que, efectivamente, no era tan perfecto. ¡Golpeaba a su esposa, por el amor de Dios! Era el grado más bajo al que un hombre podía llegar. Si era capaz de hacer eso, por supuesto que podía planear un asesinato y luego echar la culpa a otro. Era un cobarde, después de todo.

Miró con renovado odio al marqués, incapaz de contenerse. Cómo odiaba a esos hombres que abusaban de su poder y se aprovechaban de los más débiles, pero sobre todo, cómo odiaba que ante los ojos de los demás fueran perfectos.

—¿Qué diablos estás haciendo? Estás mirando al marqués como si quisieras asesinarlo —susurró en su oído una voz masculina.

Calvin se giró con lentitud para encontrarse con Anthony, que fingía estar sirviendo un trago.

—Es porque quiero hacerlo —respondió con sequedad, aunque se obligó a tornar su semblante de nuevo inexpresivo.

—Bueno, no te lo recomiendo. No sé en qué andas metido, pero la muerte de un hombre como él causaría demasiados contratiempos. Por otro lado, no te conviene que advierta las intenciones en tus ojos, ya sabes. Este tipo de cosas se deben hacer de manera que no se sospeche quién fue —dijo con sarcasmo.

Anthony le hizo una seña para que lo siguiera y ambos salieron del salón principal. Luego, de la casa. Caminaron en silencio por los jardines hasta que llegaron a un sitio con abundante vegetación que les ofrecía cierta privacidad.

—¿Qué te traes entre manos, Calvin? —preguntó Anthony sin tapujos.

Calvin consideró su respuesta. Ya que había sido el barón —o, mejor dicho, su esposa— quien lo había introducido en sociedad, le debía, desde el punto de vista moral, una explicación. Él no era moralista, y, si no quería, no se la daría. No obstante, había más que curiosidad en la voz de su amigo, había cierta preocupación, posiblemente de que estuviera metiéndose en un lío muy peligroso.

Casi nadie se preocupaba así por él.

—No mataré a Hurstley, si es lo que temes —respondió, evasivo. Al menos, no lo haría por el momento—. Nunca he sido mercenario ni estoy necesitado para volverme uno.

—Hurstley, sin embargo, podría matarte a ti por la forma en que le sonreías a su esposa. Es una mujer decente, Calvin.

—William —corrigió. El nombre poco a poco volvía a ser una parte de sí, y el otro le sonaba extraño, como su vida—. Es mejor que me llames así, por prevención. Sobre la esposa de Hurstley, no tengo intención de seducir a una mujer así. Tímida, recatada..., jamás me haría caso ni yo me entretendría con ella —respondió con indiferencia—. Solo quiero volverme su amigo. Tiene información que podría interesarme.

La cara de Anthony reveló lo mucho que le desconcertaba pensar que una mujer como lady Hurstley tuviera información que le pudiera interesar a alguien cómo él. Tenía muchas ganas de preguntar, pero sabía cuándo estaba llegando a los límites que Calvin toleraba.

Aun así, no pudo evitar formular otra pregunta que lo inquietaba.

—¿Todo esto tiene algo que ver con la mujer que mató a la tía del marqués? Me percaté de que la mirabas mucho.

—Ella no la mató —afirmó Calvin con una seguridad que sobresaltó a Anthony.

No podía evitar salir en defensa de Iris cada vez que alguien manchaba su nombre, a pesar de que sabía que lo más conveniente era mantener los sentimientos a raya.

—Ya veo.

Ese «ya veo» implicaba muchas cosas. Anthony debía tener muchas teorías en mente, pero no se atrevió a formular ninguna en voz alta. Por otro lado, a Calvin le preocupó que hubiera notado la forma en que miraba continuamente a Iris. Era peligroso que otros llegaran a hacerlo también. Tenía que mantenerse alejado cuando otros estaban cerca.

Si no fuera tan complicado... Si no deseara estar cerca cuando sentía su presencia. Si ella no lo atrajera de una forma que no tenía explicación lógica. Todo sería más sencillo si pudiera desprenderse de sus sentimientos hacia la mujer.

Todo habría sido más sencillo siempre.

—¿Sabes? Por la forma en que la mirabas, Emerald dijo que eras un hombre en negación —comentó con ligereza Anthony, como si fuera un tema de lo más normal.

Calvin sabía que no debía preguntar, pero pudo más la curiosidad.

—¿Hombre en negación?

—Sí, un hombre enamorado que quiere negar sus sentimientos, luchar con ellos, alejarlos.

—Tu esposa interpreta miradas de forma muy extraña —dijo, sarcástico.

—Casi nunca se equivoca —afirmó Anthony—. Parece conocer más a los hombres que nosotros mismos.

—No soy un hombre en negación.

—Dijo que era probable que eso fuera lo que dijeras. También mencionó algo de... «lentos de entendimientos».

«No preguntes, no preguntes».

—¿Lentos de entendimiento? —No pudo evitarlo.

—Tardan demasiado en aceptar que aman a alguien, hasta el punto de que les es difícil derribar las barreras que les impiden ser felices. Emerald dice que los hombres son así, anteponen muchas cosas antes que el amor cuando es lo único que puede traerles paz.

—Tu esposa es demasiado optimista, Anthony. Ve las cosas de una forma muy sencilla.

—Ah, pero cuánta razón tiene.

—Hay cosas que no puedes derribar.

—Todo se puede derribar, amigo mío. *Todo*. La carga también es menos pesada cuando tienes a tu lado a alguien que te hace feliz.

—Uno meses de matrimonio te han ablandado demasiado —se quejó.

—No, solo me han hecho comprender muchas cosas. La principal: nunca se debe sacrificar la felicidad por nada. Ni por miedo, ni mucho menos por prejuicios.

Calvin sabía que Anthony lo decía por experiencia propia. Desde todos los puntos de vista, él había sido la persona menos indicada para la encantadora señorita Loughy, actual baronesa de Clifton. No solo solía tener mala reputación, sino que el peso de una pérdida hacía su alma inflexible al amor. No obstante, ante la insistencia de la joven, se rindió, y ahora era feliz. La única diferencia entre ambos era que Anthony no era un bastardo para la sociedad. Tenía al menos cierto prestigio que lo salvaba del repudio absoluto.

A pesar de eso, sus palabras se quedaron rondando en su cabeza como el diablo en el oído izquierdo que dice lo que en realidad se quiere hacer y tienta hasta que se intenta.

Pasaron varios minutos en silencio. Anthony sacó de su bolsillo una cajita de puros y le ofreció. Calvin negó, y el barón encendió uno para así.

—¿Cómo es la actitud de los marqueses de Hurstley en público? —preguntó para desviar el tema a uno más seguro—. ¿Ella siempre es así de recatada? ¿Tiene él algún comportamiento extraño o agresivo?

Anthony frunció el ceño.

—No son palabras con las que uno pueda describir a Hurstley. No me he fijado en ellos con frecuencia, pero él parece un hombre enamorado. La trata con bastante respeto, siempre le sonríe. Ella creo que solo es tímida.

«Tímida».

No, la actitud que había visto Calvin ese día no era solo de timidez, era nerviosismo; temor cuando miraba a su esposo. Y el moretón... Eso solo podía significar una cosa.

Pensó en seguir interrogando, pero Anthony no le sería de mucha ayuda. No era de los que se fijaba en personas que no le interesaban, y para cuando ocurrió el matrimonio entre los marqueses él no era el más solicitado en las veladas. Tendría que buscar la manera de acercarse a lady Hurstley, confirmar sus sospechas.

Quizás ella pudiera ayudarlo si le prometía protección.

—Me estoy haciendo una idea de qué va todo esto —comentó su amigo—. Solo te recomendaré que tengas cuidado.

—¿No lo tengo siempre?

Anthony sonrió.

—Sí, pero cuando hay una o más mujeres involucradas en el caso, nunca está de más la advertencia. Sobre todo si una te quita la capacidad de pensar con lógica.

Anthony se despidió con una inclinación de cabeza y marchó hacia la entrada de la casa. Calvin se quedó un momento analizando sus palabras con cuidado, y más que pensar en la situación con lady Hurstley, se puso a analizar lo sucedido con Iris la noche pasada.

No debería haber cedido a la tentación, no debió tocarla. Ahora su recuerdo lo envolvería para siempre y le imposibilitaría pensar o desear a otra. Se había condenado, y el precio le parecía pequeño por el placer de volver a tenerla entre sus brazos.

Se preguntó qué opinaría Iris al respecto. ¿Lo odiaría por haberla tocado de nuevo? ¿Por haberse ido después? Sabía que la había dejado muy

confundida, y él también había quedado así. Era desgarrador sentir algo como propio y no poder tenerlo, quedarse con las ganas de marcarlo para que a nadie le quedara duda de a quién pertenecía.

No esperaba que ella comprendiera sus motivos, ni que Anthony ni nadie lo hiciera. Él sabía que era lo mejor. Cuando todo eso se aclarara, Iris volvería a ser una dama respetable, incluso solicitada, si se quedaba con el dinero de la anciana. Ya había pasado la edad casadera, pero eso no significaba que no pudiera encontrar a alguien respetable que le diera el lugar de dama que le correspondía por nacimiento.

Alguien que no fuera un bastardo. Alguien que supiera a dónde pertenecía.

Si ella conseguía eso, él podría seguir viviendo con la certeza de que hizo lo correcto, aunque su corazón quedara destrozado.

Capítulo 12

Hurstley tenía que ser el culpable.

Los días que siguieron, Calvin se las arregló para obtener algunas conversaciones con lady Hurstley. Ella siempre mostraba la misma actitud evasiva que la primera vez.

Descubrió otro moretón en el hombro cuando la manga del vestido se bajó por casualidad, a lo que ella volvió a alegar un golpe accidental. En otra ocasión, se la había encontrado en el parque con su hijo de dos años, que también tenía un golpe en el antebrazo.

No solo golpeaba a su esposa, sino a su hijo. Era un maldito cobarde que se aprovechaba de los más débiles.

Calvin estaba haciendo lo posible por ganarse la confianza de la mujer, por que confesara, pero tenía que andarse con cuidado. Hurstley ya estaba mirando con malos ojos cada vez que se acercaba a la marquesa, y, por el momento, no le convenía enemistarse con el aristócrata.

Había pasado una semana después de su último baile, y las invitaciones empezaron a llegar con cierta frecuencia. Un almuerzo por aquí, una cena formal, otro baile... La gente sentía curiosidad por conocerlo, y tenía que mantener esa apariencia lo mejor que pudiera. Había tenido que irse a vivir a la casa que había alquilado para que la alta sociedad lo viera salir y entrar y creyeran toda la historia. En otras palabras, empezaban a acogerlo en su círculo y no quería que la enemistad con el marqués le cerrara las puertas, sobre todo cuando se estaba tomando demasiadas molestias para aprender sus costumbres, recordar esos bailes que hacía tantos años que no practicaba y perfeccionar sus modales.

Cualquiera que lo viera, no lo reconocería. Calvin no se reconocía así mismo.

—¿Estás seguro de que esto saldrá bien? Puede que la mujer sea víctima del hombre, pero no creo que sepa mucho. Las personas como Hurstley no suelen tomar en cuenta para nada a sus esposas, y son muy cuidadosos con

lo que hacen —dijo John, dejando el vaso vacío en el escritorio de fina madera del estudio privado de El Club del Placer.

—Precisamente porque no toma en cuenta a su esposa ni la ve como un peligro no tiene por qué cubrirse las espaldas ante ella. Debe ser poco más que un objeto en su casa. Si cree que la tiene sometida, pensará que está a salvo.

—No lo sé, Calvin. Tienes que tener mucho cuidado. No te conviene que Hurstley crea que estás seduciendo a su mujer.

Calvin le dirigió a John una mirada que bien podía decir «eso ya lo sé». Su amigo le había mandado una nota preguntando qué tal iba todo, y Calvin decidió citarlo para darle más detalles. Había una cosa que quería discutir con él; tal vez pudiera ayudarlo.

Por la conveniencia de John, se habían citado en el El Club del Placer, aunque Calvin cada vez detestaba más esa gran edificación. En los últimos días, todo lo que lo había logrado lo repelía. No le satisfacía su éxito porque se sentía más fracasado que nunca.

Había obtenido todo, pero no podía tener lo único que quería.

—¿Qué opina la dama de estas nuevas averiguaciones?

Calvin guardó silencio. No había querido volver a ver a Iris desde aquella noche. Se había convencido de que era porque no quería levantar sospechas. Era muy arriesgado trepar cada noche hasta su habitación; tarde o temprano alguien se podía dar cuenta, aunque lo cierto era que no quería verla. Temía enfrentarse a ella, ceder de nuevo a la debilidad que le provocaba.

Temía seguir haciéndole daño.

Lamentablemente, tendría que ir a informarla de todo. No podía arriesgarse a mandarle una nota, podrían interceptarla. Tampoco podía dejarla desinformada. Iris solía ser, con regularidad, sensata, pero la conocía lo suficiente para saber que, guiada por la desesperación, sería capaz de hacer una locura.

Podía ir a buscarlo de nuevo a Convent Garden y morir en el intento.

—Estoy esperando el momento adecuado para informarla —dijo con un tono que dejaba claro que no quería más preguntas al respecto.

John, prudente, no las hizo.

Calvin aprovechó el momento y sacó de la gaveta los bocetos que había llevado consigo, los retratos que hizo con las descripciones que Iris le dio.

Una vez los vio mejor, se dio cuenta de que la cara del doctor le era algo familiar, solo que no podía recordar de dónde. Calvin había visto tantos rostros a lo largo de su vida que le era imposible saber dónde había visto uno en específico. Podía ser ahí, podía ser en la taberna de Convent Garden, podía haber sido en cualquier otro lugar. Quizás John tuviera mucha mejor memoria. Visitaba con frecuencia ambos clubs de juego, y prestaba más atención a la gente que Calvin.

—El rostro de este hombre, ¿no se te hace conocido? —preguntó, extendiendo el boceto para que lo tomara.

John lo hizo y examinó el dibujo por varios minutos. Su rostro delataba reconocimiento, pero al igual que Calvin no lograba asociar un nombre o lugar a la imagen. No era culpa del dibujo, que estaba muy bien hecho, sino que era ese tipo de rostro al que no se le daba más de una mirada: sencillo, sin nada que resultara extravagante para que la memoria tuviera a bien darle un lugar en su ocupado espacio.

—Estoy seguro de que lo he visto, solo que... —Se detuvo un momento y una mano fue a parar a su barbilla. Sus ojos se iluminaron con reconocimiento—. Ya recuerdo. Lo vi alguna vez en Los Ángeles del Placer. Jugué una partida con él. Gané y no se lo tomó bien, pero más allá de eso no reaccionó fuera de lo común o de forma agresiva. ¿Quién es?

—El doctor fugitivo —respondió con pesar Calvin, analizando lo que significaba que ese hombre hubiera estado en su local.

No era extraño. Los Ángeles del Placer era un sitio para gente como ese tipo, sin suficiente clase y dinero para ir a un lugar mejor, pero con cierta condición. Dudaba que siguiera en Londres por su estatus de fugitivo, aunque no estaría de más prestar atención a los visitantes del lugar. Lo que más le preocupaba era que alguien involucrado en ese caso pudiera reconocerlo y revelar su verdadera participación.

Por otro lado, preguntaría a algunos conocidos si el doctor no había visitado en los últimos días alguna de las otras tabernas de Convent Garden. Ese tipo de ratas nunca se podían alejar para siempre de sus vicios.

Le enseñó a John en retrato de la doncella, pero manifestó no haberla visto jamás.

Calvin pasó el resto del día corrigiendo asuntos de la administración del club. Se acercaba la fecha de la mascarada y había más trabajo que nunca pendientes por realizar, cuotas que aprobar y miles de cosas que no podía

delegar a sus administradores. A pesar de eso, su cerebro no encontraba distracción en los papeles pendientes. No podría estar en paz hasta que ese asunto se resolviera, y le frustraba avanzar tan lento cuando quedaba tan poco tiempo.

La noche cayó y Calvin salió del lugar, como siempre, por la puerta de atrás. A esa hora el club estaba en pleno furor y él no quería que nadie lo viera ahí. Ahora más que nunca debía intentar mantener su identidad escondida, pues la mayoría de los visitantes del afamado El Club del Placer eran los aristócratas de los que intentaba ganarse la confianza.

Paseó un rato por las iluminadas calles de St James. Esa zona siempre estaba concurrida de noche, pues como cuna de la aristocracia tenía los mejores clubs de juego para el entretenimiento. Las casas nobles también se encontraban ahí, por lo que siempre era un hervidero de actividad. Tomó un carruaje de alquiler que lo llevó hasta donde quería. Como un gato negro que se camufla en medio de la noche, se movió con sigilo hasta que llegó a la parte lateral de la posada. Sin embargo, dudó antes de subir. Sentía que cada vez que pisaba ese cuarto, algo dentro de sí moría cada vez más y más.

Observó a su alrededor. No había nadie. Los agentes solían apostarse adelante y atrás, que era donde estaban las dos únicas salidas. Pensar que alguien podía llegar a una habitación de un tercer nivel escalando un árbol no era una posibilidad probable. Demasiado peligro, una acción muy insensata que solo realizaría alguien con poco apego a la vida, o, en el caso de él, a su cordura.

Miró la ventana que era su objetivo, y como si la persona que estaba dentro hubiera sentido su presencia, esta se abrió y la cabeza de Iris se asomó con discreción. La mirada que le dirigió decía muchas cosas, entre ellas, lo molesta que se encontraba con él. A Calvin no le importó; al menos, intentó convencerse de eso. Ella se alejó de la ventana y la dejó abierta, una clara invitación. Él se preguntó con ironía si no lo tiraría de allí apenas pusiera un pie en el alféizar.

Iris estaba muy molesta, sí, con él, con ella y con el mundo tan injusto en el que vivía, pero sobre todo con él. Se había ido de nuevo, la había dejado otra vez sola, y, además, había desaparecido una semana entera. No podía ser más evidente su desprecio.

Le molestaba haber pensado que le importaba siquiera un poco, le molestaba haber cedido a sus brazos otra vez, sabiendo que solo se causaría

daño a sí misma. Le molestaba no poder mantener una actitud indiferente cuando él estaba cerca, y, sobre todo, la enfurecía no tener el valor para tirarlo de la ventana a penas pisara el alféizar. Era lo mínimo que alguien tan desgraciado merecía. Porque lo era. Calvin Blake, William Rednoy o cual fuera el nombre que lo identificara era un desgraciado. La consolaba, la abrazaba, le hacía creer que todavía había algo de ese sentimiento especial en él, y, luego de haberla llevado a las cumbres del placer, se marchaba.

Si había alguna palabra diferente para describirlo, no la conocía.

Observó como entraba por la ventana y aterrizaba en el suelo sin apenas hacer ruido. Vestía de negro, como siempre, y su agilidad era demasiado impresionante para un hombre de treinta y cinco años. No parecía tener ningún defecto, el desgraciado, aparte de romper corazones con una facilidad sorprendente y dejar a una dama suspirando.

Tal vez lo peor de todo, pensó Iris, fuera que actuaba de una forma que la decepcionaba y luego se redimía con otra. Le había llegado ese día una carta de Liliam donde mandaba agradecimientos a lady Cornwall por haber pagado la colegiatura de ese mes y el siguiente. No había duda de quién había sido, pues a ella no se le permitía tocar el dinero y no existía otra persona que supiera de su hermana y el colegio donde estaba. Eran ese tipo de cosas las que le provocaba sentimientos contradictorios: abrazarlo o ahorcarlo.

—He descubierto algo interesante sobre Hurstley —comentó él con despreocupación, como si la última vez que había estado allí no la hubiera tocado con fervor ni la hubiera hecho gritar de placer—. Es un maldito maltratador.

Iris se sorprendió y, por un momento, se olvidó de todo lo que él le provocaba.

—He estado acercándome a lady Hurstley. Le he visto dos moretones; también uno al niño. La mujer siempre parece demasiado nerviosa cuando él la ve, es demasiado retraída. La actitud de una mujer maltratada. Hurstley es un desgraciado, sabía que tenía que serlo.

Iris no respondió. Se quedó analizando la información, intentando relacionarla con la opinión que ella tenía del marqués. No concordaba, sin duda, aunque jamás había tratado con la marquesa para saber si era verdad

o no lo que Calvin le decía. Sintió una gran decepción al pensar que era cierto.

¿No podía acaso haber hombres decentes en ese mundo?

—Estoy intentando volverme su amigo —continuó él al ver que ella no decía nada—, que confíe en mí. Nos puede ayudar. Quizás sepa algo que delate a su marido, si no por el asesinato, por otra cosa. Una persona capaz de hacer una acción ilegal siempre hace más.

Iris asintió, aunque un nuevo pensamiento la inquietó, y no tenía nada que ver con la misión. Le molestó en cierta forma la cercanía que estaba teniendo William con esa mujer, y se preguntó hasta qué punto habría llegado para ganarse su confianza. No era el momento adecuado para sentir celos, y nunca había sido dada a ese sentimiento tan nocivo, pero no pudo evitarlo. La imagen de él coqueteando con la marquesa le molestó, así como también lo hizo el pensamiento de que en esos diez años él debía haber estado con muchas otras mujeres. Nunca se había puesto a pensar en eso, pues para aquel entonces al menos él había acabado con la relación. En cambio, ahora... no era como si estuvieran de nuevo juntos. No tenía ningún derecho, y, sin embargo, una parte masoquista de sí hervía de rabia porque tenerlo cerca le recordaba que una vez fue suyo y quería tenerlo de nuevo para sí.

Por otro lado, hacía apenas una semana que la había besado y acariciado.

¿Podía coquetear con otra con tanta facilidad?

—Espero que no juegues con esa mujer. —Iris no pudo evitar el disgusto en su voz—. Por lo que dices, es una persona decente. No sería justo que le rompieras el corazón.

Había más en esa frase que una preocupación por los sentimientos de la marquesa, y ambos lo sabían. Calvin sintió una punzada de culpa ante el dolor y la emoción que ella consiguió expresar.

—No suelo hacer eso con frecuencia —replicó. No era lo más inteligente que podía decir, ni siquiera supo por qué se vio en la necesidad de responder al comentario. Solo no quiso parecer el completo villano que él mismo se había encargado de parecer—. Solo quiero ganarme su confianza como un amigo. Tal vez he coqueteado un poco con ella, pero de forma impersonal. Comentó que iría mañana a Vauxhall, será una buena oportunidad. Es noche de máscara. La gente se siente más segura cuando lleva una máscara.

—Más seguro para ti, querrás decir, pues no te reconocerá. Su marido sabrá cómo irá vestida.

—Ah, pero es más fácil perderse en Vauxhall que en un salón de baile.

Iris hirvió de rabia. Él lo decía de forma tan tranquila, casual, como si de verdad fuera parte de una estrategia, y tal vez lo fuera. Eso, sin embargo, no ayudaba a mitigar el sentimiento.

«Tal vez he coqueteado un poco con ella».

Luego de haber tocado a Iris.

De haberla besado.

Estuvo a punto de espetarle con sarcasmo que no era necesario que se sacrificara tanto por ella, pero se contuvo. Estaba siendo irracional, en realidad. El plan no era tan descabellado y tenía cierta lógica.

—No voy a aprovecharme de ella —aseguró Calvin, que notó el cambio brusco de humor en su personalidad. Comprendió entonces con estupor que ella estaba celosa.

Parecía ridículo que no hubiera identificado ese sentimiento tan frecuente en las damas, pero para Calvin no había lógica en que ella pudiera estar celosa de alguien. Ella era perfecta, y de alguna forma se había asegurado de que Calvin no pudiera fijarse en nadie más. Incluso ahora se veía hermosa, cuando llevaba un vestido desgastado en lugar del camisón que había esperado.

Iris en toda su sencillez y esplendor.

Una parte de sí se regocijó porque estuviera celosa. Fue un sentimiento primitivo de satisfacción, de saber que lo consideraba suyo. No debería. Ella era libre, él no la quería a su lado, y, aun así, no quería dejar de importarle.

Era un desgraciado egoísta.

—Iris —habló cuando vio que ella no le estaba prestando atención. Parecía sumida en sus pensamientos—. Iris —insistió, y ella lo miró—. No tengo escrúpulos, es verdad. Sin embargo, hay límites. Esto es un asunto laboral. No los mezclo.

Ella nuevamente contuvo una respuesta sarcástica. No obstante, cuando lo miró a los ojos, supo que él decía la verdad. Se apaciguó e incluso se sintió ridícula.

¿Qué derecho tenía ella sobre él?

—Iré a Vauxhall contigo —dijo en cambio, para cambiar de tema.

El semblante de él se volvió sombrío.

—No.

No había derecho a réplica. Ella, en cambio, no lo vio así.

—No interferiré en... tu conversación —dijo al final, tratando de calmarse—. Solo quiero estar más pendiente de todo.

Llevaba una semana sin noticias. Había sido un verdadero infierno.

Quizás hubiera sido todo más soportable si él no se hubiera marchado así. Si esa noche no hubiera sucedido nada. Sus sentimientos habían tenido tan poco control esos días que estuvo a punto de ir a buscarlo, exigirle una explicación. Fue una gran determinación lo que la mantuvo al margen, un sentido racional que había tenido que madurar con demasiada rapidez esos años.

—Yo te mantendré informado.

—Llevo días sin salir de este lugar, Calvin. Estoy a punto de volverme loca.

—No irás a ningún lado donde no te pueda proteger —afirmó con rotundidad—. Estaré demasiado ocupado y no te podré vigilar.

—Puedo cuidarme sola —replicó, aunque ya no con tanta severidad.

—No —insistió él, y al ver el semblante tozudo de ella, se exasperó—. Siempre has sido demasiado terca —se quejó.

—¿Yo? —dijo, incrédula—. Creo que esa descripción se adapta más a ti.

—No. Eras demasiado impulsiva, querías hacer las cosas sin importar las consecuencias y nadie podía detenerte. Creías que siempre tenías la razón.

Iris se ruborizó al ser consciente de que él eso. De joven había sido muy impulsiva. Le temía a pocas cosas, y una de ellas no era verse a escondidas con el hombre que vivía con el vicario. Ese hombre que todos tachaban de inadecuado por ser bastardo, pero que fue un día tan encantador. Que la conquistó con su sonrisa cuando la vio en el pueblo por primera vez. Que la enamoró.

Tal vez, si hubiera sido sensata en aquel entonces, no estaría ahora tan destrozada.

—Tú eras muy mandón —espetó sin poder contenerse.

Lo vio esbozar una sonrisa.

Por primera vez desde que se reencontraron, él sonreía con verdadero humor.

—Todavía lo soy —admitió, y el brillo de diversión en sus ojos le provocó ganas de reír también. No obstante, él se puso serio y añadió—: No vas a ir.

Ella soltó un resoplido poco femenino.

Calvin se acercó y, sin poder evitarlo, tomó uno de los mechones negros y acarició su suave textura.

Era un tentación. Cada vez que la tenía cerca no podía evitar tocarla, aunque fuera alguna parte de ella. Un hechizo lo atraía de forma inmediata. Era como si quisiera asegurarse constantemente de que era real y no un producto de su mente intensa, que la había recreado casi todos los días de su vida.

—Te mantendré informada —prometió. Su voz era suave, tierna. A Iris le costó pensar mientras lo tenía tan cerca—. No hagas nada imprudente.

—Te alegrará saber que los años han apaciguado esa parte de mi carácter —dijo con voz débil—. Algunas cosas te hacen madurar.

Calvin sabía a qué se refería. Tuvo que arreglárselas sola desde muy joven, sola y con una hermana pequeña, no debió ser algo fácil.

Cómo le hubiera gustado estar ahí para ayudarla. El remordimiento apenas era soportable.

—¿Hace cuánto murió tu padre?

—Cinco años. Ya estábamos mal para entonces, nos quedamos en la calle. Los acreedores embargaron todo. —Se detuvo un momento para controlar la emoción de los recuerdos—. El vizconde nos recogió unos días y me dio una referencia para que consiguiera trabajo. No era fácil con Liliam tan joven, pero por suerte encontramos a lady Cornwall. Ella aceptó a mi hermana, y un año después la envió al colegio de señoritas.

—Tuviste mucha suerte.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—¿Tú crees?

Él prefirió no responder.

—Pagaste la colegiatura de Liliam —dijo ella, sintiendo que debían hablar ese tema.

—Sí.

No valía la pena intentar negarlo.

—¿Por qué?

La pregunta más obvia debería haber sido cómo. Era un colegio bastante caro, pero Iris ya se había dado cuenta de que Calvin tenía más dinero del que daba a entender esa taberna en Covent Garden. De otra manera, no hubiera podido costearse los trajes que usaba.

Por otro lado, no estaba segura de querer saber la procedencia del dinero.

—No creo que quisieras que a tu hermana la expulsaran y se enterara de la situación.

—No —susurró, derrotada—. Te lo pagaré. —No tenía la idea de cómo, pero lo haría—. Creo que me conviene quedarme con una parte del dinero. Te debo mucho.

Él negó con la cabeza, y la mano que acariciaba el mechón se traspasó a su mejilla. La acarició con suavidad, con reverencia.

—William... —dijo, dubitativa, pensó muy bien sus palabras, dudando si era lo más conveniente hablar—. Todo lo que me decías... ¿era verdad?

Ella no necesitó aclarar a qué se refería. Él lo sabía. Sabía que se refería a cuando le dijo que la adoraba, que era especial, que la amaba y muchas cosas similares. Calvin recordaba con ironía cuando una vez le dijo que no podría vivir sin ella, y era verdad.

No podía vivir sin ella. Lo que vivió después, lo que vivía ahora, simplemente no podía llamarse vida.

Cerró los ojos y respiró hondo. Sabía lo que debía decir, lo que pondría fin a todo ese absurdo, lo que rompería toda conexión que ella pudiera sentir hacia él. Era lo mejor.

No supo, entonces, cómo respondió lo que respondió.

—Sí, era verdad.

En menos de lo que duraba un suspiro, él ya había desaparecido por la ventana.

Ella sollozó, aunque era difícil definir si por el alivio o de tristeza.

Capítulo 13

Los jardines de Vauxhall eran uno de los pocos lugares donde la aristocracia podía juntarse con aquellos de sangre roja que pudieran pagar tres chelines por la entrada. Los jardines eran famosos por su música, su comida y, sobre todo, por los fuegos artificiales en la medianoche. Calvin también podía añadir que el lugar era popular por los *paseos oscuros*, caminos sin iluminación que los amantes aprovechaban para explorar su placer, sobre todo en noches como esa, donde la mayoría usaba máscaras.

Calvin llegó al lugar alrededor de las nueve y se coló entre la multitud. Era difícil descifrar quién era quién, y solo la ropa y el porte distinguían a los de la clase alta de los simples mortales. Había vendedores cada tantos metros, y las parejas paseaban de un lado a otro mientras se escuchaba a lo lejos el sonido de la orquesta, ubicada en la parte central de los jardines. Allí se dirigió él, pues era en esa parte de Vauxhall donde estaban los recintos privados, y, por ende, donde pululaba la aristocracia.

No le fue difícil encontrar a lady Hurstley. Llevaba un vestido verde, elegante pero sencillo. Su cabello estaba recogido en un peinado muy elaborado y una máscara blanca cubría casi todo su rostro. No obstante, la reconoció porque Hurstley estaba a su lado, y el antifaz que llevaba apenas ocultaba quién era.

No le sorprendía. No veía al marqués como alguien que quisiera pasar desapercibido.

Se preguntó cuál sería la mejor manera de acercarse sin levantar sospechas. Se había asegurado de que nadie lo reconociera con una máscara que le ocultaba todo el rostro. Quizás podía pedirle solo un baile. El que tenía lugar estaba a punto de terminar, y el marqués no sería tan grosero como para negarse en público a que su esposa bailase.

Eso fue lo que hizo. La cara de Hurstley demostró sospecha y algo de irritación cuando solicitó el baile a la dama, pero no dijo nada porque había otras personas con él.

—Mi querida dama, se ve usted espléndida —alabó Calvin sin intentar camuflar su voz. Quería que ella supiera quién era él.

Vio el reconocimiento en sus ojos.

—Señor Rednoy —dijo con timidez, desviando la vista un momento—, qué agradable sorpresa. ¿Cómo me ha reconocido?

—Soy bueno reconociendo a las personas —dijo en tono confidencial, aunque luego añadió—: Y su marido no se ha esforzado en ocultad su identidad. Así pues, si no era usted, era otra mujer. Eso hubiera sido un poco incómodo, lo admito.

Ella rio antes de separarse. El baile era una cuadrilla, por lo que no podrían establecer una conversación tranquila. En cierta forma, a Calvin le alegraban esas separaciones. Le daba un tiempo para recordar los pasos que había aprendido hacía tanto y que casi nunca puso en práctica.

No eran muchos los bailes a los que se podía asistir en un pequeño pueblo.

—Más para mí que para usted, se lo aseguro —comentó la mujer con un tono de amargura que no se le pasó desapercibido.

—Pido disculpas si le ha molestado mi comentario —dijo él en tono inocente.

Por supuesto que no lo sentía. Todo estaba planificado. Consideró que hablar de amantes era un buen tema para comenzar a analizarla más, que tanto podía temer o despreciar a su esposo.

—Oh, no, es solo que...

Una nueva separación.

Para cuando se juntaron de nuevo, ella se veía afligida.

—¿Sucede algo, milady? —indagó.

—No, no.

Pero ella parecía peor a cada segundo.

El baile terminó y Calvin comenzó a dirigirla con lentitud hasta el recinto donde estaba el marqués.

—Me aflige verla de esa forma. Por favor, si hay algo que la inquieta, puede decírmelo. ¿Por qué no nos vemos en diez minutos cerca de la fuente? Tal vez le venga bien desahogarse, si lo desea, por supuesto.

Ella echó un vistazo a su marido.

—Puede decirle que va con unas amigas —sugirió.

Ella asintió y Calvin contuvo una sonrisa de satisfacción.

Se retiró con una inclinación de cabeza antes de llegar al recinto y se marchó.

Diez minutos más tarde, la mujer apareció. Miraba continuamente a los lados, temerosa, y Calvin le sugirió ir a un lugar más apartado y menos concurrido.

—Oh, no, no creo que... —protestó ella.

—Le doy mi palabra de caballero que no haré nada inadecuado, solo pensé que le gustaría un poco de privacidad. Le ruego que me disculpe si no es su deseo, no quiero incomodarla.

Calvin esperaba haber sonado lo suficientemente confiable. La mujer lo miró, y aunque no podía ver su expresión, sus ojos brillaban con duda y sus labios estaban un poco fruncidos. Se obligó a tener paciencia y a comprenderla.

Sin duda, debía estar aterrorizada, y lo que él había dicho daba pie a malinterpretaciones. Debió haber cuidado mejor sus palabras, pero no se le ocurrió una mejor forma de proponerlo. Prefería no tener gente cerca cuando hablaran.

—Está bien —claudicó ella con voz temblorosa.

Calvin le ofreció el brazo y la guio a través de los jardines a una de las zonas menos pobladas, pero sin llegar a los paseos oscuros. Se detuvo bajo un árbol y le dedicó una de sus mejores sonrisas.

Nunca había sido muy bueno en eso. Hacía diez años que no sabía lo que era sonreír con verdadero júbilo, y su trabajo difícilmente requería que lo hiciera. Al contrario.

—Le ruego que me disculpe si peco de entrometido, milady, sé que no es mi asunto y comprenderé si usted no desea hablar del tema —comenzó con cuidado—. Solo que, aunque la conozco de poco tiempo, me ha provocado usted mucha simpatía y me aflige verla mal. Solo quiero que sepa que si puedo hacer algo por ayudarla...

La mujer lo interrumpió cuando soltó un sollozo. Calvin no supo cómo reaccionar. No había esperado esa pérdida de control, y jamás había sabido cómo actuar ante una mujer que lloraba. Si se hubiera tratado de Iris, la habría estrechado sin dudarlo. Sin embargo, esa dama no le provocaba el mismo sentido de protección, a pesar de que era obvio que lo necesitaba.

Lo único que pudo hacer fue poner una mano en su hombro.

—Milady...

—Lo siento, lo siento. Es que nadie antes... —Otro sollozo. Calvin le ofreció un pañuelo y ella se alzó solo un poco la máscara para secarse las lágrimas—. Nadie se había preocupado por mí antes —explicó, ya más calmada—. Oh, señor Rednoy. Temo que no puedo contarle lo que me aflige.

—¿Se trata de su marido? —indagó con suavidad.

—No puedo, no puedo decirle nada. Podría ponerlo en peligro.

—¿Es un hombre peligroso?

—¡No puedo! —volvió a gritar—. No puedo decir nada.

—Yo la podría ayudar —ofreció él en tono conciliador, de esos que pretendían hacerlo parecer inofensivo para que el otro confiara.

—Bueno, yo... ¡Oh, no, no puedo! —exclamó, y sollozó de nuevo—. No se acerque más a Hurstley ni a mí. Por la paz. —Sin darle tiempo a reaccionar, ella se marchó con rapidez.

Calvin se quedó anonadado. Cuando salió del asombro, soltó una maldición para desahogar su frustración.

Había estado tan cerca..., y ahora la mujer lo había dejado con más dudas. ¿Peligroso, había dicho? Eso confirmaba sus sospechas. Hurstley no era más que un hipócrita con una fachada que sabía cómo mantener. Si llevaba algún negocio turbio, nadie podría inculparlo. Se cuidaba demasiado bien las espaldas y tenía mucha suerte. No obstante, hasta el más afortunado caía alguna vez, y Calvin lo haría caer.

Se quedó mirando al vacío mientras pensaba en la mejor forma de proceder. Quedaban solo dos valiosas semanas y no había investigado casi nada. Había perdido demasiado tiempo con esa mujer, y no estaba seguro de que fuera conveniente seguir haciéndolo. Podría entrar a investigar en la casa de Hurstley, aunque dudaba que encontrara algo sin ayuda. El hombre era demasiado cuidadoso para dejar algo suelto, incluso en su propia casa. Si había alguna prueba, debía estar bien escondida, y con toda probabilidad le tomaría demasiado tiempo hallarla.

Por primera vez en su vida, Calvin se sintió desesperado. El futuro de la mujer que amaba estaba en sus manos, y sentía cómo se le iba escurriendo a cada día que pasaba. Si la ahorcaban y no podía hacer nada por evitarlo...

No pudo ni siquiera concebir el pensamiento. Era demasiado terrible para evocarlo.

Tenía que hacer algo.

Un ruido a sus espaldas lo distrajo. Observó el árbol que estaba a unos metros de él a tiempo para ver como una mujer de vestido azul luchaba por desenredar su cabello de una rama. Calvin soltó otro improperio y ella lo vio.

Aunque no hubiera divisado el brillo de esos ojos grises a la escasa distancia, habría reconocido el vestido que le provocó deseos perversos en aquella velada de lady Waldershare. Un vestido de lo más recatado, pero que en la figura de esa mujer se volvía tentador.

Ella ahogó un jadeó y por fin el mechón se liberó. Se observaron unos segundos, él con una furia creciente, ella asustada como una libre cerca de un depredador.

Pasados los segundos de estupefacción, echó a correr.

***

Iris ya había supuesto que sería demasiado ingenuo de su parte creer que él no la vería. Por estúpidos momentos había creído que el antifaz y la gran multitud de personas en Vauxhall la mantendrían a salvo, y así había sido hasta que los siguió a ese lugar menos concurrido y se posó detrás de uno de los árboles con la esperanza de escuchar la conversación.

No había tenido éxito, por cierto. Solo pudo ver como lady Hurstley lloraba con desconsuelo y Calvin no sabía hacer más que hablar y ponerle una mano en el hombro.

Eso la alegró de cierta forma. Por un momento llegó a pensar que él la estrecharía entre sus brazos, y no se imaginaba cómo podría haber reaccionado de haber sido así. Le alegraba saber que era una de las pocas mujeres que despertaban ese instinto protector, ese lado tierno. Lamentablemente, dudaba que pudiera conseguir ese efecto justo ahora, cuando la perseguía bastante furioso por haberlo desobedecido... *de nuevo*.

Pensó que, si tenía un poco de suerte, podía perderse entre la gente e irse. Así tendría tiempo para mitigar la furia. Si tenía aún más suerte, quizás incluso lo llegara a convencer de que alucinaba. Después de todo, ¿cómo podía saber que era ella? Sí, llevaba el mismo vestido que en la velada de lady Waldershare, pero no tenía otro decente, y lo cierto era que no

esperaba que él se acordara de su ropa. Los hombres nunca se fijaban en esos detalles femeninos.

Pendiente de cuánta ventaja le llevaba a su perseguidor, Iris miraba continuamente hacia atrás y no se fijaba mucho por dónde iba. Le sorprendía no haberse tropezado con alguien a esas alturas, y, aun así, no redirigió su atención al camino. Sin percatarse, llegó a una zona que estaba sin iluminación.

«Los paseos oscuros», se percató.

Dio media vuelta para salir de allí, pero divisó a Calvin, que se veía más furioso a cada paso que daba. Él no le haría daño, ella creía querer eso. No obstante, no tuvo el valor de enfrentarlo y se adentró en los oscuros caminos, elevando una corta plegaria para poder regresar luego.

«Eres una tonta», se dijo. ¿En qué momento había pensado que eso sería buena idea?

Lo sabía: en el momento en que estuvo tan hastiada de estar encerrada que su cuerpo le exigió una prueba para saber que seguía viva, que aún era capaz de tomar decisiones. No se acobardó ante el reto que supuso escapar de sus vigilantes, y no lo haría después de por fin haberlo conseguido.

Si había arriesgado su cuello bajando por ese árbol, al menos tendría que seguir el resto del plan.

A cada paso que daba, el camino se tornaba más oscuro. Iris se empezó a asustar, y se dijo que recibir la ira de William ya no era el peor de los males.

Dio media vuelva para regresar. Tropezó con un pecho duro, y un aliento alcohólico inundó sus fosas nasales. De inmediato, unos brazos fuertes la apresaron.

—¿A dónde vas con tanta prisa, encanto? —dijo el hombre, arrastrando las palabras—. ¿No quieres un poco de diversión? Yo sé que sí.

Ella soltó un gritó cuando él la apretó más contra sí. Se revolvió, tratando de zafarse o al menos desembarazarse de sus brazos lo suficiente para sacar la navaja que tenía escondida en el corpiño, pero no pudo.

Tenía demasiada fuerza para no tener uno de sus sentidos.

—¡Déjeme! —espetó, y esta vez trató de arañarlo.

Él le sujetó las manos a la espalda mientras reía.

—Lo podemos pasar bien —insistió.

—Le aseguro que usted no lo va a pasar bien —dijo otra voz, justo antes de que le quitaran aquel pesado cuerpo que la acorralaba.

Por la oscuridad no pudo ver de dónde provenía la voz, pero la reconoció de inmediato.

—Yo la he visto primero —protestó el borracho, con una risa nada conveniente para la situación.

Si él hubiera estado sobrio, se habría percatado de que no era prudente molestar así a alguien cuya rabia se notaba en la voz.

Un golpe, luego otro y, antes de que pudiera ejecutar el tercero, la criatura ya se alejaba trastabillando.

Iris observó lo que pudo de su salvador. No podía ver mucho, aunque su presencia era inconfundible, y su mirada, demasiado helada.

—Lo siento —musitó con vergüenza—. Gracias por salvarme.

Él no respondió. La tomó del brazo y comenzó a arrastrarla hasta lo que supuso que era la salida.

—Eres un imprudente. No ha menguado esa parte de tu personalidad.

—Te dije que vendría —acotó ella, aun sabiendo que no era lo más conveniente.

Como si el hecho de que se lo hubiera advertido fuera a apaciguarlo.

—Te ordené que no lo hicieras.

—No prometí no hacerlo. Debes conocerme lo suficiente a estas alturas para saber que vendría.

Calvin se detuvo y se giró para mirarla. Soltó un suspiro que pareció de cansancio.

—Sí, lamentablemente sí. Debí suponerlo.

Iris no supo cómo interpretar eso.

¿«Lamentablemente»? ¿Significaba que se lamentaba por conocerla bien, o por no haberlo previsto?

—Ha sido una tontería —admitió.

—Gracias a Dios que lo sabes. ¿Podré a la próxima ahorrarme saliva diciéndote por qué no debes hacerlo?

Iris no estuvo dispuesta a prometer tanto, y él se exasperó.

—¡Podría haberte hecho daño! —dijo, fuera de sí—. Si no hubiera llegado a tiempo...

Calvin apretó los puños.

No quería ni imaginarlo. Había hervido de coraje cuando vio como ese hombre la tenía sujeta, e instintos asesinos de lo más primitivos habían

exigido sangre. No solía perder el control de sí mismo con esa regularidad, pero no era él mismo cuando de Iris se trataba.

—Lo siento —repitió ella.

Él no pudo seguir molesto. No podía enfadarse del todo con ella, no por mucho tiempo. Pero que lo aspasen si dejaba que ella se enterara de lo fácilmente que lo hacía claudicar.

—Gracias —musitó, y, en un impulso, colocó una mano en su mejilla. El contacto lo desarmó. Solo quiso apretarse contra esa mano, sentir su suavidad en todos los sentidos—. Gracias por preocuparte por mí.

Había algo extraño en su tono, un cierto anhelo, un deseo.

—Hacía tiempo que nadie lo hacía —añadió.

Todo quedó claro. Nunca nadie se había preocupado por ella, solo él. Iris siempre había sido la que había tenido que llevar las riendas de todo. Calvin no podía comprender cómo nadie más le había brindado ayuda a ese ángel, ni tampoco por qué la vida la trataba de forma tan injusta.

Iba a decir algo, pero unos pasos lo distrajeron. Hizo una seña a Iris para que guardara silencio y la instó a colocarse detrás de unos arbustos.

Dos sombras aparecieron en el camino. Una pareja, aparentemente. Era imposible detallarlos con exactitud entre tanta oscuridad, pero quedaron lo suficientemente cerca para escuchar sus voces.

—Todo está saliendo a las mil maravillas, querido.

Lady Hurstley.

Capítulo 14

A Calvin le había costado reconocer la voz. Incluso podría ser que no lo hubiera hecho si no la hubiera escuchado hacía poco. El tono era más seguro, menos nervioso, una persona muy distinta a la que había conocido.

Todas sus alertas se dispararon.

Le hizo una seña a Iris para que guardara silencio y no se moviera. Se esforzó por escuchar con atención, todos los músculos en tensión ante la posibilidad de por fin tener alguna pista.

Por supuesto, todo aparentaba no ser como había pensado.

—No puedo quedarme mucho tiempo, me he desaparecido por mucho tiempo ya y puede sospechar. Solo quería decirte eso.

El hombre rio y la estrechó entre sus brazos.

La mujer también soltó una carcajada musical.

—Tengo que irme —dijo con coquetería.

—Solo será un rato —insistió el hombre y comenzó a besar su cuello.

—En El Club del Placer —dijo ella para luego darle un corto beso en la boca—. La fiesta es en dos días. Allí podremos discutir mejor nuestro siguiente paso y disfrutar después de tanto tiempo. —Soltó una carcajada —. Ha sido tan fácil... Espero que se entretengan estas dos semanas restantes con el equivocado. Adiós, querido. Pronto brindaremos por nuestro triunfo. —Se separó de él y se alejó con un balanceo coqueto de sus caderas.

El hombre la observó por varios minutos y luego la siguió. Cuando estuvo seguro de que ninguno pudo escucharlo, Calvin soltó un repertorio de maldiciones que jamás deberían ser dichas en presencia de una dama.

Iris lo observó, atónita, y esperó a que se calamara para que pudiera explicarle.

Al ver que parecía demasiado agitado, le colocó una mano en el hombro. El contacto surtió el mismo efecto que si le hubieran dado láudano. La tensión se relajó y las maldiciones cesaron.

—La mujer era lady Hurstley —dijo Calvin con más calma, aunque la furia seguía corriendo por su sangre.

Si no hubiera sido por el contacto de la mujer sobre su hombro, que le inspiraba paz, habría cometido una tontería. Una de las cosas que nunca había soportado era el engaño. Él, que se jactaba de leer a las personas, detestaba descubrir que no era omnipotente en ese aspecto.

La mente ágil de Iris comprendió todo y su boca emitió un jadeo. No había que ser muy inteligente para atar los cabos. Lady Hurstley había estado engañándolos para que creyeran que el marqués era el asesino. Así perderían el valioso tiempo que les quedaba buscando pruebas contra alguien inocente.

No las hallarían, y ella sería condenada.

La conciencia de tanta maldad en una sola persona le provocó náuseas. Se había negado a creer que el marqués fuera capaz de un acto tan vil, pero imaginar a una mujer ideando todo eso contra alguien de su mismo sexo, con sus mismas pocas posibilidades, la enfermaba de verdad.

Debería dejar de ser tan ingenua a esas alturas. La alta sociedad era un asco. Al menos, la mayoría.

—No comprendo —dijo Iris luego de asimilar las palabras—. ¿Por qué?

Calvin seguía mirando con rabia el lugar por donde había desaparecido la pareja.

—Es bastante obvio, en realidad. Si Hurstley heredaba, ella también podría hacer uso del dinero, aunque ese hombre me causa demasiada curiosidad. Por lo que he visto, temo que Hurstley no esté incluido en los planes futuros de la pareja.

—No querrás decir...

—Exactamente.

—¡Dios mío!

Iris se abrazó a sí misma y Calvin observó la decepción en sus ojos. Decepción de las personas, del mundo.

Sin poder contenerse, le pasó uno brazo por encima en un gesto de mudo consuelo.

—Al menos sabemos contra quién ir. Iré a la mascarada, los vigilaré y conseguiré la información.

Al menos ese golpe de suerte se lo había puesto fácil. Se podían contar con los dedos de una mano quiénes sabían quién era el dueño del club, y, sin duda, que fueran allí demostraba que ellos no eran parte del reducido grupo. Calvin podría asegurarse de que eligieran una habitación especial,

aquellas en las que podía infiltrarse por medio de pasadizos secretos que había colocado en la edificación.

—¿Cómo han averiguado que estabas investigando?

La pregunta lo sacó de sus cavilaciones y lo puso a pensar de nuevo. No lo sabía, y tener esa duda era muy peligroso. Alguien debió advertir a lady Hurstley, alguien que lo conociera y supiera que no pertenecía a donde decía. A pesar de eso, de allí a llegar a la conclusión de estar ayudando a Iris había un trecho.

Debía haber dado un paso en falso, y no saber cuál lo frustraba bastante.

No necesitó responder. Ella lo vio todo en sus ojos confusos.

Abrió la boca para decir otra cosa, pero Calvin advirtió antes cierta determinación en su mirada y se adelantó.

—No vas a ir.

Ella arrugó su entrecejo. Era una expresión que a Calvin siempre le había parecido muy cómica, y lamentó no verla con total caridad. Sus cejas se juntaban, sus ojos se achicaban y su boca formaba un puchero muy divertido. Se asemejaba más a una niña enfurruñada que a una mujer molesta.

—Pero...

—A ese lugar solo van mujeres dispuestas a tener aventuras. Aventuras amorosas —explicó al ver que ella iba a replicar—. Si vas a ese lugar, un hombre entenderá que estás dispuesta a todo, y dudo que sea el caso. ¿Te gustaría verte en la misma situación que hace un rato? —preguntó con brusquedad.

Ella desvió la vista, molesta. Sabía que tenía razón, y la parte sensata le aconsejaba quedarse en la posada esperando respuestas, siendo completamente inútil. Para una mujer acostumbrada a tomar las riendas de su vida, no era fácil dejarlo todo en manos de otro, sobre todo cuando el asunto le concernía.

—Puedo cuidarme —dijo con convicción.

—No.

Calvin la tomó de la mano y comenzó a arrastrarla hacia la salida. El contacto cálido le provocó un estremecimiento sobre la piel, de pronto demasiado consciente de la presencia de él. Que todo estuviera oscuro le daba un aire más excitante y enigmático. Su toque era suave.

Si estaba tratando de distraerla, lo conseguía.

—Si no hubiera venido hoy aquí, no habríamos obtenido esta pista —expresó con menos convicción, distraída porque la mano de él hubiera comenzado a acariciar su palma con su pulgar.

No parecía hacerlo de forma consciente.

—No pienses que con eso me va a convencer. Yo sé cómo manejar este asunto. Si vas, tendré que estar pendiente de ti, y no podré concentrarme.

—No tienes que estar pendiente de mí.

—¡Por supuesto que sí! —Él la soltó y se colocó frente a ella. Su mirada era dura e inflexible—. Ni siquiera pienses que podría estar tranquilo mientras tú estás rodeada de hombres que te podrían hacer daño.

El tono de congoja en su voz la enterneció. De verdad sonaba preocupado.

—Estás preocupado por mí —susurró.

No era una pregunta, él lo sabía, pero respondió como si necesitase dejarlo claro.

—Por supuesto que estoy preocupado por ti.

Si lo hubiera pensado mejor, no habría puesto tal énfasis en sus palabras. No le gustaba que Iris supiera lo vulnerable que era con respecto a ella, lo que podía provocarle.

—Eres una dama —dijo, tratando de quitarle importancia—. No podría permitirlo.

—Dijiste que no eras un salvador de damas en apuros —recordó ella con suavidad, citando las palabras que él le había dicho cuando se reencontraron —. ¿Por qué habría de importarte entonces?

Calvin masculló una maldición. Iris contuvo una sonrisa.

Era su William. El hombre de corazón noble. El hombre que la defendió en una ocasión de unos muchachos del pueblo que la molestaron. La misma persona que no podía ver una anciana con demasiado peso porque iba a ayudarla.

Una persona jamás podía cambiar totalmente. Así como una persona mala nunca podría ser del todo buena, una persona buena nunca podría ser del todo mala.

Simplemente era su esencia. La esencia verdadera del hombre del que se enamoró.

—No vas a ir.

Eso fue todo lo que dijo, y por algún motivo que Iris no llegó a comprender, se echó a reír. Una risa suave, tierna, con armonía perfecta.

No recordaba la última vez que había reído así, con verdadero entusiasmo y humor.

No recordaba la última que lo había hecho con él cerca.

Calvin esperó con paciencia a que ella se calmara. Su expresión dejaba claro que esperaba una explicación.

—Siempre has sido así —dijo como toda respuesta. Una sonrisa todavía iluminaba su rostro—. Cuando te quedas sin argumentos, pasas a dar una orden y dar todo por zanjado. No te gustaba perder.

El semblante de él se ablandó un poco.

—Solo lo hago cuando tengo razón.

—No, lo hacías siempre. Al menos conmigo.

—No puedo imaginar por qué —replicó con sarcasmo—. Tal vez tenga que ver con ese carácter tuyo tan imprudente. No hay manera de detenerte a menos que te lo digan de forma firme.

Él empezó a caminar, y esta vez fue ella la que tomó su mano. Él se sobresaltó, pero no se apartó.

—Algunas cosas nunca cambian —murmuró con intención.

Él comprendió lo que quería decir.

Le soltó la mano aun cuando sintió un vacío instantáneo al hacerlo.

—No te ilusiones, Iris. Las cosas cambian. Mucho.

—No —insistió ella con suavidad—, déjame quedarme al menos con la ilusión. ¿Por qué no?

—Porque luego la decepción es demasiado terrible de soportar.

—Sin embargo, es tan feo vivir sin ilusión... —contraatacó.

Caminaron unos minutos en silencio. De nuevo se formó esa brecha, esa tensión.

Si se pudiera cortar, Iris no hubiera dudado en sacar su daga y hacerlo.

Era tan incómoda y dolorosa...

—Déjame con la ilusión —insistió—. Creo que la necesito, ya que la vida se empeña en hacerme desgraciada, en quitarme lo que quiero. Tengo que tener algo, ¿no?

Calvin no dijo nada. Caminaron en silencio hasta que llegaron a una zona más concurrida.

Él se sentía mal. Quería decirle que lo tenía a él, que siempre lo tendría, pero ¿valdría de algo? En realidad no era así. Tenerlo a él significaría su desgracia. ¿Qué podía ofrecerle? ¿Dinero? Ni siquiera eso, si el caso se resolvía de manera satisfactoria. Solo podría darle una vida de repudiados. Tarde o temprano la sociedad se daría cuenta de que no era quien decía ser. Ese tipo de cosas no se mantenían mucho tiempo en secreto. Sería expulsado, e Iris con él. La hermana de ella no tendría posibilidades.

¿Por qué le era tan difícil entenderlo?

Además, él no era el mismo y nunca lo sería por completo de nuevo.

«Cuando la vida te marca, te muestra su maldad más pura, aprendes a verla de una forma diferente».

—Vive de ilusiones, si quieres —dijo con acritud—, pero luego no te quejes de lo duro del golpe.

Ella no respondió. Solo lo miró y se encogió de hombros.

Él creyó vislumbrar una pequeña sonrisa asomando a sus labios.

Iris dejó que la acompañara hasta la salida. Notó que él rehuía su contacto lo máximo s posible. Sin embargo, no le importó. Era extraño, pero sentía una paz interior.

Él era el mismo, había cambiado, aunque en el fondo era el mismo hombre, así lo negara. Aún no podía comprender del todo el motivo de sus acciones, de su forma de pensar. Ni siquiera por qué se negaba a aceptar lo que todavía había entre ellos: esa llama que no se apagaba con facilidad, que podía pasar años encendida sin que ni siquiera la brisa más fuerte pudiera apagarla ya que era demasiado intensa, poderosa, creada por el más puro de los sentimientos.

El amor.

Ella ya no se esforzaría por comprenderlo, solo lo aceptaría. Ese era el nuevo William: rudo, con mucho temor a expresarse, pero el mismo en el fondo. Era un hombre nuevo. No obstante, ella también era una mujer nueva, no la misma ilusa de dieciocho años, la dama protegida. Había aprendido a hacerse cargo de sus responsabilidades, así como él había aprendido sabría Dios cuántas cosas. Aun así, ella lo amaba, y si su preocupación era una señal, él la amaba a ella aunque lo negara en voz alta.

Nada debería impedir que fueran felices. Iris, sin duda, se encargaría de ello.

Ahora tenía una razón más para salir de esa situación.

—Sabes que voy a ir —le dijo ella una vez estuvieron en la embarcación que los llevaría de regreso.

La entrada de Vauxhall quedaba en la orilla del río Támesis, por lo que llegar y salir requería de barcos.

Él suspiró con resignación. Iris había usado un tono muy similar al suyo, ese de «lo voy a hacer con o sin tu permiso».

—Causas demasiados problemas, mujer. No ayudas a tu propia causa. ¿Por qué eres tan terca?

Ella se encogió de hombros. En realidad, no lo sabía. Quizás solo quisiera un poco de aventura, conocer el mundo en el que William parecía sentirse tan cómodo. Sentía que se desquiciaría si estaba sola en la posada esperando que otros trataran con su futuro.

—Veré cómo lo arreglo todo. Mañana te lo diré.

Iris contuvo una sonrisa de satisfacción.

Sabía que había ganado.

—Ahora tenemos que pensar en cómo regresarás. En primer lugar, ¿cómo te escapaste?

—Bueno, eh... —dijo ella con cierto nerviosismo.

Entonces, comenzó otra discusión.

Capítulo 15

Iris leyó atónita la nota que le había sido entregada. No estaba dirigida a ella, sino a la dueña de la posada, que, bajo una suma de dinero, había sido coaccionada para entregársela sin que los agentes sospecharan. Al parecer, revisaban cada correspondencia que llegaba y la dueña se estaba molestando. Tal vez si la mujer no tuviera tan buen corazón ya la hubiera echado por provocar que violaran la privacidad de los otros huéspedes. Tampoco le agradaba que vigilaran su posada día y noche. Iris le había asegurado que el asunto no duraría más de un mes, y esperaba que fuera verdad.

También esperaba estar viva para el final del tiempo.

Volvió a releer la nota.

William le decía que la estaría esperando una cuadra más allá al caer la tarde. Aseguraba que no era necesario que se arreglara, e Iris no lo entendía. Era muy temprano para la mascarada, ciertamente. Entonces, ¿qué planeaba?

Por otro lado, mencionaba que ni se le ocurriera bajar de nuevo por la ventana.

Sonrió. El tema había provocado una nueva discusión el día anterior, sobre todo cuando Iris tuvo que usar de nuevo el árbol para subir. Estaba muy oscuro, y solo por eso se dio cuenta de que el tono de piel se volvía más blanco a cada rama que ella subía. También le escuchó mascullar varias maldiciones. Le sorprendía que no hubiese subido para azotarla por su imprudencia. Más le asombraba que estuviera dispuesto a llevarla a la mascarada.

Sonrió con triunfo. Al menos, había ganado esa.

Se preguntó cómo haría para escaparse de nuevo. ¿Le serviría de nuevo el truco de la viuda? Quizás, si salía un rato para disimular y luego regresaba y se cambiaba de inmediato, no sospecharía. O tal vez sí. Lo cierto era que estaba dispuesta a correr el riesgo. Hurstley le había dado un mes para demostrar su inocencia. No sabía cómo planeaba que lo hiciera si

estaba vigilada. Más le habría valido no saber que la vigilaban, aunque eso hubiera arruinado todos sus planes hasta el momento.

Decidió ceñirse al plan. Salió, dio un paseo por el parque, regresó y luego fue a ponerse su disfraz. Se preguntó qué tramaría Calvin y cómo planeaba hacerla a entrar a ese lugar tan elegante si no iba vestida de forma adecuada.

No importaba, confiaba en él. Siempre había confiado en él.

Iris elevó una corta plegaria al cielo antes de salir. La luz ya empezaba a mitigar. Observó como los agentes la miraban con atención. No había elegido el mismo vestido negro, por supuesto. Una suerte que tuviera más de uno. Sin embargo, dudaba que los hombres notaran esas cosas independientemente de su profesión. Iris mantuvo el cuerpo en tensión el tiempo que se sintió observada y se relajó cuando dejaron de prestarle atención. Observó que uno de los hombres entraba en la posada y se alegró de haber advertido a la posadera para que si le preguntaran por una viuda confirmara que vivía ahí.

Cuando llegó al lugar del encuentro, se detuvo frente a Calvin.

Él le dirigió una mirada burlona.

—Debería informar al magistrado de la ineficiencia de sus agentes —comentó con una sonrisa irónica.

—Procura hacerlo después de dos semanas. ¿A dónde vamos?

—A El Club del Placer, por supuesto —respondió él, a la vez que le hacía señas para que entrara a un carruaje que estaba frente a ellos. Iris no se había percatado de eso—. No me hubieras dejado en paz si no te llevo.

—Pero es temprano, y dijiste que no me arreglara. ¿Por qué? —preguntó mientras aceptaba su ayuda para subir.

—No habrías tenido nada adecuado —replicó él, y subió tras ella. Una vez cerró la puerta y las cortinas, encendió el farolillo que estaba sujeto a una de las paredes—. No es una velada común, te aseguro que las enaguas y el corsé con regularidad no están incluidos en el vestuario. Bueno, quizás el corsé sí, si la dama no tiene buena figura. Al menos tú no lo habrías necesitado.

Iris se dejó el velo unos minutos más para ocultar su sonrojo. Bueno, ya se imaginaba que no era un lugar decente, pero no pensó que el nivel de descaro llegara a eso.

—¿Entonces? ¿Qué vas a hacer conmigo?

Calvin suspiró como si ni él mismo lo supiera.

—Podría decirse que hacer que mates tu curiosidad para que dejes de fastidiar.

Iris se ofendió y se quitó el velo.

—Quieres decir que no me llevarás a la mascarada —espetó.

—Antes muerto. ¿Tienes idea de cuántos hombres peligrosos hay allí? Pero te presentaré el club. Ambos sabemos que eso era lo que te interesaba.

Iris se mordió el labio.

Tenía razón. La principal razón de su insistencia era que tenía mucha intriga sobre esos lugares prohibidos, siempre había sido una persona muy curiosa. Irónicamente, ahora que estaba en una situación de peligro, tenía más ganas de vivir lo que siempre se le había prohibido. Había llevado todo el tiempo una vida tranquila, sin muchas emociones más allá de un romance secreto con el protegido del vicario. Pensar que pronto podría morir, de alguna forma había despertado su instinto de aventura. Bajar por árboles, salir disfrazada... Ya nada le importaba.

Quería disfrutar, sentirse viva.

—¿Cómo harás para que nos dejen entrar?

Calvin sonrió.

—Te aseguro que no habrá ningún problema.

El carruaje se detuvo unos minutos después frente a la parte de atrás de una gran edificación.

—Ponte el velo —dijo antes de abrir la puerta.

Extendió sus manos y la tomó de la cintura para ayudarla a bajar. El cálido toque envió un estremecimiento por todo el cuerpo de ella.

Cada vez que la tocaba, por más que hubiera tela de por medio, no podía evitar recordar el tacto de sus manos desnudas sobre su piel. Le había tomado años olvidarse del sentimiento, y ahora tendría que volver a pasar por el proceso.

«No», se recordó.

No lo haría. No volvería a perderlo.

Él la guio hasta lo que parecía la puerta de servicio, la abrió y la arrastró dentro.

—¿Trabajas aquí? —indagó con curiosidad mientras lo seguía a través de un pasillo escasamente iluminado.

—Digamos que sí. —Fue su escueta respuesta.

El pasillo no tenía más de dos metros. Daba paso a un lugar que parecían las cocinas. Había un gran horno, hacía un calor infernal y muchas personas iban de un lado a otro. Había demasiado agite, y un hombre gritaba órdenes en francés. Muchos estaban tan ocupados que no les prestaron atención. Los que sí se fijaron en ellos, o *en ella* en específico, tenían demasiadas cosas que hacer para detenerse a realizar preguntas.

Calvin la arrastró a través de la cocinas sin percatarse de la conmoción que causaba ella vestida de negro. El hombre que gritaba en francés, el chef, supuso, lo detuvo.

—*Monsieur* Blake, *monsieur* Blake, ya casi está todo listo. La velada de esta noche será perfecta.

—Eso espero. Agradezco su esfuerzo. Será recompensado por su trabajo extra.

—Oh, *merci*, *monsieur*. Siempre a sus órdenes, lo sabe.

El francés le dirigió una mirada curiosa a Iris, pero se abstuvo de hacer preguntas a pesar de que le parecía raro. El señor nunca había traído a una mujer a ese lugar.

—¿Qué clase de puesto ocupas? —preguntó Iris al ver el respeto con el que lo trató el chef.

—¿Importa?

—Sí. Quiero saber si nos van a despedir en cuanto me vean. Preferiría que no perdieras tu trabajo.

Él soltó una carcajada ronca, jovial. Era la primera vez que lo escuchaba reír así, con júbilo, verdadero humor. Le habría gustado saber el motivo.

—Pequeña, pequeña Iris... No te preocupes, nadie nos echará.

Atravesó con él varios pasillos medio oscuros, en donde se encontraban de vez en cuando con algún que otro criado que saludaba a William con respeto. Al final de uno de los corredores había una puerta, y él la abrió.

Iris jadeó al ver lo que se encontraba ante sí.

Era como un salón de baile, amplio y exquisitamente decorado. Las columnas decoradas en color marfil, los paneles en las paredes de damasco dorado. El techo se alzaba en forma de cúpula y una gigante araña colgaba del centro. Las ventanas eran altas para proporcionar luz durante el día. Había espejos colocados en sitios estratégicos para ampliar la luz de la velas. Algunos cuadros también guindaban de las paredes. El suelo tenía un

alfombrado negro. Desde ese lugar, y con el sitio vacío, Iris se sentía mu pequeña.

—Este es el salón de juego principal —explicó Calvin, extendiendo la mano para señalar todo el lugar—. Con regularidad hay cuatro mesas principales donde se lanzan las apuestas más altas. Se ha quitado para poder usar el lugar como salón de baile, y hemos dejado solo las más pequeñas, que están a ese lado. —Señaló al frente, donde varias arcadas dejaban entrever salones más pequeños con decoración similar y varias mesas dispuestas—. Esos salones pueden conducir también a salones privados, no reciben más de diez personas. Te los muestro luego. Vamos a los comedores.

Calvin la arrastró hacia su derecha, donde una gran puerta de madera caoba estaba vigilada por un lacayo que, luego de una reverencia, abrió la puerta. Dentro había varias mesas dispersadas a lo largo del salón. La decoración de ese salón en particular era de damasco azul, con muchos cuadros dorados alrededor de las paredes. Había varios sirvientes colocando platos, cubiertos; adornando con flores.

—¡Señor Blake! —exclamó una voz jovial desde una de las esquinas. Parecía un supervisor—. ¡Qué bien que haya llegado! Ya casi está todo listo, aunque han surgido unos contratiempos. Primero... —El hombre se detuvo cuando se percató de la presencia de Iris. La observó con extrañeza y miró a Calvin con expresión interrogante.

Este no consideró importante darle información sobre su personalidad e insistió en que enumerara los problemas mientras Iris detallaba el lugar. El hombre mencionó algo de lacayos, dados, límites de pagarés, pero Iris no prestó atención y se fijó en la delicada cubertería de plata, vajilla de porcelana fina, manteles de lino.

Todo era elegante y costoso, digno de la clase alta.

Observó como el hombre confiaba todos sus problemas a Calvin y se preguntó qué rol jugaba en ese juego.

¿Administrador?

Calvin musitó unas soluciones y luego hizo una seña a Iris para que la siguiera. Ella se percató de que el hombre seguía sus movimientos con curiosidad, y agradeció no haberse quitado el velo. El escrutinio la ponía nerviosa. Se sonrojaba de pensar lo que debía cruzar por la mente de ese hombre. Tal vez pensaba que era una fulana o algo similar.

El pensamiento la perturbó por un momento, aunque pronto la excitación del conocimiento de ese nuevo mundo volvió a envolverla. Calvin le enseñó los comedores privados, las otras salas de juego, y luego la llevó al primer nivel, desde el cual se podía observar, por medio de un corredor, gran parte del salón principal de la parte baja.

Él le explicó que ese sitio contenía las habitaciones para que los clientes se entretuvieran. Iris no preguntó a qué se refería con «entretener», no era tan ingenua. Él no pareció notar su bochorno y comenzó a hablar de pasadizos secretos que daban a otras habitaciones y salones y permitían observar desde el anonimato cada movimiento del club.

—Sabes mucho —comentó Iris, observando fascinada un retrato de una de las habitaciones.

Era un cuadro bastante subido de tono: una mujer desnuda de cabellos rojos con una mirada negra penetrante. Si se observaba bien, no eran ojos negros, sino dos agujeros desde los que alguien podía observar al otro lado de la pared.

—Sí —respondió—. De uno de estos —señaló el cuadro— me valdré para escuchar el plan de esos dos.

—¿Todas las habitaciones tienen uno? —preguntó, asombrada.

—Algunas. Otros tienen pasadizos que llevan a un armario. Me encargaré de que lady Hurstley y quien sea su cómplice acaben en una de esas. Me lo han dejado muy fácil.

—Calvin... —dijo con cautela—. ¿Qué cargo en específico ocupas en este lugar?

—¿Importa?

—Tienes demasiada confianza para andar por aquí. ¿No se molestará el dueño?

Él volvió a sonreír. Sus ojos brillaron con algo extraño.

Entonces, Iris lo comprendió.

—Tú eres el dueño —susurró, sorprendida, y él solo asintió.

Iris no lo podía creer. Una cosa era ser el dueño de una taberna en Covent Garden, un sitio de los bajos fondos con ingresos que debían ser solo decentes, pero tener un sitio como ese...

—¿Te sorprende que haya podido llegar a conseguir un sitio como este? —susurró con voz suave.

Iris no notó el momento en que se acercó, aturdida como estaba. Lo miró a los ojos y vio en ellos la determinación que siempre lo había caracterizado.

—No —respondió con una pequeña sonrisa—. No me atrevería a dudarlo.

Silencio.

Él cambió de forma brusca su expresión, como si no estuviera acostumbrado a los halagos. Se pasó las manos por los cabellos y desvió la vista.

—¿El señor John sabe que tienes este lugar? Considero que habría sido menos riesgoso haberme enviado a buscarte aquí.

—Se lo dije. Sin embargo, tenía un punto. Casi no vengo por aquí. Prefiero Covent Garden.

En cualquier otra persona, la afirmación habría sonado ridícula. ¿Quién preferiría un barrio de mala muerte en lugar de un sitio tan elegante como ese, que, sin duda, reportaría mejores ganancias de ser bien administrado? No obstante, Iris lo conocía. A William no le gustaba la opulencia, por no decir que detestaba todo lo que tuviera que ver con eso. Lo despreciaba porque le recordaba la maldad que encerraba el mundo del dinero, la hipocresía; sí, en todos lados había maldad, pero tener dinero parecía exonerar de castigo, y eso era lo que él odiaba.

Iris estuvo tentada de preguntarle cómo lograba manejar un lugar como ese si siempre estaba en otro lado, pero se abstuvo porque no lo consideró oportuno.

Así pues, decidió optar por otra pregunta que la llenó de curiosidad.

—¿Duermes en Covent Garden?

—En estos momentos, duermo en una casa alquilada de Mayfair —respondió con ironía—. Con regularidad en Covent Garden, aunque duermo aquí a veces. Donde sea. No es como si tuviera un hogar fijo.

—¿Nunca has pensado en tenerlo? —indagó sin poder evitarlo. Las palabras salieron de su boca porque su mente necesitaba una respuesta. Siempre había querido una respuesta.

Él le lanzó una mirada dura y fría. Iris, sin embargo, pudo distinguir cierto pesar detrás de la máscara.

—Creo que no hay más que enseñar —replicó Calvin, y se dirigió a la salida—. Te llevaré de vuelta. Sería sospechoso que la viuda no regresara,

¿no crees?

Iris asintió con la cabeza con cierta desilusión brillando en su rostro. Quería quedarse, ver cómo era ese mundo. Cómo se comportaba la sociedad fuera del círculo de reglas. Podía ser que nunca tuviera la oportunidad de ver su mundo de una forma diferente. Si tan solo...

Una idea se le vino a la cabeza.

Los ojos le brillaron y esbozó una sonrisa. No obstante, antes de que pudiera decir algo, Calvin se adelantó:

—No.

—No sabes qué iba a decir —protestó.

—Estoy seguro de que mi repuesta habría sido «no».

—No quiero quedarme en casa, agobiada, vigilada, mientras espero respuestas —se quejó—. ¿No comprendes lo frustrante que es para mí esta situación?

Calvin suspiró. Le colocó la mano sobre el hombro y la miró con ternura.

—Estoy intentando salvarte la vida. Preferiría no ponerte en más riesgos que puedan acabar con ella. Alguien puede acorralarte y violarte antes de que siquiera tengas tiempo de gritar. ¿Es tan difícil de entender?

—Lo entiendo —dijo ella con un suspiro. Él tenía razón, ella lo sabía—. ¿Ni siquiera puedo espiar por uno de los pasadizos?

—Cuando de ti se trata, no confío ni en los que están a mi servicio ni en qué harían si te encontraran vagando por ahí.

—No quiero regresar a la posada.

Detestaba estar en esa habitación, como Rapunzel en una torre, custodiada mientras esperaba que su príncipe —que parecía más bien el villano— fuera a liberarla. No es que pudiera hacer mucho: Iris era lo suficientemente sensata para saber que estorbaría más que ayudar, y eso era lo más frustrante. Una mujer que en los últimos años se había acostumbrado a valerse por sí misma, ahora solo debía esperar que otro le resolviera el problema, sin saber si podría ponerse en peligro, si surgiría algún contratiempo.

Si al menos pudiera quedarse allí para enterarse de todo de inmediato...

Lo miró con súplica, y no necesitó explicarse para saber lo que ella quería. Podría haber seguido diciendo que no si no hubiera sido por esa mirada. Esos ojos grises que brillaban con anhelo, que pedían que por favor

le concediera esa petición. Las comisuras de la boca hacia abajo en un gesto de melancolía.

Fue demasiado para él. Siempre había sido demasiado para él.

—Te quedarás en mi habitación. Nunca nadie entra ahí. Cerraré la puerta con llave y yo te avisaré apenas obtenga información. Dios nos ayude a averiguar cómo te devolvemos a tu celda después.

Iris rió y, en un impulso, le enlazó los brazos al cuello y lo abrazó.

Calvin la rodeó con cautela, temeroso, recordando poco esa muestra de afecto.

Cuando ella se separó, aún había una sonrisa en su rostro.

Dios lo ayudase a él.

Capítulo 16

Iris empezó a inspeccionar la habitación apenas la puerta se cerró. Era un cuarto amplio, muy masculino. Las paredes estaban decoradas en damasco gris. Las cortinas eran de un azul rey, y el alfombrado del suelo, negro. Una gran cama con dosel estaba pegada al fondo de la habitación, en el centro, cubierta con sábanas blancas. Había poco mobiliario: una mesa de noche, un escritorio con su silla de madera, un sillón forrado en terciopelo azul frente a la chimenea y un armario.

Curiosa, se dirigió al armario, ansiosa por saber si había algún pasadizo que conectara con esa habitación. Abrió las puertas de roble y observó que no había muchas prendas. Tanteó la parte de atrás, pero no se escuchaba hueco. Desilusionada, comenzó a dar golpecitos con el pie pensando qué otro lugar podía contener un pasadizo. No había cuadros ni candelabros en las paredes. Quizás no había nada y todo el recorrido había activado demasiado su imaginación.

Giró su cuerpo para bajar y casi tropieza porque uno de sus pies se hundió. Iris bajó la vista y observó como una parte del suelo del armario se había descolocado. Sorprendida, se agachó y movió la pieza hasta que consiguióapartarla.. No encontró un pasadizo secreto, mas sí un compartimento. Metió la mano y empezó a tantear.

No debía tener más de veinte centímetros cuadrados y estaba lleno principalmente de papeles. Creyó que se trataría de papeles del club, pero cuando tomó uno entre sus manos y lo desdobló, lo primero que vio fue su nombre escrito.

***

Calvin localizó a la pareja con facilidad. Primero había llegado lady Hurstley. Llevaba un vestido rojo bastante indecoroso, con escote que por poco no mostraba los pezones, y las faldas se pegaban a sus piernas. Tenía una máscara negra y no se parecía en nada a la mujer rectada que había

conocido en un principio. No obstante, Calvin la reconoció por el broche de diamantes que también le había visto en Vauxhall.

Sospechó que era una forma de identificarse ante su amante.

Procuró no quitarle la vista de encima y la siguió a una distancia prudencial. Diez minutos después estaba coqueteando con un hombre que tenía casi todo el rostro cubierto. Calvin intentó recordar si lo había visto con anterioridad, pero su silueta no se le hizo familiar. ¿Sería miembro del club, o uno de los que aprovechaba las mascaradas para poder entrar? Después de todo, ese día se aceptaba a cualquiera que pudiera pagar una libra. Era cantidad suficiente para mantener a aquellos de clase baja y problemática lejos, aquellos que pudieran disgustar a la distinguida clientela de sangre azul.

El hombre, vestido con un traje de etiqueta completamente negro, sonrió a la dama. A los compases de la música, bailaron un vals de forma muy sugerente, sin guardar la distancia adecuada. Con la mano más en los pechos que en la cintura, reían y coqueteaban. Calvin se acercó a una mujer y le pidió bailar con el fin de acercarse más a la pareja. La mujer aceptó encantada y él se sorprendió, una vez puso las manos sobre ella, de lo repugnante que le resultó el contacto. Se forzó a continuar con la farsa y hablarle a la mujer con coquetería mientras intentaba escuchar lo que la pareja decía.

Hablaron de cosas banales, se lanzaron insinuaciones, nada comprometedor. No es que esperara obtener algo importante. Sin duda, no lo dirían en público. Después de perseguirlos un rato, al fin se fueron a buscar una habitación.

Calvin le hizo una seña a uno de sus hombres de confianza para que se encargara de cerrar todas las habitaciones y dejar disponible solo una de las que tenían pasadizos secretos. Su hombre asintió y se apresuró a cumplir la orden. Mientras, Calvin se dirigió a uno de los pasadizos que llevarían a la habitación acordada. Cuando se encontró dentro de la habitación, observó por el pequeño y casi imperceptible agujero en la madera a la pareja que se besaba con pasión, a la vez que las prendas de ropa iban desapareciendo.

Había esperado no tener que tolerar el acto, pero al parecer iba a tener que esperar.

No obstante, no se separó de inmediato, sino que intentó vislumbrar la identidad del misterioso hombre. Esperó con paciencia a que se quitara la

máscara y lo reconoció: era el doctor desaparecido.

Calvin empezó a atar cabos y todo cuadró. Había sido él quién había advertido a lady Hurstley. Seguramente lo había reconocido, y en un descuido de Calvin, se había dado cuenta de las visitas que hacía a Iris. Entonces planeó una maniobra con su amante para distraerlo.

Estuvo a punto de soltar una maldición, pero se contuvo a tiempo.

Se separó del agujero, sin querer ver el coito al detalle, y guardó silencio.

—Te he extrañado demasiado —musitó el hombre con voz ronca—. Maldito Hurstley que te puede tener siempre.

—Eso cambiará pronto —susurró la mujer, y Calvin se acercó un poco para ver como ella volvía a besar al hombre. Parecía muy acelerada, y el vestido ya había desaparecido—. Ya he comenzado todo.

—¡¿Ya?! —exclamó, tan sorprendido que se alejó de ella—. Hay que esperar a que la cuelguen y el recibas el dinero. No podemos deshacernos de él tan pronto.

—Ya no lo soporto —se quejó la mujer—. Además, nos conviene. Piénsalo: los síntomas de Hurstley serán los mismos que los de la vieja. Podemos argumentar que, de alguna forma, esa mujer consiguió infiltrar a alguien en nuestra casa para que hiciera lo mismo con él con la esperanza de salir bien parada. Por supuesto, comprenderemos todo esto después del desafortunado incidente. Tú irás constantemente a la casa, dirás que es algo pasajero...

—No puedo ir yo —interrumpió él—. No si planeo casarme contigo luego. Tiene que ser alguien más. Le pediré el favor a un socio. Por una buena cantidad de dinero, lo hará. Debe ser alguien que no se mueva en tu círculo.

Ella asintió.

—Tienes razón. El hecho es que al final no pudimos hacer nada por el pobre Hurstley. —Su voz adquirió un tono tan burlón que Calvin sintió náuseas—. Qué tontos fuimos que no nos percatamos antes de la desafortunada coincidencia. Lo bueno es que pagó por todos sus crímenes.

Calvin apretó los puños, reprimiendo el impulso de revelar su presencia y matar a aquellos dos desgraciados. A esas alturas de su vida no debería sorprenderle hasta dónde ascendía la maldad. Había conocido a personas que mataban por dinero, por placer. Estos no eran muy diferentes de la pareja que ahora reía y consumaba su pasión.

La escoria humana estaba en todas las clases.

Esperó a que salieran de la habitación para irse él también. Su interior bullía con una mezcla de coraje, indignación y ganas de asesinar hacia aquellos que querían hacerle daño a un ser inocente.

Todo por el maldito dinero.

Fue a su despacho a tomar varios tragos antes de encontrarse con Iris.

Necesitaba serenare, no podía permitir que lo viera en ese estado.

Mientras tomaba una copa de licor, se reprendió por no haber mandado llamar al magistrado para que escuchara la confesión de culpabilidad. No obstante, se recordó que habría sido complicado. Primero, porque no sabía qué era lo que podían decir, y quería estar seguro. Segundo, esos escondites no daban para dos personas. Tenía que buscar una forma de ponerles una trampa y salvar al marqués, que, aunque seguía sin ser santo de su devoción por la poca confianza que había depositado en Iris, al menos ahora lo comprendía un poco más. Solo había sido una pieza en ese juego macabro, y, por su bien, debería saberlo.

Cuando Calvin por fin regresó a la habitación, encontró a Iris acurrucada en la cama, abrazando sus rodillas y con muchos papeles alrededor. Tenía los ojos rojos y las mejillas húmedas. ¡Había estado llorando!

Preocupado por lo que pudiera haberle ocurrido en su ausencia, se acercó a ella con rapidez y abrió la boca para preguntar. No obstante, antes se fijó en uno de los papeles que había sobre la cama.

Palideció.

—¿Dónde has conseguido esto? —preguntó con brusquedad.

Estaba desconcertado y bastante molesto. Nunca se imaginó que ella llegaría a encontrar las cartas que había escrito cuando el dolor era intolerable. Ni siquiera recordaba que estaban allí. Había escrito tantas de ellas en ambos lugares...

Se suponía que el destinatario nunca debería leerlas.

Ella no respondió, solo lo miró con confusión. No entendía nada. ¿Cómo podía hacerlo? Él se había marchado sin más explicación que una escueta nota de despedida, aunque siempre supuso que ella debería haber sabido cuáles fueron sus motivos.

Para él eran obvios, no podía concebir que para ella no lo fueran.

—No debiste hurgar entre mis cosas —reprendió con voz dura, más molesto consigo mismo que con ella. Debería haber quemado las cartas

apenas las terminó de escribir. Por supuesto, jamás se imaginó que volvería a ver a la musa que las inspiró.

De nuevo, Iris no dijo nada, solo lo miró. Lo observaba como se observa a alguien extraño, difícil de entender, que actuaba de una forma que para ella no era normal.

Calvin hizo ademán de recoger las cartas, pero ella predijo sus intenciones y las tomó. Las que había ahí eran nada más que tres. En Covent Garden había muchas más.

—¡Son mías! —declaró Iris, apretando las hojas contra su pecho. Se negaba a que se las arrebataran y le quitaran así la única prueba de que alguna vez fue amada.

—No, no lo son —repuso con calma, aunque no hizo amago de quitárselas. Su mirada ya no delataba molestia, sino un profundo cansancio.

—Eran para mí.

—Nunca tuve intención de enviarlas —repuso él, y se sentó en la otra punta de la cama.

De pronto se sentía incapaz de seguir de pie.

—¿Por qué las escribiste, entonces?

Calvin miró hacia otro lado.

No tenía respuesta para eso. Al menos, no una que quisiera dar.

—Quiero quedármelas —pidió Iris con suavidad, al ver que él no pensaba responder.

—Hazlo —dijo con sequedad—. No sé para qué te servirán.

—Para saber que al menos algún día me amaste —respondió ella.

El silencio los envolvió como una bruma espesa. Calvin tenía el cuerpo en tensión, los labios apretados. Estaba molesto y desconcertado por cosas que ni siquiera podía explicar. La declaración lo había descolocado hasta un punto desconcertante.

«Para saber que al menos algún día me amaste».

La amaba tanto que parecía una ofensa que lo pusiera en duda. Pero ¿podía culparla? ¿No habían sido sus últimas palabras «esto no funcionará, es mejor acabarlo»?

Le había dejado la nota en su mesa de noche, después de hacer el amor, y al día siguiente se había marchado. No le habría sorprendido que Iris lo hubiera odiado después de eso. ¿Qué clase de persona actuaba así? Alguien cuyas intenciones nunca fueron honorables. Tal vez esa fue su idea siempre,

que ella pensara eso. Sería más fácil si él tenía la certeza de que lo odiaba. Sin embargo, cuando la volvió a ver, solo encontró a una mujer dolida y confundida que no albergaba ni un poco de la rabia que debía tener en su contra.

Solo quería una explicación.

La miró. Acariciaba con delicadeza las cartas, como si fueran su tesoro más preciado y temiera dañarlas.

Calvin no pudo decir nada. Las palabras no le salieron, ninguna parecía adecuada.

—Léemelas —pidió ella sin mirarlo—. Por favor.

Él la observó con desconcierto.

—Quiero ponerle tu voz a las palabras —insistió ella. Esta vez solo alzó la vista unos segundos, revelando anhelo, necesidad—. *Por favor*.

Él resopló. Quería obligar a su cerebro a farfullar una negativa. En cambio, su mano se estiró hasta que tomó una de las cartas y la puso frente a sus ojos.

—«Enero, 1815» —comenzó con una voz más segura de la que esperaba. Una parte de él quería negarse a seguir con esa tortura, y otra no le permitió parar.

Querida Iris:

Comienza un nuevo año, y también comienzan éxitos inesperados. Estoy consiguiendo el dinero que muchos de mi posición solo sueñan, y, sin embargo, sé que no es suficiente. ¿Qué importa que sea el más rico de los hombres cuando mi nacimiento me condena? ¿Cuando no puedo tenerte sentada a mi lado en una habitación, enfrente del fuego, riendo de cosas vagas y besándonos sin motivo?

Oh, querida Iris..., ¿qué pesarás de mí ahora? ¿Me odiarás todavía por haberte dejado, o tu noble corazón me habrá concedido el perdón? ¿Habrás conocido a alguien que te merezca, o mi maldad te dejó marcada? Tal vez nunca lo sepa ni merezca saberlo, pues la respuesta solo torturaría a este corazón desconsolado. Qué irónica puede ser esta vida: te da una cosa deseada, pero te imposibilita tener la otra. Renunciaría a todo esto solo para estar a tu lado, para poder besarse de nuevo, para llevarte al altar, y por...

Un nudo se le formó en la garganta. Leer le traía tantos recuerdos y sentimientos que no podían ser buenos para la salud.

La miró. Lágrimas silenciosas bajaban de su bello rostro.

Le hizo un gesto para que culminara la carta.

«...por pasar el resto de mis días contigo y darte todo el amor que desborda mi alma».

Ella siguió llorando en silencio y le entregó otra hoja.
Él la ojeó y suspiró al reconocer uno de los poemas.
—Por favor —pidió ella al ver que él dudaba.

Iris, ¿es mi castigo
por haber nacido en pecado
amarte y no poder tenerte?
Qué mundo tan cruel.
Qué vida tan desdichada.
¿Por qué, Dios, te has ensañado conmigo de esta manera?
Cómo odio las horas de la madrugada,
que no me permiten mantener arriba las barreras.
Han condenado a un demonio a enamorarse de un ángel,
para demostrar que en este mundo nada queda sin castigo.
Estoy condenado a anhelarte como anhela un oso la miel
y a llorar por las noches por no tenerte conmigo.
Es estúpido querer cambiar la realidad en la que he nacido,
pero la esperanza no atiende a la razón.
Dios sabe la intensidad con la que te he querido,
y conoce mi deseo por haber sido otro y quedarme con tu corazón.

Antes de que pudiera siquiera pensar en las palabras que escribió aquella noche, borracho y desconsolado, Iris ya le había tendido la otra carta.
Otro maldito poema.

Oh, Iris, mi querida Iris.
Han pasado ya seis años, y sigues siendo tú.
Tú tienes la boca que anhelo besar.
Los cabellos negros que quiero sentir.

Tienes los ojos grises que me hacen suspirar.
Tu rostro enmarca la sonrisa sin la cual no puedo vivir.
Solo tú tienes el poder
de ocupar todo el día mi mente.
Solo tú logras hacer
que me olvide de todo de repente.
Es por ti por quien mi corazón late.
Eres la razón por la que no puedo volver a amar.
Eres la persona a la que mi alma anhela.
Es contigo que siempre quiero estar.
Eres el amor de mi vida.
Eres la persona en quien no dejo de soñar.
Eres el sol que ilumina mis días
y la luna que observo antes de irme a acostar.

—Tú también eres el amor de mi vida —dijo ella, y empezó a sollozar.

Calvin no supo qué hacer. Miró las cartas con odio por haberlo puesto en esa situación. Sentía el corazón oprimido. Había un dolor agudo e invisible recorriendo cada parte de su alma. La observó llorar y su pecho se contrajo, sintiendo su pena como propia. La atrajo hacia él y la abrazó, aunque era, en esos momentos, el peor acto que se le pudo haber ocurrido.

Iris no sabía qué pensar. No sabía qué debía sentir. Ni siquiera estaba segura de por qué estaba llorando. Posiblemente se debiera a la certeza de que él la amaba, o, por lo menos, de que la amó tanto tiempo después de su separación, como ella a él.

Siempre había sospechado los motivos para dejarla de esa forma tan cruel. Nunca se atrevió siquiera a dudar que hubiera estado jugando con ella. Lo que hubo entre los dos fue tan puro, mágico, que no podía concebirlo como un engaño; aunque fuera una joven ilusa de dieciocho, no pudo engañarse tanto. Ella siempre supo que él la amó, y ahora confirmaba que así era. La certeza provocaba un alivio imposible de comparar, y, a la vez, tal agonía...

¿Podría todo volver a funcionar de nuevo? ¿Podría convencerlo de que nada importaba mientras se amaran?

Siguió sollozando de forma incontrolable por varios minutos más. Ni siquiera se le ocurrió preguntar por el resultado de la misión. Nada parecía más importante que ese asunto. No podía imaginar otra cosa más reconfortante que estar entre sus brazos, sintiendo su calor, su consuelo. Una muestra de que aún la quería.

—Dime una cosa —preguntó un rato después. Su voz no era más que un murmullo temeroso—. ¿Por qué decidiste hacer el amor conmigo justo la noche antes de irte?

Los músculos de él no se tensaron. Estaban extrañamente relajados. Le acariciaba con suavidad un brazo, a pesar de que ella ya había dejado de llorar.

—Porque soy un egoísta —respondió con calma—. Quería llevarme algo de ti. Saber que había tenido un ángel entre mis brazos y consolarme con el hecho de que, si eso había sido posible, cualquier otra cosa lo sería.

Ella levantó la cabeza del refugio confortable de su pecho para mirarlo. Él aún la abrazaba, aunque no le correspondió la mirada. Tenía la vista fija en un punto de la pared.

—¿A qué otras cosas se refieres?

Calvin se encogió de hombros.

—¿Importa?

Ella asintió.

—Supongo que, muy en el fondo de mí, quería regresar siendo alguien respetable para ti —confesó.

¿Qué más daba ya seguir guardando ese secreto? Acababa de leer sus sentimientos más profundos en voz alta. Había dejado una parte más vulnerable a la disposición de ella. ¿Por qué intentar seguir ocultando cosas cuando todo estaba por acabar? ¿Para que todo fuera menos doloroso luego de la separación?

Sería dolorosa de cualquier forma. Nada podría atenuar la pérdida una vez no la volviera a ver.

—Me metí en Bow Street con ese fin. Pensé que quizás podía obtener un puesto decente y volverme un hombre respetable a pesar de mis orígenes. —Una sonrisa carente de humor apareció en su rostro—. Fue muy iluso de mi parte pensar que sería así. El mundo de Bow Street no es tan limpio

como lo pintan. Poco tiene para diferenciarse de los bajos fondos o del mundo en general. No toleré la hipocresía, la falsa justicia. Me fui, y, con ello, todas mis esperanzas.

Iris sintió una opresión en el pecho ante la declaración. Se imaginó al joven que había conocido; ese que, aunque siempre había recelado de todos, no era una mala persona. El vicario siempre intentó hacerle ver lo bueno de las cosas, y debió conseguirlo hasta cierto punto para que luego el verdadero mundo causara tal decepción en el hombre.

—¿Qué pasó después de eso?

—Cosas que no te agradaría escuchar —musito él con una débil sonrisa.

Sus brazos la acomodaron mejor contra sí e inició caricias en la espalda de ella, sin notar el leve estremecimiento de placer que la recorrió. Debería haberla separado, pero era reacio. Necesitaba sentir su cuerpo, su presencia, su amor. Era la única forma de continuar.

Se preguntó cómo reaccionaría Iris si supiera cómo había sido su vida después de eso. Juergas, mujeres, juego, alcohol. Había abusado de ello hasta terminar hastiándose. Había perdido y ganado dinero a partes iguales. Se había peleado, había creado conflictos; incluso casi cayó en el opio. Fue eso último lo que, por extraño que sonase, lo devolvió a la realidad. Un día tuvo la hierba entre sus manos, y, cuando fue a inhalarla, se detuvo. Pensó en las locuras que producía y luego analizó qué tan mal estaba para haber llegado ahí.

El rostro de Iris apareció entonces en su mente, como un ángel salvador. Ella se habría quedado destrozada de saber lo que hacía con su vida.

Desde entonces se moderó, usó el dinero que le quedaba para invertir en la taberna, y de ahí todo fue adelante. Las ganancias fueron buenas: invertidas en unos cuantos negocios, dieron capital suficiente para abrir un club de juego en toda la extensión de la palabra. No fue la ambición el motivo por el que alzó ese club, más bien era una necesidad insoportable de demostrar hasta dónde podía llegar, y, tal vez, ganas de ejercer dominio sobre otros, aquellos que se creían superiores.

Sí, los motivos para crear ese lugar fueron del todo perversos, pero en su momento satisfizo su necesidad inicial. Ahora era solo un edificio sin mucho sentido al que no le prestaba toda la atención que demandaba.

—Insisto —dijo Iris, pero él negó con la cabeza. Ella accedió porque no quería provocar una discusión. Todo parecía ir tan bien...—. William. —Se

incorporó un poco para que sus cabezas quedaran a su altura—. Yo... quiero estar contigo.

Él negó con la cabeza. No sabía a cuál de todas las implicaciones de la frase se refería ella.

Sin embargo, ninguna se podía.

—Yo te amo —dijo con valentía—. Quiero que lo sepas. No quiero que lo olvides. —Pasó una mano por su pecho. Había muchas telas en medio, y, aun así, los músculos masculinos se tensaron. Ella contuvo una sonrisa—. Deseo demostrártelo. Quiero hacer el amor contigo, pero no con el William que conocí ni con el Calvin que dices ser. Quiero hacer el amor con el hombre que tengo frente a mí. El hombre del que estoy enamorada.

Capítulo 17

Calvin se dijo que se estaba volviendo una persona muy propensa a sorprenderse desde que ella había reaparecido en su vida.

Recordó con ironía una escena similar en un cuarto pintado del rosa pálido correspondiente a una joven virtuosa. Él se había colado por la ventana, como siempre. Ella lo había recibido con su sonrisa angelical. Él la había besado con pasión; ella se había entregado.

«Quiero hacer el amor contigo, pequeña Iris. Déjame, por favor. No tienes idea de lo mucho que te necesito».

Ella no lo había cuestionado. Se había entregado a él con amor, fervor y toda la pasión de la que había sido capaz. Había sido una noche inolvidable hasta entonces, la mejor de su vida, y la sola posibilidad de repetirla causaba en él una gran excitación.

Lo único era que en este caso no podía. No debía ceder de nuevo.

No era justo para ella y acabaría con él.

Se fue separando poco a poco para alejar la tentación.

—Fui un canalla una vez. Ya tengo muchos más pecados para seguir añadiendo.

—¿Hay pecado en el placer? —replicó ella.

—En este caso, lo hay. No quiero que te hagas ilusiones, Iris. Nada va a cambiar entre nosotros.

—Tal vez solo quiero llevarme algo de ti este día —dijo ella con demasiada suavidad. Se bajó de la cama para quedar de pie frente a él—. Tú pudiste hacerlo aquel día. ¿Por qué no puedo hacerlo yo hoy?

—No es lo mismo —rebatió él. Tragó saliva al ver que la mujer había comenzado a desabotonarse los botones del cuello del vestido—. Iris...

Ella no le hizo cazo. Siguió con los botones del vestido, y Calvin no tuvo fuerza de voluntad para detenerla. Vio como iba quedando al descubierto la piel cremosa, y la necesidad de ver más, de tocarla, fue demasiada para combatirla. Eso terminaría en desastre.

Iris terminó con los botones y el vestido resbaló hasta el suelo. Para Calvin, la visión fue como si acabara de quitar la envoltura de un regalo muy deseado. La escasa luz de la vela de noche se reflejó en todo su esplendor sobre ella, que ahora procedía a desabrocharse el corsé con dificultad. Él podría haberla ayudado, pero se negó a formar parte de su propia perdición. Aun así, siguió observando hipnotizado hasta que la prenda siguió el mismo camino que el vestido negro. Entonces, Iris quedó vestida solo con la camisola y dos enaguas traslúcidas por el continuo lavado. La sombra oscura de sus pezones asomaba a través de la tela, y la mancha negra de vello púbico lo llamó.

Cerró los ojos como si así pudiera terminar con la excitación. Su miembro pedía liberación, su pulso latía acelerado. Cuando los abrió, ella estaba a menos de diez centímetros de distancia.

Soltó un gruñido de rendición.

—Empeorará todo —advirtió él, ya sin intención de pararlo.

Maldita fuera, también lo necesitaba. La deseaba, a ella y a nadie más. Era la única que lograba encender su cuerpo, que conseguía hacerlo sudar.

Alargó las manos hasta rozar los pechos con ellas. Los acarició a través de la tela, los amasó, y observó con satisfacción como ella cerraba los ojos y suspiraba. La tomó de las caderas para sentarla sobre su regazo.

—Oh, Iris, pequeña Iris —susurró entre los besos suaves que prodigaba en la piel del cuello—. No sabes lo que estás haciendo.

—Tengo veintiocho años —respondió ella, colocando las manos sobre los hombros de él. Se detuvo un momento para acariciarle la nuca y el nacimiento del cabello—. Soy lo bastante mayor para saber qué estoy haciendo.

Calvin no respondió. Le tomó la barbilla y unió sus bocas en un beso apasionado.

Nunca le habían gustado en particular los besos en la boca, prefería otros puntos, pero en ese caso sentía que jamás se cansaría de probarlo. Era tan delicioso que no se podía describir con palabras. Suaves, divinos; que parecían adaptarse de modo tan perfecto a los suyos.

El beso fue aumentado de intensidad. Sus cuerpos se pegaron. Calvin acarició su espalda con movimientos urgentes y la urgió a colocarse a horcadas sobre él. Ella lo hizo y, entonces, él bajó las manos hasta encontrar sus nalgas. Las apretó hasta que la escuchó gemir en su boca.

Estaban pegados, pero no era suficiente. Había demasiada ropa.

Con movimientos ágiles, le sacó por la cabeza la camisola, la recostó en la cama y se deshizo de las enaguas. Luego procedió con su propia ropa. El abrigo, el chaleco, la camisa. Todo mientras las observaba. Incluso cuando se inclinó para quitarse los zapatos, no dejó de mirarla.

Su cuerpo desnudo, extendido sobre las sábanas. Los cabellos negros esparcidos por la almohada. Era una visión con la que había soñado tantas veces..., tantas noches tortuosas se imaginó volviendo a tener esa figura en su cama, y ahora se cumplía su deseo, que superaba por mucho la imaginación.

El cuerpo de la mujer había madurado desde la última vez. Sus caderas eran más anchas; sus piernas, más gruesas. Calvin se imaginó acunado entre ellas y eso casi lo llevó al delirio.

Se deshizo de los pantalones y se reunió con su ángel en la cama. Ella no había dejado de observarlo en ningún momento. Sus ojos mostraban un placer similar al de él. Eso lo encendió. Se subió sobre ella con cuidado de no aplastarla y tomó su boca de nuevo. Las manos viajaron con urgencia por los pechos, las caderas, y se detuvieron en el triángulo de vello oscuro.

Iris, por su parte, recorrió con más calma el pecho y la espalda del hombre, grabando cada detalle. Si al final no resultaba todo como esperaba, al menos tendría más recuerdos para consolarse.

Él había cambiado. Sus brazos y su pecho eran más fuertes, y logró tantear algunas cicatrices que antes no estaban. Pasó la mano de arriba hacia abajo, deleitándose en el toque por varios segundos antes de decidirse a bajarla más y encerrar con la mano temblorosa la dura erección.

Calvin soltó algo similar a un sollozo cuando las manos femeninas tocaron su miembro, y la excitación fue tal que se sintió como un joven inexperto a punto de correrse. Necesitó mucha fuerza de voluntad para abandonar la boca de ella y posar sus labios en el cuello, ese punto sensible que sabía que le gustaba.

Ella se arqueó, pero no alejó su mano. Él se frotó por instinto contra ella.

—Suéltame si quieres que esto dure —pidió con voz ahogada a la vez que su cabeza bajaba para capturar uno de los sensibles pezones.

Iris lo soltó con un gemido. Sus manos se trasladaron a los cabellos de él, impulsándolo a quedarse ahí. Él lamió un pecho, luego, otro, y cuando

los capullos estaban duros y sensibles, fue descendiendo con la boca hasta su abdomen. Se detuvo un momento en su ombligo y siguió bajando.

—¡William! —exclamó escandalizada al darse cuenta de lo que iba a hacer.

Calvin ignoró el ruego. Lo había deseado tantas veces, se lo había imaginado tantas noches hasta que la excitación fue insoportable... Deseaba probarla, conocer cómo sabía cada parte de su cuerpo. Incluida esa.

Iris puso resistencia para abrir los muslos, temerosa, pero él la persuadió. Cuando su boca se posó en aquel húmedo lugar, ella gritó y él enloqueció. Besó, succionó y pasó la lengua por los delicados labios femeninos. Jugó con ella mientras escuchaba con satisfacción sus gemidos. El cuerpo se arqueaba buscando más, y, al fin, él puso la lengua en aquel botón que exigía caricias desde hacía rato. Fue lo que necesitó para que ella se arquera y soltara un grito de placer. Calvin bebió con placer lo jugos mientras el cuerpo de Iris descansaba, saciado.

Se incorporó y empezó a repartir besos por su mejilla, su mandíbula, su cuello. Ella estaba tan débil que dudaba que fuera capaz de mover un músculo.

—Mi dulce Iris —musitó, con la cabeza encajada en el cuello de ella—. Nunca habrá nadie como tú.

Iris se sintió demasiado conmovida por sus palabras y levantó una de las piernas para encajarla en su cadera, una muda petición.

Él se acomodó entre sus muslos y guio su miembro al cálido agujero. Lo penetró con cuidado, aunque las ganas de enterrarse por completo casi acabaron consigo. Sentir la tierna piel apretándose contra su miembro era una tortura demasiado deliciosa.

¿Cuánto tiempo había deseado eso? Y ahora que lo había probado de nuevo, ¿podría volver a estar con otra mujer?

Ambos gimieron cuando por fin pudo enterrarse por completo.

Iris se concentró en la sensación. Era mucho mejor de lo que recordaba, esta vez sin dolor, solo un placer exquisito. Él empezó a moverse, primero con lentitud, pero ella enlazó ambas piernas a las caderas para instarlo a hacerlo más rápido. Se sentía tan bien... Otro orgasmo empezaba construirse en su interior. Él se movió con más fuerza e Iris sintió de nuevo esa presión que se acumulaba en su vientre y aumentaba con cada embestida.

El estallido llegó con más fuerza que la vez anterior. Apenas fue consciente de lo que sucedió después. William seguía bombeando. Sintió como los músculos de la espalda se tensaban y luego se retiraba para expulsar su semen fuera. La primera vez que lo hizo, Iris no supo el motivo, y fue demasiado tímida para preguntar; incluso creyó que era parte del acto. Años después se enteró de que era para no dejarla embarazada.

Calvin hundió la cabeza en su hombro. Su respiración era agitada. Iris hundió la mano en sus cabellos y los acarició con ternura.

Pasaron minutos interminables en completo silencio.

Le hubiera gustado quedare ahí por siempre, con ese hombre encima de ella, abrazados, sin nada que pudiera arruinar su felicidad. Sin la cruel realidad encima.

—¿Qué has querido decir con que no habrá nadie como yo? —preguntó, ya incapaz de resistirse. Por más que lo deseara, no podía mantener el silencio por siempre.

Calvin suspiró y rodó hasta ponerse a su lado.

—Exactamente eso —respondió. Se sentía demasiado saciado, relajado y complacido como para adoptar de nuevo una actitud fría.

Ella sonrió y se acurrucó contra su pecho, y, para su sorpresa, él la rodeó con un brazo.

—¿Me vas a decir que yo, una joven inexperta, soy mejor que todas las mujeres con la que te has acostado en estos años? ¿O acaso permaneciste célibe?

Él esbozó una pequeña sonrisa.

—No, no he sido célibe. —Suspiró—. Hay personas que pueden saciarte físicamente, Iris, pero pocas logran satisfacer tu alma.

Iris levantó la cabeza y lo miró, dejando que sus ojos expresaran todo los sentimientos que esas palabras le provocaron. La alegría era indescriptible, y el amor, demasiado profundo para poder explicarlo.

Nunca habría imaginado que sería posible amar tanto a alguien más.

—Te amo —susurró contra sus labios—. Tú también me amas —afirmó.

Él guardó silencio por un minuto. Puso la palma de la mano en su mejilla y acarició la piel suave. Había tanta ternura en su expresión que Iris casi se derrite.

—Sí, te amo —admitió.

Sabía que se estaba condenado con esas palabras. Sin embargo, ¿de qué serviría seguir negándolo? Ella lo sabía, y él podía complacerla una última vez diciéndoselo en voz alta.

Quizás fuera una crueldad sembrar falsas ilusiones en ella. Era un acto que podría describirse incluso como vil, pero no se vio capaz de negarlo. Era una verdad tan absoluta que negarla sería una blasfemia.

La amaba. La amó entonces y la amaba ahora con una fuerza descomunal. Amó a la joven adorable, terca y generosa que era, y ahora amaba a la mujer fuerte, decidida aunque igual de bondadosa en la que se había convertido. Iris era una prueba de que podía pasar por el mundo y seguir siendo el mismo.

A él le hubiera gustado ser como ella. Lamentablemente, no todos tenían ese don.

—Iris —murmuró con cariño—, esto no nos va a llevar a ningún lado.

—Yo tampoco he conocido a alguien cómo tú —dijo ella, ignorándolo.

—No me digas, por favor, que no te casaste nunca por eso.

Calvin no podía soportar la idea de haberla arruinado de esa manera. La idea de que hubiera formado una familia con otro hombre lo atormentó bastante, pero aun así era una posibilidad tolerable porque ella sería feliz. Saber que había sido y sería el causante de su desdicha le hacía desear que alguien lo matara.

—No había nadie más para mí —respondió ella con calma—. Tampoco hubieron muchas oportunidades. Mi padre andaba mal económicamente, no pudo permitirme una temporada en Londres. Hubo algunas propuestas, pero ninguna que satisficiera su ambición. Cuando murió, estábamos tan arruinadas que nadie quería acercársenos. No lo lamento. No hubiera sido feliz con nadie más.

—No vas a ser feliz conmigo... —comenzó.

Ella le puso un dedo en los labios para acallarlo.

—No digas nada. No esta noche —susurró—. Mañana puedes intentar desilusionarme todo lo que quieras. Hoy déjame disfrutar del momento, saborearlo todo lo que pueda. Quiero sentir lo que es la felicidad..., aunque sea por unas horas.

Se volvió a recostar en su pecho y él no se opuso. Ella cerró los ojos, lo abrazó, y, pronto, su respiración se volvió regular.

Calvin la observó por unos minutos y decidió que ella tenía razón. Cerró los ojos y disfrutó de la sensación de felicidad que le era tan ajena. No recordaba la última vez que había sentido tanta paz.

Ahí, con el cuerpo de la mujer de su vida sobre el suyo, se permitió ser feliz solo por unas horas. Al día siguiente ya podría volver a la realidad.

La triste, dura y cruel realidad.

Capítulo 18

—No me lo puedo creer. Pobre lord Hurstley. Sabía que él era inocente, aunque nunca me habría imaginado que su esposa tuviera algo que ver. Debemos advertirle.

Calvin solo asintió de forma seca mientras se colocaba las botas.

Después de levantarse y empezar a vestirse le había contado todo a Iris. Había sido la mejor manera de aliviar cierta incomodidad. Los dos habían formado un acuerdo mudo. No hablar de lo sucedido. No por el momento. Prolongar lo máximo posible el momento de hablar claro y decidir sobre el futuro.

Iris tenía perfectamente claro lo que quería, solo que no deseaba escuchar las excusas o lo intentos de él por romper todo. Quizás, cuando llegara el momento de la supuesta despedida, debería dejarle claro que no pensaba permitir que volviera a irse de su lado luego de diez años. Le importaba un comino lo que él pensara al respecto. Tenía que entender que a ella no le interesaba su clase o posición. Solo quería estar a su lado, ser feliz como siempre había soñado.

—No será fácil —dijo él—. Pienso que Hurstley nos mataría antes que desconfiar así de su esposa. Es normal. No obstante, dadas las circunstancias y el tiempo, habrá que arriesgarse. Estamos a semana y media de que te condene, y la salud de él se empezará a ver deteriorada en estos días. Debemos advertirle hoy o mañana a más tardar.

Iris asintió con énfasis. El problema estaba en cómo conseguir una cita con el marqués.

—Le pediré que se cite conmigo en la casa que estoy alquilando —explicó Calvin como si le hubiera leído la mente—. Existe la posibilidad de que se niegue, pero esperemos que no. Le explicaré todo.

—¿Puedo estar allí?

Él suspiró como si hubiera presentido que ella iba a decir eso.

—No creo que esté muy predispuesto a la amabilidad contigo presente.

—Puedo esconderme —sugirió.

—No creo que te puedas escapar una vez más de tus perros guardianes. El truco de viuda no te saldrá bien tres veces. En algún momento sospecharán y pedirán que reveles tu identidad.

—Me las arreglaré de otra forma.

—No vas a usar otra vez el maldito árbol —advirtió.

Iris contuvo una sonrisa.

—Me las arreglaré de una forma menos peligrosa —aseguró—. Solo dile a tu servicio que me deje entrar.

Calvin se dijo que era inútil seguir objetando.

—¿Quieres desayunar? —preguntó en cambio.

El estómago de Iris se agitó ante la mención de comida y fue toda la respuesta que él necesitó. Tocó la campanilla y, cuando una criada atendió, mandó traer el desayuno.

En menos de diez minutos, entraron varias mujeres con un carrito lleno de comida. Pasaron tres lacayos cargando una mesa pequeña y dos sillas. Las dejaron en el centro de la habitación. Las criadas se apresuraron a poner los platos, las bandejas y se marcharon con una reverencia después de que Calvin les diera las gracias.

Iris agradecía que ninguna se fijara en ella, o, al menos, no ddemostraran lo que pensaban. Sintió mucho bochorno cuando cayó en la cuenta de que todos debían imaginar el motivo por el que ella seguía allí.

Calvin le retiró una silla con amabilidad y comenzó a destapar todas las bandejas. Había huevos, tocino, pan, mantequilla y mermelada. También habían traído café.

—Pocas veces desayuno aquí, y menos tan temprano. La mayoría de los empleados duermen porque trabajaron hasta tarde, por lo que no hay gran variedad —explicó él mientras agarraba un trozo de pan y le untaba mantequilla.

—No he tenido desayunos mejores que este en muchos años —dijo ella, y lo imitó—. No soy exigente.

Calvin asintió y no habló más.

Iris nunca se quejaría, él lo sabía, y, a pesar de eso, le molestó saber de las precarias situaciones que había pasado. Para él, una persona como ella solo se merecía lo mejor.

Un silencio se formó entre ellos. No era por completo incómodo, pero tampoco de los que se deseaba mantener mucho tiempo. Ambos buscaron

un tema seguro para romperlo, aunque solo consiguieron hacer algún que otro comentario estúpido sobre el clima.

Era irónico que después de una noche entera de intimidad no supieran qué decir. Habían vuelto a ser esos jóvenes inexpertos que acababan de conocerse, que se atraían y cuidaban sus palabras solo para agradar al otro. En este caso, moderaban sus conversaciones porque ninguno quería llegar, ni siquiera por accidente, al tema que no deseaban tratar.

Terminaron de desayunar y Calvin la llevó de regreso a la calle a en donde se habían encontrado. Bajó primero y la ayudó a salir del carruaje. Sus ojos se encontraron, y, por varios segundos, no dijeron nada ni hicieron ningún movimiento. Solo se miraron, una corta y profunda conexión donde se dijeron todo lo habían callado durante el desayuno y el viaje.

Luego Iris sonrió, le robó un corto beso en los labios y siguió su camino.

Cuando iba a entrar en la posada, uno de los hombres de Bow Street se interpuso en su camino. Iris, que ese día estaba decida a que nada la desviara de sus objetivos, enderezó los hombros y esperó. Aunque no podían verle la cara, su actitud era desafiante. El hombre la observó unos segundos y pareció querer decir algo, pero a una señal de su compañero, la dejó pasar. Ella sonrió con regocijo debajo del velo y entró en la posada. Una vez arriba, se quitó el incómodo atuendo, pero antes de cambiarse rozó con fascinación algunas marcas rojas en su sensible piel.

Cerró los ojos y recordó los labios de Calvin acariciándola. El calor se volvió a extender por todo su cuerpo.

«Pronto», se dijo. Pronto todo acabaría y ella lograría convencerlo de que su felicidad estaba a su lado. Tenía que tener paciencia. Ahora que había descubierto que la amaba, no podía dejarlo ir. No de nuevo.

Se colocó un vestido de mañana color durazno. Era uno de los mejores que tenía, los que usaba para acompañar a lady Cornwall por sus paseos por el parque cuando se sentía en condiciones. Quería verse presentable ante el marqués de Hurstley, no deseaba parecer intimidada.

Pasaron en torno a tres horas antes de que la señora Adams le informara que había llegado una carta para ella. Calvin... No, *William*, de ahí en adelante lo llamaría así.

William le notificaba que el marqués había aceptado verlo, por lo que lo recibiría en la casa que había alquilado alrededor de las cuatro de la tarde.

Iris miró el reloj. Tenía tres para prepararse.

Hora y media más tarde, salió en dirección a Bond Street.

Bond Street era una de las calles de comercio de Londres más famosas y concurridas. Había todo tipo de tiendas y una multitud de personas que le dificultaban a los agentes seguirla. Iris paseó por algunas tiendas y observó los estantes con aspecto indiferente. Entró en algunas de ellas con sus perros guardianes pisándole los talones. No compró nada porque no podía darse el gusto, pero sí los despistó. Entró en una tienda particular de cintas que conocía muy bien. Estaba abarrotada, y, gracias su esbelta figura, logró abrirse paso entre la multitud que salía.

Observó con rapidez como los hombres que la seguían se veían en dificultades para entrar y aprovechó la oportunidad para escabullirse entre la gente y salir por la puerta de atrás.

Entonces, echó a correr por las calles.

Tropezó con varias personas y estuvo a punto de caerse varias veces, pero no se detuvo hasta que logró detener un coche de alquiler. Echó un rápido vistazo hacia atrás para comprobar que no había señal de sus vigilantes y se montó en el coche. Dio al cochero la dirección de William y suspiró con alivio cuando el vehículo arrancó.

La casa que había alquilado William en Mayfair no era tan opulenta como otras: una construcción moderada de dos plantas, ideal para la residencia de un soltero. Iris no tuvo mucho tiempo para detallar la fachada, pues entró apenas le abrieron la puerta con el fin de no atraer miradas curiosas sobre ella. Tampoco pudo fijarse bien en la distribución, ya que el mayordomo, al parecer informado de su visita, la guio a través del vestíbulo por un salón, que supuso que era el principal, luego por un comedor, y, después de otros dos salones más pequeños, le llevó hasta una biblioteca poco amplia.

Había unos cuantos anaqueles, pero la mayoría estaban vacíos.

—El señor Rednoy está en el despacho, detrás de esa puerta —señaló la entrada que se encontraba al frente de la habitación—. Pidió que entrara apenas llegara.

Iris asintió y el hombre se marchó. Se acercó a la puerta que le habían indicado y dio unos golpes suaves.

Un gruñido fue toda la respuesta. Iris abrió la puerta un poco y asomó la cabeza. William estaba sentado detrás del escritorio con ropa mucho más elegante que la de esa mañana.

Al parecer, no era la única que se quería enfrentar a Hurstley en condiciones.

—El marqués debe estar por llegar —informó él—. Quédate detrás de la puerta sin hacer ruido. Déjala un poco entreabierta para que puedas escuchar. No salgas hasta que no te llame, ¿está bien?

Ella asintió, ignorando el tono autoritario de su voz. A esas alturas estaba demasiado acostumbrada a él, e incluso le provocaba gracia. Él ordenaba, ella asentía, pero no prometía nada, y él sabía que esto último hacía que sus palabras fueran un malgasto de saliva.

Iris lo observó mejor. Parecía un poco tenso, y su expresión era ceñuda.

Según lo que le había contado John y lo que ella misma sabía, William no era un hombre que se dejase intimidar con facilidad. Iris estaba segura de que se había enfrentado a situaciones más complicadas que esa y seguramente nunca se habría puesto en ese estado.

¿Qué le pasaría?

Se lo iba a preguntar cuando el mayordomo anunció la llegada del marqués de Hurstley.

Ella se apresuró a esconderse detrás de la puerta, cerrándola casi por completo. Dejó solo una rendija abierta.

De pronto también se sintió nerviosa.

Ese día se decidiría todo.

Hurstley entró en el pequeño despacho con el paso arrogante que lo caracterizaba. Iba vestido de forma impecable, con abrigo negro, chaleco azul rey y botones de oro, camisa blanca y pantalones negros. El pañuelo azul había sido anudado a la perfección sobre su estirado cuello, y Calvin se preguntó si había algo en ese hombre que fuera defectuoso.

Lo observó con más minuciosidad. Se percató de unas ojeras pronunciadas y un tono de piel más pálido que lo de costumbre.

Calvin rogaba por que le creyera, o todo se vendría abajo.

Nunca se había sentido tan nervioso ante un momento cumbre como ese. Siempre había sabido llevar las situaciones complicadas con una calma admirable, pero en ese momento se le dificultaba. Si no lograba convencer a ese hombre de que su esposa estaba detrás de todo eso, él podría enfurecerse y mandar arrestar a Iris creyendo que era la conspiradora de todo eso.

Entonces, todo estaría perdido.

—Usted dirá, señor Rednoy. ¿Cuál es el asunto importante por el que me ha solicitado con tanta urgencia? —preguntó Hurstley, sentándose en el sillón que Calvin le señaló. El tono del marqués había sido bastante mordaz. Calvin sabía que él no le agradaba, y lo cierto era que no esperaba que así fuera. Después de todo, había coqueteado con su esposa—. Mi tiempo es muy valioso para perderlo de esta manera.

Ya que no se andaba con rodeos, Calvin no vio razón para hacerlo él. Dudaba de todas formas que hubiera alguna manera amable o menos brusca de sacar el tema y comunicar la noticia, y, si la había, la sutilidad no era una virtud que se le adjudicara a menudo.

—Voy a ser claro, Hurstley. Soy investigador privado y la señorita Iris Evans me contrató para que actuara en su defensa. He estado estas tres semanas investigando su caso y buscando pruebas de su inocencia.

El único signo de sorpresa que mostró el marqués fue la tensión de sus hombros y cierto asombro en los ojos. Calvin notó en su cara que quería hacer preguntas, pero debió comprender que era mejor esperar toda información que iba a darle.

Era un hombre inteligente.

—Admito que mi primer sospechoso fue usted, y perdí dos valiosas semanas siguiéndole la pista...

—¿Cómo se atreve a insinuar que fui yo el que la mató? ¡A mi propia tía! —exclamó, furioso. Se levantó de un salto y en sus ojos brillaron las ganas de arremeter contra Calvin.

Calvin no se sintió intimidado y le hizo una seña para que se volviera a sentar.

El hombre obedeció de mala gana.

—Era la sospecha más obvia, milord. Comprenderá que, si la dama no era culpable, el que lo fuera tendría que ser alguien que se beneficiara del dinero. Usted era el único que se beneficiaba.

—¿Por qué está tan seguro de que la dama no es culpable? ¿Ha conseguido pruebas que delaten su inocencia? —preguntó con enfado.

La calma del otro solo lo encolerizaba más. No podía creer que lo hubiera acusado de la muerte de su propia tía. Él amaba a esa mujer.

Por primera vez en toda la visita, Calvin perdió su expresión imperturbable. Su semblante demostró un poco de rabia, y, para alguien observador, nerviosismo.

Sacó de su gaveta el retrato hablado del doctor y se lo mostró.

—¿Conoce a este hombre?

Hurstley abrió los ojos con sorpresa y siseó una maldición.

—Sí. —Fue su escueta respuesta.

—Este es el doctor que atendió a su tía. El que le recetó el jarabe con el veneno, y... también es el amante de su esposa, milord.

»Lo siento. Es lady Hurstley la que anda detrás de todo esto, y planean para usted el mismo final que tuvo lady Cornwall.

Capítulo 19

Se podía decir en favor del marqués que no había actuado de forma violenta. Tal vez fuera la sorpresa de la declaración, pero el hombre solo pudo mirar del retrato a Calvin, y, luego, de nuevo al retrato.

Pasaron varios segundos en los que Calvin esperó con paciencia una reacción. Miró de reojo la puerta entreabierta y se imaginó a Iris retorciéndose la falda en ese gesto nervioso que era tan común en ella.

—Esto es una broma de mal gusto, señor Rednoy, o cualquiera que sea su nombre real. No tengo ni la menor idea de cómo usted y esa mujer han elaborado este complot para culpar a mi esposa, pero les aseguro que no creo ni una palabra. Anabelle sería incapaz de algo similar.

Se levantó con aire de superioridad y se giró, dispuesto a irse hacia la puerta.

—¿No se ha sentido mal, Hurstley? Quizás algunos mareos, dolencias estomacales, pulso acelerado...

El hombre volvió a girarse, sorprendido.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no son ustedes quienes quieren envenenarme? Si creen que librándose de mí ella podrá...

—Su esposa también planeó difundir esa teoría, milord —interrumpió Calvin con más calma de la que sentía. Tenía unas fuertes ganas de zarandearlo—. No tengo pruebas sólidas de lo que le digo, lo admito. Lo único que puede comprobar es que este —señaló el retrato— fue el médico que supuestamente usted envió a casa de su tía. Los sirvientes se lo pueden decir. De lo demás solo tengo mi palabra.

»Me acerqué a su esposa porque creí que podría darme información sobre usted. Ella se las ingenió para hacerme creer que era golpeada. Aparecía con moretones ocasionales. Se mostraba retraída y asustada cuando estaba conmigo y lo miraba a usted con temor. En Vauxhall me juró que era peligroso.

Hurstley se pasó las manos por los cabellos y empezó a andar de un lado a otro, analizando la información.

Él había notado a su mujer extraña esos días cuando se encontraba con Rednoy, y también se había dado cuenta de los golpes. Ella le había asegurado que eran accidentes y él no tuvo motivos para dudar de ella. Ahora todo parecía cuadrar a la perfección con la descabellada historia de ese hombre.

¿No la habría golpeado él, o amenazado para provocar esa actitud extraña? Por eso tal vez ella actuaba así en su presencia. Sin embargo, estaba ese maldito doctor. ¿Cómo podía saber lo otro? Solo había una opción posible, y no le agradaba más que la historia que le contaban.

Suspiró y lo miró. William parecía esperar que dijera algo, pero Hurstley no tenía de idea de qué decir. En ese momento dudaba de todo y de todos.

Recordó los síntomas que había estado presentando esos días. Varios mareos. La noche anterior no había dormido bien; se había levantado a vomitar unas cuantas veces. Iba a llamar al doctor ese día, se sentía demasiado débil y apenas tenía fuerzas para hacer las actividades que requerían su presencia. ¿Cómo podían saber ellos eso? O le decían la verdad, o lo habían planeado todo. Y es que la historia sonaba tan descabellada..., pero Hurstley no podía rechazarla del todo. Además, el personal de su casa era antiguo y leal: habría sido difícil insertar a alguien y conseguir que pusieran veneno en su comida o... en su bebida.

La bebida.

Anabelle había insistido las dos noches anteriores para que se tomara una copa con ella. Había aparecido en su habitación con una bata provocadora, llevando dos copas de vino en la mano.

«¿Por qué no lo volvemos una costumbre? Quiero comenzar de nuevo. Poco a poco. ¿Por qué no hablamos un rato?», le había dicho con tono sensual. A él le había parecido extraño, aunque no se negó.

Su matrimonio nunca había sido perfecto, y, en los últimos meses, él se había dado cuenta de que empeoraba. Ella era más arisca con él. Él trataba de evitarla. Al final los dos se ignoraban en la medida de lo posible, como cualquier otro matrimonio aristocrático que había sido concertado. No obstante, a pesar de las dificultades, jamás creyó a Anabell capaz de algo semejante.

No era una mujer ejemplar, lo sabía, pero llegar a esos extremos eran palabras mayores. Por otro lado, era una mujer a la que le gustaban los lujos. Las deudas que le había dejado su padre habían provocado una fuerte

baja en las arcas familiares. No podía permitirse los lujos de antes, a pesar de que tampoco estaban en la ruina.

Demasiado cansado, volvió a tomar asiento y miró al señor Rednoy. Casi esperaba que el hombre le dijera que todo era una broma de mal gusto.

Él no dijo nada, siguió con su pose relajada, dejándolo analizar la información.

—A su tía nunca le agradó lady Hurstley —dijo una voz nueva, femenina y mucho más suave, de esas que tranquilizaban con su tono. El marqués se giró para encontrarse con sorpresa a la señorita Evans—. Decía que era una mujer demasiado superficial, que no era digna de usted. Se quejaba continuamente de que su hermano era un ser déspota y de que debería haberle dejado elegir.

Hurstley solo atinó a mirarla sorprendido. Su cansado cerebro era incapaz de procesar algo más ese día, y no pudo —ni quiso— cuestionarse qué hacía la mujer ahí y dónde estaban los hombres que había colocado para vigilarla.

—Los he perdido en Bond Street —explicó ella con calma, como si le hubiera leído el pensamiento—. No es agradable ser vigilada.

Nuevamente, el marqués optó por el silencio. Él señor Rednoy, en cambio, soltó un gruñido poco agradable y pareció tragarse varios improperios. Miraba a la señorita Evans con una mezcla de exasperación y resignación.

Un silencio tenso se formó en la estancia. Los tres solo pudieron mirarse entre sí, esperando que otro hablara.

Pasaron varios minutos hasta que Hurstley reaccionó.

—No, no le agradaba —aseguró él, y esbozó una pequeña sonrisa melancólica, apagada—. Era una vieja muy astuta.

Al ver que no decía nada más, Calvin se exasperó.

—¿Milord?

Hurstley lo miró con ojos cansados. Delataban que un hombre había soportado más de lo que podía.

—Este hombre es el amante de mi esposa —confirmó el marqués, pasando los dedos por el retrato—. De un tiempo a esta parte solo lo llamaba a él porque decía que era el único capaz de curar sus... *dolencias femeninas*. Una vez dejaron la puerta del cuarto abierta y los vi besándose con pasión. No interrumpí. Eso hubiera significado retar al hombre a duelo

y prefería no manchar mis manos de sangre o salir herido en el proceso. No valía la pena. —Se encogió de hombros—. No logro concebir del todo que sea capaz de llegar a tanto, pero tampoco descarto la idea, pues admito que hay muchas coincidencias muy perturbadoras. Anabelle ha aparecido en mi cuarto las últimas dos noches con una copa de vino insistiendo en que la tomara. Según ella, quería mejorar la relación. —Suspiró y se giró hacia Iris —. Señorita Evans, le di un mes para probar su inocencia porque no suelo hacer juicios premeditados y siempre me pareció una mujer honorable...

—Vaya forma de demostrarlo —replicó Calvin con sarcasmo.

No había podido contenerse.

Hurstley le lanzó una mirada curiosa. Su tono delataba más rencor que el de la señorita Evans.

—Usted creyó que yo era el asesino porque era la persona que más se beneficiaba —respondió con acritud—. No puede culparme por pensar que la señorita Evans lo era por los mismos motivos.

Calvin no respondió, y Hurstley dirigió de nuevo su atención a la dama.

—Como decía —continuó—, siempre me pareció una mujer honorable. No obstante, comprenderán que no puedo mandar a ahorcar a mi esposa solo porque unos hechos coincidan. Necesito pruebas.

—Tengo un plan —anunció Calvin—, y usted es la pieza principal, milord. Si quiere llegar al fondo de todo esto, le recomiendo que nos ayude.

—Lo haré —afirmó el marqués—, pero como descubra que todo esto es un engaño, señor Rednoy, tendrán los dos la soga al cuello antes de que puedan tomar un barco para escapar.

Iris se estremeció, pero Calvin ignoró la amenaza y comenzó a relatar el plan.

***

Más tarde, esa noche después de la cena, el marqués de Hurstley se encontraba en su habitación. Observó el reloj de la chimenea que marcaba las doce y escuchó pasos acercarse a su cuarto. Oyó un suave toque en la puerta que comunicaba las habitaciones y murmuró una aceptación, y la mujer con la que se había casado hacía tres años apareció.

Llevaba una bata color negro que la cubría a la perfección y dos copas de vino en la mano. La noche anterior no había ido, y ahora sabía por qué.

Intentó controlar su rabia mientras observaba como Anabell se acercaba a él y le ofrecía la copa con una sonrisa. Hurstley se detuvo un momento a mirarlo. Movió el líquido y se percató de una densidad un poco más espesa. Se lo llevó a los labios, pero apenas rozó la sustancia con la lengua. Tenía un sabor raro, más amargo. En las últimas ocasiones le había pasado desapercibido, pero ahora, estando alerta, podía notarlo mejor.

Almendras amargas.

Era el mismo veneno con el que habían matado a su tía. Hurstley era, por naturaleza, una persona intelectual, y se había dedicado a lo largo de su vida a leer una gran variedad de libros de todo tipo. Había leído sobre eso. Era menos letal que el propio cianuro, se usaba para matar más lento.

Si el vino no fuera del tipo dulce, habría pasado desapercibido.

Apretó tanto la copa que temió romperla.

¿Necesitaba un prueba más clara que esa? Había estado a punto de mandar a la horca a una inocente mientras él vivía con la asesina. Esperaba que su tía lo perdonara por el daño que podría haber causado.

—¿De dónde has sacado este vino, querida? Tiene un sabor extraño —comentó con la mayor ligereza posible. Fue una tarea descomunal, pues ardía de rabia y su corazón latía a un ritmo muy frenético para ser normal.

¿Sería una más de las consecuencias de ese terrible brebaje?

Trató de serenarse. Lo consiguió con dificultad.

—Lo he robado de tu colección de la biblioteca. No me culpes si no sabes elegir vinos, a mí me parece muy bueno.

Era una actriz consumada. Hurstley incluso la admiró por su forma de mantener la calma. Nada delataba sus perversas intenciones.

—¿Brindamos? —sugirió ella, alzando su propia copa—. Por un nuevo comienzo.

—Brindemos —accedió, y, para sorpresa de ella, acercó la copa de él a sus labios y con la otra mano instó al brazo de ella a acercar la copa que sostenía a los suyos: un intercambio de copas—. Así es más romántico, ¿no crees? Significa fe absoluta en el otro.

Él se percató del movimiento de su garganta al tragar saliva. Por fin cierto nerviosismo apareció en sus ojos.

—¿Sucede algo? —preguntó con voz aterciopelada y una sonrisa inocente.

—No. Brindemos.

Ambos tomaron un sorbo de la copa contraria, aunque ella apenas remojó los labios. Hurstley tomó las dos copas y las llevó a la mesa de noche.

—¿No vamos a seguir tomando? —preguntó ella con cautela.

—Tenía en mente cosas más interesantes —respondió él mientras se acercaba. De pronto, la tomó de la cintura y la atrajo a su cuerpo—. ¿Por qué no empezamos por retomar esta parte de nuestro matrimonio? No hemos intimado desde que nació nuestro hijo.

—Vayamos más despacio —pidió ella en un inútil intento de apartarlo, algo asustada por el brillo en los ojos de él. Nunca la había visto mirarla de una forma tan oscura—. Ayer no te sentías bien.

—Estoy mejor ahora —aseguró.

—No te ves mejor —dijo con nerviosismo.

—¿Quieres que te lo demuestre?

La besó con furia a la vez que la mujer se debatía con fuerza en sus brazos. La estaba apretando con demasiada presión, y sus labios era de todo menos delicados.

—¡Thomas! —gritó ella cuando él se separó de su boca—. Por favor, yo no...

Él la soltó con brusquedad, asqueado de ella y de su propio comportamiento.

Nunca había violado a una mujer y no comenzaría en ese momento, por más que ella se mereciera la peor de las desgracias.

Había matado a su tía y quería hacer lo mismo con él. Ese tipo de seres despreciables no se merecían ninguna compasión.

Aun así, no sería él quien se tomara la justicia por su mano.

—Lo siento, creo que perdí el control. Te pido disculpas —musitó con tono forzado—. Ya es tarde, querida, es mejor que vayas a dormir. —Se dirigió a donde había colocado las copas y tomó deliberadamente la envenenada—. Me tomaré esta copa para relajarme y me iré a dormir también.

Ella asintió y se marchó con rapidez.

Hurstley volvió a dejar la copa envenenada en la mesa. Un médico amigo suyo era un aficionado a plantas y ese tipo de cosas. Sabía mucho acerca de venenos también, porque investigaba formas de contrarrestar sus efectos. Quizás podría darle una aproximación de cuánto veneno le habían estado dando en cada copa con olerla o probando una gota del líquido.

Se acostó en la enorme cama, pero no se pudo dormir. Sentía la respiración acelerada, producto de la rabia, y, tal vez, de ese maldito veneno.

Sabía que era posible que quedara con secuelas. Solo esperaba poder salvarse. Su hijo lo necesitaba, y después de que su madre fuera castigada, solo quedaría él.

No podía deprimirse ahora. Tenía que seguir con el plan y acabar con todo eso.

Capítulo 20

Cuando Iris salió esa mañana a dar su paseo matutino habitual, se percató, maravillada, de que los hombres que la vigilaban no la seguían. Se quedaron en la posada como si fueran una fachada. Se preguntó si Hurstley por fin les habría creído y habría retirado la custodia.

Sintió un gran alivio solo de pensarlo, pero no se atrevió a hacerse muchas esperanzas. Sin embargo, cuando llegó a la posada, tenía una nota del marqués. Solicitaba que lo recibiera esa mañana a las once, allí mismo. Afirmaba que tenía algo importante que decirle. En realidad, era un aviso más que una solicitud, ya que no parecía o daba algún indicio de esperar respuesta.

Nerviosa, Iris subió a su cuarto y se cambió de ropa por un vestido de día color lila. Arregló un poco su cabello y bajó a la planta baja, donde le pidió permiso a la dueña para usar uno de los salones privados. La posada contaba con tres salones que podían utilizar los huéspedes para recibir visitas, solo que había que solicitarlos con antelación.

La amable mujer accedió y aseguró que, cuando milord llegara, lo haría pasar. Preguntó si quería que le enviaran a alguien con una bandeja de té y ella asintió.

Así pues, Iris entró en uno de los agradables saloncitos. Eran pequeños, con las paredes decoradas en rosa pálido y cuatro sillones algo desgastados. Había una mesa para colocar el té.

No tuvo que esperar mucho. Diez minutos más tarde, un suave golpe en la puerta anunció la llegada del marqués. El hombre entró con la elegancia y el porte que le eran tan naturales. Le dirigió una pequeña sonrisa y se sentó enfrente de ella.

—Milord —saludó ella con cortesía—. ¿A qué debo el placer de su visita?

Él tenía mejor aspecto que el día anterior. Ya no estaba tan pálido, y sus ojeras se habían reducido. La sonrisa que le había dedicado al principio se ensanchó, pero su expresión reveló vergüenza más que buen humor.

—Temo que después de todo lo que le he hecho pasar, usted debe sentir cualquier cosa menos placer en mi compañía, señorita Evans.

Iris sonrió para tranquilizarlo. El tono de él había delatado una verdadera aflicción.

—Comprendo su posición, por favor, no se disculpe. Fue una reacción común dada la situación, así como nosotros pensamos en usted como sospechoso. Temo que somos víctimas de un crimen bien planeado.

—Es usted muy amable, señorita Evans. Mi tía tenía razón cuando pregonaba sus virtudes.

—Su tía solía pregonar más virtudes de las que tenía —aseguró Iris, recordando con una sonrisa como lady Cornwall siempre la describía a sus amistades como una joven encantadora, bondadosa, simpática y un sinfín de otros adjetivos que causarían envidia en alguien de corazón menos noble.

—No era una mujer con tendencia a exagerar. —El marqués suspiró con melancolía ante el recuerdo de la mujer que había sido como una madre para él.

Quizás, si se hubiera dado cuenta de la clase de víbora con la que se había casado, todo hubiera sido diferente. El peso de la culpa lo carcomería por siempre. Ni haciendo justicia podría librarse del remordimiento.

Iris leyó en su rostro el profundo dolor que sentía, así que tomó sus manos en un gesto de consuelo.

—No se aflija. No es su culpa. Nadie lo culparía por no haberse imaginado algo semejante. No es algo que hubiera sido obvio.

—Anabell nunca fue una buena persona, siempre lo supe. Es una mujer arrogante y egoísta.

—Hay diferencias entre ser arrogante y egoísta y ser una asesina. Muchas mujeres son así, y le aseguro que la mitad no llegaría al punto de matar a alguien para conseguir sus deseos.

Hurstley esbozó una sonrisa sin humor y le apretó las manos en un silencioso «gracias».

Iris sintió pena por el hombre. Tenía tanto dolor en su rostro, una pena que prometía ser su tortura por muchos años. Le hubiera gustado hacer algo para poder aliviarlo. Ningún ser humano se merecía sufrir de esa forma.

—De verdad, lo siento mucho, señorita Evans. La afrenta que estuve a punto de cometer contra usted fue imperdonable. No me alcanzará la vida para conseguir su perdón.

—Esta mujer es más bondadosa que una monja, Hurstley, le aseguro que no necesitará toda una vida para conseguir que lo perdone. Tampoco es necesario que le llene de besos las manos ni las frote como un condenado en busca de misericordia.

El tono cortante llegó desde la puerta. Iris se levantó sobresaltada para enfrentarse al ceño fruncido de William, que miraba a la pareja como si se hubiera encontrado con una escena muy desagradable.

Hurstley también se levantó. El semblante melancólico y débil de unos segundos atrás había desaparecido, y en su lugar mostraba una expresión adusta.

—Señor Rednoy. Me alegra que haya podido acudir a mi llamado. También necesito hablar con usted.

—Es bueno saberlo. Por un momento creí que interrumpía.

Iris le dirigió una mirada de advertencia que él no pareció notar. No entendía el porqué de ese comportamiento tan arisco de pronto. William estaba mirando al marqués como si quisiera matarlo.

—Debo suponer que se ha dado cuenta de que teníamos razón —habló William, tomando asiento en el sillón al lado de Iris.

El marqués asintió, pero no dijo nada porque en ese momento entró una muchacha con el servicio de té. Lo dejó en la mesita e Iris se dispuso a servirlo.

—¿Azúcar o leche, milord? —preguntó, cortés.

—Una de azúcar, sin leche —respondió este mientras la observaba.

Ella sirvió dos tazas con té. A una le colocó una de azúcar sin leche, y a la otra solo le echó leche, sin azúcar. Le dio a Hurstley la que había pedido, y la otra al señor Rednoy. Al marqués no le pasó desapercibido que ella ya sabía cómo le gustaba al hombre el té. Se preguntó desde hacía cuánto se conocían, ya le había dado la impresión de que su relación era algo más que profesional.

—Entonces, milord —le instó Calvin—, ¿qué le ha hecho ponerse de nuestro lado? Será mejor que la reunión dure lo menos posible para evitar sospechas. Su esposa podría estar vigilándolo, y podría sospechar.

—No lo creo, anoche actué según lo acordado. Ella vino a mí con las dos copas de vino. Probé solo una gota de líquido. Estaba amargo —confesó con pesar—. Si uno no es muy juicioso podía pasar inadvertido.

—Cianuro —dedujo Calvin.

Él asintió.

—Almendras amargas, para ser específicos —corrigió—. Hoy le llevé una muestra a un amigo mío. Efectivamente, había una mínima cantidad de veneno en la copa. No pudo decir cuánta, pero por los síntomas podría haber llegado a matarme en menos de dos semanas.

Un silencio pesado cayó en la estancia. Ninguno era tan imprudente como para decir algo, ni siquiera Calvin, que tenía poca simpatía por el marqués. Todos sabían lo delicado de la situación, y compadecían al hombre por lo que le había tocado vivir.

—Mi amigo me aseguró que mi cuerpo expulsaría lo que queda del veneno en los próximos días y podría sentirme mejor —continuó con voz neutra—. Sin embargo, hay muchas probabilidades de que me queden secuelas respiratorias a causa del veneno ingerido. Debo evitar ejercicio físico extremo y rogar por no agarrar una pulmonía.

—Lo siento mucho —musitó Iris.

—No tiene por qué. Como le dije, aquí el único culpable soy yo. Por eso quería verlos y notificarles que me ceñiré al plan. Será hoy el último día que salga de casa. Mañana mandaré traer a mi propio médico, que se ha ofrecido a seguirme el juego. El teatro comenzará.

El plan fue ideado con detalle. Hurstley fingiría sentirse muy mal y mandaría llamar a su propio médico, negándose rotundamente a ser tratado por otro. El médico diría a Anabell el medicamento que tendría que comprar y le sugeriría que no se acercara al paciente porque la enfermedad podría ser contagiosa. Seguramente Anabell, en lugar del medicamento, compraría más veneno y ordenaría suministrar las dosis indicadas por el doctor. Por supuesto, Hurstley hablaría con tres de sus criados más fieles, les explicaría por encima la situación, y, entre todos, mantendrían el teatro. Se empezaría a correr el rumor de que no comía bien, vomitaba constantemente y estaba muy pálido. Instarían a todos a no acercarse y el médico iría constantemente para dejar a todos menos esperanzados. En su *último aliento* conseguiría la manera de hacerla confesar. No estaba seguro de cómo, pero si Anabell lo odiaba tanto, dudaba que pasara la oportunidad de decírselo cuando creyera que ya no importaba.

—Creo que ha llegado la hora de que me vaya. Como ha mencionado el señor Rednoy, no es conveniente que esté mucho tiempo por aquí. —Se levantó y los otros hicieron lo mismo—. Señorita Evans, pido nuevamente

disculpas. Cuando todo este asunto se resuelva, no se acongoje por el dinero. Quédeselo como compensación por los malos ratos causados. Es lo mínimo que puedo hacer.

Iris abrió la boca, atónita ante el inesperado regalo. Calvin también se sorprendió, pero no lo demostró.

No creyó que Hurstley llegaría a esos extremos.

—Oh, no, milord. No puedo aceptar eso. El dinero es suyo. Estoy segura de que su tía solo me lo dejó a mí como una forma de protegerlo. No sé si llegó a enterarse de que corría usted algún peligro si lo obtenía, pero sin duda su intención original era dejárselo.

—No obstante, la apreciaba demasiado para no mencionarla en su testamento. Tengo entendido que también se hacía cargo de la educación de su hermana. No la habría dejado desamparada.

—No me habría legado, sin embargo, tal cantidad. De verdad, milord, me ha causado muchos problemas ese dinero como para tenerlo. Tampoco me sentiría cómoda poseyendo algo que no me gané.

—Tampoco lo gané yo —rebatió él con aspereza.

—Usted es su familiar. Es suyo por derecho y no hay nada más que decir al respecto.

El marqués iba a protestar, pero Calvin, ya exasperado de la discusión, intervino.

—Si ella dice que no hay nada que decir al respecto, pierde su tiempo, Hurstley. No hay nada que decir al respecto.

Hurstley lo miró con curiosidad.

—Me sorprende que la apoye, señor Rednoy, considerando que de ahí habrían de salir sus honorarios.

—Yo no le... —Se interrumpió al darse cuenta de que había estado a punto de revelar más de lo que debía. Sin embargo, no sirvió de mucho: el marqués lo comprendió a la perfección. Sus ojos delataron entendimiento.

—Ya veo —musitó con cautela.

Iris comprendió qué era lo que pensaba él y se ruborizó. Creía que no le cobraría porque eran amantes... lo que no estaba del todo lejos de la verdad.

—El señor Rednoy y yo somos amigos desde hace muchos años —explicó ella con calma, atrayendo la atención del marqués—. Crecimos en el mismo pueblo.

Calvin resopló, disgustado porque ella hubiera revelado esa conexión.

—Ha sido muy amable de su parte, señor Rednoy... Disculpe el atrevimiento, ¿es ese su verdadero nombre?

Calvin dudó antes de responder.

¿Era ese su verdadero nombre? Su madre lo había bautizado así, pero él se había colocado otro de acuerdo con su nueva vida. Había retomado el anterior para una farsa, y, sin embargo, sentía que no sabía quién era ahora.

Un impulso desconocido lo hizo asentir.

Iris contuvo una sonrisa.

—¿Cómo logró entrar en sociedad?

—Muchas preguntas, Hurstley —replicó con sequedad.

El marqués comprendió que no era conveniente insistir, aunque le causara curiosidad. No era fácil introducirse en los círculos de la clase alta ni costearse los trajes ni la casa que él tenía. El hombre debía tener mucho dinero e influencias, más de lo que ganaba un investigador privado.

Se dijo que luego lo averiguaría.

Se volvió hacia Iris y tomó su mano para depositar un casto beso en ella.

—Hasta luego, señorita Evans. Ruego reconsidere el asunto del dinero, solo así podré conseguir algo de paz en mi conciencia.

Le dedicó una inclinación de cabeza al señor Rednoy y se percató de que lo miraba con algo parecido al coraje. Hurstley, que siempre había tenido una mente ágil, recordó su primera reacción al entrar y ató cabos.

Estaba celoso.

Como él no era nadie para juzgar la relación que llevaban esos dos, optó por marcharse sin más.

—Parece que te has ganado ahora la eterna devoción de Hurstley —comentó Calvin con sequedad después de que el marqués se fuera—. No me sorprendería que hiciera lo que fuera por recompensarte el mal rato.

—Es un buen hombre —dijo Iris, sin prestar atención a su tono—. No creo que me deba nada. Todos cometemos errores.

—Ese error podría haberte llevado a la muerte —replicó con brusquedad.

—Yo era para él la opción más lógica, William, y lo sabes, así como él era la nuestra. No me aprovecharé de su remordimiento por un error lógico.

Esa era Iris: buena, generosa, comprensiva. Dudaba que alguna vez le hubiera guardado rencor a alguien por mucho tiempo. Por eso él la amaba, y, por eso, ella lo amaba a él. No creía que hubiera otra mujer en el mundo

tan buena como para quererlo. No creía que hubiera un hombre en el mundo lo suficientemente bueno para merecerla. No obstante, algunos debían acercarse más al prototipo ideal que él.

—Deberías hacerlo. Después de que cuelguen a su esposa, quedará en una situación complicada ante sus pares, pero nunca estará del todo arruinado. Si consigues que te proponga matrimonio, lograrás un lugar medianamente decente y tu hermana podrá concertar un buen matrimonio.

Iris jadeó y Calvin se arrepintió de sus palabras apenas las pronunció. Una rabia cegadora se había apoderado de él al ver la devoción que ahora le ofrecía Hurstley a Iris, y casi hubiera preferido que siguiera odiándola. El sentimiento de posesión que había despertado era tan profundo como la conciencia de que no era nadie para intervenir en la vida de ella. A pesar de amarla con locura, no era lo mejor para Iris. El choque de las dos realidades había agriado demasiado su humor, y no pudo evitar ser sarcástico.

Quiso retractarse de sus palabras, pero ella se le adelantó.

—Te juro que no te comprendo —musitó con voz cargada de dolor. A Calvin le rompía el corazón escucharla—. ¿De verdad quieres que me case con él o con otro? ¿Estás dispuesto a tolerar que me entregue a alguien más?

«Sí», quiso decir, pero sus labios se negaron a pronunciar la mentira.

Por supuesto que no quería, y claramente no toleraría que se entregara a otro. Solo imaginarlo lo destrozaba, y, sin embargo, sabía que, si sucedía, tendría que aceptarlo. Aunque muriera por dentro y su vida no se pudiera volver a levantar, sería lo mejor para ella. Y él siempre querría lo mejor para ella.

Ante su falta de respuesta, Iris negó con la cabeza, cansada.

—No lo quieres —dictaminó—, y tampoco me quieres a tu lado. Eres un hombre muy complicado, William.

Calvin no sabía ya cómo prefería que lo llamaran.

No sabía quién era.

—No lo soy. Todo es muy sencillo, lo sabes.

—Sí —dijo con sarcasmo—. Quieres protegerme, quieres librarme de la ruina. Crees que sabes lo que me conviene. ¿No crees que soy yo la que debe tomar esa decisión? ¿No cuenta lo que opine? No puedes siquiera imaginar lo desdichada que sería por no estar a tu lado. ¿Eso no te interesa?

Calvin guardó silencio, incapaz de responder o rebatir esa lógica. ¿Qué podía decirle? ¿Qué él sabía mejor que ella cómo funcionaba el mundo? ¿Que tarde o temprano se lo agradecería? Dudaba que a Iris le gustara escuchar eso, y solo provocaría una discusión interminable. En ese momento solo se quería ir, alejarse de allí y quedarse solo con sus pensamientos.

—William. —Ella lo detuvo cuando él iba camino a la puerta. Habló con suavidad, como si se dirigiera a un animal herido que quería huir—. No podemos evitar esta conversación para siempre.

—No deberíamos tenerla nunca más. Creo que ambos sabemos cómo terminará esto —respondió con acritud.

—Entonces no te importo lo suficiente como para que valores lo que yo deseo, que es lo mismo que quieres tú. Soy para ti una mujer sin la capacidad de decidir por sí misma, una tonta y débil dama incapaz de afrontar el mundo y que debe encontrar un hombre que la encierre en una burbuja de cristal, lejos de las malas lenguas e intenciones.

—No es eso lo que he querido decir, Iris. No sabes lo cruel que puede ser la gente. Si me caso contigo, no podrás pisar un salón de baile decente en tu vida. Y...

—¿Para qué quieres que pise los salones de baile de esa gente que tanto desprecias por hipócrita y arrogante? ¿Crees de verdad que estaré bien allí? —interrumpió, sintiendo el escozor de las lágrimas no derramadas—. Quieres lanzarme al mundo de un sitio que odias; un mundo donde me criticarán igual y hablarán a mis espaldas.

—Es el mundo en el que naciste —dijo, sin saber qué más argumentar.

—No. Nací en una familia de apellido respetable, pero nunca me sumergí en ese mundo. Cuando mis padres murieron y quedé desamparada,, dependiendo de la caridad de personas, ya dejé de ocupar un lugar importante. Ahora soy para todos una asesina, y aunque se limpie mi nombre, no dejaré de ser una joven arruinada a quien se le ha pasado la edad. Sin la protección de lady Cornwall, pocos me aceptarán.

—Tal vez si te quedas con el dinero...

—¡No me pienso quedar con el maldito dinero! —exclamó, exasperada. Le estaba costando mucho no desmoronarse.

Calvin se dio cuenta de eso. Ella nunca maldecía.

—Tus objeciones son absurdas —acusó, parpadeando para alejar las lágrimas.

—No lo son. Iris, a mi lado no te espera ningún futuro. No es solo que te alejaré de donde perteneces, sino que no tengo una situación respetable que ofrecerte. Soy el dueño de dos clubs de juego, no tengo amigos decentes que te presentarán a sus esposas, no tengo un mundo en el que puedas encajar. Vivo rodeado de jugadores y bebedores, gente despiadada. Nunca permitiría que vivieras en uno de esos lugares y, lamentablemente, es el único mundo donde encajo, pequeña Iris. Mi teatro entre la alta sociedad no durará mucho; tarde o temprano se caerá y yo volveré a la madriguera de donde salí.

—¿Y si nos vamos a otro lado? —propuso, esperanzada—. Francia, América. Un lugar donde nadie nos conozca, donde podamos iniciar una vida respetable en el anonimato. Quizás es muy egoísta de mi parte pedirte que dejes todo lo que has construido, pero todo será para mejor, lo sé.

Él no respondió y ella se tomó su silencio como una negativa.

Frustrada, le dio la espalda.

—Vete —le dijo—. Supongo que ya no hay necesidad de vernos hasta que todo llegue al final, y tal vez ni sea necesario. Si lo que quieres es no volver a saber de mí, puedes irte de una vez. Vete como la última vez... Calvin, vete sin despedirte. Vete como un cobarde.

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas. No sintió pasos alejarse, así que no se giró hasta varios minutos después.

Cuando lo hizo, ya él se había ido.

Iris regresó a su habitación, se acostó en la cama y lloró hasta agotarse.

Se había prometido que no lo dejaría ir de nuevo, pero ¿qué podía hacer cuando se ponía tan condenadamente terco? Lo conocía lo suficiente para saber que sería muy difícil hacerlo desistir, y, en ese momento, a ella no se le ocurría nada para empujarlo a decidirse.

Se preguntó si valdría la pena, pero no consideró una respuesta, pues al momento catalogó de blasfemia dudar de eso.

Claro que valía la pena. Era su felicidad la que estaba en juego, tenía que hacer algo grande que lo hiciera reaccionar.

Si no funcionaba, no le quedaría otra opción que rendirse.

Iris era de las que pensaba que esa palabra no debería existir, y, hasta el momento, nunca se había rendido. No se rindió cuando quedó desamparada

con su hermana, y no se había rendido cuando la acusaron de asesina. Sin embargo, cuando algo salía mal constantemente, quizás era hora de admitir que no era para una. Iris no sabía si le habían puesto a Calvin en el camino de nuevo para hacerla desdichada.

A lo mejor era de esas personas que no estaba destinada a ser feliz.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas y abrazó con fuerza su almohada. Tardes y noches similares se avecinaban si lo volvía a perder. Aunque se consideraba una mujer fuerte, no creía poder con el dolor de no tenerlo a su lado, de no soportar sus celos, su protección. De no escucharlo llamarla «pequeña Iris».

Tenía que hacer algo. *Debía* hacer algo.

Oh, ¡ojalá alguien pudiera ayudarla!

Capítulo 21

Calvin nunca se había sentido tan mal.

Sentía una opresión en el pecho, un nudo en la garganta y unas ganas incontenibles de gritar como un demente.

Las palabras de Iris lo habían afectado, pero más lo había hecho verla tan destrozada, al borde de perder el control. Estuvo tan tentado de darle la vuelta y besarla hasta que se calmara que reprimir los impulsos había agotado gran parte de su energía.

Si lo hubiera hecho, habría estado perdido.

En realidad, ya lo estaba.

Calvin solo recordaba haber llorado una vez: a los cuatro años, cuando su madre lo dejó en la puerta de la vicaría asegurándole que era mejor que no se vieran más. Él no quería separarse de su madre, pero ella le aseguró que tenía que ser fuerte, que era lo mejor para él. Calvin nunca estuvo seguro de que hubiera sido así. El vicario y su esposa lo cuidaron bien, lo educaron y lo trataron con cariño, pero la gente sabía que era un bastardo y nunca lo aceptó. Aun así, no lloró por el desprecio, no lloró nunca por nada más, ni siquiera cuando la dejó por última vez. Ahora, sin embargo, los ojos le escocían y el sentimiento era tan extraño que apenas pudo reconocerlo.

Se recostó en uno de los árboles de Green Park, incapaz de sostenerse por más tiempo. Debería considerar lo que ella le había dicho. Irse a otro lado, comenzar una nueva vida más respetable. Tenía dinero suficiente para vivir con comodidad para siempre, y sería feliz. No le pesaría en lo absoluto vender los clubs. Por Iris lo haría todo. El problema era si lograrían encajar en otro lado. Calvin nunca lo admitiría, pero tenía un miedo irracional al rechazo. Solo pensar que alguien pudiera descubrir su origen, despreciarlo y, por lo tanto, despreciar a Iris por ser su mujer, lo volvía loco.

Por otro lado, ¿cuántas posibilidades había de que alguien lo descubriera en otro lado? Muy pocas, si llevaban una vida discreta. El problema vendría si tenían hijos. Podría ser difícil que se casaran. También le resultaría complejo a la hermana de Iris. Independientemente del lugar, había clases

sociales, y no lo aceptarían con facilidad sin buenos contactos que, en otros sitios, él no tendría.

De una forma u otra, no conseguiría introducirlas en el mundo que merecían.

Si tan solo no hubiera nacido bastardo...

Si tan solo el mundo fuera diferente.

Observó a su alrededor y captó la mirada de un hombre que lo observaba fijamente. Este se escondió cuando se vio descubierto, y Calvin entrecerró los ojos con sospecha.

Empezó a caminar fingiendo no haber notado nada, aunque sus sentidos se pusieron alerta. El vello de la nuca se le erizó.

Lo estaban siguiendo.

Siguió caminando por el parque, pero cambió de dirección. Prefirió dirigirse a Covent Garden. Caminó varios minutos hasta que llegó.

El hombre aún lo seguía, lo presentía.

Como era temprano, el mercado estaba lleno de personas. Creyó que podría perderlo, pero no fue así: para cuando llegó al laberinto de callejones sin salida, aprovechó y se perdió entre ellos. Conocía el lugar como la palma de su mano, pero su perseguidor no. Calvin se escondió y lo interceptó por la espalda cuando el hombre lo buscaba.

Le rodeó el cuello con el brazo, dificultándole la respiración.

—¿Quién te ha mandado y qué quieres? —preguntó con voz dura e intimidante.

El hombre se retorció, pero no pudo liberarse.

—Habla o te mato aquí mismo —insistió.

—Su-su excelencia —respondió el hombre con voz ahogada.

¿«Su excelencia»? ¿Se refería a un duque?

—¿Para qué te ha mandado? —indagó, pero el hombre no respondió. Se debatía con mucha fuerza.

Calvin lo aplastó contra una de las paredes. La poca luz del sol que se filtraba entre los huecos de los edificios le hizo ver a un hombre joven, menudo, como los que rondaban esos barrios. Ágiles para seguir, ocultarse y escapar. No obstante, estaba claro que ese no era de allí ni provenía de los bajos fondos. Vestía decente y estaba limpio, aunque su acento no era como el de un caballero.

—Solo lo repetiré una vez más: ¿para qué te ha mandado? —repitió, haciendo una pausa larga entre palabras, como si hablara con alguien corto de entendederas.

El hombre no respondió. Miró a Calvin fijamente, de una manera perturbadora, y, antes de este pudiera interpretarla, recibió una patada que lo derribó y el hombrecillo salió corriendo a la velocidad de un rayo.

Pensó en perseguirlo, pero se dijo que sería inútil. Había tardado demasiado tiempo en reponerse, y ese hombre era mucho más joven que él. A los treinta y cinco años, y con un cuerpo robusto, no poseía la habilidad de antaño.

Soltando una cantidad de maldiciones por el camino, volvió a su destino original, El Club del Placer. Allí había trabajo para mantener su mente ocupada hasta que todo ese asunto se resolviese.

Ahora todo dependía del plan trazado.

Esa mañana ya había dispuesto a gente para que siguiera a lady Hurstley y le informara de sus movimientos, por precaución. Al doctor también lo había mandado seguir desde la mascarada. Si la suerte estaba a su favor, ese asunto se acabaría pronto.

Sin embargo, al parecer tenía otro problema entre manos.

¿Por qué lo había mandado seguir un duque?

Calvin nunca se había relacionado con esa clase de gente. A la taberna no iban, y en el club de juego nunca daba la cara. Había sido muy cuidadoso al mantener en secreto su identidad, pero, por supuesto, ese tipo de personas tendían a descubrirlo todo. Podía ser algún deudor, pero en ese momento no recordaba algún duque que debiera dinero. Tendría que revisar, aunque eso no aclaraba por qué lo había mandado a seguir. Si lo que quería hubiera sido matarlo, lo habría hecho cuando lo derribó. No fue así, por lo que el objetivo era otro, y no tenía ni idea de qué podía ser.

Calvin odiaba desconocer cosas que le incumbían.

Tenía que buscar la forma de averiguarlo.

Al menos, ya tenía más cosas que ocuparan su cabeza, aunque sería ingenuo pensar que eso solucionaría su problema.

En realidad, su problema nunca se resolvería. Estaba condenado por siempre, y tendría que vivir con ello.

Si es que se podía vivir así.

***

Los días que siguieron, ni Iris ni Calvin tuvieron noticias de Hurstley. Habían acordado que lo mejor sería mantener la mínima comunicación posible. Tampoco se vieron entre ellos, pues dadas las circunstancias para Calvin también era menester que se encontraran lo menos posible.

Ella se dedicó a esperar con paciencia. Él, a investigar a su nuevo perseguidor.

No descubrió nada relevante. No había, por el momento, ningún duque que le debiera dinero. Por lo general la mayoría eran bastante conservadores y con tendencia a mantener las apariencias, dada su alta posición. Calvin no lo entendía, de verdad que no lo entendía. Se cuidó de ver si alguien más lo seguía, pero no se percató de ningún otro.

Entre ese asunto e Iris sentía que terminaría loco. No había necesitado mucho tiempo para saber que, por más ocupado que estuviese, ella no se alejaría de sus pensamientos. Estaba condenado a tenerla siempre ahí. No había un solo día que no se distrajera pensándola, rememorando aquella noche en su cama, imaginando un futuro que nunca sucedería.

Cuando la dejó hacía diez años, le pasaba algo similar, pero era manejable. Ahora no era menos que una tortura. Dedicaba muchas horas del día a ella, y el dolor de no tenerla lo iba consumiendo por dentro. Calvin presentía que pronto lo abduciría por completo.

¿Era posible morir de melancolía?

Pronto lo descubriría.

Había pasado una semana y dos días desde su último encuentro cuando un mensajero de la casa de Hurstley les informó que había llegado la hora.

Calvin se dirigió hasta Bow Street, habló con el magistrado y le explicó la situación. El hombre estaba extrañado y confundido, así que le mostró la otra carta que había mandado el marqués dirigida a él, donde solicitaba su presencia discreta en la casa.

Lo hicieron entrar por la puerta de servicio con el mayor disimulo posible. Lady Hurstley no estaba, pero ya había sido mandada llamar. El médico le había informado que el marqués solicitaba su presencia, pues su marido estaba, según el doctor, al borde de la muerte.

Calvin esperó el desarrollo de la situación dentro de su carruaje, a una calle de la mansión. Vio cuando la marquesa llegó, y esperó.

***

Anabell entró al cuarto de su esposo. Estaba oscuro, por lo que pudo frotarse las manos con perversa satisfacción.

Al fin el momento había llegado.

Vio la figura del marido envuelto en múltiples edredones. No se distinguía bien la forma de su cuerpo, pero ella se deleitó imaginándolo flaco y débil.

A lo largo de esa semana no se le había permitido verlo. El doctor que su esposo insistió en traer, y que Anabell creyó en un principio que podría ser una amenaza, había resultado más tonto de lo esperado. Aseguró a todos que la enfermedad podía ser contagiosa, y solo dejaba entrar a unos pocos criados. Ella obedeció para guardar las apariencias, aunque en el fondo le hubiera gustado ver como el poderoso marqués se iba deteriorando hasta ser solo una sombra de lo que era antes.

Entró con sigilo y se acercó hasta cama. El doctor le había sugerido que no se acercara mucho, por precaución, pero ella sabía que no era nada contagioso, así que no le importó. Quería verlo exhalar su último aliento, deseaba decirle todo lo que sentía ahora que podía. Se sentía cansada de guardar ya tanto rencor y odio por dentro, quería liberarlo de alguna forma.

Hurstley estaba recostado de lado, tapado hasta la barbilla, y los cabellos dorados le caían sobre una barba sin afeitar.

No lo pudo evitar. Sonrió y acarició el frasco que se encontraba al lado de la mesita de noche. El médico le había dado una receta exacta de lo que debía pedir a un boticario, pero Anabelle se había asegurado de que trajeran lo que ella quería.

—Anabelle —susurró Hurstley con voz ronca y débil—. Necesitaba escucharte por última vez.

—Aquí estoy, querido esposo —respondió con la voz más sarcástica que fue capaz de elaborar.

—Has sido una buena esposa, Anabell. A pesar de las circunstancias de nuestro matrimonio, siempre fuiste leal, y... —Se detuvo un momento.

Anabelle supuso que intentaba recoger el aliento— devota.

—Sí, lo fui, ¿verdad? —afirmó ella—. Fui lo que se esperaba de mí. Siempre hice lo que se esperaba de mí, incluso casarme con un hombre que no amaba.

Hurstley se entusiasmó ante el tono de rencor en su voz. Ya comenzaba a entrever su odio, y no iba a parar.

—Anabelle...

—Estaba enamorada de otro, ¿lo sabías? No, claro que no lo sabías. Nunca te molestaste en preguntar. Asumiste lo que tu padre quiso a pesar de mis ruegos por que te negaras. Te casaste conmigo aun sabiendo que yo no lo deseaba. Pues sí, estaba, o, mejor dicho, *estoy* enamorada de otro. Alguien que no era de mi posición. Tenía clase, pero no la suficiente. Mis padres jamás lo hubieran aceptado.

Hurstley sintió compasión por el dolor que se reflejaba en su voz. Le hubiera gustado girarse para ver su expresión, pero no podía arriesgarse a que viera un rostro completamente sano.

Era cierto que ella manifestó que no quería casarse. Nunca, sin embargo, mencionó que estuviera enamorada de otro. Hurstley solo la vio como una joven asustada ante la perspectiva de una nueva vida con un hombre que ella no había elegido, y él se propuso ser para ella un buen esposo. La idea de contradecir a su padre jamás cruzó por su mente. Era un hijo obediente que sabía cuál era su deber. Además, su familia pasaba por una crisis causada por el difunto marqués, y la cuantiosa dote de Anabell ayudó a solventarla.

Quién se iba a imaginar que la mujer quedaría tan llena de rencor.

—De todas formas —continuó ella, más calmada—, ya no importa. Te morirás hoy, aquella mujer será culpable por asesinato, tu hijo recibirá el dinero, y yo me podré casar con el amor de mi vida.

Si él hubiera podido verla, se habría asustado por el brillo perverso y demente de los ojos de la mujer.

—¿Q-qué estás diciendo? —logró formular él, fingiendo luego varias inhalaciones, como quien se estaba quedando sin aire.

Ella soltó una risa de regocijo.

—Lo que has escuchado. Después de que te mueras, Daniel y yo podremos disfrutar de nuestro amor con el dinero de tu querida tía. La vieja creyó que había arruinado nuestros planes dejándole todo a esa arribista...

Pues no. Solo la puso en problemas. Ella será nuestro chivo expiatorio. La culparán de tu muerte y de la de tu tía, y nosotros quedaremos felices. Ni el plan original podría habernos salido mejor.

Volvió a reír, y Hurstley sintió náuseas ante lo que había escuchado.

Estaba tan furioso que estuvo a punto de matarla.

—¿E... Estás diciendo que...?

—Sí, sí, estoy diciendo que yo planeé todo —respondió ella con impaciencia, como si él fuera un tonto por no entender—. Bueno, *nosotros* lo hicimos. La idea original era matar a la anciana, que recibieras el dinero y, luego de un tiempo prudencial, que murieras tú también. Pero todo se complicó cuando no recibiste el dinero, y en lugar de mandar a ahorcar a la mujer, decidiste darle un mes para probar su inocencia. —Soltó un bufido —. Siempre has sido demasiado blando. No obstante, creo que eso nos ayudó. Ahora podremos matarte a ti y echarle la culpa a ella también —rio —. Dos pájaros de un tiro. No creo que sea difícil recuperar el dinero con un buen abogado. Con ese dinero nos iremos de aquí y viviremos como nos merecemos.

—Nuestro hijo...

—Se quedará con mi madre. No puedo llevármelo, es un mal recuerdo de ti. Oh, ¡cómo te desprecio! No sabes cuánto lo hago. Estos tres años han sido un infierno para mí.

—Nu-nunca te traté mal.

—¡Yo no te quería! —gritó ella como toda explicación—. Te ganaste mi odio cuando insististe en casarte conmigo. Si te hubieras negado, habría tenido tiempo para convencer a mis padres de que aceptaran a Daniel. Ellos me querían, con el tiempo... Oh, bueno, ya no importa. Morirás y eso es lo que interesa. Hasta siempre, querido esposo.

Anabell se giró y se topó con una figura frente a sí.

Un grito ahogado salió de sus labios cuando la figura del magistrado la dominó y le esposó los brazos a la espalda.

—¿Qué diablos...? —comenzó, pero se detuvo cuando vio a Hurstley levantarse de la cama en perfecto estado.

—Hasta siempre, querida esposa —musitó con pesar.

Capítulo 22

Los días que siguieron fueron muy difíciles para el marqués de Hurstley. La mujer y su cómplice fueron acusados de asesinato y colgados por el delito. El escándalo fue impresionante, y el marqués estuvo recluido en su residencia una semana con el fin de evitar miradas compasivas y preguntas inoportunas. Consideraba, de hecho, que lo mejor sería irse al campo. El aire fresco le haría bien, y estar lejos provocaría que la gente perdiera más rápido el interés en el escándalo. No era algo que, por supuesto, fuera a olvidarse, pero al menos en un futuro podría recuperar aunque fuera la mitad de su prestigio.

Antes de irse, concertó otra cita con la señorita Evans y el señor Rednoy.

—Les agradezco mucho que hayan colaborado para encontrar a los asesinos de mi tía —dijo Hurstley a la pareja.

Estaban nuevamente en el salón de la posada donde se alojaba Iris. Habían considerado que sería el lugar más discreto para una reunión. Ocupaban las mismas posiciones que la vez anterior, solo que en esta ocasión la tensión entre la pareja era palpable. Habían evitado mirarse más de lo necesario, y daba la impresión de que ignoraban la presencia del otro.

—El mérito se lo lleva por completo el señor Rednoy —musitó Iris—. Yo no he hecho gran cosa.

—Si a esas vamos, el mérito se lo debemos al destino y a tu imprudencia, porque estuve a punto de perder las dos semanas del plazo investigando a quien no debía. Todo porque me dejé engañar por una mujer —espetó Calvin, todavía molesto por el asunto.

—Sea como sea —dijo Hurstley en tono conciliador—, les agradezco su importante ayuda. Señor Rednoy, si puedo ofrecerle alguna recompensa...

—No quiero nada de usted —dijo con brusquedad, e Iris suspiró ante sus malos modales.

Hurstley, en cambio, no se inmutó y se giró hacia ella.

—Señorita Evans, debo insistir en el tema del dinero como...

—Ni hablar. Usted debe decirme dónde debo firmar para devolvérselo. Su tía habría querido que lo tuviera —interrumpió ella.

—Después de todo lo que he provocado...

—Divídanlo a la mitad —sugirió Calvin, exasperado. Al ver que Iris iba a protestar, añadió—: Liliam, Iris.

Iris se tragó sus protestas.

Lo cierto es que era una solución lógica. Dudaba que pudiera conseguir trabajo de nuevo con esa mancha en su reputación, pues aunque había sido comprobada su inocencia, el daño ya estaba hecho. Quedaría de nuevo desamparada si su relación con Calvin no se arreglaba, y entonces su vida se tornaría complicada. Liliam dependía de ella, y ese dinero podía ayudarlas bastante.

Incluso podría servirle de dote.

—Me parece una idea magnífica —dijo el marqués—. Es lo menos que puedo hacer, señorita Evans. Su nombre ha quedado manchado por mi culpa, y lamentablemente yo no he quedado en la mejor situación para ayudarla a introducirse en sociedad. Le sugiero que hable con las amigas de mi tía. Si lady Waldershare fue capaz de dejarla pasar a aquel baile creyéndola una asesina, ahora le dará su apoyo absoluto, así como otras leales a la memoria de mi tía. Ellas la podrán ayudar a hacerse un lugar en un círculo importante de la sociedad; quizás no el más exclusivo, pero lo suficiente para que su hermana, e incluso usted, consigan un buen esposo.

Iris soltó una carcajada, aunque algo carente de humor.

—Tengo casi treinta años, milord. Dudo que alguien me pida matrimonio, y tampoco es mi deseo.

—¿No es su deseo encontrar la protección de un marido? —indagó con curiosidad.

—Solo hay un hombre al que deseo concederle ese puesto, y se encuentra muy poco dispuesto.

Sin darse cuenta, sus ojos se desviaron por una milésima de segundo a William. Una muda confesión a la que siguió un tenso silencio.

—Señor Rednoy —dijo Hurstley unos segundos después, luego de pensar en algo—, insisto en que no soy el mejor posicionado ahora, pero cuento con ciertas amistades influyentes, y si usted quisiera...

—No —cortó Calvin, adivinando lo que iba a decir—. Mi participación en ese mundo ha terminado. No regresaré ni bajo amenaza de muerte. No aprecio a los de su clase, Hurstley —confesó sin pudor.

—Y los odia tanto que es incapaz de estar con uno mucho tiempo, no importan las circunstancias —comentó con mordacidad.

Iris no era dada a ese tipo de comentarios. Siempre había tenido un buen control de sí misma. En esta ocasión no pudo evitarlo. La idea se le vino a la mente y se preguntó si William no la despreciaría por haber nacido noble.

—Eso no es verdad —afirmó con rotundidad—. Yo diría más bien que *a ellos* no les conviene ni agrada pasar mucho rato conmigo —replicó.

—No deberías incluirlos a todos en ese lote.

—Es lo que más les conviene a todos —insistió.

Hurstley se removió incómodo, haciéndole saber a la pareja que se percataba de que su relación era más que una amistad. No dijo nada, por supuesto, y ellos decidieron callar.

Observó bien al señor Rednoy y notó que sus rasgos eran algo aristocráticos. De hecho, ahora que lo miraba, se le hacía muy familiar, pero no lograba recordar a quién.

Se dijo que lo pensaría luego y se giró hacia Iris.

—Si no desea un marido para usted, señorita Evans, sería una gran oportunidad para su hermana. Piénselo. Es mejor enfrentar a todos la que la acusaron públicamente. Paséese consciente de su inocencia y pronto todos lo creerán. Sobre lo de la herencia..., queda a la mitad y no hay nada más que decir. Pronto mandaré a mis abogados.

Hurstley se despidió, y si Iris no hubiera estado tan concentrada en Calvin, se hubiera percatado del cansancio y el dolor extremo que llenaban los ojos del marqués.

Calvin y ella se enfrentaron en un duelo de miradas. Las palabras no hubieran resultado tan efectivas como el brillo de determinación en cada par de ojos. Los grises de ella dejaban entrever un objetivo claro. En los negros de él se avistaba la terquedad y la seguridad de quien sabía que hacía lo correcto.

—Creo que este es el adiós definitivo, Iris —comentó él, sintiendo de nuevo esa opresión en el pecho, ese nudo en la garganta tan poco familiar. Las despedidas eran más duras cuando se hacían de cara. Por eso la última vez se había ido sin decir nada—. Todo está arreglado.

Ella sabía que debería haberle dado las gracias por su ayuda, era lo mínimo que podía hacer luego de todo lo que había hecho por ella. No pudo, sin embargo, decir una sola palabra. Tenía tantas emociones bullendo

dentro de ella que hablar sería un esfuerzo demasiado grande, y hacerlo podría costarle desmoronarse por completo. Apenas podía mantenerse de pie cuando solo deseaba dejarse caer y hundirse en la melancolía que la acongojaba.

Nunca se había sentido tan débil.

Tal vez nunca había sido tan fuerte como creyó. No cuando de ese asunto se trataba.

Él hizo amago de extender una mano, pero frenó a tiempo sus instintos más primitivos. Tocarla, aunque fuera para ofrecer consuelo a esa mirada desconsolada, sería su perdición, y a lo mejor también la de ella.

—Deberías hacer caso a Hurstley y regresar a la sociedad. Liliam lo necesitará. Es tu mundo, Iris. —Hizo una pausa y añadió—: Yo regresaré al mío.

Se fue sin decir otra palabra, sin mirar a atrás. Ella lo observó irse, y apenas fue consciente de haber llegado a su habitación. Se sentía triste, acabada, muy, muy cansada. Tenía un nudo en la garganta, los ojos le escocían y, aun así, no salió ni una lágrima.

No lloró porque acababa de comprender que nada arreglaba haciéndolo.

Oh, pero ojalá supiera qué debía hacer para ganar algo.

***

Iris nunca había conocido a nadie como Emerald Price, baronesa de Clifton.

Además de ser una mujer poseedora de una belleza sin paragón, con cabellos dorados y unos ojos verdes que brillaban tanto como la gema que llevaba por nombre, era una persona demasiado alegre, demasiado optimista, muy soñadora, en extremo entusiasta y que derrochaba alegría por cada poro. Uno no podía estar cinco minutos en una misma habitación con ella y no percatarse de que siempre veía el lado bueno de todo..., y de que era demasiado terca para el bien de muchos.

Por ejemplo, no quería aceptar que Iris no se fuera a vivir con ellos.

—No puede seguir quedándose aquí si desea reintegrarse en sociedad. No es correcto. Debe vivir con una familia respetable, y no es que nosotros seamos la definición exacta de la palabra, pero serviremos por ahora.

La mujer la había ido a visitar esa mañana. Iris no sabía por qué, puesto que ni siquiera la conocía, y, sinceramente, estuvo a punto de no recibirla. Se sentía demasiado mal por lo del día anterior para ponerle buena cara a alguien que probablemente solo querría chismorrear sobre todo lo ocurrido.

No supo qué la convenció de aceptarla, y ahora tenía serias dudas de haber hecho lo correcto. La mujer le había propuesto que se fuera a vivir con ellos para comenzar su reintegro en sociedad.

—Milady —dijo Iris con calma. Quería acabar con eso y regresar a su habitación a pensar en qué hacer con su vida—, su oferta es muy generosa, pero comprenderá que me es imposible aceptarla. Yo no los conozco, y, siendo sincera, no comprendo este interés si usted tampoco a mí.

—El señor Blake nos pidió el favor —explicó lady Clifton, como si ella no hubiera dicho nada importante—, y lo cierto es que estaremos encantados de ayudarla. Podremos inventar algo creíble, como que la conocí hace unos dos o tres años, cuando era la dama de compañía de lady Cornwall. Entonces...

Iris no la escuchó, tan sorprendida como estaba de que William les hubiera pedido ese favor a los barones. ¿Cómo los conocería? ¿Habrían sido ellos los que le consiguieron las primeras invitaciones? ¿Por qué habría hecho eso?

—¿Señorita Evans? —La baronesa intentó llamar su atención, pero ella estaba demasiado ensimismada.

—William les pidió que me acogieran —musitó, más para sí que para su acompañante.

—Sí —afirmó la mujer, tomando su afirmación como una pregunta—. ¿William es en realidad su verdadero nombre? —indagó con sana curiosidad.

Iris no respondió a eso.

—No puedo aceptar su oferta —dijo en cambio—. Serían demasiadas molestias.

—Ya le he dicho que no —insistió la baronesa con el tono de alguien que no comprendía al otro—. Yo estaré encantada. No puede vivir sola, es una mujer soltera.

—Tengo veintiocho años —aclaró Iris. Le parecía divertido que creyeran que necesitaba carabina, sobre todo porque la baronesa de Clifton apenas debía llegar a los veintiuno.

—Pero es soltera —insistió la dama—. Las damas solteras no pueden vivir solas.

—Mi hermana saldrá de la escuela en unos meses. Seremos dos personas de las que tendrán que hacerse cargo. No puedo causarles esa molestia cuando no los conozco ni me conocen a mí. Podremos no casarnos nunca y seremos una molestia eterna.

Lady Clifton suspiró, murmuró algo que no escuchó y la miró con paciencia.

—El señor Blake nos dijo que usted era una joven encantadora, adorable, buena...

—¿Él dijo eso? —preguntó, sorprendida, sin poder ocultar cierto atisbo de ilusión.

—No con esas palabras —admitió lady Clifton—. No lo veo como un hombre capaz de decir esas palabras. En realidad solo nos pidió que la acogiéramos porque usted merecía mucho más de lo que tenía. Pero en sus ojos se veía que eso era todo lo que pensaba mientras hablaba. También se notaba que le tenía un gran aprecio, un muy, *muy* —recalcó la palabra— gran aprecio.

Iris supo lo que la mujer pensaba, y no pudo hacer más que sorprenderse por su capacidad para leer a las personas. Se preguntó si ella también era tan transparente.

—Por lo que veo, usted también le tiene una gran aprecio —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento—, y como ambos se tienen ese *gran aprecio*, usted no se quedará soltera mucho tiempo.

Iris negó con la cabeza. Pensó en desmentir las teorías de la baronesa, pero algo le dijo que sería inútil.

—Eso no pasará.

—Oh, claro que pasará. ¡Tiene que pasar! ¡Se aman! —exclamó, como si esa fuera suficiente explicación. Como si no hubiese nada más complejo por dentro.

Se preguntó qué tanto podría fiarse de esa mujer y si sería conveniente manifestar sus sentimientos y la relación con William. Había sufrido demasiado en silencio. Había guardado esos sentimientos por tanto tiempo que la necesidad de compartir sus desdichas con alguien pintaba demasiado liberadora.

Además, la baronesa era ese tipo de persona que inspiraba confianza.

—Todo es muy complicado —explicó Iris, y, a continuación, comenzó a relatar por encima lo que había sido su relación, saltándose algún que otro detalle íntimo.

Al final, la baronesa tenía una expresión calculadora en la cara, e Iris se preguntó si había sido buena idea hablar. Se sintió bien tras confesarle sus penas a alguien más, pero a la vez le preocupaba la determinación que vio en sus ojos.

—¡Los hombres son tan lentos...! —dijo la joven mujer con un exagerado tono de pesar—. Mi consejo sería que esperaras a que reaccionara, pero puesto que ya has esperado diez años y no hay indicio de que entienda que es lo mejor, habrá que darle un empujón. —Sonrió—. Venga conmigo, señorita Evans, le aseguro que, en menos de dos meses, se estarán comprometiendo. Solo hágame caso.

Iris comenzó a negar con la cabeza, recelosa hacia las intenciones de la dama. No obstante, Emerald Price no solía aceptar un no por respuesta, y eso, en cierta forma, la convenció.

Tenía que intentarlo. *Debía hacerlo*; la alternativa era morir de desasosiego.

Solo una última vez, un último intento para no terminar llorando por los amargos recuerdos.

Capítulo 23

Durante los días que siguieron, Iris se introdujo en el mundo al que *pertenecía*. Ese mundo lleno de cotilleos, de gente que saludaba con una sonrisa y criticaba a las espaldas. De personas que se creían superiores por no tener escándalos rondando su apellido. Algunos la miraban con recelo, otros, con animadversión, y otros con profundo repudio. La gran mayoría, sin embargo, expresó su contento porque hubiera salido librada de esa gran situación, manifestó que jamás la creyeron culpable y sonriócon amabilidad. De todas esas sonrisas, solo pudo creerse las de lady Waldershare y lady Exester, amigas íntimas la difunta lady Cornwall que siempre le brindaron su apoyo.

Los barones la mantuvieron tan ocupada de un lado a otro, de velada en velada, que casi le fue imposible pensar en sus desdichas. No eran una pareja que contara con el aprecio de la alta sociedad, pues el barón de Clifton se había encargado de tirar por los suelos su reputación en lo últimos años. No obstante, la baronesa contaba con familiares importantes, y nadie se atrevía a negarles la entrada.

Lady Clifton incluso insistió en mandarle hacer un guardarropa apropiado para su nueva posición. Cuando Iris fue a pagarlo, la baronesa se negó.

—Oh, no. El señor Blake nos mataría si se enterase de que la he dejado pagar —confesó en voz baja, a la vez que sacaba una hoja y se la entregaba a la dependienta, indicándole donde podía mandar la factura—. Él dijo que costearía todo lo referente a usted.

Iris se quedó tan asombrada que no pudo responder hasta que la baronesa la hubo sacado de la tienda.

—No puedo permitir eso —declaró.

—Él dijo que no lo haría —confirmó la dama—, y agregó que ignorara sus protestas.

Iris se ofendió.

—No pienso permitir que el señor Red... Blake gaste un solo chelín en mí —afirmó con rotundidad—. Después de todo, creí entender la última vez

que hablamos que se desentendía de toda responsabilidad.

Muy tarde se dio cuenta de que sus palabras habían estado teñidas de amargura. Pero es que era tan doloroso... Le parecía muy injusto lo que hacía con ella: la abandonaba, le decía que todo había acabado y, sin embargo, se preocupaba por su bienestar, se ofrecía a pagarle un guardarropa cuando sabía perfectamente que ella podía costeárselo.

No lo comprendía, de verdad que no.

Observó que la baronesa la miraba con algo que se asemejaba a la compasión, y se reprendió por haber exteriorizado su congoja.

—Ya le dije que no se preocupara por eso —dijo la mujer con tono optimista y una sonrisa calculadora—. Ya verá como lo solucionamos.

El tono macabro debió haberle dado un indicio a Iris, pero su mente se negó a pensar mal de la dama que se había comportado muy amable con ella.

Lamentablemente, lo descubriría más tarde.

***

¡La quería casar!

Iris tardó más o menos dos semanas en confirmar esa teoría, pero ya no podía seguir negando las perversas intenciones de la baronesa de Clifton, quien se había esmerado mucho en hacerla una persona un tanto interesante a pesar de su avanzada edad casadera. Le había presentado a varios hombres, y tenía cierta fijación por sir Henry Wallace: un caballero que se acercaba a los cuarenta, viudo, muy amable y que había mostrado cierto interés especial en ella.

Iris no podía comprender cómo eso ayudaría a su relación con William. Al menos, no pudo comprenderlo al principio, pues la baronesa no tuvo inconveniente en explicarle sus macabros planes.

—No hay nada que empuje más un hombre que los celos —le dijo una tarde durante el té. Tenía la típica sonrisa de «esto será maravilloso»—. Podrá decir que te quiere con otro, pero no es así. Cuando Tony le diga que estás a punto de casarte, explotará.

—¡¿Casarme?! —exclamó, incrédula.

A esas alturas, a Iris no deberían sorprenderle los extremos del plan de la mujer. Había demostrado ser de ese tipo extraño de personas que hacían lo que fuera por el amor, aunque rayara en lo inadecuado. No se había detenido a pensar en que estaban involucrando en el plan a una persona externa que podía salir perjudicada. Sir Henry era muy amable, y a Iris le agradaba y lamentaba haber conocido el amor antes de conocerlo a él. Eso le impedía ver al hombre, que en otros tiempos hubiera sido el partido ideal, como algo más que un buen amigo.

Le expresó sus preocupaciones a la baronesa, pero ella se desentendió con un gesto de manos.

—Sir Henry es un amigo reciente, le he pedido el favor de que nos ayude en este pequeño plan. —Se frotó las manos como una niña pequeña que planea una travesura—. No te preocupes, todo saldrá bien.

Iris no estaba segura de eso, y le daba miedo preguntar cómo planeaba desarrollar todos los hechos. Al menos le aliviaba saber que nadie saldría perjudicado, aunque sufrió una pequeña decepción en su vanidad al saber que se había acercado a ella por un favor a lady Clifton.

No debería extrañarle. No estaba en la edad de atraer pretendientes con esas intenciones, y no le molestaba, pues tampoco quería casarse con nadie que no fuera él, ese hombre brusco que la cautivó con palabras suaves, miradas tiernas y le enseñó todos los placeres de un amor verdadero. ¿Cómo, después de haber conocido eso, podría conformarse con la monotonía de un matrimonio simple, con afecto como mucho? Sonaba a sacrilegio.

Los días que siguieron supo lo que era ser el verdadero centro de los rumores.

La gente ya no parecía saber cuál tema referente a ella era más interesante, si el hecho de haber sido una sospechosa de asesinato o que hubiera un caballero cortejándola dada su edad y la escasa posición en la que estaba. Iris dudaba que hubiera alguien en esa temporada que recibiera más atención que ella. Estaba haciéndose notar como nunca imaginó que podría hacerlo. Al contrario de lo que hubiera sentido otra mujer, ella se sentía incómoda y tenía deseos irrefrenables de huir. Tanta gente pendiente de ella la agobiaba, sobre todo porque no le costaba imaginarse lo que había detrás de sonrisas fingidas y miradas curiosas. Debían de tenerla en los peores términos, pero se acercaban por conveniencia.

Sir Henry era la excepción. Descubrió en él a un hombre de notable amabilidad y carácter afable y sincero. No intentaba indagar más de lo debido, y la trataba con un respeto digno. A Iris le agradó mucho, aunque no pudo dejar de preguntarse cómo un hombre como él, un caballero tan serio, recto y educado, pudo haber accedido a un plan tan absurdo, fantasioso y, en realidad, muy poco esperanzador a esas alturas.

Durante un paseo en el parque, se lo preguntó.

Sir Henry le dedicó una sonrisa cálida. No era un hombre que sonriera con frecuencia, y esta le daba a su rostro un aspecto más rejuvenecido. Se lo formaban hoyuelos en las mejillas, y sus ojos brillaban de una forma diferente. Iris se había percatado de que estos estaban con regularidad apagados, como si le faltara algo.

—No crea, señorita Evans, que mi interés ha sido solo por un favor. Me llamó la atención desde que la vi y bailé la primera pieza con usted, pero lady Clifton se encargó de notificarme unos días después, luego de que mi interés se empezara a notar, cuál era su situación. Una joven muy soñadora, la dama, demasiado imprudente para lo conveniente. Sin embargo, tuvo suerte de que no fuera yo tan amargado como parezco. Aunque no lo crea, señorita Evans, también conocí el amor y lo dejé marchar. Sé cuál es la pena a pagar por cometer ese pecado, y no me gustaría que nadie se marchitara como yo ante la pérdida de un sentimiento tan vital.

Iris no supo cómo responder. Sir Henry caminó unos pasos más en completo silencio. Ella no se atrevió a hacer ninguna pregunta inoportuna. No eran la clase de temas que se pudieran tomar con naturalidad.

Para fortuna de su curiosidad, él siguió hablando.

—Era una joven como usted, buena, compasiva, inteligente. Oh, ¡eso era lo que más me gustaba! Era muy inteligente e ingeniosa. Siempre tenía un comentario hábil que me hacía sonreír, cosa que entonces tampoco hacía con frecuencia. Tendría yo algunos años menos que usted cuando la conocí, y ella apenas cumplía los dieciocho. Era la hija de uno de los arrendatarios de mi padre. Una joven muy poco apropiada. —Suspiró con melancolía, y sus ojos se perdieron en algún punto lejano del camino, como si estuviera viendo la historia en su mente—. Mi padre se enteró, y, por supuesto, no fue de su agrado. Antes de siquiera poder hacer algo, hizo que la familia de la joven la mandara lejos y amenazó con desheredarme. No fui lo suficientemente valiente para oponerme, así que intenté olvidarla. Me casé,

enviudé, y, aun así, la sentía cada día más presente en mi mente. No he podido olvidarla del todo, lo admito, y tampoco averiguar qué ha pasado con ella para tranquilizar mi conciencia. Su recuerdo apaga mi alma cada vez más, y no tengo el valor ni las ganas de alejarlo, porque esos momentos son los que me hacen feliz... Aunque no la tenga a mi lado.

Iris estaba demasiado conmovida con la historia para hablar. Tenía a su lado a alguien que con sentimientos afines a los suyos. Una persona que entendía el dolor desgarrador de perder el amor de su vida y seguir adelante aunque un pedazo de su alma muriera cada día. Él no había hecho nada por estar con la persona que amaba, cada minuto se lamentaba por ella. Iris no quería terminar así. Las malditas clases sociales no podían separarlos de nuevo.

—Lo conocí cuando tenía dieciocho —comenzó Iris, sintiendo las ganas, incluso el deber, de contarle la historia completa—. Tropezamos en el pueblo. Yo había salido con mi hermana, pero Liliam había soltado mi mano y estaba como loca buscándola. Él se ofreció a ayudarme. Todos en el pueblo sabían que era un bastardo, y, sin embargo, demostró tener más caballerosidad que la mayoría. Creo que me enamoré ese día, cuando me miró a los ojos con fascinación y luego esbozó una pequeña sonrisa. —Iris cerró los ojos, fundiéndose con los buenos recuerdos, como si así pudiera retenerlos por siempre—. No estoy segura de cómo nos empezamos a ver, pero pactamos citas secretas. Nos escapábamos de la misa, e incluso... escalaba hasta mi balcón —confesó con cierta vergüenza—. Todo parecía ir bien. Sin embargo, de pronto empezaron en el pueblo los rumores sobre nuestras conversaciones. Mi padre se enteró y se enojó. Me dijo que me alejara.

—Y lo hizo —concluyó Sir Henry con pesar.

Iris negó con la cabeza.

—Al contrario, le propuse que huyéramos. Estaba dispuesta a arriesgarlo todo por él.

—Pero él no todo por usted.

Ella volvió a negar.

—Creía que no era lo suficientemente bueno para mí, y un día, desapareció. Ha sido una coincidencia muy extraña haberlo vuelto a encontrar.

—Quizás suene un poco fantasioso, mi querida señorita Evans, pero cuando el destino vuelve a juntar a aquellos que separó, prefiero pensar que hay algo más de trasfondo que ganas de burlarse de nosotros. Debemos aprovechar las segundas oportunidades.

—Estoy de acuerdo, sir Henry. Lamentablemente, mi caballero no comparte esa opinión.

—Solo le falta un poco de tiempo y un empuje para hacerlo. ¿No es, por casualidad, aquel que se encuentra con el barón de Clifton?

Iris dirigió su mirada hacia donde el caballero señaló con discreción. A unos metros de ella, y con muchas miradas curiosas encima, estaban William y lord Clifton. Este último hablaba de algo de algo que al primero, por lo visto, no le interesaba, pues su mirada estaba completamente centrada en ella.

No pudo imaginarse cómo no se había dado cuenta antes de su presencia, cuando su mirada era tan intensa y penetrante que la llamaba sin palabras. Se vio incapaz de dar algún otro paso, presa de la fuerza con que los ojos oscuros la atraparon. Decían tanto en su observar que era imposible descifrar algo en concreto.

Iris enfrentó su mirada. De pronto, todo desapareció a su alrededor. Las personas no eran más que visiones borrosas, y lo ruidos, ecos lejanos. Eran solo ellos dos, enfrentándose en un duelo de miradas que gritaban lo que sus labios se negaban a decir. Retaban al otro a replicar, a negar la atracción que inspiraban en la persona contraria.

No supieron con exactitud cuánto tiempo estuvieron allí, pero fue Calvin el primero en reaccionar.

—¿Por qué demonios me has traído aquí? —le espetó a Anthony—. Lo has hecho a propósito, ¿no es así?

Anthony tuvo el descaro de no negarlo, aunque contuvo el atrevimiento de admitirlo en voz alta. Optó por fingir demencia.

—Solo quería sacarte un poco de tu madriguera antes de que te pudrieras por falta de aire fresco.

Calvin se limitó a gruñir.

¿Quién era Clifton para criticarlo, cuando no sabía cómo la estaba pasado? Necesitaba mantener su mente ocupada cada minuto del día —y de la noche, a ser posible— para no pensar en ella, torturarse con su imagen y agobiarse con los recuerdos recientes. Sabía que terminaría en un infierno

personal una vez decidiera ayudarla, pero nunca imaginó lo insoportable que sería soportar esa condena cuando su mente estaba plagada de sus sonrisas, de sus miradas, de su voz y de su expresión de placer cuando la tocaba. Él solo se había impuesto el castigo, aunque no lamentaba en lo absoluto el pecado.

Tal vez fuera por eso que su condena sería eterna.

Tuvo ganas de regresar a su despacho, donde los miles de papeles que había descuidado por tanto tiempo lo mantenían ocupado. El trabajo extenuante había presentado en su momento una mejor opción que recaer en el alcohol y drogas como el opio que lo matarían lentamente. Ahora se preguntaba si no sería mejor la muerte que verla a ella con otro.

—Emerald cree que el duque no tardará en pedir su mano —comentó con ligereza Anthony. Calvin no lo miraba, aunque percibió la burla en su tono.

—¿No es muy pronto? Apuesto lo que sea a que no se conocen de más de dos semanas.

—Ella cree que él está enamorado. Dice que es una buena oportunidad debido a la edad de la señorita Evans. Además; no importa si pide su mano ahora, tendrán tiempo de sobra para conocerse mejor. A ella tampoco parece serle indiferente.

La única respuesta de Calvin fue un gruñido. Siguió observando a la pareja, incapaz de apartar la vista de esa imagen que le resultaba tan desagradable. Nunca creyó experimentar los celos hasta el punto de querer arrancar el brazo al tipo por atreverse a tocarla, aunque fuera de una forma tan impersonal.

¿Así tendría que vivir siempre si ella se casara? ¿Con la cabeza llena de malos deseos al que se llevara su mano? ¿No había sido ese el motivo por el que él se había alejado, para que conociera a alguien mejor? Allí estaba ese «alguien mejor». Que no pudiera soportar la visión de ellos juntos, y ni que decir de imaginárselos en la intimidad, era un asunto diferente que sabía que se escaparía de su control. Era consciente de que lo afectaría hasta un punto intolerable, aunque nunca la palabra «intolerable» se había quedado tan pequeña. Era imposible describir el sentimiento de desasosiego que lo invadía, el dolor que laceraba su alma.

Estaba convencido de que pronto moriría de pena, si tal cosa era posible.

Ellos dieron un paso hacia delante, como si fueran a saludarlos. Calvin se giró y se marchó antes de que lo hicieran. No confiaba en sus acciones si los tenía cerca. Él se había alejado para que ella fuera feliz, y ahora no tenía ningún derecho a intervenir en su futuro. Había renunciado a él cuando también renunció a su alma.

—¿A dónde vas? —preguntó Clifton mientras intentaba alcanzarlo.

Calvin no se vio capaz de responder sin improperios, así que guardó silencio y siguió caminando. Si había tenido la mínima esperanza de que el barón lo dejase solo con su evidente mal humor y falta de respuesta, esta se esfumó a los segundos. Anthony, con sus largas zancadas, lo alcanzó con rapidez. Caminó a su lado con desenfado, como si fuera ajeno a la tormenta interior del amigo.

Calvin quiso estrangularlo.

—Yo opino que hacen una buena pareja. Es un buen hombre, este sir Henry. Lo hemos investigado. Espero que todo concluya de forma satisfactoria. ¿Tú no?

De nuevo, solo recibió silencio.

—Eso fue, al menos, lo que me diste a entender cuando la dejaste a nuestro cuidado —continuó con ligereza—. Emerald ha hecho un buen trabajo, aunque no fue tan difícil. La señorita Evans es una dama encantadora. Los que no se den cuenta de ello son muy tontos.

Calvin estuvo de acuerdo, aunque no lo mencionó en voz alta. Apresuró el paso con la esperanza de librarse de la fastidiosa compañía, pero el barón no tenía la menor intención de dejarlo solo con su martirio.

—Sir Henry no tiene título, pero sí una buena posición económica, por lo que no debemos temer que vaya tras el dinero que ha heredado la señorita Evans —prosiguió el barón, conteniendo una sonrisa ante la expresión de Calvin, que se hacía cada vez más ceñuda—. Ojalá todo termine como esperamos. ¿No es eso lo que quieres? —preguntó de nuevo con inocencia.

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que pretendes? —exclamó, ya perdida la paciencia.

Anthony se sobresaltó ante su intensidad.

—Solo acotaba la ventajosa unión...

—¡Ya la has dejado clara! —espetó con un tono alto que satisfizo a los curiosos. Lamentablemente, a esas alturas no le interesaba—. No olvidéis

mandarme la invitación a la boda —rugió con sarcasmo, y siguió su camino.

Esta vez el barón tuvo el sentido común de no seguirlo. Sonrió y le guiñó un ojo a su esposa, que estaba a unos metros más allá, sirviendo de disimulada carabina a la pareja.

A Iris le costó recuperarse del claro desprecio que les había hecho William. Por supuesto, sir Henry sacó sus propias conclusiones. Al principio intentó reconfortarla, pero al ver que el semblante de ella no variaba, optó desviar el tema. Ella se lo agradeció, aunque el día se volvió muy gris luego de ese encuentro.

Eso no iba a funcionar. Estaba claro que le había molestado verla con otro, pero eso no lo haría cambiar de opinión. No había un hombre más terco que William.

Se lo comentó a la baronesa con la esperanza de que dejaran esa farsa, pero ella solo se frotó las manos con una sonrisa de anticipación. Pidió paciencia y aseguró que todo saldría bien.

Ojalá fuera ella tan optimista.

Capítulo 24

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Calvin, mirando la tarjeta de invitación como si se tratara de una víbora que en cualquier momento saltaría para morderlo.

—Es una invitación para la fiesta que está organizando mi esposa.

—¿Y me la traes porque...?

—Mi esposa quiere que vayas —respondió con sencillez. Mientras, se recostaba en el mullido sillón del despacho de El Club del Placer—. Te haría bien.

Observó a su amigo y su rostro se tiñó de preocupación. Habían pasado dos semanas más desde su última conversación y el aspecto de Calvin no había mejorado en lo absoluto. Las ojeras eran más grandes y su cuerpo se veía más delgado por la pérdida de peso. El trabajo excesivo lo estaba consumiendo y tarde o temprano acabaría con él.

Era la hora de actuar, antes de que se desmoronara por completo.

—No entiendo cómo me haría bien pisar ese nido de víboras de nuevo —espetó con dureza. Su vista estaba fija en los papeles, aunque no estaba concentrado en ellos—. Primero muerto.

—Anunciaremos el compromiso de la señorita Evans. Creí que querrías estar allí —comentó con malicia.

Calvin contuvo el impulso de arrugar las hojas. Le lanzó una mirada helada al barón, que no se mostró en absoluto intimidado.

—Dijiste que te enviáramos la invitación a la boda —prosiguió—. Supusimos que esta también te interesaría.

No por primera vez, Calvin se preguntó qué tramaban los barones. Clifton sabía perfectamente que no le interesaba, y que escuchar el tema lo hacía rabiar. ¿Era eso? ¿Querían ponerlo celoso? ¡Lo conseguían, vaya! Eso no significaba, sin embargo, que fuera a ceder. Él no podía ofrecerle nada, no podría hacerla feliz.

Calvin se preguntó cómo estaría ella, si al fin se habría dado cuenta de que lo mejor era alejarse de él. Si había aceptado la propuesta del baronet, debía ser porque había llegado a sentir por él un afecto fuerte. No era de las

mujeres que aceptaban fácilmente un matrimonio de conveniencia, aunque eso fuera lo que necesitaran.

La posibilidad de que ella lo estuviera olvidando le corroía el alma. Una parte de sí le decía que era lo mejor, y la otra lloraba por la pérdida. Esa parte egoísta se negaba a dejar ir su cariño, porque él sería incapaz de desaparecer el suyo.

—¿Cómo está ella? —preguntó casi en contra de su voluntad.

—Como una novia. Feliz —adujo el barón, fingiendo no entender la pregunta. Sintió remordimiento al ver el dolor reflejado en los ojos del hombre, pero se obligó a seguir con el plan—. ¿Vendrás, entonces?

Calvin no contestó y lo despidió con un gruñido. Una vez estuvo solo, lanzó todos los papeles al suelo en un estado de rabia absoluta.

Era un maldito egoísta. Su intención siempre había sido que ella fuera feliz, cosa que nunca sería con él, y ahora que lo conseguía no podía siquiera tolerar la idea. Imaginarla sonriéndole a otro como lo hacía con él. Pensar en que daba su cariño, su pasión, a alguien más.

No podía soportarlo. Simplemente *no podría*. Quería morir en ese mismo momento para liberarse de ese dolor. Morir y nacer de nuevo como alguien que sí la mereciera.

Él se dejó caer en el suelo en un estado absoluto de indefensión. Si alguien lo viera, jamás lo reconocería. El hombre duro, sin sentimientos, estaba tan destrozado... El dolor ni siquiera podía mantenerlo de pie. Observó la invitación y se imaginó a la pareja haciendo el anuncio. Luego formó una imagen de la boda y eso pudo con su autocontrol.

No podía, no podía tolerarlo. Quizás si ella se hubiera casado en esos diez años, lo habría podido soportar, pero no ahora; no cuando la había vuelto a encontrar, cuando la había vuelto a besar. Sus sentimientos renacieron de nuevo ante la Iris madura pero igual de dulce y compasiva que la de antaño. Igual de determinada y fuerte. Se había enamorado otra vez de ella, esta vez de una forma irremediable.

No podía dejarla ir.

Y que Dios se apiadase de su alma por el pecado que iba a cometer.

***

Iris observó su reflejo en el espejo y no se reconoció a sí misma. Llevaba uno de los últimos vestidos que había comprado, morado, de escote redondo y hombros descubiertos. El dobladillo y el encaje eran blancos, y unas flores de igual color habían sido bordadas sobre el escote con el fin de atraer la atención hacia él. Su cabello había sido recogido por la doncella de lady Clifton en un rodete elegante con varios rizos adornando su cara y unas violetas colocadas estratégicamente.

Nunca se había visto a sí misma tan bonita, y, aun así, estaba demasiado nerviosa.

Eso no funcionaría. Sabía que todo ese plan era absurdo. Podría ser que William no fuera. Sin embargo, solo la posibilidad de pensar que sí, la ponía a temblar.

¿Qué haría? ¿Evitaría que se diera el anuncio, o solo miraría resignado? Si hacía lo último, ¿qué haría ella? Anunciar el compromiso sería una medida extrema, pues romperlo posteriormente acabaría con su reputación y dejaría dañada la de sir Henry. La baronesa había asegurado que no llegarían a esos extremos, pero Iris no se fiaba de nada. ¿Qué sucedería si no hacía nada? No podrían anunciar el compromiso, y él sabría que todo había sido una farsa.

Inspiró para tranquilizarse. Lo más probable era que él no fuera y ella se estuviera torturando como una tonta.

No quiso pensar mucho en que sucedería si él no iba. Las ideas no eran muy buenas.

La música había empezado a sonar. Significaba que ya estaban llegando los invitados.

Era hora de bajar.

Un sonido interrumpió su ida hacia la salida. Se quedó quieta, esperando algo que le confirmara que no se lo había imaginado.

Sonó de nuevo. Estaban golpeando algo.

Un cristal.

Por instinto, se giró hacia la ventana, esta vez para ver como una pequeña piedra pegaba a la puertaventana que daba al balcón.

Con recelo, se acercó, la abrió y salió para ver quién era el bromista que golpeaba su ventana.

El cuerpo se le paralizó cuando reconoció la figura alta bajo su balcón. Estaba desarreglado, con el nudo de la corbata suelto, sin frac y una

expresión de pesar que se distinguiría a muchos metros. Sin duda, no se había arreglado para la fiesta.

Entonces ¿qué planearía?

—«Pero ¿qué luz se deja ver allí?» —dijo con voz pastosa. Iris intentó determinar si estaba borracho o solo era pena lo que inundaba su tono—. «¿Es el sol que sale ya por los balcones de levante? Sal, hermoso sol, y mata de envidia con tus rayos a la luna, que está pálida y ojerosa porque vence tu hermosura cualquier ninfa de tu coro. Por esa razón viste de color amarillo. ¡Qué terco es quien se arree con sus galas marchitas! ¡Es mi vida, es amor el que aparece!».

Iris se quedó muda. Ahogó un jadeo cuando reconoció el texto, y a la vez rememoró una escena similar, hacía años, cuando apenas se estaban conociendo y él se paraba bajo su ventana, tirando piedras para llamar su atención.

Recitó ese verso el día que le dijo que la amaba.

—William —susurró.

No pudo decir más.

—Oh, pequeña Iris, el dolor me carcome demasiado para recordar más versos similares —continuó con pesar—. Solo puedo decir que heme aquí en contra de mi voluntad, con la vaga esperanza de que el recuerdo de ese verso te haga rememorar tiempos mejores, tiempos eternos. Me han dicho que te comprometerás hoy, y aunque quise atarme para no venir, al final ha ganado mi cruel egoísmo.

—¿Egoísmo, dices? —preguntó.

Una leve esperanza creció dentro de ella, pero no quiso dejarse llevar.

—¿Por qué otro motivo estaría aquí, cuando tenía la firma determinación de dejarte ir? No pude soportar la idea, simplemente no puedo imaginarte dándole tu amor a otro. Me volveré loco. Moriré antes de un mes.

Sus movimientos y expresiones le dieron a entender que estaba un poco ebrio, aunque no lo suficiente para no mantener una conversación estable.

—Aguarda un momento. Bajaré —le dijo.

Era peligroso que siguieran esa conversación allí. Con toda probabilidad, alguien los vería pronto.

Salió de la habitación y se apresuró a bajar al jardín por la puerta de servicio. Se topó con varios criados a su paso. Por fortuna, estaban demasiado ajetreados para cuestionar algo.

Salió al jardín y se detuvo a unos metros de él, paralizada ante la visión de un hombre que, si no hubiera conocido tan bien, se le haría desconocido.

Los farolillos que habían colocado estratégicamente para iluminar el jardín, junto con la escasa luz de la luna menguante, iluminaban el rostro de un hombre acabado, con el dolor tan grabado en sus facciones que era imposible no estremecerse. Tenía ojeras pronunciadas, el cabello despeinado y aparentaba diez años más de los que tenía.

No pudo entender qué habría obrado tal cambio en él.

Se acercó con cautela, temiendo que todo fuera una ilusión y que el hombre que estaba frente a ella, si es que había uno, no fuera su William sino un absoluto desconocido que vagaba por ahí buscando la forma de mitigar su pesar.

—William —susurró.

—Iris —musitó.

No estaba borracho, se dio cuenta Iris. Lo que había percibido antes no era más que una profunda melancolía que debía pesar en su cuerpo hasta el punto de hacerlo arrastrar las palabras, de moverse con torpeza. Iris había experimentado esa clase de dolor, el que impedía el movimiento y solo tentaba a olvidar la prudencia y llorar en paz las penas con la esperanza de que el llanto expulsara el dolor. Contener esas ganas, que no eran más que una reacción de supervivencia en el cuerpo, requerían el mismo esfuerzo que caminar con una herida de bala en el pecho.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con tono suave. Se acercó y colocó una mano en su mejilla raposa, con una barba de algunos días—. ¿Tan rápido se te ha olvidado la vestimenta adecuada para un baile?

Él no reaccionó a la burla. Tomó su mano y la apretó contra la mejilla, intentando mantenerla ahí por siempre, brindándole el ansiado consuelo. Cerró los ojos un momento y disfrutó del contacto como un hombre necesitado de esa muestra de cariño.

—No te puedes comprometer con ese señor —susurró, aún con los ojos cerrados y su mano sobre la de ella—. No lo permitiré.

—Fuiste tú quien dijo que debía buscar a alguien de mi clase —acotó ella, controlando su voz a pesar de que su corazón latía desbocado.

El plan estaba funcionando. Apenas lo podía creer.

—¿No sabes que es más fácil decir las cosas que hacerlas? —espetó, ya con los ojos abiertos. La miraba con determinación—. No te casarás con él.

—¿Qué piensas hacer para evitarlo? —preguntó con suavidad, aunque su voz delató cierto temblor.

Él consideró un momento la respuesta. Lo cierto era que no había ideado ningún plan cuando había ido allí. Solo se había dejado guiar por el sentimiento de opresión que sintió imaginándola con otro hombre. Su instinto primitivo había tomado el mando, llevándolo hasta el lugar para reclamar lo que creía suyo. No sabía qué iba a hacer ni qué palabras decir. Solo quería verla y saber que aún tenía una oportunidad, a pesar de que la parte racional que aún intentaba funcionar se lo quería impedir.

Lamentablemente, pudo más su lado egoísta, por lo que no se sorprendió cuando dijo:

—Te voy a raptar.

Iris no tuvo tiempo siquiera de procesar la absurda afirmación. Al momento sintió los fuertes brazos ciñéndose a su cintura y apretándola contra el musculoso cuerpo. A los segundos, sus pies ya no tocaban el suelo, y una mano se posaba bajo sus rodillas para asegurarla.

—William —musitó, alarmada por el escándalo que se podía formar si alguien los veía—. Bájame, esto no es necesario.

Él no le hizo caso, e Iris no pudo reunir pánico suficiente para seguir protestando. ¿Cómo podía estar asustada, si eso era lo que había querido desde un principio? Además, él no le haría daño. Por otro lado, una parte de ella se regocijaba por el éxito del inesperado plan, y la expectativa de lo que sucedería hacía que su cuerpo temblar.

¿Sería que por fin todo terminaría bien?

—No te haré daño, pequeña Iris. Nunca lo haría —susurró en su oído. Se echó un poco para atrás para mirarla a los ojos—. No me digas, por favor, que has perdido incluso tu fe en mí.

El dolor que vio reflejado en sus ojos la conmovió.

No pudo mentirle.

—No, eso jamás —dijo, y se volvió a recostar contra su pecho en una muestra de confianza, ya sin importarle si alguien los veía o no. No quería pensar en eso en ese momento, no quería pensar en nada que no fuera la agradable sensación de estar por fin juntos, sin ninguna barrera por parte de alguno de ellos.

De alguna manera, él la sacó de la mansión y la llevó hasta un carruaje que esperaba en la parte de atrás de la edificación. Una vez la hubo

instalado en los mullidos sillones de terciopelo, le indicó una dirección al cochero y se unió a ella.

Por varios instantes, solo la miró sin decir palabra. Ella trató de descifrar qué era lo que pensaba, pero su rostro era inescrutable. Intentar averiguar qué pasaba por su mente era como intentar leer un libro en un idioma que desconocía.

Pasaron todo el viaje en silencio. Ella pudo discernir que se dirigían a El Club del Placer por la dirección que tomaron, y lo confirmó cuando el carruaje se detuvo en el mismo lugar que la vez anterior.

Él la ayudó a bajar y la guio por el establecimiento, también sin decir palabra.

Iris vio con curiosidad como se introducían por un pasadizo bajo las escaleras. A lo lejos se escuchaban ruidos y voces. Supuso que el club estaba lleno y no quería que nadie la viera. Al final del pasadizo, terminaron en la misma habitación de la última vez; aquella que le había dejado tan buenos recuerdos.

—¿Piensas decirme qué vas a hacer conmigo? —le preguntó al ver que él solo la observaba como si fuera algo extraño que le habían regalado y no supiera qué hacer con él.

—¿Estás enamorada de ese hombre?

Ella tardó un momento en entender la pregunta tan fuera de contexto.

—Sir Henry es un gran hombre —musitó, no muy segura de lo que debía decir. No era buena para hacer ese tipo de artimañas de provocar celos, o cosas así. Al final se dijo que él no se lo merecía, no cuando sus ojos brillaron con tanta melancolía ante su respuesta—, pero no habría venido contigo de haberme enamorado de él. Lamentablemente para mí, es bastante difícil cambiar un amor de diez años por otro en tres semanas.

Él no dijo nada por varios segundos, e Iris empezó a impacientarse.

¿De qué iba todo eso? ¿Qué planearía?

—Soy un imbécil egoísta —murmuró él al final. Parecía de verdad acongojado por ese hecho—. No puedo verte queriendo a otro, no puedo imaginarte casada con otro, y aunque soy lo peor que te pueda suceder, no puedo dejarte ir. La idea me carcome, me mata. No puedo dejarte. No de nuevo.

—No tienes que dejarme —replicó con dulzura—, y no eres lo peor que me podría suceder. En realidad, creo que eso ya pasó. Estuve a punto de ser

colgada por asesina. Dudo que algo pueda superarlo.

Su intento de infundir humor para disipar la tensión no funcionó. Él seguía mirándola con una mezcla de emociones que no entendía.

—Te amo tanto —musitó al final, y a ella se le encogió el corazón—. Sin duda este debe ser mi castigo. Amarte hasta la locura y no poder tenerte. Solo que ya me he cansado de ser castigado, no puedo soportarlo más. Tengo que tenerte. Déjame tenerte, Iris. No quiero que nadie más te tenga.

Se acercó a ella y, en menos de un segundo, sus labios se habían unido de nuevo. Un beso suave, tierno, que expresaba el amor tan intenso que era imposible de descifrar con palabras.

Iris se sostuvo a él cuando las piernas le empezaron a temblar. No era necesaria la intensidad para hacerla caer; solo necesitaba su contacto.

—Los barones de Clifton se preocuparán —dijo antes de que cayera por completo en la inconsciencia.

—Les he dejado un aviso —respondió él, trasladando la boca a la dulzura de su cuello. Cuando tocó ese punto sensible entre la garganta, ella gimió—. Oh, pequeña Iris —susurró mientras sus manos viajaban frenéticas por su pecho, su espalda y su trasero—. Me iré al infierno por esto, sin duda, pero te quiero tanto... No puedo vivir sin ti. Eres mi alimento, el agua que necesito para estar vivo. Sin ti me secaré y moriré. No me dejes, Iris. No me dejes.

Iris supo que debería haberle preguntado cuáles eran sus intenciones, si se casaría con ella, pero no tuvo oportunidad. Era tan delicioso sentir su cuerpo, y tan exquisito escuchar las palabras de amor y la poesía que le susurraba en su oído mientras la iba desnudando... No podía resistirse. No quería hacerlo.

Hablarían luego, pero ahora disfrutaría de la entrega pasional de sus cuerpos, que representaban el amor puro de sus almas. Un amor que por fin parecía encontrarse sin trabas, ni excusas.

Fue una entrega única y maravillosa, e Iris tuvo la certeza de que así sería de ahí en adelante.

Capítulo 25

Calvin aún no podía creer el rumbo que habían tomado sus acciones.

Observó el cuerpo de la mujer que se acurrucaba a su lado y se dijo que, en realidad, no podría haber sido de otra manera. No podía soportar imaginársela con otro, era inconcebible. Era suya, siempre lo había sido y ahora lo sería para siempre, aunque la sensación de sentirse un bastardo egoísta tardaría en desaparecer.

Él debería haber dejado que ella siguiera su vida, que se casara con un hombre que le diera un apellido respetable. Sin embargo, acaba de hacer el amor con ella porque una necesidad primitiva lo instaba a marcarla como suya. La amaba demasiado para dejarla ir, y ¿desde cuándo se caracterizaba él por ser una persona bondadosa? Alejarla casi acabó con él hacía diez años. Si lo hacía ahora, terminaría con el trabajo.

Iris abrió los ojos. Su cuerpo se estiró como el de un gato y su piel desnuda se frotó contra la de él.

Calvin sintió una punzada de excitación ante el roce de los senos contra su pecho velludo.

—Buenos días —susurró ella con un bostezo, antes de recostar su cabeza en su pecho.

Quería asegurarse de que no era un sueño, de que todo lo que había pasado la noche anterior había sido real.

—Buenos días —respondió él, acariciando su cabello.

Iris cerró los ojos como si así pudiera detener el tiempo. Una parte de ella todavía sentía miedo de que él dijera que se separarían, que todo había sido un error. No estaba segura de poder aguantarlo.

Se sintió más segura cuando él la rodeo con su brazo y empezó a acariciar su espalda.

—Pequeña Iris —murmuró—. Lamento no tener el valor para dejarte ir.

Ella abrió los ojos y alzó la cabeza para mirarlo.

—Yo no.

Él sonrió.

—No puedo imaginarte con otro. Eres mía, y no te dejaré ir. Quiero que todo el mundo lo sepa.

—¿Eso significa...? —preguntó con voz ahogada.

Oh, Dios. *Oh, Dios.*

—Que quiero que te cases conmigo —respondió él—. No se cómo lo haremos para que esto resulte lo menos inconveniente posible, pero te amo lo suficiente para intentarlo. Eres mi luz, Iris. Si te vas de mi lado, mi vida quedará tan oscura que me perderé y moriré. Sálvame, cásate conmigo. Únete a este desgraciado que solo te ha causado desdichas, pero que quiere recuperar el tiempo perdido. Cásate con este egoísta que no podrá concebir una vida sin ti, aunque solo sea porque tu gran misericordia te insta a salvarlo. Pequeña Iris, ¿aceptas ser mi esposa?

Iris se incorporó para mirarlo. El escozor de las lágrimas rondaba sus ojos, aunque por primera vez en años, eran lágrimas de dicha pura.

Que no fuera un sueño, por favor, que no lo fuera.

—Llevo diez años esperando esas palabras —dijo con voz ahogada—. Diez años recreando la escena en mi mente, imaginando una vida juntos. Dios, diez años soñando cada noche con esto. ¿Acaso podría siquiera pensar en negarme? —sollozó—. Acepto, claro que acepto.

Él la besó con creciente intensidad, sintiendo como algo extraño le oprimía el pecho.

Dicha, alegría, paz.

Después de años, se sentía en paz.

Calvin se situó sobre ella, que lo rodeó con sus brazos dándole la bienvenida. Sin embargo, antes de que pudiera hacer más, un golpe en la puerta los interrumpió.

Calvin masculló una maldición. Ya le parecía extraño que alguien no fuera a interrumpir su momento de placer.

—¿Señor? —dijo la voz del señor Rotgan—. Disculpe, pero abajo hay un hombre que insiste en hablar con usted. Le he dicho que aquí no había ningún señor Blake, pero no me cree.

Calvin arrugó el entrecejo. Pocos sabían que podían encontrarlo en ese lugar.

—¿Quién es?

—Se ha presentado como su excelencia el duque de Claren.

William estuvo a punto de responder que lo mandara al demonio, hasta que recordó el incidente de hacía unas semanas. El hombre que lo había perseguido dijo que iba de parte de un duque.

¿Sería posible?

No podía haber otra opción.

—Bajo en un momento. —Fue todo lo que respondió.

—Está bien, señor Blake.

El tono del señor Rotgan sonó aliviado. No le habría agradado la idea de mandar a un duque al demonio si así se lo hubieran ordenado.

Calvin miró a Iris, que también arrugaba el entrecejo.

—¿Lo conoces? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—¿Entonces por qué has decidido recibirlo?

—Creo que tiene la respuesta a un asunto que me inquieta —respondió, evasivo, a la vez que se quitaba de encima de ella—. Espérame aquí, amor. No tardaré.

Iris observó cómo se vestía, sin poner mucho reparo en su apariencia. Solo se colocó el pantalón, la camisa arrugada y el chaleco. Era una falta clara de respeto hacia el duque que se presentara en tal estado de desarreglo, y William lo sabía. No le importó, por supuesto, e Iris no se molestó en acotarlo porque a ella tampoco le importaba. Sentía, sin embargo, una poco sana curiosidad sobre los motivos por los que tal personaje visitaría a William, sobre todo porque él le había asegurado que casi nadie conocía su identidad como dueño del club.

Confiaba en que él se lo dijera cuando todo acabara.

Iris lo observó salir y decidió levantarse también. Tal vez pudiera dar una vuelta por el club otra vez para detallarlo mejor hasta que William regresara para desayunar juntos.

Miró el vestido desparramado en el suelo y supo que sería imposible ponérselo sola, así que tocó a la campanilla con la esperanza de que fuera una criada la que atendiera su llamado.

Así fue, e Iris le pidió, con cierta vergüenza, que la asistiera. Sabía que todos en el servicio pronto empezarían a murmurar, pero no le dio mayor importancia. No se arrepentía de lo que había hecho. Al contrario. Sentía una paz y una alegría interior que no había sentido en años. Su alma

rebosaba optimismo ante el futuro, y ¿cómo no?, si por fin se había cumplido su sueño.

Él se casaría con ella, por fin serían felices juntos.

No era tan ingenua como para pensar que las cosas serían fáciles de ahí en adelante, y le preocupaba un tanto el futuro de Liliam si se descubría que su hermana se había casado con un hijo ilegítimo. No obstante, eso no bastó para hacerla decaer. A Liliam no le gustaría ser la causa de la infelicidad de su hermana, y ahora que Iris había comprobado la dicha plena de un amor correspondido, no pensaba dejarla ir.

Nunca más.

***

Calvin entró en el pequeño estudio donde recibía a sus amistades más cercanas y observó al inoportuno invitado.

Estaba observando con desgana un cuadro colgado en la pared. Desde ese ángulo solo podía ver parcialmente su rostro, que lo identificaba como un hombre que debía rondar los sesenta. Era alto, delgado, pero su porte inspiraba toda la arrogancia característica de su posición: espalda recta, hombros cuadrados, un rictus severo en los labios y ojos entrecerrados que miraban alrededor como si no hubiera nada importante que mereciera su atención.

Calvin volvió su semblante inexpresivo, no dispuesto a revelar nada hasta que este diera el motivo de su visita. Carraspeó para llamar su atención.

Su fiera determinación se hizo añicos en el momento en que se giró y observó su rostro completo. El pulso se le aceleró, sus brazos comenzaron a temblar y la sorpresa se asomó de forma inevitable a su rostro, pues el hombre que tenía frente a sí era una copia envejecida de él mismo.

Al menos pudo decir en su favor que el inescrutable duque también perdió por un momento su inexpresividad. El color de su rostro bajó un tono y sus ojos perdieron el desdén de hacía un momento.

Ambos se miraron como si quisieran comprobar que no estaban alucinando, y el ambiente adquirió tal tensión que era imposible hasta respirar. Los músculos de Calvin se tensaron, su respiración se aceleró. Era

difícil explicar lo que pasaba por su mente en ese momento, teorías y teorías que no eran nada buenas.

Por un efímero instante, quiso actuar como un cobarde y huir. Quería negarse a escuchar lo que fuera que aquel extraño diría, porque sabía que no le iba a agradar. Tenía el presentimiento de que iba a cambiar muchas cosas.

No estuvo muy seguro de por qué no siguió ese instinto primitivo de seguridad, quizás porque sabía que solo atrasaría lo inevitable. Así pues, cerró los ojos un segundo para calmarse y, cuando los abrió, había en su mirada una frialdad difícil de adquirir si no hubiera guardado rencor y odio por varios años.

—¿Quién es usted, y qué hace aquí? —cuestionó con voz firme, aun sabiendo que de las respuestas dependería su cordura.

El hombre también se recuperó con bastante rapidez, y, para frustración de Calvin, no respondió de inmediato.

—¿Me puedo sentar? —preguntó con amabilidad, señalando el sillón frente al escritorio.

«Se puede ir para el carajo», quiso espetarle.

Contenerse y asentir fue un verdadero acto de paciencia.

Era sorprendente cómo podía pasar de estar tan buen humor luego de una noche maravillosa a rabiar y querer golpear a alguien, muy preferiblemente al sujeto frente a sí, pues, aunque no había dicho hasta el momento ninguna palabra que pudiera generar su odio, el instinto ya había desarrollado apatía hacia su persona.

Era un presentimiento.

A él nunca le fallaban los presentimientos.

El hombre se sentó con una calma que no podía, de ninguna manera, delatar su verdadero nerviosismo.

Calvin también tomó asiento frente a él, observándolo con una intensidad que hubiera hecho hablar a alguien más débil. El duque, en cambio, mantuvo su aire imperturbable y lo observó de vuelta, ahora con más curiosidad que asombro.

Calvin estaba perdiendo la paciencia.

—¿Acaso es usted mudo, o no ha entendido mis preguntas? —preguntó sin poder contenerse. Él estaba que explotaba por motivos desconocidos, y el hombre mantenía una calma formidable. En otra ocasión jamás hubiera

reaccionado de una manera que dejara entrever sus debilidades, pero en ese momento simplemente no podía evitarlo.

—¿No le han enseñado que ese no es el trato adecuado hacia alguien de mi posición?

Calvin compuso una expresión burlona.

—Mis disculpas, su excelencia. ¿Cómo he podido olvidar, siquiera por un momento, que alguien de mi posición no es digno ni de pulir sus botas? Por favor, perdone mi grosería y tómese todo el tiempo que desee para formular las respuestas a mis complejas preguntas. Si lo desea, buscaré un poco de licor, si eso lo ayuda, aunque creo que es muy temprano aún. Espero que disculpe el insulto que le he profesado a usted, que es un dechado de corrección y buenas normas. No sé ni cómo he llegado a la conclusión de que fue el que mandó hombres a seguirme hace varios días.

Si sintió alguna vergüenza por haber sido descubierto, no la mostró. Tampoco pareció molesto por el sarcasmo tan puro de las palabras de Calvin. Lo miró con simple curiosidad.

—Fue una sorpresa enterarme de que eras el dueño de este club —comentó con desenfado.

Calvin intentó no mostrar la sorpresa que le causó que de pronto empezara a tratarlo con tal informalidad. Tampoco quiso darle importancia a la sospecha de haber escuchado cierta admiración oculta en su tono.

—No veo a qué viene eso al caso, pero sí, es mi club, soy el dueño y señor aquí, y si no me dice de inmediato quién es usted y a qué ha venido, lo mandaré echar sin contemplaciones. Me importa un carajo su título o posición.

El hombre ni pestañeó. Lo miró por varios segundos más en silencio, y, al final, soltó un suspiro cansado, como si lo hubiera contenido demasiado tiempo.

—Soy el duque de Claren, y he venido porque... —Hizo una pausa para medir las palabras que diría a continuación— tengo la sospecha de que tú eres mi hijo.

Capítulo 26

Calvin se encontró paralizado, incapaz de responder, a pesar de que se había estado preparando para una sorpresa similar. Después de todo, tenía ante sí a un hombre que se asemejaba demasiado a él y que tenía edad suficiente para ser aquel maldito que lo engendró.

No podía ser casualidad. No tenía tanta suerte.

Observó como por fin el duque dejaba entrever cierta incomodidad en su semblante. Tenía los hombros tensos y sus dedos tamborileaban con nerviosismo sobre la madera. Eran las únicas señales de que no estaba tan calmo como aparentaba.

Miles de preguntas le vinieron a la cabeza, como por qué ahora lo buscaba, qué hacía allí, qué quería de él. Hubiera sido lógico formular todas ellas, pero el pensamiento lógico no era una habilidad que se presentara con frecuencia cuando tenía tantas emociones bullendo en el cuerpo: ira, dolor, desconcierto, ganas de gritar.

—Lárguese de aquí —fue lo único que dijo. No podía decir más ni respondería de sus acciones si él se quedaba— y no regrese. Me encargaré de que no lo dejen pasar.

El duque suspiró. Era un comportamiento que se había esperado, aunque había tenido la vaga esperanza de poder llevar una conversación madura. Al menos, creyó que haría preguntas y podría defenderse con ellas. Que se le negase el derecho absoluto de palabra no estaba entre sus planes trazados, y al duque de Claren no le gustaba que le desbarataran sus planes.

—¿No te interesa saber los motivos por los que te he buscado?

—No —respondió, tajante—. Váyase. Si no me buscó en treinta y cinco años, no veo por qué deben importarme los motivos por lo que lo hace ahora.

—Es difícil buscar algo que no sabes que existe, ¿no crees?

Calvin no quiso preguntar. Se negó a hacerlo. No podía caer en su juego, no quería permitirse sentir por ese hombre algo más que rabia. Por su culpa, su madre había sido miserable, y él era lo que era ahora. Habría sido mejor que hubiera controlado su libido y jamás lo hubiese traído al mundo.

—Lo repetiré una última vez: váyase o lo mandaré sacar.

—Sé que esta es una situación difícil de digerir. Lo fue para mí, pero...

—¡Maldita sea! ¡Márchese de una vez! —gritó con furia, a la vez que se levantaba con tanta fuerza que la silla se tambaleó.

El cuerpo le temblaba, aunque era difícil discernir si de rabia o de la incapacidad de contener los sentimientos que lo embargaban. Tenía el presentimiento de que se desmoronaría si ese hombre no se largaba, y estaba dispuesto a llegar a los golpes para conseguirlo.

Su padre.

¿Qué era eso? Él no tenía padre. Él era un bastardo, una víctima de un hombre que vio divertido enredarse con una doncella para luego dejarla a su suerte. Que lo aspasen si se permitía creer solo por un momento que el hombre venía con buenas intenciones.

Cuando el duque no se movió, Calvin rodeó el escritorio y lo levantó tomándolo por la solapas. La ira más pura brillaba en sus ojos, una furia que solo intentaba amurallar el dolorido corazón que estaba a punto de sucumbir ante el dolor. Quiso golpear ese rostro tan parecido al suyo, como si así pudiera hacerlo desaparecer, y regresar a hacía una hora, cuando estaba feliz en los brazos de Iris.

—William, no —susurró una voz suave, capaz de leer sus pensamientos.

Por un momento, creyó que la había imaginado, pero cuando pudo salir del estupor para mirarla, ella estaba allí, cerca de la chimenea. Posiblemente había salido de uno de los pasadizos secretos.

Tal vez lo había escuchado todo.

¡Maldita mujer desobediente! ¡Maldita fuera por hacerle frenar sus impulsos!

Casi sin darse cuenta, había dejado caer al duque, quien se arregló la corbata con movimientos desentendidos, como si no hubiera estado a punto de recibir una paliza de su propio hijo.

Iris se acercó a Calvin, y este lo agradeció. Su presencia le transmitía cierta paz, y mitigaba su deseo de golpear algo. Era como un bálsamo que calmaba un dolor lacerante, aunque en ese caso necesitaría demasiada medicina para reducir la presión que sentía en su pecho.

El duque miró a Iris con poca disimulada curiosidad. Calvin quiso golpearlo solo por poner los ojos en ella. Sabría Dios lo que estaría

pensando. No podía imaginar que un hombre que se metía con las doncellas de su casa tuviera buenas intenciones con cualquier otra mujer.

Se puso frente a ella en un gesto protector, y ella tomó su mano en uno de apoyo.

—La señorita Evans, ¿no es así? —preguntó con tranquilidad—. He escuchado hablar de usted.

—Me he vuelto popular en las últimas semanas, excelencia.

—Qué sorpresa encontrarla aquí.

No había lugar a dudas de las insinuaciones de la afirmación. ¿Qué más podía pensar alguien externo al ver a una señorita soltera en un club de juego por la mañana? Iris no lo culpaba, y tampoco le interesaba qué pensara de ella. William, por otra parte, no pareció pensar igual que ella.

—No le recomendaría, Claren, decir una palabra sobre ella si tiene intención de vivir.

—Mi intención no es juzgar a nadie. Solo he venido a aclarar esta situación.

—No hay nada que aclarar para mí —espetó Calvin—. Sé cuál es la historia, y si aprecia su vida no me la recordará.

—¿No tiene un viejo derecho a defenderse? —dijo el hombre, ya con un tono más cansado.

Iris sintió compasión por él. Se veía bastante mal, con la pena y un deseo grande de liberar una carga pesada reflejados en el rostro. William no se inmutó ante la desdicha del hombre. Su rostro estaba tallado en piedra.

—Quizás deberías escucharlo —sugirió Iris en un susurro, cerca de su oído—. No pierdes nada. No es bueno vivir siempre con rencor.

Él no respondió de inmediato. Miró al hombre fijamente, intentando discernir qué podría decirle y qué tanto lo afectaría su revelación. El rencor hacia la gente de su clase fue lo que consiguió que progresara, la idea de demostrarle al mundo que incluso un bastardo podía llegar a tener poder. Podría decirse que le debía su éxito a ese hombre, y, por lo menos por eso, le concedería la palabra.

Se giró y se sentó de nuevo tras el escritorio. Fue una silenciosa invitación a hablar.

Iris se colocó detrás de la silla y le rodeó el cuello con los brazos para hacerle saber que estaba allí, con él.

—Tu madre trabajaba para la casa principal de mi familia aquí, en Londres. Era la hija de la cocinera, y vivió allí desde muy joven. No me fijé en ella hasta que se volvió toda una mujer.

—¿Cómo iba a ser de otro modo? —replicó con sarcasmo—. Fue muy difícil para usted resistirse a una joven guapa. Para la gente de poder, los menos afortunados son un blanco fácil para descargar su lujuria.

—No fue así. Me llamó la atención su apariencia, sí, pero me gustó más su forma de ver la vida. Tan optimista. Normalmente la escuchaba tararear una canción por los pasillos si limpiaba, tenía una sonrisa en la cara cuando debía aparentar seriedad. Era esa clase de persona que irradiaba alegría por donde pasaba. Me fue imposible no notarla, más imposible aún no enamorarme de ella cuando era la luz que tanto le faltaba a mi vida.

—Lamento si no puedo concordar con su forma de demostrar amor —espetó con sequedad, sintiendo como la rabia crecía a momentos. Escuchar hablar de cómo era su madre antes de que ese hombre acabara con su vida lo destrozaba.

—Yo la amaba —insistió con veracidad—. Mi pecado fue continuar adelante con nuestra relación sabiendo que no prosperaría. Sabía que no me podía casar con ella, pero tampoco quería dejarla. Yo planeaba...

—¿Hacerla su amante? —sugirió Calvin con sequedad, al ver que el hombre dudaba—. ¿Por qué no lo hizo? Ya no le sirvió cuando salió embarazada, ¿no es verdad?

—Estaba dispuesto a hacerme cargo del niño si eso pasaba —afirmó el hombre con seguridad—. Sabía que era una posibilidad, y les hubiera pagado una casa, le hubiera dado al niño educación para que obtuviera una profesión decente. En caso de ser una niña, me habría asegurado de que en un futuro encontrara un hombre respetable.

—Creo que mi vida ha distado mucho de sus planes, *señor*.

El sarcasmo era en ese momento la única forma de protegerse. No podía bajar las defensas, dejar las acusaciones, porque daría rienda suelta a toda la rabia y rencor acumulados y solo Dios sabría a dónde lo podría llevar eso.

—Yo no sabía que tú venías en camino. Jamás me lo dijo. Ella simplemente desapareció un día y no regresó más. Años más tarde, mi hermana, presa del remordimiento, me confesó que mi padre se había enterado y la echó. Sabía cómo intimidar a las personas, le aseguró que yo no la querría más con un hijo y la amenazó con hacer de su vida un infierno

si seguía conmigo. La busqué cuando me enteré, pero hasta para mí fue imposible dar con ella. No sabía mucho de su familia, ni por dónde comenzar.

—Su vida fue un infierno de todas formas, milord —comentó con acritud. Cada vez se le hacía más complicado mantener una actitud impasible—. Con respecto a buscarla, podría haber comenzado por los burdeles, el único lugar donde una mujer sin referencias y sola puede terminar.

La acusación fue papable, y lo único que salvaba a Calvin del colapso absoluto eran las manos de Iris acariciando sus hombros sobre la tela. Era la presencia divina y salvadora que lo reconfortaba y lo mantenía entre los cuerdos, consiguiendo contener los impulsos de saltar sobre el duque y hacerle pagar todo lo que sufrió su madre por su falta de voluntad.

No creía ni una palabra de lo que decía, no quería hacerlo. Sin embargo, ¿por qué entonces estaba allí?

—Debí haberlo supuesto —dijo con pesar. De verdad parecía afligido—. Comprendo que tal vez no estés muy contento de verme, pero era un joven tonto, manipulable. No tenía motivos para desconfiar de mi familia. Además, no creí que se opusieran, sabían que no me casaría con ella.

La declaración, en lugar de apaciguarlo, lo enardeció más.

¡Por supuesto que no se casaría con ella! Era solo una sirvienta. ¿Casarse con un duque? Imposible. Rompería todas las preciadas reglas. Él no la quería lo suficiente para eso, y se atrevería a decir que quizás su madre no lo hubiera aceptado.

—Creo que conozco ya lo desafortunada que fue la historia —replicó con sarcasmo—. ¿Por qué mejor no me dice qué hace aquí de una vez por todas? No tengo todo el maldito día.

—Me llegó el rumor de que rondaba por los salones de baile un hombre que se parecía mucho a mí. Además, decía ser parte de una rama lejana de mi familia.

Calvin arrugó el entrecejo y maldijo a Anthony. Él fue quien le sugirió que se hiciera pasar por parte de la familia Rednoy, pues era demasiado numerosa para que alguien pudiera comprobar su identidad. No creía que fuera simple coincidencia que ese apellido estuviera ligado al duque. Él debió sospecharlo siempre y nunca le dijo nada. Calvin no podía culparlo. Admitía que no habría reaccionado bien de conocer algo de su progenitor.

No estaba reaccionando bien en ese momento.

—Entonces pensó que podía ser uno de sus hijos bastardos y dijo: «¿Por qué no conocerlo?».

El duque ignoró el sarcasmo en su voz. Comprendía que no era una situación en la que lo recibirían con los brazos abiertos, sobre todo cuando la persona no parecía necesitar de él. Había tenido la absurda esperanza de ganar cierto perdón si se ofrecía a hacerle la vida más fácil. Debió haber supuesto que, siendo hijo suyo y de Nicole, tendría que ser orgulloso.

Tendría que llevar el asunto con más cuidado o desentenderse por completo. No deseaba esto último. Había pasado los últimos veinticinco años pensando en qué habría pasado si hubiera actuado de forma diferente. Si hubiera buscado a Nicole apenas desapareció. Él siempre supo lo que sentía por él, no debió aceptar tan rápido que lo abandonara. En cambio, prefirió creer que no lo quería tanto como decía. En el fondo tuvo miedo de que las cosas se le salieran de control, de quererla demasiado y olvidar sus obligaciones. Aceptó su huida como una señal y no se preocupó por su futuro.

—No tengo más bastardos —aseguró. Nicole había sido su única amante. Le fue fiel a su esposa hasta que enviudó, hacía unos meses—. Y yo solo... quería conocerte. Pensé que tal vez podría...

—¿Comprarme con su dinero? ¿Liberarse así de la culpa? —indagó. Apretaba con tanta fuerza los puños que los nudillos se le pusieron blancos —. Lamento que mi situación le imposibilite limpiar su conciencia. De igual forma, no creo que estuviera muy contento de recibir su ayuda en cualquier caso.

La miraba abatida del hombre estuvo a punto de conmoverlo, pero no pudo romper del todo la coraza de hierro que bordeaba su corazón.

¿Así que el hombre podía llegar, ofrecer su ayuda y sentir que cumplía con el deber que abandonó hacía años? Era un maldito aristócrata, como todos.

—Estás intentando introducirte en la sociedad, quizás yo pueda...

—¡No quiero pertenecer a su maldita sociedad! —exclamó con demasiada rabia acumulada—. Si eso ha sido todo por lo que ha venido, se puede ir, y si lo hace sentir mejor, piense que cumplió con su deber.

Sintió el ligero apretón de Iris sobre su hombro, un suave gesto para reconfortarlo, hacerle saber que no estaba solo.

El duque suspiró con cansancio. Se levantó dispuesto a irse, a sabiendas de que no obtendría nada ese día. Antes de ir hacia la puerta, echó un vistazo a Iris. La observó con suspicacia y recordó toda la información que tenía de ella. No fue difícil: había estado en boca de todos hacía unas semanas por el asunto del asesinato a la dama, y ahora era la víctima que habían querido usar de chivo expiatorio. No sabía cómo había conocido a su hijo, aunque había muchas cosas de este que tampoco conocía.

—Si no quieres pertenecer a la sociedad, ¿por qué empezaste a frecuentarla? —preguntó con cautela—. ¿Es ella el motivo?

El silencio fue toda su respuesta.

El duque recordó lo protector que se había mostrado su hijo con ella y decidió probar con otra técnica.

—Suponiendo que tus intenciones con la dama sean honorables, estaréis en una situación muy compleja. Ella lo estará. Yo podría ayudar a arreglar eso.

Calvin lo odió por haber encontrado su punto débil. Él haría cualquier cosa por Iris, y el duque lo presentía.

No supo cómo responder. Para su sorpresa, fue ella quien habló.

—Estoy segura de que podremos enfrentarnos a lo que sea sin ayuda, milord —dijo con voz suave. Solo Calvin pudo notar la ligera nota afilada en su voz. Estaba de su lado, aunque eso no debería haberlo dudarlo ni por un minuto.

El duque volvió a conformar una expresión abatida al ver que nada funcionaba.

—Sé que esto no es fácil para ti, y para mí tampoco. Yo solo... intento hacerlo lo mejor que puedo. No es una cuestión de tranquilizar mi conciencia, aunque sin duda también lo deseo. Yo solo quería... quiero... intentar un comienzo que nos arrebataron, eso es todo. No soy un santo, tuve mucha culpa, pero tengo derecho a remendar mis errores, ¿no? Por favor, piénsalo. —Dicho eso, se marchó.

Calvin lo observó irse, sintiendo como la opresión de su pecho aumentaba a cada segundo que asimilaba sus palabras.

¿Un nuevo comienzo? En algunos casos era demasiado tarde para eso.

No se percató de que Iris se había puesto enfrente hasta que se sentó en su regazo y lo abrazó: su forma muda de mostrar apoyo, porque sabía que las palabras no ayudarían. Él también la abrazó, a lo mejor con más fuerza

de la necesaria. No era consciente de lo que hacía, solo que necesitaba un pilar donde apoyarse para no derrumbarse.

—Puedes llorar —sugirió ella con suavidad, al sentir como su pecho temblaba por el esfuerzo.

—Te dije que te quedaras en la habitación —replicó él.

Algunas lágrimas ya se habían escapado. No podía enfrentar todo su pasado en un día y esperar salir indemne.

—No parece que esté mintiendo. Se veía muy acongojado —continuó con cautela.

—Es muy tarde para arrepentimientos, ¿no crees?

—Nunca lo es. —Se separó un poco de él para poder mirarlo a los ojos—. Comprendo lo que sientes, y entiendo que no quieras nada de él. Eso lo respeto. No obstante, no es bueno vivir con odio, William. La vida te está dando una oportunidad para dejar ir ese asunto de tu pasado que te carcome. Debería tomarla.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Una conversación con él, más tranquila. Que te explique los detalles.

—¡Conozco los detalles! ¡Maldita sea! Los conozco demasiado bien. No hay mucho que decir. No se podía casar con ella porque no era de su clase. ¡Malditos prejuicios!

—Tu no te querías casar conmigo por esos malditos prejuicios —acotó ella, sin remordimiento por las palabras que estaba a punto de decir—. No eres muy diferente de él.

—No es lo mismo. Yo quería protegerte.

—Tal vez él también quería proteger a tu madre. La sociedad la tomaría contra ella por haber querido escalar tan alto.

—Quería protegerse él —rebatió Calvin.

—Sí —admitió Iris con un suspiro—, pero de igual forma, no podemos juzgar cuando sabemos de primera mano lo que pueden causar los prejuicios. Es el principal motivo por el que un humano comete errores, y, por desgracia, hay algunos que no se pueden remediar. Solo queda arrepentirse por eso.

»Respóndeme algo: ¿me habrías culpado si yo no me hubiera querido casar contigo por ser ilegítimo e inferior?

Calvin guardó silencio un minuto, y esa fue suficiente respuesta.

Maldijo la forma en que la mujer estaba manipulando la situación.

—Vivimos en un mundo manejado por clases sociales —continuó ella con tono suave. Le colocó una mano en la raposa mejilla y se la acarició—, y no todos tienen la valentía de rebelarse. Es una tontería el miedo que sentimos al repudio, pero así son las cosas. Él hizo lo que cualquier otro hubiera hecho, William, e incluso más. Quería mantenerla y mantener a los hijos que tuvieran. El resto de las circunstancias se salieron de sus manos.

»No te pido que lo quieras y lo aceptes, pero al menos libera a tu corazón del rencor y perdónalo. Te hará bien.

William no respondió. Sopesó sus palabras con mucha lentitud.

¿Perdonar? Era una palabra tan fácil de decir, y una de la acciones más difíciles de llevar a cabo. El corazón se solía aferrar al rencor cuando no tenía nada a lo que agarrarse. Él lo había hecho. De pequeño, cuando los otros niños lo llamaban bastardo; de mayor, cuando no podía estar con Iris debido a su clase, se aferró al rencor para mantenerse a flote. Fue lo que lo instó a prosperar. La parte terca de su ser quiso demostrar a todos que podía llegar lejos a pesar de su condición, y se obligó a no sentir simpatía por la clase arrogante que se creía superior, pues se sacaba más provecho volviendo su corazón de piedra.

Iris lo abrazó, y él se refugió en sus brazos.

Perdonar.

Sonaba tan tentador... Liberarse del peso del odio, de los rencores. Después de todo, ya no los necesitaba. Había conseguido lo que quería, y tenía a un hermoso ángel que hacía que lo demás no importara. Iris le había perdonado por todo lo que le hizo, ¿por qué no podía él perdonar a otro?

Un recuerdo lejano desfiló por su mente: él entrando al cuarto de su madre, muy pasada la noche. Tenía cuatro años y no podía comprender por qué estaba llorando. Ella le sonrió y le dijo que no era nada, luego lo abrazó, lo devolvió a su pequeño cuarto y le cantó hasta que se durmió.

Días después lo llevó con el vicario a aquel pueblo, y no fue hasta años más tarde que se enteró de que su madre había muerto producto de la sífilis.

Calvin no podía perdonar, teniendo en cuenta el cruel destino que había vivido su progenitora por causa de ese hombre. Aunque, por otro lado, ¿de quién había sido la culpa? ¿De él, y de un mundo que daba pocas posibilidades a una mujer sola y sin referencias? Podría conceder repartirla en partes iguales.

Le llevaría algún tiempo pensar en qué haría.

—Él ha dicho que podía ayudarnos —comentó, intentando fingir desinterés, aunque lo cierto era que estaba muy pendiente de la reacción de Iris.

—No tenemos por qué aceptar la ayuda si no quieres —respondió ella sin dejar de abrazarlo—. Podremos arreglárnoslas solos.

—¿Has pensado cómo? Porque yo, sinceramente, estaba tan concentrado en convencerte anoche de que vinieras conmigo que no pensé las cosas de forma racional.

Esta vez, ella sí se separó para mirarlo con advertencia.

—Espero que no estés reconsiderando tu propuesta. Te advierto, William Rednoy, que...

Él la calló con un beso.

—No, no lo reconsidero. Solo menciono que no tengo ni idea de cómo vamos a enfrentar el futuro. Iris, puedo seguir haciéndome pasar por el señor Rednoy, fingiendo orígenes que ahora no son tan falsos, y el duque puede ayudar a mantener la farsa. Nadie se atrevería a dudar de su palabra. Sin embargo, eso no quitará el hecho de que no pertenezco a ese mundo. Puedo ir a algunas fiestas, pero no vivir en ellas. Podría ser que incluso me llegaran a descubrir en algún momento al ser incapaz de seguir todas sus reglas, y si eso sucede, tú serías arrastrada conmigo.

—Después de todo lo que he pasado, ¿crees que me importa lo que puedan pensar de mí? Sé muy bien que nunca debo dejarme obnubilar por su fingido aprecio, pues lo retiran en un momento difícil. No te pido que cambies ni que te adaptes a ese mundo, porque en el fondo soy como tú, y no soportaría una vida constante llena de hipocresía. Prefiero una vida tranquila a tu lado. Que regresemos al campo si es necesario. Vivir en paz, William, pero contigo.

Él la volvió a besar, esta vez con más energía, pasión.

Cuánto adoraba esos labios, y cuán iluso había sido pensar que podría vivir sin ellos toda una vida.

—¿Qué pasará con Liliam? Querías una temporada para ella, un buen esposo.

—He estado pensando. He planificado lo que quería para Liliam, pero nunca le pregunté sus deseos. Quizás sea momento de que ella decida qué es lo que quiere. Decidiremos en base a lo que ella decida. Mientras, solo podremos especular.

Esta vez fue Iris quien lo beso, acallando cualquier protesta. Sabía que debían hablar del futuro, pero una parte temía que llegara a arrepentirse y quería posponerlo el mayor tiempo posible, o, al menos, convencerlo que no podrían vivir separados.

Un carraspeo incómodo los interrumpió. Ambos se giraron para observar al barón de Clifton en la puerta con una sonrisa petulante en la cara.

Iris se ruborizó y se bajó rápidamente del regazo del hombre.

Calvin gruñó y le dirigió una mirada poco amigable.

El barón no era su favorito en ese momento, y era hora de dejar otras cosas claras.

Capítulo 27

—Mi esposa quería asegurarse de que la señorita Evans se encontraba bien —comentó lord Clifton—. Desaparecer antes de una fiesta puede dejar a tus anfitriones con ciertas dudas.

—Mandé una nota —gruñó Calvin—. Sabía perfectamente que estábamos bien.

Anthony sonrió.

—Está bien, solo queríamos curiosear —admitió. Se sentó en la silla que antes había ocupado el duque—. Además, Emerald insiste en que la señorita Evans no puede quedarse aquí. No es bueno para su reputación. Anoche alegamos que se había sentido enferma de pronto. No podemos mantener mucho tiempo la excusa.

—Nos vamos a casar —declaró Calvin.

Iris sintió como su corazón dio un vuelco. Era gratificante escuchar la declaración hecha ante otra persona. De alguna manera, volvía más real la situación que una vez creyó imposible.

—Eso no vuelve la situación menos comprometedora —argumentó el barón con desenfado. No es que fuera él fiel defensor de las reglas sociales. De hecho, le daba todo bastante igual. No obstante, su esposa, que esperaba ansiosa en el carruaje, lo mataría si regresaba sin la señorita Evans—. Emerald también insiste en que debemos iniciar un cortejo formal y esperar unos cuantos meses antes de la unión, si quieren guardar las apariencias. Hacerlo de inmediato atraerá demasiadas miradas, y muchas interrogantes.

—¡¿Meses?! —exclamaron al unísono con el mismo nivel de horror.

—Es lo más conveniente —indicó Anthony—. No menos de cuatro meses. Dos de cortejo y dos de compromiso. Naturalmente, tendrás que aparecer de nuevo en sociedad, Calvin. Sé que no es lo que más te agrada, pero si quieres un futuro meramente respetable, habrás de hacerlo. Después de eso podrán recluirse donde quieran.

—Cuatro meses bastarán para que la sociedad se entere de que tienen entre los suyos al propietario de dos clubs de juego —espetó Calvin.

—Puede que sí, puede que no. Lo resolveremos si se presenta el problema.

—¿Cómo? Porque yo acabo de recibir una gran propuesta. El duque de Claren está dispuesto a afirmar que, efectivamente, soy su familiar. Qué coincidencia, ¿no crees, Anthony?

Calvin nunca había visto a Anthony avergonzado. El arrepentimiento del hombre sirvió para aplacarlo un poco.

—Vaya. Admito que sabía de su parecido y llegué a sospechar, pero nunca di nada por sentado. Simplemente creí que sería buena idea utilizarlo a tu favor.

—No comprendo cómo otras personas no empezaron a sospechar —replicó con sarcasmo—. No hubieran aceptado a un bastardo en sus círculos.

—Por curiosidad, al principio, sí. Seguro que hay habladurías al respecto, pero el duque tiene muy buena reputación. Nadie se atrevería a afirmar que pudo haber tenido un hijo ilegítimo. Es una sorpresa que te... haya localizado. ¿Piensas aceptar su ayuda?

Calvin agradeció que Anthony no fuera de esos que indagaban más de lo debido. No tenía ganas de dar explicaciones.

—No lo sé. —Fue lo único que respondió, y el barón se conformó con la respuesta.

—Bien. Mientras, creo que podemos ceñirnos al plan original. ¿Qué dice, señorita Evans? ¿Regresa con nosotros? Mi esposa aguarda en el carruaje.

—Quisiera unos minutos más a solas con William, milord —dijo con dulzura—. ¿Me pueden esperar un momento?

—Por supuesto.

Anthony se despidió con una inclinación de cabeza y salió del lugar.

Iris miró a Calvin y compuso una sonrisa.

—Yo tengo un plan mejor. Una boda secreta, sin avisar a nadie. Vámonos a Gretna Green para evitar las amonestaciones, casémonos frente al yunque del herrero y regresemos para vivir aislados de todas las habladurías. Podemos variar el hogar entre este lugar o Covent Garden.

Calvin soltó una carcajada.

Qué fácil podía esa mujer hacerlo olvidarse del mal humor.

—Espero que no pienses de verdad que te traería a vivir a uno de estos lugares.

—No —dijo con decepción—. Supuse que no, pero tenía que intentarlo. No obstante, hablo en serio con respecto a la fuga.

Calvin estiró una mano y tomó uno de los mechones negros entre sus dedos. Lo acariciaba con lentitud mientras sopesaba la idea.

—No habrá lugar decente donde nos acepten después de eso.

—No importa.

—Sí que lo hace. Tu hermana necesita tener abierta esa posibilidad, la quiera o no.

—No quiero obligarte a una vida que no deseas.

—No puedo arrastrarte a la vida solitaria que he llevado hasta ahora. Yo... —Guardó un momento de silencio, sopesando sus próximas palabras —. He llevado esta vida porque sentía que no encajaba en ningún lado. No pertenecía a la gente decente porque era un bastardo, y tampoco era por completo de los bajos fondos porque no me crie allí —confesó en voz baja. Iris sospechaba que estaba admitiendo eso más para sí mismo que para ella —. He creado mi propio mundo, donde me sentía cómodo, sin involucrar demasiado a otras personas. Ahora será diferente porque te tengo a ti, y aunque tú eres todo el mundo que yo necesito, no es lo más sano vivir aislados. Creo... creo que es hora de iniciar una nueva vida. Podré sobrellevarlo, aunque no te garantizo tolerar más de una actividad social por semana. De todas formas, dudo que nos inviten a más.

—Oh, William —murmuró, conmovida porque él estuviera dispuesto a hacer ese cambio por ella—. ¿Qué vas a hacer con estos clubs?

—Tal vez los venda. Se supone que la gente decente no es dueña de clubs de juego, ¿o me equivoco? No importa ahora. Al parecer, tendré cuatro largos meses para decidirlo —gruñó—. Anda, ve con los barones antes de que me arrepienta, y pregúntale a la baronesa si no podemos reducir a dos meses de cortejo y compromiso. Alega que has esperado diez años, y si eso no funciona, dile que puedes estar embarazada.

—¡William! —exclamó, escandalizada. Cada centímetro de su piel se volvió rojo.

Recordó la noche anterior. Él no había salido como en las otras ocasiones. En realidad, podía estar embarazada.

Calvin se levantó y le dio un corto beso en los labios antes de comenzar a guiarla hacia fuera. Cuando llegaron a la parte trasera del establecimiento, el coche de lo barones estaba estacionado de forma discreta a unas cuadras. Calvin observó como Iris entraba teniendo especial cuidado en no ser vista. Suerte que todavía fuera muy temprano para que esas zonas de Londres estuvieran concurridas.

Una vez se marcharon, regresó a su estudio y se dedicó a pensar en todo lo que había sucedido ese día. La llegada de su padre, un compromiso oficial y la certeza de que tendría que cambiar de forma drástica su vida de ahí en adelante. Estaría por fin en un mundo al que seguía sin pertenecer del todo, pero con Iris a su lado no sentía miedo de lo que venía. Estaba dispuesto a comenzar de nuevo, y enterrar, de ser posible, todos esos años en los que se había encontrado sin rumbo.

Calvin Blake, un hombre que había vivido sin hacerlo en realidad, que se había recluido en su propio mundo al no pertenecer a ningún otro, dejaba de existir a partir de ese día. Ya no había motivos para seguir viviendo, pues ya tenía una razón para vivir. Para pertenecer a algún lado. Pertenecía a Iris, y todo lo que ello conllevaba.

William Rednoy pertenecía a Iris. William Rednoy era el que comenzaría una nueva vida, o, mejor dicho, la retomaría donde se había quedado hacía ya diez años, y Calvin Blake moriría como tenían que morir aquellas cosas del pasado que eran innecesarias.

El rencor, entre ellas.

***

El duque de Claren estaba en su despacho cuando el mayordomo le anunció que el señor Rednoy deseaba verlo.

Su pulso se aceleró y ordenó con voz temblorosa que lo hiciese pasar.

Apenas había pasado un día desde su visita. Dados los resultados, no imaginó que volviera a saber del hombre en algún otro momento, y haberse equivocado lo llenaba de satisfacción.

Solo Dios sabía la necesidad de perdón que tenía el duque. Tantos años preguntándose qué había sido de Nicole y de su hijo, imaginando los peores escenarios, habían podido con su paz. Saber que las cosas no fueron tan

diferentes de su imaginación no mitigó la culpa, sino que la aumentó. Sentía que no podría estar tranquilo hasta saberse perdonado.

Observó al hombre que entró. Una persona fuerte, segura, con ojos que evidenciaban años de vivir en los bajos fondos, entre la peor escoria de Londres. No obstante, el duque sabía que no siempre había sido así. Había realizado una investigación exhaustiva apenas conoció su nombre, y supo que el hombre había pasado su juventud en un pequeño pueblo, viviendo con la familia del vicario. Claren recordaba que Nicole había mencionado una vez el lugar como el sitio de su nacimiento, y no le costó atar los cabos. Había llevado allí al niño para que no se volviera otra de las almas desgraciadas de los suburbios.

Por suerte, fue una decisión acertada, pues el hombre, a pesar de no destilar educación, mostraba una forma de hablar decente y había logrado hacerse con una fortuna en diez años. Sin ayuda de nadie.

Eso hizo sentir orgulloso a Claren, aunque no fuera digno de mostrar tal sentimiento.

William se acercó sin esperar invitación y lo miró fijamente. Él le sostuvo la mirada, impasible, esperando que hablara. Él ya había dicho lo que tenía que decir, y ahora le tocaba al hombre.

—Viví años culpándolo de la vida que me tocó —comenzó, sin despegar la mirada de sus ojos—. Lo culpé por no poder aspirar a un buen futuro, lo culpé por la muerte de mi madre, y, sobre todo, lo culpé porque mi condición de bastardo no me hacía digno de la mujer que amaba. Lo odié sin conocerlo porque necesitaba traspasar el odio que los otros me daban sin que lo mereciera. Ese odio casi me destruye. Hizo que no me creyera suficiente, y pasé años llevando una vida sin sentido. Fue ese odio, sin embargo, lo que me trajo a donde estoy, y creo que eso puedo agradecerlo.

»Hoy me he dado cuenta de que ya no necesito más ese odio, así que lo perdono. —Observó su reacción. El duque permanecía impasible, a excepción de un ligero temblor en su mandíbula—. Si esto era lo que necesitaba para dormir por las noches, ahí lo tiene. Lo perdono, aunque no espere que acepte algo de usted, que me lance a sus brazos como un joven agradecido, ni siquiera que le dirija con frecuencia la palabra. Sería bueno que recordara que sigue siendo un desconocido.

El duque se levantó. De pronto sus movimientos parecieron pesados, como si estuviera cansado. Sus ojos, sin embargo, brillaban con una paz que

no había estado ahí antes.

—Gracias. —Fue todo lo que pudo decir por el minuto siguiente. Cuando hubo organizado sus palabras, prosiguió—: No tengo derecho a exigir una relación estrecha, ni siquiera respeto, pero agradezco esta concesión. Me gustaría, como te dije, que al menos nos conozcamos. Intentar, no recuperar los años perdidos, pero sí disfrutar de los que quedan. Al menos una relación cordial. No me queda mucho tiempo. Dale a este viejo una oportunidad de tener un hijo.

William estuvo a punto de preguntar si acaso no tenía más, pero se abstuvo.

—Lo pensaré —respondió en su lugar.

Se dirigía a la puerta cuando esta se abrió para dar paso a una joven baja de no más de veinte años. Tenía los cabellos negros alborotados, y llevaba un vestido de mañana bastante elegante.

—Padre, Amanda no deja de molestarme, dice que el vizconde jamás pedirá mi mano. Es una envidiosa. Como ella se ha quedado soltera... —Se detuvo en seco cuando vio que su padre no estaba solo—. Oh, lo lamento, padre. No sabía que tenías visita. Mis disculpas, señor.

William hizo una tosca inclinación de cabeza para dar a entender que no importaba. Observó a la joven con suma curiosidad, y esta se ruborizó al verse en el centro de atención.

—Señor Rednoy, permítame presentarle a uno de mis cuatro tesoros, la menor de ellas, lady Madeleine. Querida, este es el señor Rednoy.

—Un gusto conocerlo, señor Rednoy.

La joven hizo una perfecta reverencia, aunque eso solo ocasionó que su cabello se despeinara más. William se preguntó por qué estaba tan desordenado. De hecho, toda ella parecía dar esa impresión. Su vestido era elegante, pero estaba arrugado. Le faltaba uno de los aretes, y un rápido vistazo delató que tenía dos zapatillas diferentes.

—El placer es mío, lady Madeleine. —Al ver que ella le extendía una mano, la tomó con cierta duda y depositó un casto beso en ella.

La joven le dedicó una hermosa sonrisa. William se congeló, de pronto muy consciente de que aquella joven era su hermana.

Había pasado tantos años solo, y ahora resultaba que tenía familia.

—He escuchado de usted, señor Rednoy. Dicen que es uno de nuestro familiares. Oh, ¡pero es que tenemos tantos que es imposible recordarlos a

todos! Espero que nunca nos hayan presentado antes. Qué vergüenza si no lo he reconocido. Tengo muy mala memoria, ¿sabe? Olvido rostros y nombres con facilidad.

William sonrió de forma involuntaria. Era una joven alegre, sincera, que inspiraba sonreír.

—No nos han presentado antes, milady. Espero que no se llegue a olvidar pronto de mi rostro.

—Oh, no, los rostros guapos nunca los olvido —dijo con una risita. Luego se ruborizó ante la mirada severa de su padre—. Eh... yo... Se supone que no debería haber dicho eso. En fin. Creo que mejor me retiraré. —Comenzó a caminar en retroceso y tropezó con uno de los muebles en el proceso. Soltó un juramento en voz baja y sonrió con disculpa.

Luego huyó.

—Es la más extraña y vivaz de las cuatro. Dos de ellas ya están casadas, solo me quedan Amanda y Madeleine. Amanda, sin embargo, no parece que vaya a casarse. Tiene veinticuatro ya y no ha dado con nadie. Quedará sola a mi muerte, o bajo la caridad de una de sus hermanas. —Vio la expresión interrogante de William y sonrió con melancolía—. No, no tuve más hijos varones. El ducado irá a algún primo lejano. Supongo que es en cierta forma mi castigo.

William no respondió, y decidió que lo mejor sería marcharse. Hizo una seca inclinación como despedida y se fue. Antes de entrar al vestíbulo, vio una cabeza negra espiándolo bajo la escalera. Al verse descubierta, se escondió de nuevo, y él volvió a sonreír.

Hermanas.

Nunca creyó que se sentiría tan bien.

Quizás, solo quizás, llegaría a reconsiderar relacionarse con la familia.

Capítulo 28

La definición de infierno se quedó corta ante lo que tuvo que pasar William las semanas siguientes. No hubo manera de convencer a la baronesa de reducir el cortejo a un tiempo menor de cuatro meses, y solo pudo agradecer que tuviera demasiadas cosas por las que preocuparse para no sufrir cada minuto el martirio de estar separado de ella. No obstante, la noche no le daba tregua, y solo podía contar el tiempo que faltaba para la boda.

Su introducción en la sociedad fue lenta pero eficaz. Había comprado la casa que antes había alquilado, llegaban algunas invitaciones y podría decirse que ya era un miembro, si no respetado, aceptado dentro de ese círculo. El duque, sin que William lo pidiera, había confirmado los rumores de que eran familiares lejanos, y no es que el parecido pudiera dejar alguna duda si su palabra no bastaba.

También había decidido deshacerse de Los Ángeles del Placer. Ya no pertenecía a ese mundo y no quería que nada lo atara a él. Se había quedado con El Club del Placer por el momento, puesto que era su mayor fuente de ingresos, y no es que conseguir un comprador fuera tarea fácil. Esperaba que no se descubriera su secreto, o, al menos, que no causara tanto escándalo para que se le cerraran las puertas, pues aunque la mitad de la alta sociedad seguía cayéndole mal, había ciertos grupos que podían significar la excepción.

Entabló cierta amistad con el duque de Rutland y el círculo de amistades de este. Podría decirse que eran personas decentes entre tanta hipocresía, y William se sentía bien de no sentirse ya solo y rechazado. Nunca antes se había dado cuenta de cuánto necesitaba aceptación. Incluso sir Edward le empezaba a caer bien.

—No estoy seguro de que pueda aguantar los dos meses que faltan —declaró William, atrayendo el cuerpo de Iris hacia sí.

Estaba en el mismo balcón de hacía unos meses, en la casa de lady Waldershare. Esa noche harían el anuncio oficial del compromiso después de dos meses de fingido cortejo formal. «Formal» era la palabra menos

adecuada, pues apenas se les presentaba la oportunidad, se escapaban para tener momentos como esos, besos robados, caricias subidas de tono que solo alimentaban las ansias. Era una maldita tortura, pero tampoco creía poder vivir sin eso.

Una suerte que sus carabinas se hicieran las despistadas.

—Falta poco. Sé que puedes —susurró ella en su oído de forma coqueta. Luego mordió ligeramente el lóbulo.

—No si haces eso —gruñó.

Intentó tomar su boca, pero se rio y lo esquivó. Se dio la vuelta en sus brazos para quedar de frente al balcón y ver la luna.

Qué gratificante era poder verla con él a su lado. No solo era la esperanza de que estuviera viéndola en algún otro lado, sino la certeza de que ambos la veían porque estaban juntos.

—¿Por qué mejor no practicas lo que dirás cuando se anuncie el compromiso? —sugirió ella.

William cerró los ojos un momento, analizando las palabras. Luego los abrió y el brillo de amor en sus ojos opacó la luna llena. Tan intenso y profundo, tan real.

—Damas y caballeros, tengo el placer de anunciar que la dama más hermosa, espectacular y brillante que ha nacido en Inglaterra me ha hecho el honor de casarse conmigo. No pueden siquiera imaginar cómo rebosa mi corazón de alegría con solo pensar que esta mujer me acompañará todos los días, todas las noches, y llenará el vacío que tenía mi corazón. No permita Dios que algún día me la arrebate, porque no estaré seguro de sobrevivir sin ella. Es la luz en mi mundo oscuro, mi pilar en momentos difíciles. Mi corazón no podría seguir latiendo si ella no está, pues se ha vuelto demasiado dependiente de ella; a sus sonrisas, a su terquedad, a su bondad... Definitivamente hay alguien bueno en este mundo que me permitió obtener semejante tesoro, y, en esta ocasión, no pienso dejarlo ahí, porque ya probé una vez vivir sin él, y eso no se pudo llamar vida.

—Oh, William —susurró con voz ahogada. Lágrimas de felicidad amenazaron con desbordarse—. Me toca a mí.

—¿Vas a hablar?

—¿Por qué no? ¿Por qué no decir a todos que yo también me he llevado al caballero más encantador, valiente y espectacular de todos? Un hombre que sabe luchar contra las dificultades, que tiene un corazón de oro, aunque

lo oculte. Un hombre muy terco, necio y que siempre cree tener la razón aunque no sea así, pero lleno de buenas intenciones. Que todos sepan y mueran de envidia al saber que me ha sido otorgado el mejor hombre de todos, el único que me puede hacer feliz y da un poco de sentido a mi vida. —Se puso de puntillas y le dio un corto beso en los labios—. Te amo, no sabes cuánto. Dios, cómo me alegro de que al fin estemos juntos. No imaginas cuántas veces soñé con este momento.

—No más veces de lo que lo hice yo. Estabas cada día y noche en mi mente. Apenas podía desempeñar mis actividades sin pensar en ti, en que lo hacía por ti. Te amo demasiado, Iris, nunca me dejes o no podré con la pena.

—Nunca te dejaré. La vida nos ha dado una nueva oportunidad, y no seremos desagradecidos al desaprovecharla. Es nuestro destino estar juntos, y, si es así, nada nos separará. El pasado quedó atrás, William, ahora solo queda concentrarnos en el futuro.

—Que así sea.

Se besaron para sellar la promesa, seguros de que, si el destino había juntado aquello que separó, era porque les tenía deparado un futuro mejor, lleno de amor, sin conflictos y mucha felicidad.

Epílogo

La boda se realizó en el pequeño pueblo donde nació oficiada por el señor Smith, quien se mostró mucho más que encantado de volver a ver a William y recibió con alegría la noticia de la boda.

William admitía que, después de tantos años desaparecido, había temido su reacción, pero debería haber recordado que el vicario y su esposa nunca guardaban rencor. Comprendieron a la perfección sus motivos, sin juzgarlo. Él se sintió muy feliz de volver a verlos y celebró haber hecho caso a Iris cuando pidió que la boda se realizara en el lugar donde había comenzado todo, como una forma de cerrar ese ciclo y comenzar otro.

Fue una ceremonia sencilla con solo invitados más cercanos. La temporada había llegado a su fin y la aristocracia ya se había retirado al campo, por lo que tuvieron la excusa perfecta para no hacer una gran celebración.

Cuando pronunciaron los votos que los unirían de por vida, Iris sintió una gran emoción en el pecho. Era el inicio de un sueño que por fin se había cumplido. Tal era su alegría que por un momento temió que fuera solo eso, un sueño.

William, por su lado, al fin se sintió en paz. Tenía a la mujer que amaba a su lado, y, solo con eso, todo parecía encajar. Los temores desaparecieron, la congoja, el desasosiego; su vida tenía ahora un nuevo sentido.

El almuerzo de bodas se llevó a cabo en la casa de los vicarios al ser la única propiedad con la que contaban para tal celebración. Posteriormente, todos se reunieron en el salón principal mientras Liliam, la hermana de Iris que ya había terminado el colegio, mostraba en el piano la educación musical recibida.

—Toca como los ángeles —alabó la baronesa de Clifton.

—Yo jamás podré tocar así —se quejó lady Madeleine—. Cada pieza que toco emite un sonido de lo más espantoso. Por eso padre se ha deshecho del piano de la casa. Teme que en algún momento los importune con mi poco talento.

William sonrió.

Invitar a su familia recién descubierta había supuesto una larga discusión con Iris hacía unas semanas.

—Deberías invitar a tu padre —había dicho ella en tono casual, con cautela.

—Oficiará la ceremonia —había protestado él, en una forma de decir que el único hombre que consideraba un padre era el vicario.

—William...

Y con ese tono y una sonrisa de «por favor» lo había convencido. Ahora se alegraba de haberlo hecho. Sus hermanas le caían muy bien, a pesar de que estas no supieran de su parentesco y tal vez nunca se enteraran. Ya había conocido también a las dos mayores, aunque estas no habían podido asistir.

—Estoy segura de que puedes mejorar con el tiempo —dijo Iris, conciliadora.

—Cree eso porque no la ha escuchado tocar. Carece de todo talento y no hay magia que la salve —objetó lady Amanda.

—Tú tampoco sabes tocar —replicó lady Madeleine, molesta por las pullas de su hermana.

—Al menos tengo la decencia de no seguir intentándolo.

—¿Y cómo se supone que aprenderé si no sigo intentándolo?

Las hermanas se enzarzaron en una discusión y la pareja volvió su vista hacia donde estaba Liliam.

William se había sorprendido de la hermosa mujer en la que se había convertido, tan bella como su hermana, pero a su manera. Tenía los cabellos castaños rojizos y unos ojos verdes que inevitablemente atraían su atención. Jamás hubiera reconocido en ella a la revoltosa niña de siete años, y ella, de hecho, tampoco se acordaba de él, aunque mostró un gran entusiasmo porque su hermana se fuera a casar con un hombre del que estaba enamorada.

Liliam no daba la impresión de ser esas jóvenes enamoradizas, más bien parecía serena, sensata, aunque en sus ojos brillaba cierta ilusión de esperar lo mismo y había una chispa de espíritu pícaro que debía haber sido muy reprimido en la escuela de señoritas.

Iris le había preguntado a su hermana si deseaba una temporada en Londres, pero esta solo había dicho que lo pensaría. Si aceptaba, William se

estaría resignando a las visitas de muchos jóvenes con flores, poesías y que la mirarían con cara de tontos, tal y como lo estaba haciendo Hurstley en ese momento. William decidió pensar que se debía solamente a la belleza arrebatadora de la muchacha o a su talento musical. El marqués no había sido el mismo desde el acontecimiento y dudaba que alguna vez lo fuera.

Liliam merecía a alguien que pudiera amarla.

—Vamos a bailar —dijo Iris, interrumpiendo sus pensamientos cuando Liliam inició los acordes de un vals.

—No he bailado un vals antes —confesó.

En las fiestas rurales de campo, hacía diez años, el vals estaba prohibido por considerarse un baile escandaloso. Cuando se reintegró en sociedad, observó a varias parejas hacerlo, pero jamás invitó a una dama a bailarlo porque no se imaginaba compartiendo una pieza tan íntima con otra persona que no fuera Iris.

—Yo tampoco.

—¿No?

Iris se ruborizó.

—No recibía muchas invitaciones de baile como dama de compañía, y en los últimos meses no he querido compartirlo con nadie. Solo me imaginaba bailándolo contigo —confesó—. Vamos, no puede ser tan difícil. De todas formas, no habrá muchos testigos de nuestra vergüenza.

William accedió y la llevó a la pista, donde colocó las manos en su cintura y empezó a girarla al ritmo de la música. Iris tuvo razón. No fue tan difícil. No solo porque era una pieza fácil de seguir, sino porque sus cuerpos se amoldaron a la perfección y parecían saber, sin necesidad de palabras o pensar mucho, qué era lo que tenían que hacer.

—Te amo —susurró William, atrayendo un poco más el cuerpo de ella hacia sí—. Aún no puedo creer que seas mía.

—No sabes cuántas veces soñé con esto. Cada noche, mientras me preguntaba dónde estarías. Cada día en el que no podía contar las horas exactas para volver a verte. Sabía que el destino no podía ser tan cruel para arrebatárteme de esa forma.

—El destino es cruel, Iris, solo que a nosotros nos ha tenido compasión.

—Quizás no era nuestro momento.

—¿Y ahora lo es?

—Ahora y siempre, William.

—Ahora y siempre, amor mío.

Nota de autora y agradecimientos

Primero que nada, agradezco a todos los que hayan decidido llegar hasta el final por haberle dado la oportunidad a la que considero una de mis novelas más especiales.

También agradezco a una lectora muy especial, mi querida Gretha, por siempre darme sus comentarios y recomendaciones.

Si les ha gustado esta historia, los invito a seguirme en mis redes sociales:

Facebook: Catherine Brook.

Intagram: @cathbrook_

Ahí podrán estar al pendiente de nuevas novelas, así como saber cuando coloqué una novela gratis o haga un sorteo.

Saludos.